

Guillermo Lora

Obras Escogidas

Volumen 1

PRESENTACIÓN

Hace 10 años, a los 87 años de edad, fallecía el histórico dirigente revolucionario Guillermo Lora. El proletariado, no solo boliviano sino mundial, había perdido a un cuadro excepcional desde todo punto de vista. Su prolífica actividad militante (tanto teórica como práctica) fue un fiel reflejo de su estrechísima y temprana vinculación a las banderas históricas del socialismo. Su perseverante y tenaz lucha por estructurarse él mismo como militante revolucionario y, por tanto, estructurar la herramienta histórica de los explotados por acabar con el régimen capitalista de producción, no ha visto mancillarse siquiera en los episodios más adversos de su extensa labor militante. Tenemos entonces ante nosotros, en una primera aproximación, la obra de uno de los imprescindibles, de los que entregan el máximo de sus energías en la lucha revolucionaria.

Basta echar solo un vistazo a la caudalosa cantidad de trabajos teóricos para notar que no estamos ante la presencia de la obra pasajera de un valioso militante. Los 69 tomos de sus Obras Completas nos pintan el cuadro del militante que toma seriamente el trabajo de materializar teóricamente una frondosa cantidad de experiencias de la lucha de clases. Entendemos a Guillermo Lora como la imagen del cuadro revolucionario, que combina dialécticamente la actividad práctica con la teorización permanente.

La actividad política y el rol jugado por el militante boliviano, casi no tienen comparación en la historia del marxismo internacional. Entre el comienzo de la década del 40 hasta su certera caracterización sobre el derrotero histórico del Gobierno del MAS de Bolivia en el nuevo milenio, tenemos más de 60 años de trayectoria política honesta e intachable. La misma no podía más que combinarse con la perseverancia en el estudio científico, la lucha infatigable por la estructuración organi-

zativa y la más severa abnegación militante, elevándolo – de esta forma – a la altura que han alcanzado los Marx, Engels, Lenin y Trotsky. Cuando hablamos del camarada Guillermo Lora, cuando reproducimos sus escritos, cuando leemos y releemos sus obras, nos encontramos indefectiblemente ante un militante de ese vuelo.

Pero la vida de Lora no puede entenderse al margen, sino más bien todo lo contrario, de la vida y desarrollo del POR Boliviano. Disociar al militante profesional del histórico Partido para el que dedicó toda su vida, sería sacarlo del terreno de la lucha de clases para convertirlo en un mero objeto de estudio, cual si fuese una pintura en un salón de exposición. O sea, sería no entender en absoluto al camarada Lora. La vida de Guillermo Lora va indisolublemente ligada al Partido Obrero Revolucionario... es decir, al histórico Partido marxista de Bolivia.

Educado en su seno desde muy joven, tuvo una segura y progresiva influencia para arrancarlo de la parálisis en la que llegó a encontrarse después de la trágica muerte de su fundador Aguirre Gainsborg. El agigantamiento del POR mucho tiene que ver con el aporte (ímpetu y sacrificio) de Guillermo Lora, que se tradujo en una organización que se estructuró alrededor de la concepción bolchevique de partido y bajo una disciplina y rigurosidad programática acorde a las tareas que está llamado a realizar.

El POR, no sin muchas dificultades, pudo penetrar en el proceso revolucionario boliviano gracias a la intervención de la joven camada de militantes, entre los que Lora representaba su elemento más saliente. El implantarse en la situación política le ha permitido, debido a su programa marxista, traducir los instintos, intereses y sentimientos en conciencia política, en lucha revolucionaria. Actuó, de esta forma, conscientemente sobre las leyes inherentes del desarrollo histórico para elevarlos al programa revolucionario de la clase obrera. Es allí donde

se expresa la necesidad histórica del Partido Obrero Revolucionario, como sección nacional del Partido Mundial de la Revolución Socialista. El Partido trotskista boliviano pudo enseñorearse en las masas, hacerse fuerza material, como gustaba repetir una y otra vez Guillermo Lora, aspecto fundamental y distintivo que lo caracteriza frente al resto de las organizaciones que se reivindicaban o reivindicaron del trotskismo.

SOBRE EL PRESENTE VOLUMEN

Consecuentemente a lo expresado más arriba, la decisión de comenzar a editar sus principales escritos tiene dos aristas que se interrelacionan permanentemente. Por un lado no podemos desentendernos de la profunda huella que ha dejado en la militancia revolucionaria internacional, y a partir de allí “aprovechar” (si es que vale la expresión) el 10º aniversario de su fallecimiento para rendirle una forma de homenaje, al volver a poner al alcance muchas de sus obras. Pero si se tratase de una cuestión formal de efemérides, bien deberíamos estar editando obras, panfletos y revistas a diario de una abundante cantidad de mártires de los oprimidos que vieron derramada su sangre en la lucha por acabar con toda forma de opresión.

Sin embargo, debemos introducirnos en el segundo aspecto a fin de dilucidar otra razón, más importante, que nos asiste. Guillermo Lora, y con ello el POR, al tiempo que han abonado el campo revolucionario de tremendas lecciones de una actualidad increíble, se han convertido en objeto de una férrea persecución desde hace ya mucho tiempo. El trotskismo, es decir la IV Internacional, el marxismo de nuestros días, ha visto en sus filas arribistas, aventureros y revisionistas de toda laya a lo largo de su historia. Muchos de los dirigentes que han llegado a encumbrarse en los altos sillones de la IV Internacional, posterior al asesinato de Trotsky en agosto de 1940, han actuado como verdaderos ejes desorganizadores y contrarrevolucionarios de la Internacional.

El caso de los falsificadores Michel Pablo y Ernest Mandel, las expresiones de los sicofantes Stephan Just, Pierre Lambert o Nahuel Moreno, los fariseos de la actualidad como Jorge Altamira y Alan Woods, todos ellos como representantes de organizaciones que han abandonado (consciente o inconscientemente) las banderas de la revolución y dictadura proletarias, han actuado como agentes calumniadores del POR Boliviano, y por tanto de sus enormes lecciones y experiencias. Ninguno de ellos ha podido poner en pie un Partido de la estatura del Partido Bolchevique de Lenin, o el POR de Bolivia.

Una parte puede explicarse por el hecho de haber sometido, a sabiendas, a su militancia a la tiranía de la ignorancia, condenándola al analfabetismo político de valiosas lecciones sucedidas en el país andino durante largas décadas de trabajo inagotable. Han guardado bajo 7 llaves los escritos de Lora, al que únicamente se refieren para llenarlo de las peores groserías y bajezas, demostrando la ralea de los propios denostadores.

Los caudillos y corrientes que pretendan pasar por encima de la historia del POR, deformándola, recortándola, ignorándola, ocultándola, le hacen un enorme favor a la clase dominante mundial. Es el propio proceso de reconstrucción de la IV Internacional la que pone a la orden del día la necesidad de retomar las conquistas principalísimas del POR: la Asamblea Popular del 71, la crítica al foquismo pequeño burgués, la batalla ideológica contra el Nacionalismo Burgués, la reivindicación de la táctica del Frente Único Antiimperialista, la temprana posición revolucionaria frente a la Revolución Cubana, la pertinente crítica al proceso de restauración capitalista y la Perestroika, o las enseñanzas de la enorme Revolución del 1952, texto con el cual damos inicio a esta trascendental edición de las Obras Escogidas del camarada Guillermo Lora en la Argentina, a 10 años de su fallecimiento.

Se coloca a la orden del día, mediante este trabajo enmarcado en los subsiguientes tomos de las Obras Escogidas, la tarea de asimilar críticamente las experiencias y balances sobre el material elaborado en torno a la lucha de clases en Bolivia, América Latina y mundial en su totalidad. En ese sentido, el fortalecimiento de la lucha por poner en pie como referencia, y robustecer la IV Internacional (el CERCÍ) es una de las grandes tareas que nos proponemos, también, al editar estas obras. Es una continuidad de la lucha de toda la vida de G. Lora por reconstruir la IV Internacional.

Fue en el 2014, al cumplirse el primer lustro del fallecimiento del dirigente revolucionario, cuando el POR Brasileiro tomó en sus manos la tarea de realizar un folleto que lograra esbozar sucintamente parte de la enorme obra del Camarada, sintetizando buena parte de sus escritos en un invaluable material. El POR argentino tomó en sus manos la tarea de traducción de aquel documento de cara al 6° aniversario, por lo que la persistente lucha por presentar el legado de Lora al conjunto de los militantes que se proclaman del marxismo, ha sido una preocupación constante del CERCÍ. Y no es algo novedoso ni particular de la Argentina, sino que el propio Lora ha encontrado en su extensa actividad similares obstáculos: es allí donde realzó la necesidad de editar las Obras Completas a partir de la década del 90. El material que detalla la enorme experiencia del trotskismo en Bolivia no puede quedar enterrado en la espesa polvareda del revisionismo trotskista.

¿POR QUÉ COMENZAR CON LA REVOLUCIÓN BOLIVIANA DE 1952?

Sin restarle la debida importancia a otros sucesos de la historia política boliviana, entendemos que el proceso revolucionario de 1952 muestra al Partido Obrero Revolucionario trabajando una serie de enormes luchas con consecuencias de una

total actualidad. Podemos comenzar señalando que durante la Revolución Boliviana la lucha de clases puso al frente del Partido y sus militantes buena parte de los debates que se irían desarrollando hasta llegar a nuestros días.

Muy tempranamente los sucesos de abril de 1952 tomaron relevancia internacional, tanto para la “opinión pública” general como para toda organización que se reivindicase de las filas del comunismo. Bolivia se transformaba, a su turno y con sus particularidades, en el laboratorio general de distintos experimentos. La lucha de clases ponía a prueba novedosamente en el país altiplánico una serie de teorías que venían desarrollándose molecularmente en las distintas trincheras de clase. Y aquí no hablamos únicamente de los debates internos de las clases dominantes, y su vivo interés por sofocar y poner término a la radicalización de las masas. Es un otro factor el que se nos presenta con más interés.

La Revolución Boliviana de 1952 ha sido uno de los períodos históricos sobre el que más calumnias y difamaciones se han escrito en la historia del comunismo internacional. Es así que el imprescindible y laborioso estudio, y comprensión del proceso político boliviano, se inscribe – en nuestro caso – en intentar desprenderlo de todas las mistificaciones y prejuicios que se han venido repitiendo por décadas. La vida misma del POR y de su más grande dirigente Guillermo Lora irían a sufrir una tremenda inflexión a partir de allí. Podemos decir sin temor a equivocarnos que se forjaron en la caldera del 52.

Introduce una serie de aspectos que es necesario remarcar aquí, que serán luego bien desarrollados en el texto que presentamos a continuación. Por un lado tenemos la necesidad del Partido de la clase obrera como elemento indispensable para la materialización de los intereses históricos del proletariado: mucho se ha escrito sobre su prescindibilidad o su reemplazo por herramientas sustitutas o más flexibles (transformándose en principio político de los revisionistas), demostrando su total

incomprensión de la mecánica de la lucha revolucionaria. Lora señaló luego que “cada hecho, cada etapa y contradicciones internas de la lucha general de los explotados sirvieron para forjar el Programa y el método de la revolución en la atrasada Bolivia”, tarea que le cupo enteramente al POR.

Tenemos también, y ligado íntimamente a lo anterior, la batalla permanente e irrenunciable frente al nacionalismo burgués y su expresión política, en el caso boliviano, el MNR. Las masas de Bolivia, en su despertar revolucionario, acompañaron y depositaron en el MNR la ilusión de poder materializar sus radicalizados objetivos. Confundieron al POR con el MNR que tomaba de la fuente marxista, buena parte de la fraseología con la que ocultaba su verdadera expresión burguesa.

El combate contra el MNR, contrariamente a lo que han afirmado parte de los calumniadores, ha fortalecido al POR, vigorizado su independencia política, y con ello su fortalecimiento ideológico. Definió muy tempranamente (y esto lo veremos en el texto) al MNR como variante impotente de la burguesía para resolver las tareas democráticas del país semi-colonial, y así conquistar su independencia y soberanía. Resulta curiosa la repudiable e ignominiosa imputación que se le achaca al POR de haber aplazado su crítica al nacionalismo burgués. Los documentos históricos del Partido están al alcance de cualquiera que desee indagar sobre ellos, y más de una vez nos hemos tomado el trabajo (aun sin abarcar completamente todos los aspectos) de publicar respuestas en nuestro periódico “Masas”.

El acompañamiento cercano de las masas en su experiencia con el MNR, no pudo y no podría haber sido evitado.. Lora sostenía que “la única cosa que el POR podía hacer era abreviar el camino de esa experiencia con la ayuda de su programa y su feroz crítica”. Algunos personajes, actuando con evidente malicia y engaño, han querido ver allí un apoyo al nacionalis-

mo burgués. Sin embargo, acompañar el proceso jamás significó lavarle la cara, ni embellecerlo, ni silenciar las críticas al MNR, sino más bien desenmascarar con el recurso de la crítica su contenido de clase de manera pedagógica, de cara a las masas.

Otro de los aspectos que introdujo la lucha revolucionaria del 52 fue la política militar, donde el POR Boliviano se ha destacado enormemente produciendo a lo largo de varias décadas, una cantidad de materiales de tremendo contenido teórico/práctico. La política militar del proletariado concebida por el marxismo no hace más que echar sus raíces sobre la experiencia de las revoluciones proletarias. Las milicias obreras y campesinas, que aparecieron conforme se iría desarrollando la lucha de abril del 52, resaltaron toda su importancia en un proceso dialécticamente desarrollado a la par de la desintegración total del ejército. Abrió, de esta manera, un vasto campo de intervención en las fuerzas represivas, para que las ideas revolucionarias penetren en su seno y lo resquebrajen desde el interior. “Desentrañar las relaciones para abrir las puertas del ejército al trabajo revolucionario es una condición para que la política del proletariado posibilite la insurrección armada de las masas”.

Las milicias obreras fueron expresión de la voluntad de las masas, y también, de su poder. Su actuación en la situación política obedeció al período de ascenso revolucionario, en tanto que su virtual desaparición y estatización puede explicarse como parte de la derrota temporal del proceso y su lógico retroceso. Sin embargo quedaría incorporado a la riquísima experiencia histórica, al acervo revolucionario, como uno de los procesos más interesantes a estudiar. La reconstrucción del ejército burgués, aun adornado de charlatanería revolucionaria, no fue más que el reflejo de la sumisión transitoria de las masas al MNR, o sea a la política de las clases dominantes.

Por último mencionaremos aquí el tremendo papel jugado por la Tesis de Pulacayo. Toda situación convulsiva comenzando por 1952, y de allí en adelante prácticamente cada período de radicalización de las masas, enarbó o reencontró a los oprimidos con su Programa. La Revolución Boliviana se movió rápidamente bajo la estrategia allí enunciada, como aplicación científica del Programa de Transición (aunque en su forma sindical, crítica de la que se encargaría el mismo POR). Este acontecimiento no tuvo paralelo en América Latina. Es así que el trotskismo boliviano se fisonomizó y mostró la terrenalidad y potencia en su Programa. La Tesis de Pulacayo se ha incorporado como un arma indispensable de los oprimidos bolivianos. Dotó a las masas en su proceso de radicalización de una precisa caracterización de Bolivia, las tareas que se desprendían de allí y los métodos en los que deberían apoyarse para llevar a buen puerto su estrategia revolucionaria.

LOS APÓSTATAS DEL TROTSKISMO

Conforme se iba desarrollando el proceso, Bolivia se iba convirtiendo paulatinamente (en la primera mitad de la década del 50), en el sitio favorito de peregrinación de los trotskistas del mundo. Una rápida y superficial ojeada en los principales periódicos de la IV Internacional de la época nos demostrará cuán presente estaba el POR y Lora en sus ediciones. Bolivia vindicaba y devolvía a su debido lugar al trotskismo a nivel internacional. A lo largo y ancho del planeta los oprimidos estaban ansiosos por inmiscuirse en las supuestas “particularidades” que le habían permitido al POR alcanzar el protagonismo en la escena política.

La dirección pequeño-burguesa de la IV Internacional comenzó su largo e improductivo intento por demostrar que el poderío del POR obedecía a particularismos de ese país, quitándole toda virtud o acierto. Difícil es negar el carácter

particular de cada situación política, lo que pone a la orden del día la tarea de elaboración programática; pero allí la IV Internacional respondía a un intento de evitar discutir sobre la propia debilidad del resto de las secciones nacionales. Los cuestionamientos irían a ser lógicos, y las preguntas surgían por decantación: “¿Por qué el POR había logrado ejercer toda esa influencia en soledad y contradiciendo los postulados del 3° Congreso de la IV Internacional?”.

La IV Internacional obvió responder ese y muchos otros interrogantes. Muy por el contrario, tomaron en sus manos los Ernest Mandel, Nahuel Moreno, Michel Pablo, Liborio Justo, Abelardo Ramos (distintas expresiones del trotskismo en ese momento) de elaborar toda una serie de difamaciones capaces de justificar la crítica al POR, y su propia capitulación ante la política burguesa. Las “verdades absolutas” con las que comenzaron a verse pobladas las publicaciones eran repetidas mecánicamente por un lado por los impostores encargados de realizarlas, pero por el otro lado también eran proclamadas a viva voz por valerosos militantes que depositaban una confianza plena ante los “gurúes” del internacionalismo proletario. La mayoría de esos dirigentes del trotskismo, imposibilitados históricamente de estructurar la herramienta histórica de la clase obrera, pusieron su precoz empeño en inocular el anticuerpo necesario contra el POR Boliviano, y su líder revolucionario Guillermo Lora.

Toda una serie de desviaciones y ultrajes al programa histórico de la clase obrera intentaban ser salvados por este vil camino. Firmemente embarcados en el viraje político de principios de la década del 50, sobre el supuesto papel progresivo del stalinismo frente al imperialismo, y del nacionalismo burgués en los países semicoloniales, no tenían manera de argumentar contra la política de independencia de clase llevada adelante por el lozano y casi desconocido Partido de Bolivia. La completa deformación y revisión de los principales postu-

lados del marxismo, su tergiversación del tipo de organización bolchevique, contradecía todo el papel jugado por el POR Boliviano (aun con sus errores que serán debidamente señalados por la propia organización de Lora).

Uno de los temas quizás más controversiales y polémicos fue sobre el papel de las consignas. Paralelamente al ocultamiento de los severos e irreparables errores de los Partidos que se reivindicaban del trotskismo a nivel internacional, comenzaron a elaborar todo un andamiaje crítico – construido sobre arenas movedizas – sobre los supuestos errores del POR. De una forma mística e ingenua surgió la falsa idea, enunciada desde la “sacrosanta” autoridad trotskista internacional, que el POR había traicionado la Revolución. Dicho razonamiento partía de marcar que al no esgrimir la consigna de “Todo el poder a la COB” (Central Obrera Boliviana creada en el calor de los acontecimiento de abril del 52), el trotskismo había actuado como factor contrarrevolucionario. Los infortunados epígonos, diletantes del marxismo, no han hecho más que persistir de una forma contumaz con tales desvaríos.

Resulta por demás interesante la forma en la que Guillermo Lora se toma el trabajo de echar por tierra este absurdo “análisis”, si es que le cabe la denominación. Los carroñeros de hoy, tal y como vienen haciendo hace 60 años, oscurecen el análisis científico del período reemplazándolo por formulitas mágicas, sacadas de la galera “marxista”, que serían capaces de resolver todo. Esa infamia le ha costado muy caro a sus propias construcciones organizativas. Repetimos nuevamente: ¡No, centristas!, la estructuración de la vanguardia revolucionaria trasciende con creces el importante aspecto de encontrar las consignas justas del momento.

El texto señala claramente, y esto a inicios de la década del 60, que pretender analizar la Revolución del 52 aisladamente del proceso general en el que se enmarca la Revolución Boliviana, constituye un severo error. El proceso no concluye en

1952. Muy por el contrario, solo en su continuidad, en la lucha política contra el nacionalismo burgués, y por cómo arrastrar a los oprimidos tras el programa revolucionario, puede entenderse lo que inició en 1946 con la Tesis de Pulacayo, su punto álgido de 1952 y la posterior Asamblea Popular del 71. El análisis superficial y anti-dialéctico esbozado por los reformistas ha creído tener que señalar que el año 1952 constituye el inicio y el final del proceso, evidenciando a las claras su nulo entendimiento de la mecánica revolucionaria.

Le correspondió nuevamente al POR el tener que señalar que esas jornadas no eran sino una etapa más en el proceso revolucionario. Al momento de escribirse el libro de Lora que presentamos, aun no se había llegado al 70/71 con la Asamblea Popular, con el Frente Revolucionario Antiimperialista, pero el POR trabajaba afanosamente en esa dirección, como lógica consecuencia del desarrollo de las tendencias embrionarias. Siguiendo esa marcha de cada una de las fases de la Revolución Boliviana podemos exaltar la importancia del método materialista dialéctico para pronosticar el desenvolvimiento general de la lucha de clases. No debe confundirse con el futurismo “revolucionario” que a veces practican estos reformistas, pudiendo señalar cualquier cosa que se les venga a la mente y borrarlo a las pocas horas, días, o años, sin ningún principio de responsabilidad política.

Volviendo al sofisma de la traición a la revolución, repetido hasta el hartazgo para forzarlo como verdad, puede escucharse aun hoy en los debates frente al POR Boliviano. Pero no es el único. Ha venido a agregársele una supuesta teoría sobre las componendas para con el MNR, una supuesta sumisión al nacionalismo burgués. Dicho “descubrimiento”, no tan lejano como aquel otro, ha sido engendrado como pueril recurso ante la inconsistencia de la supuesta traición de no haber proclamado “¡Todo el poder a la COB!”. Paradójicamente las críticas por aquellos años (paralelo a esos sucesos) a la perso-

na de Guillermo Lora y su fracción porista, por parte de “figuras” del trotskismo, era justamente la contraria: por su rechazo a ingresar al Gobierno del MNR y su virulenta crítica al contenido burgués del MNR.

El líder revolucionario de Bolivia combatió implacablemente la argucia del papel progresivo del MNR. No pocas veces, y aun hoy en la actualidad, los autoproclamados trotskistas han sabido justificar sus acercamientos con el nacionalismo burgués con la idea de “marchar al encuentro con las masas”. En 1952 con esas masas aun presas del MNR el deber revolucionario indicaba – como ya fue expuesto más arriba y será desarrollado más extensamente en el texto – ayudar a comprender mejor su transitoria esperanza en el Partido de Víctor Paz Estenssoro. Muy por el contrario, aquellos mistificadores, prestidigitadores de la política, se han acercado a esos partidos para terminar como testafierros de la reacción. Recordemos que Nahuel Moreno ingresaría al movimiento peronista en la década del 50 y su periódico “Palabra Obrera” se definía “bajo la disciplina del General Perón y del Consejo Superior Peronista”.

Es allí donde se percibe la diferencia fundamental entre el método marxista del POR boliviano, y la escolástica de los filisteos revisionistas del marxismo. El infructuoso intento de fundir (y así liquidar) al Partido Revolucionario en las filas del nacionalismo burgués no tuvo éxito, no se materializó, para desgracia de todos aquellos falsificadores que reescriben la historia una y otra vez, de acuerdo a sus intereses actuales y no a un riguroso balance de los hechos. Recordemos también que en 1971 el partido Política Obrera de Argentina decía que el POR boliviano “ha sido un factor político de primer orden en nuestra evolución política internacional y nacional, Nuestras conquistas teóricas y militantes se fortalecieron en confrontación con la experiencia y la tradición del POR de Bolivia. La vinculación de nuestro Partido con el Comité por la Recos-

trucción de la IV Internacional debe entenderse en relación a la evolución de nuestras relaciones con el POR”, caracterización que el Partido Obrero abandonaría cuatro décadas más tarde.

Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que el aparato de mistificación stalinista poco tiene para envidiarle al aparato falsificador del centrismo trotskista. Lora ha dicho en una ocasión que los “trotskistas bolivianos no ocultan su perplejidad frente al hecho de que la Cuarta Internacional no ha logrado asimilar sus logros remarcables y tampoco señalar, mostrar las raíces de sus numerosos errores, lo que permitiría que no se vuelvan a repetir en la actualidad y en el futuro”. Suscribimos completamente y nos colocamos en la tarea que se desprende de esto.

CONCLUSIONES PRELIMINARES

Más de una vez había señalado el camarada Guillermo Lora que era urgente materializar la tarea de colocar el material informativo y teórico del Partido al alcance de todas las secciones de la IV Internacional. Podríamos hacer extensivo dicho señalamiento para con todos los luchadores. Se ve que en Lora el problema de la asimilación política-teórica ocupaba un papel trascendental en la vida del militante revolucionario.

También sostuvo que “solo los caudillos izquierdistas pedantes y la militancia que insiste en la ignorancia promovida por los aparatos partidarios en disputa en el campo de la pequeña burguesía pueden dar las espaldas a las contribuciones del POR”. Esto contradice las enseñanzas del marx-leninismo-trotskyista en sus más de 150 años de existencia, que batalló contra la repetición acrítica desligada del sañudo estudio para caracterizar o posicionarse sobre algún acontecimiento. Lamentablemente estos señores dirigentes han venido pisoteando en los hechos las banderas del internacionalismo proletario.

Los objetivos de los revisionistas no han podido cumplirse. Muy a su pesar, el POR ha salido enhiesto de aquellas batallas, el trotskismo ha demostrado toda su entereza para resistir los embates de la reacción, del stalinismo, pero también de los revisionistas. Incluso muchos habían descansado sobre la creencia de que el POR boliviano y con ello el CERCÍ y cada una de sus secciones, desaparecerían una vez muerto Guillermo Lora. Creyeron ver en su fallecimiento un fértil camino allanado para sus políticas socialdemócratas. La realidad demuestra que el CERCÍ fortalece su funcionamiento guiados por la afanosa contribución de Lora.

Hoy día podemos ver que dentro de la tremenda dispersión y atomización en la que se encuentra el trotskismo internacional, solo el CERCÍ – con sus imponderables y lógicos errores – ha podido intervenir con una sólida línea. Ha demostrado la enorme distancia teórico-programática que la separa del resto de los grupos que se reclaman de la IV Internacional (algunos incluso en su intento de “refundarla”). Todo esto no podría haberse logrado de no haber sido por las invalorable enseñanzas que nos ha dejado la riquísima historia del POR Boliviano.

La razón histórica le asiste al POR. Queremos dejar bien en claro, con la publicación de este trabajo, que la batalla del trotskismo frente al revisionismo centrista no se da en términos históricos-académicos, sino Político-Programáticos. Es aquella propia incapacidad de esas organizaciones para reconocer las conquistas del trotskismo en Bolivia, la que obligan a tomarnos el sistemático trabajo de borrar, de tanto en tanto, de un plumazo todas las tergiversaciones, distorsiones, falsificaciones, ocultamientos o calumnias con las que adornan sus materiales. Todo el hilvanado de deformaciones con las que pretender crecer no son más que verdaderos obstáculos que encontramos en el camino de formarnos como cuadros de la revolución. Por eso, y una vez más, sostenemos que la debida incorporación de los grandes procesos por los que atravesó el

POR, con su histórico dirigente Guillermo Lora, fortalecerán no solo el trabajo nacional de cada una de las secciones, sino el trabajo internacional enteramente.

Damos inicio con este libro a la reproducción de destacados escritos de nuestro querido camarada, teniendo la absoluta certeza de su real valor en la formación del militante profesional. Instamos a que sean leídos y estudiados por la amplia camada de oprimidos que han comenzado a transitar (o ya arrastran largo tiempo en ella) la senda de la lucha por el fin de toda forma de opresión, por la sociedad sin explotados ni explotadores, por la sociedad comunista, es decir, por las banderas históricas del socialismo revolucionario.

Partido Obrero Revolucionario

Sección Argentina del CERC

Abril de 2019

PRÓLOGO DE 1996

PARTIDO Y MASAS

En "La Revolución Boliviana" se encuentra la autocrítica de la actividad del Partido Obrero Revolucionario, particularmente durante las jornadas de abril de 1952, y que es válida en sus líneas generales.

Muchos se detienen en el hecho espectacular de que después de la contra-revolución de julio de 1946 las masas se movilizaron enarbolando como bandera la Tesis de Pulacayo, vale decir la estrategia porista. Hay que recalcar que un documento sindical planteaba la finalidad estratégica de la dictadura del proletariado. Para los observadores esto importaba que los explotados debían convertirse indefectiblemente en gobierno. Ya sabemos que las cosas no sucedieron así.

Los trabajadores fabriles y mineros, timoneando a amplios sectores de la clase media, destruyeron al aparato estatal feudal-burgués y a su ejército pero no lograron tomar el poder y, contrariamente, lo entregaron al enemigo de clase, como ahora aparece con toda nitidez. Siguió ese curso el desarrollo histórico porque inclusive los sectores avanzados del proletariado creían que el Movimiento Nacionalista Revolucionario era su partido y que cumpliría lo fundamental de la Tesis de Pulacayo. Salta a la vista que las masas no sabían distinguir a su partido político, no habían salido de la confusión en este terreno.

¿Por qué las masas no maduraron lo suficiente para imponer la dictadura del proletariado? Cuando instintivamente arremeten contra el Estado feudal-burgués coinciden con la finalidad estratégica señalada por el marxleninismo-trotskyista, lo que importa que avanzaron en el camino de su politización, pero no lo suficiente para darse cuenta lo que realmente era el movimientismo, que escondía detrás de su demagogia y menos para imponer su propio gobierno.

Hay una inter-relación entre partido político y masas. Cuando uno de ellos se detiene concluye obstaculizando el avance del otro. El partido es la expresión política de la conciencia de clase, que se sintetiza en la finalidad estratégica de la dictadura del proletariado. Nada de esto sería posible al margen del materialismo histórico. De aquí se llega a la conclusión de que el partido revolucionario es imprescindible para que la clase en sí se trueque en clase para sí, para que las masas trabajadoras se estructuren como clase independiente de la burguesía dueña de los poderes económico y político.

Si las masas bolivianas, admirables por tantos aspectos, no lograron comprender que el Movimiento Nacionalista Revolucionario era nada menos que la política burguesa, proimperialista, contrarrevolucionaria se debió -sería bien subrayar lo que decimos- a que su partido, el Partido Obrero Revolucionario, no logró llegar oportunamente hasta ellas con la orientación debida.

Este fenómeno sorprendente fue el resultado del choque interno entre corrientes contrarias, que desde el primer momento mostraron que sus discrepancias tenían como eje ideas contrapuestas sobre los principios programáticos.

Nuestra posición en las discusiones internas, que invariablemente acabaron en escisiones necesarias para poder conservar la vida del Partido, siempre fue dura, franca, como corresponde en la guerra entre las clases sociales extremas. A esta altura podemos decir con firmeza que nuestra posición fue correcta, pues todos los opositores concluyeron indefectiblemente en las trincheras oficialistas y burguesas. Hemos asimilado debidamente la lección: cuando los opositores dentro de la organización partidista ponen en duda la finalidad estratégica con seguridad preparan su desplazamiento hacia la política del enemigo de clase. En este caso la conducta correcta consiste en preparar debidamente la escisión, única manera de fortalecer a la vanguardia del proletariado.

Los que resistieron a la Tesis de Pulacayo estaban seguros que la lucha por el poder en competencia con el movimientismo era una postura aventurera que nos conduciría al descabro. Hemos publicado la tesis redactada por un viejo dirigente al respecto.

Ya hemos dicho y a esta altura hay que reiterar, que el Partido Obrero Revolucionario desgraciadamente no logró potenciarse política y organizativamente asimilando la experiencia rica de sus militantes en el campo obrero. A esto se debió a que no pudiese con toda oportunidad dar las respuestas políticas orientadoras a las masas que comenzaban a desplazarse hacia las posiciones movimientistas.

Es cierto que un poco más tarde, el trotskismo fue recuperando su papel de dirección y orientando la lucha de los explotados contra la política antinacional y antipopular de las masas. Entonces se planteó la lucha por el poder ganando políticamente a las masas atrapadas en las redes del movimientismo demagogo y que en la práctica demostraba que su política era capitalista.

EL POR BOLIVIANO Y LA IV INTERNACIONAL

La experiencia enseña que la debilidad de la Cuarta Internacional se convierte en un obstáculo serio para el fortalecimiento de las secciones nacionales, pues no permite la elaboración colectiva de la línea política de las diferentes secciones y tampoco asimilar críticamente la experiencia del proletariado mundial.

El Partido Obrero Revolucionario de Bolivia ha asestado rudos golpes al stalinismo, a los revisionistas del trotskismo, etc., pero todo esto no ha podido ser capitalizado por la Cuarta Internacional, por la extrema debilidad de ésta.

Muchas veces los poristas bolivianos han sido mostrados como figuras llamadas a saciar la curiosidad hacia un país tradicional por su atraso, pero nunca se hizo el menor esfuerzo

para la superación del movimiento político del país altiplánico, etc.

Estamos convencidos que la experiencia boliviana necesariamente tiene que convertirse en el capital que puede coadyuvar a poner en pie un poderoso Partido Mundial de la Revolución Socialista, siempre que se asimile críticamente todo lo logrado en tierras andinas.

No deja de ser curioso que se discuta la actuación del POR partiendo de informaciones de segunda mano, de malos entendidos y de muchas falsedades. Tiene que sorprender que todos repitan las ocurrencias de un grupo inglés sobre el trotskismo boliviano, que las inventaron para fortalecer sus posiciones frente a los lambertistas franceses.

Creemos que nuestro deber es poner a disposición de todos los documentos que muestran cómo se formó el trotskismo boliviano y su partido -estos papeles forman parte de la cultura del país-, a fin de que la discusión se torne seria y provechosa.

Esto explica por qué hemos acumulado escritos, documentos en las "Obras Completas", pero quisiéramos que sean utilizadas en la discusión, para provecho de la causa revolucionaria. Hasta este momento esto no está sucediendo y la polémica alrededor del POR sigue siendo básicamente calumniosa.

En alguna forma, el contenido de "La Revolución Boliviana" forma parte de la elaboración de la línea política porista, que ha sido y sigue siendo una tarea apasionante, combativa y necesaria.

Se integra a la larga polémica que venimos sosteniendo contra los revisionistas del trotskismo de todas las latitudes y contra los nacionalistas, stalinistas y reformistas, que en la actualidad se han desplazado hacia las posiciones de la burguesía criolla y del imperialismo. Comprobamos con orgullo que el Partido Obrero Revolucionario se ha convertido en la única referencia revolucionaria para las masas radicalizadas. Esta situación excepcionalmente favorable nos obliga a traba-

jar con firmeza para lograr el rápido fortalecimiento político y organizativo del Partido Obrero Revolucionario.

Es destacable constatar que la línea política, la estrategia porista, permanezcan invariables a través de décadas de lucha brava. Algunos dirán que se trata de una testarudez clásica de los trotskistas. A nuestro turno decimos que nos encontramos en la obligación de aferrarnos a nuestro programa porque comprobamos que ha sido ratificado por los acontecimientos. Los hechos y no la vanidad nos obligan a mantener nuestra finalidad estratégica porque comprobamos que encarna las leyes de la historia, del desarrollo y transformación de nuestra sociedad.

Esta línea política ha sido forjada por la militancia porista en el seno de las masas, a las que politiza, organiza y moviliza, buscando aplastar a la burguesía criolla y al imperialismo.

La Paz, junio de 1996

G. L.

LA REVOLUCIÓN BOLIVIANA
(Análisis crítico)
1964

Guillermo Lora

I

CAUSAS DEL RETORNO DEL MNR AL PODER

CONSECUENCIAS DE LA POLÍTICA PRO-ROSQERA DEL PIR

Cuando el primer gobierno movimientista, después de la ruptura de la logia militar RADEPA con el MNR¹ y del bárbaro colgamiento de Villarroel, era opinión generalizada, difundida sistemáticamente por la gran prensa ("La Razón", "Ultima Hora", "Los Tiempos", etc.), de que el partido pequeño burgués² estaba condenado a desaparecer del escenario

¹ Al respecto, puede leerse con provecho el folleto "Así cayó Villarroel" del movimientista Alfonso Finot, que ahora da la impresión de haberse convertido en uno de los testaferreros de Paz, que fue sindicado por él como uno de los culpables del colgamiento de Villarroel.

² Se ha demostrado hasta la saciedad que el MNR en sus inicios (se trataba entonces de un grupo de intelectuales pequeño-burgueses empobrecidos, que animaron primero el semanario "Busch" y, más tarde, el bullanguero, pintoresco e interesantísimo diario "La Calle", donde se puso en evidencia el talento chispeante de Montenegro y la indiscutible habilidad de escritor de A. Céspedes) mantuvo relaciones estrechas con la embajada nazi en La Paz. Se está obligado a concluir que esas relaciones, dada la orientación y las costumbres de los diplomáticos alemanes, necesariamente buscaban algo más que fines meramente culturales o de simple amistad. En otro lugar hemos indicado que los jóvenes movimientistas cifraban gran parte de sus esperanzas políticas en el triunfo -para ellos seguro- de la Alemania nazi en la segunda guerra mundial. Nos asiste el convencimiento de que esta postura no estuvo inspirada, de manera alguna, en ambiciones subalternas -decimos esto a pesar de que sirvió para financiar parte de la existencia de "La Calle"- sino en una honesta preocupación por materializar la liberación de Bolivia de las garras yanquis. En las "Bases" que escribió José Cuadros Quiroga (se ha hecho notable por haber sido el ministro de gobierno más antiobrero que ha tenido el antiobrero régimen movimientista, evidencia que no puede

ser atenuado con el argumento de que sus ataques estuvieron dirigidos con preferencia contra la burocracia Lechinista) no hay, en verdad, anti-imperialismo sino anti-yanquismo que se complementa con un indisimulado filonazismo. Los "nacionalistas" del MNR no alcanzaron a comprender las leyes de la economía y de la política de nuestra época. Cuando la balanza mundial se inclinó manifiestamente en favor de las "democracias" (así llamó Stalin a los países imperialistas, a pesar de que todo marxista -y también el que no lo es- sabe que viven de la explotación de casi todos los países del mundo y de que la "democracia norteamericana" constituye el refugio de un racismo cavernario y de otras monstruosidades) se hizo demócrata. Nos complacemos en citar la opinión de Henry Miller, el Rabelais de nuestra época: "No saben que, cuando un obrero norteamericano emerge de su refulgente carruaje de lata, se entrega al trabajo más embrutecedor que un hombre puede realizar. Ellos no saben que es posible aun trabajando en condiciones óptimas, renunciar a todos los derechos del ser humano. No saben que las condiciones óptimas (en el argot norteamericano) consisten en las mayores ganancias para el patrón, la servidumbre extrema para el obrero, la mayor confusión y desilusión para el público en general... En el mundo industrial todo esta mancillado, degenerado, envilecido. A tal punto ha llegado esto que, cuando se ve una bandera desplegada con orgullo y arrogancia, uno siente olor a rata muerta. La bandera se ha convertido en una pantalla que cubre la iniquidad. Siempre tenemos dos banderas norteamericanas: una para los ricos y otra para los pobres. Cuando los ricos la hacen flamear, eso quiere decir que las cosas están bajo control; cuando la hace flamear el pobre, eso significa peligro, revolución... En menos de doscientos años la tierra de la libertad, el hogar de la libertad, el refugio de los oprimidos ha cambiado hasta tal punto de significado que hoy, cuando un hombre o una mujer logra escapar de los horrores de Europa, cuando finalmente logra pararse bajo nuestro glorioso emblema nacional, la primera pregunta que se formula es: "¿Cuánto dinero tiene? El MNR, abandonando su filonazismo, inició su carrera de partido democrático. Para que la voltereta impresionase debidamente al Departamento de Estado, el gobierno Villarroel, envió a los alemanes radicados en Bolivia a los EEUU. El resumen de lo expuesto es el siguiente: el MNR ha pasado por una etapa filofascista y solamente por razones de conveniencia temporal

político. Dentro del propio MNR proliferaron las teorías que buscaban sustituir su nombre, sus fines y su organización, y todas ellas tenían un denominador común: la concepción de que el partido de Montenegro-Paz había caducado históricamente. Se consideraba que tal era una de las consecuencias inevitables del levantamiento del 21 de julio de 1946. Flotaba la impresión de que los observadores políticos se hubiesen puesto de acuerdo para ignorar un síntoma, a pesar del excesivo ruido que hacía y que permitía poner en duda el desenfrenado optimismo de los portavoces de la rosca y del stalinismo (éstas eran las que en esa época fabricaban la opinión pública): la vigorosa e instintiva reacción de las masas mineras contra los nuevos amos del poder, pues, acertadamente sospecharon, desde el primer instante, que se trataba de los representantes de la contra-revolución.

Los "teóricos" (muchos renegados del trotskysmo ofician de tales) y defensores del actual régimen, gustan propalar la especie de que la dirección porista se dio modos para evitar que la defensa de Villarroel por parte de los mineros llegase a su punto culminante. La miopía o los intereses bastardos obligan a distorcionar los hechos históricos. El impulso elemental de las masas de vengar a Villarroel y defender sus conquistas sociales (creemos que, en los primeros momentos, el impulso de los mineros se canalizó hacia la venganza y no a la defensa propiamente dicha del presidente colgado) se transformó, bien pronto, en un otro fenómeno: la tenaz lucha por un programa revolucionario, que había sido dado por el POR y por el MNR.

Lo que nosotros hemos calificado como el "mito de Villarroel" consistió, precisamente, en que las masas -recorriendo la particular ruta de la evolución de su conciencia clasista-

y de política exterior ha efectuado un viraje hacia un democratismo chirle. En la fecha este partido es abierta y cínicamente proimperialista y se empeña en subrayar el carácter fascista de FSB.

dieron un contenido revolucionario de clase a la bandera de Villarroel.

El autor de estas líneas tiene un recuerdo vivido de la forma cómo recibieron los mineros el 21 de julio. Al retornar de su refugio (fue uno de los perseguidos en las postrimerías del régimen movimientista) tocó obligadamente Siglo XX y se informó que los trabajadores se habían organizado en batallones con la intención de marchar sobre las ciudades. Si esto hubiese ocurrido, la consecuencia inmediata habría sido acentuar la lucha por un programa revolucionario, que políticamente fuera mucho más avanzado que el MNR y su régimen gubernamental. Sólo más tarde supimos que algunos dirigentes mineros nos buscaron y no carecería de importancia saber si tenían la intención de coordinar su actividad política con el POR o bien la de impedirnos llegar a Oruro. Nuestro objeto en ese momento era concreto: rectificar algunas desviaciones en las que habían caído ciertos dirigentes poristas.

Sería erróneo negar que en las ciudades una efectiva movilización popular (fabriles, ferroviarios, estudiantes, maestros y, en general, todo grupo social donde el stalinismo había logrado penetrar) desembocó en el levantamiento del 21 de julio y que las minas no lograron empalmar con los sacudimientos de aquellas. Una interesada interpretación de esos acontecimientos se empeñan en presentarlos en su desarrollo cotidiano, como simples maniobras de los comandos rosqueros, totalmente aislados de las masas. Estas gentes simplistas, inspiradas y financiadas por el oficialismo, pretenden ignorar que gran parte de las direcciones sindicales, principalmente de las famosas Federaciones Obreras Sindicales, se encontraban en manos del stalinismo y que las universidades y el magisterio constituían su tradicional e inexpugnable fortaleza. La gran prensa (dentro de ella jugó un papel de primer orden el veleidoso y, también, "liberal" "El Diario") logró movilizar a la opinión popular de las ciudades contra el primer gobierno movimientista. Esta propaganda no llegó o, mejor, no pudo

hacer mella profunda en las minas y en el agro. La rosca, por otra parte, no abrigaba planes tan ambiciosos y estaba segura que su victoria en los centros urbanos paralizaría inmediatamente a mineros y campesinos. Mas, ocurrió lo inesperado: los trabajadores de las minas se pusieron en pie de combate contra la llamada Junta de gobierno, expresión químicamente pura de la alianza stalinismo-rosca. El panorama se completa si se tiene en cuenta que el POR -vanguardia del proletariado, por su programa y por su proyección histórica- daba sus primeros pasos, buscando penetrar en las masas, justamente en los centros mineros, y que carecía virtualmente de significación en las ciudades y en los medios estudiantiles y docentes. Los grupículos poristas de los centros urbanos se movían bajo la poderosa presión del pirismo (el POR es partido revolucionario en la medida en que logra arrastrar a la vanguardia proletaria detrás de sus ideas), partido de masas en ese entonces y que tenía influencia decisiva en los círculos periodísticos y universitarios. El PIR era el stalinismo y, a través de Chile, se había constituido en su seno una célula comunista. Muchos de los supuestos trotskystas y que actualmente se encuentran, directa o indirectamente, al servicio del gobierno (entre ellos el que, para baldón del parlamento³, llegó hasta la Presidencia de la Cámara de Diputados y que ha sido calificado como "honorable Cebú" por el gracejo popular), en nada se distinguieron de las posiciones adoptadas por el PIR y agotaron todos sus recursos en la lucha contra el "nazifascismo" movimientista. Fue necesaria la presencia de quienes estábamos actuando en las minas (realizando la proeza de convertir las ideas del Partido en fuerza material) para superar tan peligrosa como contra-revolucionaria postura. Los mismos que capitularon ante la

³ Acaso sería conveniente modificar este concepto después de la noticia de que Sanjinés Ovando ha llegado a ocupar la Presidencia de la Cámara de Diputados. Este hecho demuestra el grado de putrefacción del MNR y el desprecio que siente por los llamados "representantes nacionales".

rosca modificarían, más tarde, su conducta en 180 grados, al extremo de concluir postrados ante el MNR. Para rectificar la línea del Partido hubo en Oruro una reunión nacional trotskysta, inmediatamente después de los acontecimientos de julio. Esta particular disposición de las fuerzas políticas, ocurrida al día siguiente del 21 de julio, dibujó ya un esbozo de lo que sería la lucha durante el sexenio y que encontró uno de sus puntos culminantes en el 9 de abril de 1952.

Por sus objetivos y por sus realizaciones, el 21 de julio de 1946 se operó un levantamiento contra-revolucionario, a pesar de que se apoyó en la movilización masiva de ciertos sectores populares. El control político del movimiento, de manera absoluta, estuvo en manos de la rosca, que actuó por medio de sus partidos propios, de la masonería, amo virtual de las situación y colocada por encima de todas las divergencias políticas de su clase, y del stalinismo, que fue el eje de las operaciones callejeras y el que imprimió cierto carácter popular al movimiento. Sin un PIR absolutamente sometido a la rosca no habría sido posible el 21 de julio, por lo menos con las características con las que se ha producido. El stalinismo (su núcleo fundamental de activistas se constituye más tarde, en PCB) reivindicó inmediatamente para sí la victoria de la lucha contra-revolucionaria y anti-movimientista y, sin embargo, de una manera por demás sospechosa y con el pretexto de preservar la unidad de las fuerzas anti-fascistas (primero ostentó el rótulo de UDB y luego el de FDA), no reclamó el control total del poder, que, de una manera natural cayó en manos de los abogados de la gran minería, y se limitó a dar un cariz populachero a los primeros gobiernos del sexenio. La participación del stalinismo en la Junta de Gobierno y en el llamado Gabinete de Unidad Nacional no fue suficiente para imprimir a esos regímenes una orientación de izquierda; al contrario, el PIR sirvió como instrumento de una política marcadamente obrera y anti-nacional.

Bolivia debe ser uno de los pocos países en el que la masonería conserva aún importancia política. En la mayor parte del mundo es una organización legal e inofensiva e incapaz de conservar su unidad frente a la poderosa presión de los problemas del momento (recuérdese la escisión de las logias después de la revolución castrista de Cuba). Este fenómeno es explicable si se considera que se trata de un resabio que arrastramos desde hace varios siglos y que conoció su esplendor en la época de la burguesía revolucionaria y que para sobrevivir, por lo menos burocráticamente, la masonería está condenada a actuar como punta de lanza del imperialismo, es decir, de una causa en descrédito y en quiebra crecientes.

El anacronismo de la masonería boliviana es el resultado de la impotencia de la feudal burguesía⁴, que no ha podido dar nacimiento a un partido político tan poderoso que representase las reivindicaciones demoburguesas y se convirtiese en la dirección indiscutida del movimiento político durante decenios, y también del hecho de que la masonería es la única tradición ideológica (liberal y progresista) dominante hasta 1953. Durante las jornadas contra-revolucionarias de julio, el comando supremo de la rosca y del stalinismo estuvo ubicado en la Universidad de La Paz y su cerebro fue el Gran Maestro de las logias bolivianas, Héctor Ormachea Zalles. La masonería sigue sosteniendo, a pesar de las tremendas sacudidas sociales que se han operado, que le corresponde, por derecho divino -

⁴ El término feudal-burguesía, por lo que sabemos, se utiliza exclusivamente en la literatura socialista boliviana y su origen tiene que rastrearse en los primeros escritos de propaganda y en los del aventurero Marof. Es común a todo el movimiento marxista y ha sido invariablemente empleado por el trotskismo. Para un criterio formalista el término es absurdo porque yuxtapone términos por sí mismo excluyentes: feudalismo y burguesía. Para nosotros se trata de un éxito lexicográfico, pues designa cabalmente a una clase con pretensiones burguesas y que económicamente se nutre de las formas productivas feudales.

de aquí que mire con cierto desprecio la pugna partidista-, salvar y dirigir a Bolivia. Esta pretensión ha servido para justificar todas las calamidades cometidas por la oligarquía desde el poder.

Los criollos rebeldes de comienzos del siglo XIX, ideológicamente inspirados en las doctrinas revolucionarias de la burguesía internacional y económicamente entroncados en el latifundio, en la despiadada explotación y exacción de las masas campesinas, y en las débiles ramas de la producción urbana (aglutinados alrededor de un incipiente capitalismo comercial), que en otra época y encontrando posibilidades de un pacifismo e ilimitado desarrollo podían haberse convertido en cimiento de un sistema típicamente capitalista⁵ decimos que los criollos rebeldes encontraron en las logias masónicas (nidos donde conspiraban los librepensadores) una verdadera dirección política. Esas logias fueron organizadas bajo la influencia y el control de las similares europeas y por emisarios enviados de allende los mares. El "Precursor" Miranda recorrió medio mundo de logia en logia, interviniendo en conspiraciones y en los movimientos revolucionarios burgueses. A pesar de la tutela inglesa sobre la Revolución de la Independencia, ésta tenía profundas raíces nacionales y sus objetivos emergían de la entraña misma del proceso histórico, pareciendo desmentir el internacionalismo de la masonería internacional. Otro tanto ocurre con el marxismo, a pesar de la interesada propaganda de los liberales y masones, que en la fecha es la única posibilidad de dar expresión adecuada a los movimientos nacionales.

Las primeras eclosiones nacionalistas del país (creación de Bolivia, violentando las decisiones del "padre de la Patria"

⁵ Nos estamos refiriendo a la producción basada en la mita y en la minería, cuya técnica fue heredada de la Colonia. Es claro que se trata -como enseñó Marx- no de determinar simplemente qué se produce, sino cómo se produce.

Bolívar; oposición terca a las fuerzas colombianas) fueron dirigidas, precisamente, por la masonería. El movimiento de oposición a los sueños intervencionistas de Bolívar y Sucre es uno de los más sugerentes hechos y, añadamos, el menos estudiado; se trata de lo que el historiador M. Beltrán llama el "mito bolivariano". Este estremecimiento nacionalista-el primero de nuestra historia- abarcó Perú y Bolivia y ha dejado abundante testimonio escrito. Las primeras manifestaciones de los intereses de los criollos bolivianos, que se expresaban en la necesidad de crear un estado independiente de la tutela de la Gran Colombia, el Perú o de la Argentina, no pudieron menos que dividir a la masonería americana y lanzar a los masones bolivianos contra sus "hermanos" del continente. Desde los primeros momentos la lucha antimasonica se convirtió en bandera política, y no podía esperarse otra cosa. Andrés de Santa Cruz fue sañudamente combatido como masón, pues había fundado una logia en las orillas del Titicaca, como parte de sus sueños de hegemonía internacional y de la superación del absurdo parcelamiento del continente.

A fines del siglo XIX la insurgencia liberal, alentada por los sectores progresistas de la clase dominante y que ya no podía desarrollarse bajo el secante control de la oligarquía conservadora, fue una insurgencia masónica. El liberalismo, pese a sus limitadísimos alcances, agota las posibilidades políticas de la feudal-burguesía e impone su huella en las ramas republicanas e incluso en las socializantes, que más tarde se aglutinan en el anémico ensayo pursista. El liberalismo, aunque no los liberales, gobiernan este país, con pequeñísimos intervalos, hasta la cuarta década del presente siglo. La pronta caída del partido liberal, marcada por profundas escisiones e interminables y enconadas luchas internas, obliga a la masonería a elevarse por encima de los partidos, a controlarlos a todos ellos y constituirse en el tribunal supremo de la política.

La masonería ha demostrado mucho interés por controlar los organismos de izquierda y a los de oposición. Se puede

decir, sin incurrir en exageración alguna, que se ha ejecutado un verdadero entrismo masónico en los partidos pretendidamente marxistas. Virtualmente la plana mayor del PIR fue asimilada por diversas logias. Tal es el mecanismo secreto por el cual la gran minería (las logias se desarrollaron a su sombra) logró controlar la actividad del stalinismo. Carlos V. Aramayo se convirtió en el principal sostenedor de la causa pirista. "La Razón" ha tenido su época filostalinista y prominentes miembros de la rosca se inscribieron en el PIR.

La rosca logró el control de ciertas capas populares por medio del stalinismo, precisamente en la época en que ganaba de gran predicamento, debido a que su verdadera fisonomía no era conocida por todos. Antes y después del 21 de julio, el PIR toma para sí la tarea de crear diversos tipos de organizaciones destinadas a encasillar a las masas, que habían comenzado a agitarse, a fin de conducirlos a las posiciones de la reacción. Los sectores más amplios y empobrecidos de la clase media (maestros y estudiantes), los proletarios y artesanos luchaban sinceramente, aunque siguiendo un falso camino, contra la rosca feudal-burguesa; pero al prestar su apoyo militante al stalinismo volvían a caer, sin tener la menor idea de lo que estaba ocurriendo, en las garras de su odiado enemigo. La maniobra siniestra, elaborada y ejecutada a espaldas de las masas, constituyó una de las más grandes traiciones a los intereses populares y nacionales. Constatar la subordinación completa del stalinismo a la rosca -conducta que era parte de una idea y de un programa y no resultado de un accidente o de un error ocasional- era ya suficiente para adelantar que el stalinismo estaba condenado a morir. Así los discípulos de Stalin debutan cínicamente como capangas de la rosca. ¿Una particularidad boliviana? De ninguna manera. El stalinismo boliviano se ajustaba fácilmente a la línea impartida desde Moscú: colaboración estrecha con las burguesías nacionales y con el imperialismo, para luchar eficazmente contra el fascismo. La rosca y el stalinismo calificaban con el mote de nazifascistas a los

partidos revolucionarios que no eran de su agrado y que creían era su deber combatirlos. Se trataba, pues, de la línea oficial stalinista, que, según expresión del entonces amo del Kremlin, consistía en la prolongación indefinida de la cooperación con las mal llamadas democracias imperialistas. Consecuencia lógica de esta postura antimarxista fue la proposición de Browder en sentido de liquidar a los partidos comunistas (para sustituirlos con ligas de estudio, decía), por resultar un anacronismo en una época en que debía cooperarse con las burguesías dominantes. El que Browder se hubiese convertido en el chivo expiatorio de tal política encaja, también, dentro de las prácticas stalinistas.

El stalinismo boliviano, al igual que el de otros países, se orientó, durante la segunda guerra mundial, hacia la cooperación abierta con la rosca y con el imperialismo, bajo el pretexto de que así se defendía la democracia y la cultura occidental. Fue remarcada la teoría de que cualquier huelga significaba un apoyo directo a la Alemania nazi. Fueron los hechos los que se encargaron de colocar a las masas frente a la política desarrollada por la dirección pirista y así se abrió la posibilidad de que el MNR se convirtiese en un partido de masas. En esa época la propaganda porista, que aún no había alcanzado dimensiones nacionales, estuvo destinada a denunciar la naturaleza traidora de la política stalinista.

Algo semejante ocurrió después del 21 de julio de 1946, durante el siniestro período del sexenio. La total subordinación del stalinismo a la rosca, su política antiobrera y llena de traición y felonía empujó a las masas hacia el MNR. El desarrollo de estos acontecimientos coinciden -y en cierta medida coadyuvan- con los esfuerzos que hace el POR para penetrar en las masas; pero no estaba debidamente capacitado para sacar todas las ventajas posibles de una situación política favorable.

El proletariado, principalmente el minero, instintivamente llegó a la conclusión de que el gobierno nacido el 21 de julio de 1946 arremetería contra las conquistas sociales y que no era

más que un instrumento de la gran minería. La alianza stalinismo-rosca permitió a las masas identificar al PIR con la misma rosca. La mayoría nacional se hizo anti-pirista y así se sentó la premisa básica para que el MNR pudiese recobrar todo su poderío y, posteriormente, el poder mismo. Durante el sexenio la actividad del POR, cuya propaganda contra el stalinismo y la pugna con el MNR, partido perseguido y en la oposición, pasó a un segundo término. Los acontecimientos se encargaron de imprimir cierta deformación a la línea partidista, no otra cosa fue la stalinofobia. El PIR, que contaba con ministros, jefes de policía y órganos periodísticos, difundió la especie de que el trotskismo no era más que una versión disimulada del nazifascismo, es decir, del MNR, y de esta manera contribuyó a crear una tremenda confusión política entre las masas.

EQUIPO SINDICAL DEL MNR

El trabajo del derrocado MNR (que hay que declarar fue su mayor acierto) consistió en retomar pacientemente posiciones en el campo sindical, propósito que pudo cumplirse con relativa facilidad porque las masas se encontraban en franca lucha contra el gobierno rosco-stalinista y exigían mejores condiciones de vida y de trabajo. Para los trabajadores el retorno a las filas del MNR y el deseo de que éste último llegase al poder significaba nada menos que volver a la lucha formal contra la gran minería, contra el imperialismo y salir en defensa y superación de las conquistas sociales. Para sintetizar en una breve sentencia: las masas, de manera paradójica e inesperada, identificaron al MNR con las posiciones revolucionarias, y con sus propios objetivos. Este malentendido (maliciosamente fomentado por la dirección del partido pequeño-burgués) fortaleció, en un comienzo, las posiciones movimientistas, preponderantemente; pero, al mismo tiempo, sembró los gérmenes de su futura destrucción, proceso al que estamos asistiendo.

El MNR, con la finalidad de inflar rápidamente sus filas y seguro de que desde el poder es siempre posible arrinconar todo movimiento opositor, se olvidó de su programa (donde puede distinguirse el olor penetrante de una antiyanquismo de inconfundible corte nazi), disimuló sus verdaderas posiciones, sus líderes se declararon marxistas y lanzaron demagógicamente proposiciones anti-imperialistas y cien por cien favorables a las masas. Algo más grave aún: poco a poco fue hablando un lenguaje extraño y adoptando una ideología radical. Este proceso iba de las bases hacia la dirección y no en sentido contrario. La táctica del disimulo decretada por Paz se tradujo, no pocas veces, en la carencia de una efectiva dirección nacional movimientista. Paulatinamente, pero de una manera firme, el MNR se fue vistiendo con ropaje ideológico ajeno, que fue conseguido gracias al saqueo perpetrado a otras tiendas políticas. Este antagonismo entre la fraseología utilizada por el MNR con fines de exportación y su verdadero programa no pudo menos que proyectarse en el porvenir como el choque, violento entre las masas y la política antiobrera de los gobiernos movimientistas. La época de ascenso revolucionario de las masas que precede al 9 de abril conoce un rápido crecimiento de la influencia (más ideológica que organizativa) del POR, que a la opinión pública se le antoja ser un partido recién organizado. Se puede decir que es en este período en el que con mayor nitidez el MNR se perfila como filomarxista. Este pasado sirve de ejemplo a los que pretenden identificar al MNR con el comunismo. El partido pequeño-burgués, partiendo de una postura extremista, ha concluido convirtiéndose en dócil instrumento del imperialismo.

El equipo sindical movimientista, entrenado y templado en la lucha diaria, logra aglutinar a valiosos luchadores y agitadores, que supieron cumplir exitosamente su misión. Es este equipo el que recibe en mayor medida la influencia porista y se convierte en el canal por el que se filtra una ideología exótica en el seno del MNR. Muchos de los agitadores movimien-

tistas nadaron, durante el sexenio, entre dos aguas (asentaban un pie en el MNR y el otro en el POR) y estaban convencidos que el arribo al poder de su partido importaría nada menos que la materialización del programa trotskysta. La evolución normal de estos elementos -si se pasa por alto el peligro de degeneración que importa el paso por el poder- habría sido su reubicación en el sector revolucionario, después de haber madurado bajo la experiencia del gobierno movimientista; antes de abril de 1952 se descontaba como segura esta variante. Los que escucharon atentamente nuestra prédica acerca de la inevitabilidad de la quiebra del MNR en el poder y de su capitulación frente al imperialismo norteamericano, eran los que mejor que nadie podían convertirse en cuadros del partido obrero. Nadie puede negar que advertimos, con la debida anticipación, que la clase obrera, en su terco afán por encontrar su propio camino, estaba solamente de paso por el MNR y que si este partido llegaba al poder sería rápidamente (tomando en cuenta las dimensiones históricas) arrojado del aparato estatal por los propios trabajadores. El observador menos perspicaz tiene que convenir que este pronóstico está a punto de cumplirse y, por lo tanto, sería absurdo centrar la discusión alrededor de su validez. El equipo sindical del MNR, convertido en burocracia sólidamente estratificada, como resultado del mismo proceso revolucionario, ha seguido un camino diferente al por todos esperado.

¿Dónde han ido a parar los miembros del equipo sindical movimientista? Casi todos ellos han caído en el campo de la contra-revolución y no en las filas del partido obrero. Dos factores contribuyeron a este lamentable resultado:

- 1) El descomunal apoyo masivo al gobierno, inmediatamente después al 9 de abril de 1952, empujó a muchos "teóricos" (entre éstos los presuntos trotskystas) a sostener que el régimen movimientista se mantendría por 50 o 100 años, y que no existían razones valederas para esperar la aparición de un nuevo partido de masas, capaz de llegar al poder a la cabeza de

los trabajadores. Desde este punto de vista, la tolerancia de las fluctuaciones y de las concesiones al imperialismo se tenían como la prueba acabada de realismo político, pues se pensaba que el abandono de ciertos aspectos de la ideología era una imposición del desarrollo de los acontecimientos. Los que durante la oposición lucharon codo a codo con los trotskystas, creyeron de su deber empeñarse en justificar los errores del gobierno y las mismas medidas anti-obreras, porque así -según ellos- defendían la revolución, echaban tierra sobre su radicalismo del pasado y se mantenían junto a las masas. Los que eran considerados más honestos dentro del equipo sindical comenzaron así a recorrer el camino de la degeneración. Este razonamiento errado tenía como punto de apoyo la evidencia de que la campaña ideológica (en esa época exclusivamente propagandística) tuvo como inmediata consecuencia el relativo aislamiento del POR del grueso de las masas. No podía esperarse otra cosa. Se trataba de un período en el cual la mayoría nacional se movilizaba activamente detrás del gobierno. El POR realizaba un trabajo encaminado a defender su bandera ideológica y a sentar las bases para una futura penetración sindical.

2) Con todo, fue un otro factor el que hundi6 en la más repugnante degeneración al equipo sindical movimientista. Nos referimos a la degeneración promovida desde los más altos círculos gubernamentales. El MNR no tuvo que preocuparse por lograr el control ideológico de los dirigentes sindicales, desde el momento que ya los tenía agarrados por el est6mago. La triste realidad es que para esos buenos luchadores del pasado el problema programático fue reemplazado por el afán de capturar prebendas de toda monta. Lechín ha jugado un rol de primer orden en la degeneración de ese equipo de dirigentes sindicales.

LA VANGUARDIA PROLETARIA Y SU PROGRAMA

Mientras el MNR y el PIR eran amos de las masas y entre ellos se disputaban el control del país, la vanguardia del proletariado, de reducido volumen, sin tradición organizativa e ideológica, aparecía como una novedad ante el país y pocos acertaban a darse cuenta de su programa. Este es uno de los factores de importancia que contribuye al retorno del MNR al poder.

El observador superficial puede concluir extrañándose porque el POR no se hubiese convertido en la época del sexenio en un partido de masas, o atribuir el hecho a errores ideológicos. Los que así razonan argumentan que el POR fue fundado antes que el PIR y el MNR y que no faltaron las coyunturas favorables para el crecimiento de las tendencias radicales. Tiene que rechazarse de plano la pretensión de que el partido marxista se convierta en veinticuatro horas en uno de masas. No puede ni debe ignorarse la etapa de elaboración del programa, etapa por sí misma larga. Se trata de un proceso de capital importancia porque no puede concebirse un partido revolucionario sin programa. Cuando el POR súbitamente irrumpe en el escenario político, las masas no se encontraban debidamente maduras para asimilar todo su programa: la impresión generalizada era que planteaba una utopía inaplicable a un país atrasado. En circunstancias tan desfavorables, como inevitables, los tremendos esfuerzos del Partido lo más que lograron fue ensanchar su influencia ideológica (de todos modos un trabajo para el porvenir) y, sin embargo, la organización creció muy poco. El MNR, contando con un aparato poderoso y con una situación política que le era totalmente favorable, pudo neutralizar esa influencia e incluso, en ciertos momentos, apoyarse en ella en su lucha por el poder.

De 1946 a 1952 se reelaboraba el programa que había servido de base para la estructuración del POR, cuyos enunciados generales precisaban un adecuado ajuste a la realidad bolivia-

na. Esta reelaboración presuponía la asimilación crítica de las lecciones emergentes de la lucha diaria. El Partido se transformó política y organizativamente (a través de crisis y escisiones inevitables), lo que no supone que se hubiese emancipado totalmente de la nefasta herencia dejada por el viejo POR.

Donde se expresaba la extrema debilidad del Partido era en su rudimentarismo organizativo (tradeunionismo dice Lenin) y en una especie de desprecio pequeño-burgués por el trabajo práctico diario. Estos aspectos negativos le fueron impresos al trotskismo por su propio desarrollo y, también, por su dirección pequeño-burguesa. El inicio de la penetración en las masas no fue acompañado por la formación de células de empresa o calle y su trabajo se limitaba a la propagación de los principios revolucionarios. Se trataba, pues, de una orientación defectuosa y limitada en extremo. A pesar de todo, sobre los éxitos alcanzados en esta época se edifica recién, de manera sólida, el Partido, que ha dejado de ser un simple grupo de exiliados. Muchos de los errores organizativos en que se incurrieron pueden explicarse por la carencia de tradición en la materia y porque se estaban dando los primeros pasos en el camino del aprendizaje.

Durante el sexenio el Partido es sañudamente perseguido por el stalinismo, que se encontraba en el poder junto a la rosca. En el pleno combate se renueva el equipo dirigente trotskysta y es desplazado de Cochabamba a La Paz.

POLÍTICA REPRESIVA DEL GOBIERNO

La rosca, desde el poder, extrema las medidas represivas para poder eliminar físicamente del escenario político al MNR. El stalinismo, que para las masas era sinónimo de contrarrevolución y que paulatinamente fue perdiendo su popularidad y su militancia, no pudo llenar ideológicamente el vacío dejado por el partido derrocado el 21 de julio de 1946. Esa tarea la

cumplió, cierto que limitadamente, el POR. El PIR estaba interesado en justificar teóricamente su alianza con la reacción.

El sexenio significó el martirologio del MNR y de él surgieron sus ídolos y sus caudillos. La torpeza y los abusos de las autoridades contribuyeron a crear la leyenda de un MNR invencible. No se puede negar que la historia movimientista de este período es fascinante, pues está llena de sacrificios increíbles y la calidad humana de muchos héroes encontró suficientes razones para salir a un primer plano. La persecución y la heroicidad contribuyeron a concentrar la atención alrededor de un Partido catalogado por el oficialismo como el conspirador incansable. Las gentes humildes no veían más que el heroísmo prodigado sin tasa ni medida y hasta ellos no llegaba la felonía ni la traición de los círculos dirigentes movimientistas. El gobierno fabricó sin descanso conspiraciones, con la única finalidad de encontrar un pretexto que le permitiese destrozar físicamente a las organizaciones movimientistas y obreras, que brotaban como por milagro a lo largo del país. Contrariamente a lo que se esperaba, esta sañuda persecución, marcada por una inútil vesania, fue una de las causas fundamentales que contribuyeron a convertir al MNR -de partido derrotado, desorganizado y en desbande- en el dirigente indiscutido de la oposición.

El MNR, obligado a luchar en la clandestinidad, necesariamente tuvo que estructurar una firme organización, basada en cuadros debidamente templados. Los excesos de la represión contribuyeron también a que el MNR apareciese como el partido revolucionario por excelencia y como el más próximo al poder.

Esa actitud gubernamental empujó a los movimientistas a luchar, en muchos sectores, en virtual frente con los poristas, quienes tuvieron obligadamente que relegar a un último plano su crítica al peligro que significaba el movimiento para la revolución boliviana.

Lo que siempre ignoró el pueblo fue que el exilio permitió a los jerarcas movimientistas entrar en contacto con fuerzas políticas foráneas, cooperar con ellas y recibir cuantiosa ayuda económica a cambio de promesas que debían cumplirse después de la victoria de la revolución.

Resumiendo, una serie de factores contribuyó a que la radicalización de masas, que desemboca en las jornadas de abril de 1952, pasase por el canal del MNR. Nuevamente puntualizaremos que las masas no habían madurado para poder elevarse hasta el programa trotskysta, y estaban, consiguientemente, obligadas a volver a pasar por la experiencia de un nuevo gobierno movimientista.

CONFUSIÓN IDEOLÓGICA

El MNR recobra sus fuerzas y logra convertirse en partido masivo aprovechando la confusión ideológica que en ese momento reina en el país. Este fenómeno es simple y se reduce a que las masas, de un modo por demás honesto aunque equivocado, le atribuyeron al MNR objetivos que rebasan en mucho su programa. En estas condiciones la propaganda porista de la época parece tener un efecto contraproducente: concluye fortaleciendo momentáneamente las posiciones movimientistas contenidas en sus documentos programáticos. Este resultado era consecuencia de una forma muy particular de penetración porista en el seno de las masas, que por constituir los primeros pasos de una etapa necesaria no podía beneficiar íntegramente al partido del proletariado. Los obreros avanzados que asimilaban los escritos poristas demostraban su conformidad con el programa del POR, pero, como consecuencia de su incompleta o insuficiente asimilación (la clase obrera como tal no estaba capacitada para lograr esa tarea), creían que era su deber atribuir su cumplimiento a otro Partido, en esa época obligadamente al MNR. Por primera vez llega hasta la mayoría nacional la necesidad de establecer la alianza obrero-campesina

como eje de la estrategia revolucionaria. Desde el primer momento se dejó sentado que no se trataba de una alianza de igual a igual entre el proletariado y los campesinos, sino de la subordinación de estos últimos al primero. Fue un equívoco no hablar en ese entonces del gobierno obrero-campesino, fórmula que permite poner de relieve la alianza obrero-campesina y desvirtuar la especie de que se pretende llevar al proletariado al poder en forma aislada. Cuando se habló de la necesidad de que la clase obrera forme su propio gobierno, el stalinismo, inmediatamente, acusó a los trotskistas de aventureros que buscaban la estructuración de un gobierno puramente obrero, al margen de las otras clases sociales y hasta contra ellas, y que propugnaba el cumplimiento de tareas puramente socialistas, como si se estuviese actuando en una metrópoli imperialista. Es oportuno recalcar que el stalinismo oponía al gobierno obrero-campesino el bloque gubernamental con la rosca, postura que ha vuelto a ser actualizada en nuestros días. Con todo, el trabajo porista alrededor de la alianza obrero-campesina (en un principio un trabajo fundamentalmente educativo) ha ingresado a la historia como una de las más serias contribuciones a la elaboración del programa de la revolución y a la evolución de la conciencia de las masas. Solamente mucho después de abril de 1952, el stalinismo, obligado por el desarrollo objetivo de la revolución, habla de la alianza obrero-campesina, pero no para justificar la necesidad del gobierno propio de la clase obrera, sino para proclamar la subordinación de ésta a direcciones que le son ajenas.

La actividad y las discusiones partidistas se encaminaron a encontrar los medios más eficaces que permitiesen superar la confusión ideológica de las masas, superación que se consideraba indispensable para que el POR pudiese capitalizar debidamente sus esfuerzos. A pesar de lo mucho que se hizo, la confusión persistió -llegando a acrecentarse mucho más por momentos- hasta después de 1952. La lección dejada por estos acontecimientos es clara: la pura campaña propagandística no

es suficiente para que las masas superen sus concepciones políticas, para ello es preciso que soporten en carne propia las consecuencias de las acciones de los otros partidos, es decir, de la materialización de sus programas. El Partido debe subordinar su propaganda al grado de experiencia de la clase.

Ha sido preciso que la revolución avance mucho trecho y que los choques del POR con el MNR en su conjunto, y particularmente con su izquierda, adquieran violencia inesperada, para que los obreros concluyesen que entre ambas organizaciones no hay nada en común. A la fecha, debido a la altura a que ha llegado la revolución, a nadie se le ocurre sostener ya que el programa del oficialismo es el mismo que el del POR o que el MNR es un partido anti-imperialista. Lo que está en discusión es cómo combatir eficazmente al MNR. Es el desarrollo de los acontecimientos, base real de la experiencia de las clases, el factor que contribuye a la madurez de las masas; la labor propagandística no hace más que contribuir a que la experiencia sea críticamente asimilada y de ninguna manera puede reemplazarla.

LA TESIS DE PULACAYO

Si bien el POR no ha llegado aún a ser el Partido masivo y mayoritario, sin embargo, su pensamiento se ha convertido en rector de todo el movimiento sindical durante el sexenio y también después. Los observadores no alcanzan a comprender por qué el Partido, que encarnaba la ideología de la oposición durante el régimen de la rosca, no llegó al poder y lo hizo en su lugar una organización que se veía obligada a abandonar momentáneamente sus postulados para apropiarse otros ajenos. La realidad es que si bien los obreros se guiaban por las enunciaciones poristas, no estaban lo suficientemente maduros para comprender la urgencia de luchar por un gobierno propio y se orientaban a respaldar a quien ofreciese suficientes garantías de victoria. Los que proclamaban su acuerdo con los

enunciados poristas sabían, al mismo tiempo, que una organización tan nueva como la trotskysta, tendría necesariamente que recorrer un largo camino antes de arribar al poder e inclusive de convertirse en efectiva dirección de la mayoría nacional. Este ha sido el mayor de los obstáculos para que pudiese transformarse rápidamente en un partido de masas. ¿Podía el POR llegar al poder en el lapso comprendido entre 1946 y 1952? Tiene que responderse categóricamente que no. Dos son los factores que hacían no viable tal perspectiva: los obstáculos insalvables que se oponían a los esfuerzos hechos para conquistar a las masas y la evidencia de que el programa partidista no estaba acabadamente estructurado (añadiremos que las masas no habían madurado aún suficientemente para comprender ese programa), este último factor tenía necesariamente que traducirse en debilidad organizativa de la vanguardia proletaria.

Las ideas básicas del Partido tuvieron que seguir el camino indirecto del sindicalismo para poder enseñorearse de las masas. Tal es el sentido de lo que ha dado en llamarse sindicalismo revolucionario, denominación relativamente inexacta. La tarea anterior fue cumplida por la "Tesis de Pulacayo", adoptada por los mineros (el sector básico del proletariado) en uno de los momentos de mayor agudización del ascenso de masas. La clase trabajadora, principalmente la de las minas, fue guiada durante los seis negros años de lucha bajo el sexenio por los principios de la "Tesis de Pulacayo" y no por los enunciados movimientistas. Este hecho ha sido reconocido por los propios teóricos del MNR.

La trascendencia de la mencionada Tesis radica en que, por primera vez en el campo laboral, puntualiza la mecánica de clases de Bolivia, a partir de entonces los obreros supieron de las limitaciones políticas de sus ocasionales aliados o de sus enemigos de clase. Se señala también, abriendo una ruta hasta ese momento no del todo esclarecida, que la clase obrera, si quiere realmente emanciparse, no tiene más porvenir que des-

arrollar una política independiente de clase; así se asestó el más rudo golpe al "apoliticismo", slogan al que recurrían incluso quienes gustaban pasar por izquierdistas. Todas las consignas de la "Tesis" están subordinadas a una línea maestra y que define la orientación del proletariado por todo un período histórico (se fijó con claridad la estrategia revolucionaria): la necesidad de luchar por el gobierno propio de la clase obrera, teniendo como eje la alianza obrero-campesina. Esta estrategia es la que determina que la "Tesis" continuará vigente hasta tanto que la clase no haya tomado el poder. Hablar de la realización (parcial o total) de sus consignas es no comprender que se tratan de reivindicaciones transitorias destinadas a servir de puente a la clase obrera para que se plantee, partiendo de la realización de tareas inmediatas, la cuestión del poder. Los trabajadores supusieron que el gobierno que emergió del 9 de abril de 1952 era nada menos que su propio gobierno, capaz de materializar la "Tesis de Pulacayo".

Al observador superficial le podría parecer que la "Tesis de Pulacayo" ha beneficiado muy poco al movimiento proletario, desde el momento en que la movilización de masas por ella motorizada ha llevado al MNR al poder. Esta argumentación tendría algún valor si se considerase que el proceso revolucionario ha concluido el 9 de abril de 1952, extremo que interesa y empecinadamente sostiene el oficialismo. Si se considera dentro de la perspectiva histórica, se tiene que concluir que la "Tesis" sienta las premisas ideológicas y políticas -decimos sienta utilizando el término en su verdadera acepción, porque la "Tesis" penetró en lo más profundo de la clase- sobre las cuales se viene operando ahora el abandono de los trabajadores de las filas del MNR. El servicio prestado por la "Tesis" a la vanguardia proletaria es, pues, inestimable. No es casual la enconada campaña que en contra de la "Tesis" desarrollan stalinistas, movimientistas, lechinistas y otros istas de menor cuantía. La "Tesis" sigue siendo la granítica fortaleza de los trabajadores.

EL "ANTI-IMPERIALISMO" DEL MNR

El derrocado MNR se encontró ante el problema de tener que recobrar su influencia en el seno de las masas, que atravesaban un período de radicalización. La respuesta no se dejó esperar, el MNR se lanzó por el camino de la demagogia, a fin de poder impresionar a los obreros, que ya se movían bajo la bandera de Pulacayo, documento de inconfundible filiación anti-imperialista.

Durante el sexenio el MNR se presentó ante propios y extraños, como un partido anti-imperialista. Nadie puede poner en duda la existencia de la ampulosa y bullanguera propaganda anti-yanqui desencadenada por los opositores movimientistas durante el sexenio. Los obreros, desde luego, descontaban la sinceridad de toda esa palabrería y es por eso, precisamente, que la nueva postura movimientista se les antojaba una revisión y una superación de los viejos postulados.

Víctor Paz, desde Buenos Aires, en su deseo de concretizar el anti-imperialismo movimientista, lanzó la consigna de que la defensa de la soberanía boliviana imponía la necesidad de expulsar del país a todas las misiones norteamericanas. Tal fue el extremo al que llegó la postura anti-yanqui del partido pequeño-burgués.

La militancia movimientista no ponía en duda, como es lógico suponer, el anti-imperialismo de su partido; algo más, creía que no podía concebirse ninguna otra posición dentro de la revolución boliviana. No se puede ignorar que el pueblo estaba empeñado en una lucha a muerte contra la gran minería, uno de los principales canales de penetración del capital financiero. En cierta medida el anti-imperialismo no pasaba de ser más que una reacción frente a los fuetazos de los partidos marxistas. Es pues por demás sugerente que los movimientistas lograran colocarse a la cabeza de las masas en su calidad de anti-imperialistas. La trampa, que al doctor Paz le parecía una obra maestra de la viveza criolla, se convirtió, más tarde, en la tumba del partido que usurpa el poder.

La respuesta de los llamados partidos de izquierda a las formulaciones anti-imperialistas del MNR concluyó en un puro seguidismo. Mecánicamente se razonaba que si el partido pequeño-burgués había lanzado consignas anti-yanquis, lo justo y revolucionario era concluir un frente común con él; esa fue la postura del stalinismo, que algunos años antes había colgado a Villaruel a nombre de la democracia norteamericana. Una reacción similar ha tenido frente al pretendido y ocasional anti-imperialismo de FSB. Esta actitud de los partidos opositores -impotentes de llegar hasta la raíz clasista del MNR- contribuyó a la captura del poder por parte del partido pequeño-burgués.

Solamente el POR -y este es uno de sus méritos indiscutibles- se paró a analizar, con criterio marxista, los alcances y la naturaleza del anti-imperialismo movimientista (que muestra tantas características similares al anti-imperialismo pequeño-burgués que se desarrolló a lo largo del continente en la tercera década del presente siglo). Partiendo del análisis clasista de dicho partido sentó la premisa de que inevitablemente, pese a la propaganda histórica que sobre el tema desarrollaba. Este substancial análisis de las proyecciones del partido pequeño-burgués tuvo, al comienzo, un efecto contraproducente, pues contribuyó a presentar al POR como a una organización sectaria. Esto está demostrando que los trabajadores se encontraban muy lejos de haber salido del confucionismo ideológico y político. Sin embargo, no solamente el trabajo posterior del POR, sino la misma evolución actual que se viene operando en el seno de las masas, han sido impulsados por ese análisis y se incorpora como uno de los elementos más valiosos de la teoría de la revolución boliviana. Si el MNR tuviese la suficiente capacidad para luchar efectiva y exitosamente contra el imperialismo y pudiese consumar la liberación nacional, el partido del proletariado no tendría porvenir alguno y las puertas del poder le estarían herméticamente cerradas, al menos por el momento. El lector no ignora que las cosas han ocurrido con-

forme a las previsiones del POR. Una vez consumado el abierto viraje proimperialista del oficialismo (incluida su izquierda) y cuando las masas constatan esa claudicación, es cuando éstas comienzan a movilizarse activamente contra el MNR, con la manifiesta intención de sepultarlo políticamente. Las posiciones radicales que adoptó demagógicamente el MNR y que le ayudan a acentuar su penetración en el movimiento sindical, obligan a los partidos de izquierda a orientarse hacia una táctica frentista. Ese fue el fundamento de los Comités Coordinador y Cuatripartito, por ejemplo. Esa táctica no puede ser impugnada si se considera que buscaba convertirse en un medio de canalización y de impulso del ascenso masivo; pero, conviene puntualizar que la falta de claridad de objetivos, determinó que el frente beneficiase casi exclusivamente al MNR. Ese bloque, bajo cuya tutela se realizaron las heroicas jornadas de 1950, no contribuyó en casi nada a clarificar el problema de la naturaleza del futuro poder. Al partido revolucionario le interesan únicamente los frentes que el permitan ampliar su radio de influencia en el seno de las masas, es por esto que toda táctica frentista debe acompañarse con una sistemática crítica de los ocasionales aliados. El frente, casi siempre, no tiene más significado que el ser una maniobra táctica para aplastar al adversario político. Lo que hizo el stalinismo, bajo el nombre de frentismo, fue capitular ante el MNR.

LAS MASAS DESILUSIONADAS SE DIRIGEN HACIA EL MNR

La frontal arremetida del PIR no solamente contra el MNR -insistentemente calificado como nazifascita- sino, básicamente, contra el movimiento obrero organizado, contribuyó a tipificar al gobierno del sexenio como puramente rosquero, a pesar de que el gabinete estaba adornado por algunos "obreros" piristas. Toda esta postura estaba directamente inspirada por los partidos derechistas tradicionales y beneficiaba únicamente

a ellos. De 1946 a 1952 se liquida históricamente el stalinismo (la versión pecista no ha tenido oportunidad ni capacidad para alcanzar el alto nivel que logró el PIR en sus primeros momentos) y pierde toda influencia masiva. Una reacción popular puramente mecánica determina que el movimiento revolucionario de esta época sea fundamentalmente antipirista. Es todo este proceso el que justifica el por qué del anti-stalinismo porista. Están equivocados los que sostienen que esa actitud no era más que un simple reflejo de la vieja disputa entre Trotsky y Stalin.

Las masas desilusionadas del stalinismo, porque soportaron en carne propia las consecuencias de su sinnúmero de traiciones y crímenes (traiciones desde el punto de vista de quienes creían que el PIR era un partido genuinamente revolucionario), se orientaron, cada día más firme y abiertamente, hacia el MNR, al que señalaron como dirección revolucionaria. Las circunstancias que rodearon la caída del gobierno Villarroel (entre esas circunstancias hay que subrayar la alianza stalinismo-rosca) determinaron que el MNR capitalizase la herencia del "Presidente mártir", a pesar de que ese partido rompió con el Presidente Villarroel, poco antes del 21 de julio, y apareciese como el abanderado de las reivindicaciones obreras. El MNR en 1946 no cayó políticamente sobrepasado por las masas, este proceso recién se estaba iniciando en las minas, sino con la bandera obrerista en las manos, como el paladín de la lucha antirosquera y antifeudal... La única forma de evitar el retorno del MNR al poder habría sido lograr el rápido desarrollo de una tendencia política auténticamente revolucionaria y anti-stalinista, capaz de aglutinar a las masas antipiristas. Así se habría evitado el segundo período movimientista, que se ha convertido en una calamidad para la suerte del país y del movimiento obrero. Fácilmente se comprenderá que esta variante no se dio por las razones ya señaladas.

Los rasgos más salientes de la experiencia de las masas acerca de la naturaleza contra-revolucionaria del stalinismo pueden sintetizarse del modo siguiente:

GOBIERNO DE UNIDAD NACIONAL

La alianza stalinismo-rosca, sellada teórica y prácticamente durante la oposición al gobierno Villarroel, se tradujo en la fórmula gubernamental llamada de "unidad nacional" (Junta de Gobierno presidida por Monje Gutiérrez y régimen PURS-PIR) y que, en realidad, no fue más que el gobierno rosquero con adornos obreristas; adornos que los prestó generosamente el PIR, sin tener el menor cuidado de evitar la destrucción de los más valioso de su militancia. El stalinismo abrigaba la pretensión de encubrir la esencia contra-revolucionaria de tal fórmula gubernamental. Muchos podrían suponer que el tan pomposamente llamado gobierno de "unidad nacional" importaba la división del control gubernamental entre la rosca y el stalinismo. La verdad fue otra: el stalinismo se limitó a servir a apuntalar a la rosca. El PIR tuvo ministros dentro de la Junta de Gobierno y del propio Hertzog.

Es el stalinismo en realidad el que introduce la modalidad de los ministros obreros en la política boliviana. En 1936 el equipo Arce-Anaya (que actuaron públicamente como asesores del Ministro del Trabajo, por considerar que se trataba de un gobierno "socialista"⁶) prestó a Toro a uno de sus miembros para que oficiase como Ministro del Trabajo. Este ministro "obrero" no sirvió más que para desorientar a los obreros y coadyuvar la campaña en sentido de que Toro era socialista. Este concepto del ministro "obrero" no tiene nada que ver con el que aparece después de abril de 1952. En este último caso, y particularmente en los primeros momentos, se trataba de un enviado obrero al seno del gabinete (acerca del cual la clase

⁶ Ver "El stalinismo en los sindicatos", Introducción de G. Lora, Ed. "Masas", 1963.

tiene ciertas dudas), designado directamente por las organizaciones sindicales y que expresaba la desconfianza de los trabajadores frente al partido gobernante. Bien sabemos que el MNR, a tiempo de burocratizar y aplastar al movimiento obrero, concluyó reduciendo también a los ministros obreros a simples adornos de un gobierno antiobrero y proimperialista.

La misión básica del gobierno de unidad nacional fue la de combatir sañudamente a las organizaciones obreras, que lo señalaban como rosquero y se fueron convirtiendo paulatinamente en trinchera de los movimientistas. Acaso nunca se conoció como en ese entonces una persecución tan sañuda a las tendencias revolucionarias. La gran minería, después de ver consolidadas sus posiciones, arremetió contra las conquistas sociales y pretendió arrinconar a los organismos sindicales para imponerles su voluntad. La reacción popular no se dejó esperar y el gabinete de unidad nacional cayó en el peor de los descréditos. Los stalinistas en nada se distinguieron de los propios rosqueros: asesinaron a trabajadores, propiciaron los despidos en masa y tomaron muy en serio la tarea de enriquecerse personalmente.

La consigna de unidad nacional no ha sufrido modificación alguna con el correr del tiempo y corresponde a la concepción política del stalinismo en sentido de que es preciso cooperar con todas las clases sociales (incluida la burguesía) frente a un enemigo común: el nazismo, el imperialismo o lo que sea. Hoy como ayer el contenido de esa consigna sigue siendo el mismo: alianza con las fuerzas contra-revolucionarias y subordinación a éstas.

GOBIERNO DE HERTZOG

Para el stalinismo Hertzog fue un gobernante "demócrata y progresista" (así pretendió haber encontrado la materialización de su "teoría" acerca de la existencia de una burguesía boliviana anti-imperialista); pero, el país todo vio en él a un mediocre

representante de la gran minería. Los "progresistas" del PURS ejecutaron desde el poder un programa inconfundiblemente contra-revolucionario. A Hertzog le tocó gobernar cuando el ascenso de las masas se acentuó (la "Tesis de Pulacayo" ya había llegado a conocimiento de todo el país) y cuando los obreros -principalmente los de las minas- arremetían vigorosamente contra el gobierno rosquero. Este gobierno coincide con la reorganización del MNR. Es a semejante régimen al que sirve obsecuentemente el stalinismo. El PIR, por encargo de la gran minería, cumplió un papel claramente delimitado: la destrucción de las organizaciones laborales. Fueron los sindicatos mineros los que en mayor medida tuvieron que soportar la arremetida del gobierno. El stalinismo lanzó la teoría de que los trabajadores del subsuelo se habían convertido en nazifascistas y que no quedaba más recurso que destruirlos físicamente. Estos antecedentes explican por qué la lucha contra el gobierno reaccionario fue básicamente una lucha anti-stalinista. El PIR prestó su entusiasta apoyo al fallido plan Hertzog encaminado a dividir a las organizaciones laborales y que formaba parte de una operación internacional que tenía como eje a la proimperialista AFL.

Los párrafos que se transcriben a continuación confirman lo que llevamos dicho y corresponde a dos conspicuos representantes del stalinismo, H. Quiroga P. y Felipe Iñiguez M, este último teórico y alto dirigente del PCB:

"Producida la normalidad institucional en el país, HH señores, el Presidente Hertzog demostró sensibilidad política y sin incurrir en los errores de un Peñaranda que fue triste instrumento de sus ambiciosos consejeros, trató de conjuncionar a los sectores que se dicen democráticos. El PIR concurrió no por simples demandas burocráticas, porque no le interesan los cargos públicos, sino a base de un programa de realizaciones que tratará de reflejar las justas necesidades populares... No olvidemos que en los países atrasados la dominación no sólo alcanza a la clase trabajadora sino también a la burguesía. Si

bien la feudal-burguesía en Bolivia no ha cumplido con su papel histórico por incapacidad, existen sectores que no se conforman con ser abogados de las grandes empresas mineras ni se conforman con llenar las oficinas de las campañas imperialistas. Hay también elementos de la burguesía que quisieran trabajar, poner toda su capacidad de organización y todo su espíritu de empresa para crear condiciones económicas mejores en el país, acaso imitando a esos primeros grandes capitanes de la industria minera que abrigaron ambiciosos planes de progreso para Bolivia, de modo pues, que la presión imperialista alcanza a los sectores progresistas de la burguesía..."

HAZAÑA HISTÓRICA DE GABINETE DE "UNIDAD NACIONAL"

Es por ello, señor Presidente, que la intervención del Ministro del Trabajo (pirista) en el gabinete de unidad nacional en mayo del presente año, cuando obligó a los trabajadores el retorno a sus labores primero, y a la empresa a suspender el lock-out segundo, como cuestión previa para seguir conociendo el fondo mismo del problema, constituye un acto de verdadera emancipación nacional, el primero registrado en nuestra historia de servidumbre al poder de las grandes empresas..." ("Los crímenes de la Patiño Mines", Felipe Iñiguez M, Hernán Quiroga Pereira, Oruro, mayo de 1948).

ALIANZA CON LOS LIBERALES

Para el stalinismo la táctica de unidad con la reacción se convirtió en un principio sagrado y toda su política durante el sexenio (inclusive antes y después de este nefasto período) no fue más que una prolongada componenda con las fuerzas contra-revolucionarias. Para el PIR toda la reacción fue catalogada como progresista y no estableció la menor diferenciación entre los diversos partidos que la constituyen. Durante las elecciones de 1947 el stalinismo no tuvo el menor reparo de formar un

solo bloque con el Partido Liberal, a pesar de que éste sobrevivió gracias a la protección prestada por la empresa Patiño y que constituye la expresión más acabada de la feudal-burguesía. Sería absurdo decir que el stalinismo buscaba aprovecharse de los liberales para introducir su programa en las masas (cosa que no tenía necesidad de hacerlo), pues lo que se dio fue una completa subordinación del stalinismo al Partido Liberal. Ni siquiera hay lugar para el argumento de que el bloque con los liberales aseguraba la victoria electoral, pues en esa oportunidad triunfó la fórmula del PURS encabezada por Hertzog. Los que primero sirvieron a los liberales no dudaron en hincar las rodillas frente a Hertzog; como se ve, los amos eran todos conspicuos personajes de la rosca.

MASACRES BLANCA Y ROJA

La orientación pro-rosquera del stalinismo concluyó donde inevitablemente tenía que acabar: convirtiéndose en fuerza de choque utilizada por la rosca para aplastar físicamente al movimiento obrero. Los jefes piristas fueron los encargados de asestar los más rudos golpes a las organizaciones sindicales y llegaron al extremo de asesinar a los trabajadores. Estos crímenes no solamente obedecieron a la inspiración rosquera, sino que fueron cuidadosamente planificados y ejecutados por el stalinismo.

El 28 de enero de 1947 fueron asesinados en las calles de Potosí los trabajadores mineros bajo el pretexto de que eran nada menos que nazis. La masacre buscaba como finalidad inmediata la destrucción del Sindicato de Metalúrgicos y la represión tanto del MNR como del POR. Los ejecutores del crimen se llaman Abelardo Villalpando y Gualberto Pedrazas, ahora connotados jefes del PCB. La sangre proletaria que ha hecho correr el stalinismo le separa definitivamente de las corrientes revolucionarias y le impide llegar a convertirse en dirección del pueblo. El stalinismo no ha negado ser el autor

de la masacre de Potosí y se ha limitado a pretender justificarla como una medida política necesaria para mantener la estabilidad del gobierno rosquero que se estructuró después del 21 de julio.

Al finalizar el año 1947, el Ministro del Trabajo pirista Alfredo Mendizabal estampó su firma en la disposición legal que autorizaba el despido masivo de los trabajadores de la Empresa Minera Catavi. La Patiño luchó largo tiempo por obtener la autorización que podía permitirle (lo que en los hechos ocurrió) purgar a todos los dirigentes que habían sido catalogados como agitadores. El plan de reorganización de la Patiño que se puso en ejecución, después de consumada la masacre blanca, tuvo como finalidad primordial el empeoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores, como uno de los medios para lograr la rebaja de los costos de producción. El gobierno rosco-pirista, coordinando sus pasos con la gran minería, puso en ejecución el sistema de las listas negras, el mismo que condenó a la desocupación y a la miseria a los mejores dirigentes sindicales, entre ellos a no pocos movimientistas. Actualmente, el partido pequeño burgués en el poder está actualizando los métodos del gobierno rosquero, en su afán de resolver los problemas de la COMIBOL a costa de la acentuación de la miseria de la mayoría nacional.

Si se consideran todos estos hechos se tiene que concluir que las masas fueron materialmente empujadas por el stalinismo hacia el MNR. A esta tendencia contra-revolucionaria corresponde gran parte de la responsabilidad por el retorno del movimientismo al poder. Los ministros "obreros" del PIR se encargaron de ejecutar una remarcable política anti-obrera.

ACTITUD DEL STALINISMO INTERNACIONAL

Que la vergonzosa conducta de los piristas no fue excepcional y, más bien, que formó parte de la línea política internacional del stalinismo, se demuestra por el entusiasta apoyo que

recibió de toda la burocracia thermidoriana. Es infinito el número de publicaciones hechas a este respecto. Mereció aplauso el frente con la rosca contra el MNR y también la política anti-obrera desarrollada por el PIR desde el poder.

ERRORES DEL POR

Hemos señalado las causas que determinaron la debilidad numérica y organizativa del POR durante el sexenio y en el transcurso de las jornadas de abril de 1952. La represión policial prácticamente diezmó las filas del Partido y logró aislarlo momentáneamente del movimiento sindical. No se puede cerrar los ojos ante la evidencia de que este factor negativo también contribuyó al fortalecimiento del MNR.

El error más grande que cometió el POR radica en que no estuvo presente como Partido en las jornadas de abril, aunque en ellas intervinieron sus militantes en forma aislada. Por esta razón no se pudo sacar toda la ventaja posible del trabajo anterior.

La movilización precedente -realizada, como se tiene indicado, bajo el signo de la "Tesis de Pulacayo"- desemboca naturalmente a materializar la ocupación de las minas. El que esta consigna no hubiese sido oportunamente lanzada en 1952, determinó que la nacionalización de las minas se convirtiera en un engaño al país y a la clase obrera.

La llegada del MNR al poder tuvo un efecto nefasto sobre los cuadros pequeño burgueses del Partido, que comenzaron a justificar el programa movimientista y preparar desde el primer día la traición que más tarde adoptaría el nombre de "entrismo".

Inmediatamente después del 9 de abril surgen en el POR toda una serie de teorías seguidistas. Unas sostenían que el MNR llegó a ocupar prácticamente el lugar del POR, como vanguardia proletaria; otras insinuaban que el POR era sólo una rama del MNR y que le correspondía apoyarlo incondicio-

nalmente, evitando toda posible crítica. Y no faltaban los ilusos que soñaban con un milenarismo régimen movimientista. Todas estas tendencias eran producto de la desesperación y del miedo. La escisión del POR estaba planteada ya el 9 de abril y el posterior desarrollo de los acontecimientos la convirtió en inevitable.

Resumiendo: lo dicho demuestra que la situación política imperante en el país imponía el retorno del MNR al poder.

II LA REVOLUCIÓN DEL 9 DE ABRIL DE 1952

SUS FUNDAMENTOS, ESTRUCTURA DEL PAÍS

La revolución boliviana -conforme enseña la experiencia del 9 de abril y otros acontecimientos- no puede concebirse al margen de la realidad nacional y emerge de su entraña más profunda, vitalmente ligada a su pasado. La revolución constituye un fenómeno histórico nacional por excelencia. La teoría de la revolución tiene que comenzar por tipificar con toda nitidez la naturaleza del país, puntualizando la mecánica de las clases sociales que sobre esa realidad se levanta. Es absurdo pretender encontrar en los textos clásicos del marxismo un modelo al que deban ajustarse obligadamente las revoluciones de todos los países; el socialismo científico es el instrumento que permite a los revolucionarios descubrir las leyes según las cuales evolucionan una determinada realidad política. Lo que tienen que comprenderse claramente es que no se puede sustituir la realidad con un esquema libresco cualquiera, aunque esté lleno de citas de los maestros. La revolución boliviana no es un mísero remedo de ninguna otra, porque se desarrolla en una situación particular con características propias.

Bolivia es un país capitalista atrasado y podemos decir con Marx que "no sólo adolece de los vicios que entraña el desarrollo de la producción capitalista, sino también de los males que supone su falta de desarrollo. Junto a las miserias modernas nos agobia toda una serie de miserias heredadas, fruto de la supervivencia de tipos de producción antiquísimos y ya caducos" ("El Capital"). El desarrollo combinado de su cultura (tomando el término cultura en su acepción más amplia) se expresa en su forma más aguda cuando se compara el desequilibrio entre las producciones minera y agrícola; el espacio surcado por aviones y las inmensas selvas infestadas por tribus

salvajes. El atraso presenta su faceta más trágica cuando se tiene en cuenta la bajísima renta por habitante, una de las más insignificantes de Latinoamérica, el Continente del hambre, y el abrumador porcentaje de analfabetos, la mugre y las enfermedades de las que son víctimas los bolivianos.

No es cierto que Marx ignoró del todo, o bajo todas las circunstancias, la existencia o las particularidades de los países de desarrollo rezagado, dentro de una economía mundial forjada a imagen y semejanza del capitalismo. Escribió sobre Alemania y actuó en ese escenario. Pero cuando estudia, en perspectiva histórica, la tarea de transformación que realizan las grandes metrópolis sobre las colonias sienta la premisa de que los países atrasados pueden ver su porvenir en el espejo de los altamente desarrollados. "Inglaterra tiene que cumplir en la India una doble misión: destructora por un lado y regeneradora por otro. Tiene que destruir la vieja sociedad asiática y sentará las bases materiales de la sociedad occidental en Asia" (Marx). Este criterio ha sido desmentido por los acontecimientos. La historia enseña que también Inglaterra no destruyó totalmente las formas pre capitalistas de producción -esas supervivencias aún obstaculizan el desarrollo del país, que recién ahora se da la tarea de la industrialización, aunque ella impulsó el desarrollo de ciertas ramas de la producción-. El imperialismo -debido a los particulares métodos de penetración que utiliza para poder sojuzgar- se convierte en el más serio obstáculo que se opone a la total liquidación de las formas de producción propias de los regímenes anteriores al capitalismo.

En la época capitalista el concepto de país atrasado quiere decir considerables supervivencias pre-capitalista junto a formas productivas que se realizan conforme a la última palabra de la técnica y no supone marginamiento de la economía mundial, una de las grandes creaciones del capitalismo. Integrar la economía mundial es algo esencial de todos los países -no puede concebirse su existencia de un otro modo-, sean éstos altamente desarrollados o atrasados. La India posee metalur-

gia, pero el enorme peso numérico de los campesinos, que se mueven dentro de la economía natural (autosuficiente), determina un cuadro particular: su producción de acero por habitante no pasa de 5 kilos, frente a 400 kilos en Inglaterra y a 250 en la URSS. Señalado está el rasgo del atraso: enorme peso numérico de los campesinos y de los artesanos. Dicho de otra manera, el atraso no es más que la falta del total cumplimiento de las tareas burguesas (es decir, de las tareas que históricamente cumplió la burguesía en las grandes revoluciones burguesas de los siglos XVII y XVIII). Con el feudalismo ha concluido la posibilidad de que los países o grupos de países aisladamente puedan recorrer toda la curva, punto por punto de cada etapa histórica, como sostenía Vico y, en cierta medida, también Spengler. Este fenómeno, lejos de ser un privilegio, constituía una de las causas del lentísimo desenvolvimiento de la humanidad, con referencia a la época capitalista, pues muy difícilmente se podía asimilar la experiencia de los otros países. Una otra cosa ocurre cuando los países pasan a formar parte de esa nueva realidad que es la economía mundial; ésta es algo más que la simple suma aritmética de las diversas economías nacionales y se trata de una realidad con vida y leyes propias, colocada por encima de las fronteras que dividen a los países y que concluye por subordinar y determinar a aquéllas. El capitalismo, que comenzó a desarrollarse en algunos países europeos, ha penetrado en todos los rincones del mundo y remodelado la economía de las regiones por él dominadas. Los únicos países que han seguido la evolución clásica del capitalismo (es decir, su desarrollo orgánico y completo, detalle tras detalle, en una relación causal), que ha tenido lugar en un lapso considerable, son aquellos en que se ha iniciado el sistema y que han sido escenario, éste es un factor decisivo, de las revoluciones política burguesa e industrial, también de perfiles clásicos. Los otros países, los que se han incorporado tardíamente a la economía mundial (en alguna parte han escrito los maestros del marxismo que se trata de países que han llegado

tarde al banquete capitalista) no tienen más camino, impuesto por la necesidad de sobrevivir, que asimilar apresuradamente -saltando las etapas intermedias- lo que tan lentamente han forjado los países que han concluido convirtiéndose en metrópolis imperialistas (Trotsky dice que los países atrasados se mueven bajo el látigo de los avanzados; no se trata, en realidad, de una imposición desde el exterior, sino de necesidades que emergen del mismo país). De aquí nace la marcha a saltos del país, la supresión de etapas en la asimilación del capitalismo y el que los países atrasados no sigan, precisamente, el mismo camino, con todas sus sinuosidades, que el que recorrieron los altamente desarrollados. Como se comprenderá fácilmente, esta reproducción sintetizada del capitalismo, esta capacidad de saltar por encima de las etapas intermedias, de apropiarse autoritariamente de los últimos avances de la técnica y de la civilización, sin antes haber liquidado cuentas con el pasado pre-capitalista, determinada por las leyes del desarrollo del capitalismo mundial y no por el "genio nacional" ni por el destino "mesiánico" de tal o cual pueblo, se convierte en el fundamento del ritmo veloz con el que pueden moverse los países rezagados con relación a las metrópolis altamente desarrolladas. Este es un verdadero privilegio que concede la historia a los países atrasados sobre los más evolucionados. Los países más viejos, en los que primero el capitalismo alcanzó su esplendor, arrastran, como un pesado lastre que concluye obstaculizando su marcha, su larga tradición que es consecuencia del lento y sistemático desarrollo del capitalismo. Los resabios de la tecnología del pasado, el utilaje envejecido, etc, impiden la plena aplicación de los últimos adelantos de la técnica y de la ciencia. Los monopolios obstaculizan, en esta época de desintegración del capitalismo, el progreso de la humanidad. La renovación de los modos de producción tiene que hacerse venciendo la terca resistencia de los intereses monopolistas, que tienen como fundamento las viejas formas. De aquí proviene su ritmo lento de desarrollo.

La ventaja inicial del desarrollo orgánico y sistemático se ha convertido en un manifiesto obstáculo. Los países en los que se inició el capitalismo estaban condenados a seguir todos los recodos de su evolución. Los países atrasados tienen puesta la mirada y sus intereses, no en los recuerdos históricos de la revolución industrial, sino en el último y más elevado estadio capitalista. Tal es la dialéctica de la marcha del capitalismo. Un país rezagado -carente de tradición capitalista y por eso mismo- desecha los lastres, está capacitado para tomarse esa libertad, y se apropia de la última palabra capitalista. A esto se debe que puede alcanzar y sobrepasar a las viejas metrópolis. La historia nos ofrece ejemplos ilustrativos de remarcable notoriedad: los Estados Unidos de Norteamérica, Alemania, Japón, etc.

Como se ve, hay un desarrollo desigual entre los diferentes países y un particular ritmo de desarrollo de un país o bloque continental con referencia a otros. Esta particularidad se debe al nivel de evolución que ha alcanzado un país o un continente en el momento en que se integra en el capitalismo mundial.

El país atrasado refleja (no se margina), de un modo particularísimo, esa unidad que es la economía capitalista mundial, y lo hace de acuerdo con su estructura interna (estructura que está determinada por la relación existente entre las formas de producción capitalistas y las herencias del pasado). En esta realidad se basan las particularidades nacionales, dentro de las cuales nos toca actuar. Estas particularidades deben ser cuidadosamente estudiadas y no simplemente ignoradas, como lo hacen los esquemáticos del marxismo.

LA PENETRACIÓN IMPERIALISTA

La penetración imperialista en los países atrasados tienen un carácter, y también un resultado, contradictorio. Este fenómeno no tiene, en verdad, como efecto la obligada postergación total del país (esto sería concebible únicamente en el caso

de que se mantuviese marginado de la economía mundial y el objetivo de la presión imperialista es, precisamente, todo lo contrario: incorporar al país materia de la conquista al capitalismo mundial), ni tampoco su revolución y progreso integrales. Más bien presenta las características de ambos extremos.

Sería negar las enseñanzas de la historia sostener que la penetración imperialista no lleva progreso de ninguna especie al país. Allí donde penetra el capitalismo internacional destruye, muchas veces por medio de la violencia y utilizando las fuerzas armadas más que la presión de los bajos precios, las formas sociales y productivas precapitalistas, con toda su secuela de atraso, barbarie, mugre e ignorancia. El capitalismo lleva la máquina junto con el alfabeto, el avión junto al jabón, etc. Pero, el rasgo diferencial de este "progreso" (nótese que hemos colocado el término entre comillas) radica en que es orgánicamente parcial, que sólo alcanza a las ramas de la economía que interesa explotar a la metrópoli imperialista; se trata, pues, de un progreso unilateral. En la constatación de este "progreso" se basa la alabanza burguesa acerca de la labor civilizadora de toda inversión del capital financiero en los países atrasados. Nosotros tenemos, como no podía ser de otra manera, un criterio diferente sobre el progreso. Hay verdadero progreso únicamente cuando se trata del desarrollo armónico e integral de todos los aspectos del país (esto es exactamente lo contrario de la hipertrofia de ciertas ramas de producción y de anquilosamiento de otras). La penetración imperialista motiva el estancamiento y el abandono de los sectores de la producción que no interesan a los grandes trusts, que permanecen debatiéndose en el atraso, en el primitivismo técnico (no uso de la rueda, empleo del arado de madera, técnica heredada de la colonia, etc.) y que relativamente hablando (con relación al ritmo de desarrollo del capitalismo), concluyen por retroceder. El "progreso" y el estancamiento relativos son partes inseparables, e inevitables, de la penetración imperialista y es por esto que no puede ser considerada como progresista, dentro de la amplia

acepción de este concepto. Contrariamente, la dominación imperialista del país deviene el más grande escollo que se opone a su verdadero progreso ("los civilizadores cierran el camino a los que se civilizan", dice Trotsky). La lucha contra la opresión imperialista se transforma en cuestión de vida o muerte para un país atrasado, pues sólo por este camino puede ingresar firmemente en la ruta del progreso integral y armónico.

Entre las consecuencias inmediatas, y también más visibles, se tiene la incorporación del país atrasado a la cadena capitalista mundial, es decir, al mercado internacional, lo que significa que su producción fundamental (no importa que se trate de materias primas, pero que se lo haga con técnica capitalista; Marx decía que de lo que "se trata no es de qué cosas se producen, sino cómo se producen") ya no se realiza con miras al mercado interno, sino para satisfacer la demanda del mundial. Muchas veces las necesidades de alimentación, necesidades que se agigantan con la introducción del capitalismo, se cubren mediante importaciones del exterior, a veces procedentes de la metrópoli imperialista (son pues las balanzas comercial y de pagos las que nos permiten determinar cuáles son los sectores básicos de la producción de un país: están al margen del mercado mundial las capas que permanecen dentro de la economía natural). De tal manera, la dependencia de un país del comercio internacional es doble y se refiere a sus manifestaciones vitales. Tal es la forma en que se establece la interrelación (no simple relación de mecánica subordinación) entre el país atrasado y la metrópoli imperialista, que de ninguna manera debe entenderse como la unilateral y pasiva subordinación de la colonia con referencia al centro altamente desarrollado. Si consideramos el enorme área que ocupa la economía natural en los países atrasados y que emplea a la mayoría de la población y el hecho de que la producción de la metrópoli es una producción de mercancías con destino al mercado mundial, se llega a la conclusión, aparentemente

paradójica, de que el grado de dependencia es mayor de los países altamente desarrollados con referencia a los atrasados y no a la inversa. En el supuesto de que se rompiesen para el imperialismo toda relación con la periferia colonial y su influencia sobre ella, automáticamente se paralizaría su monstruoso aparato productivo.

Con la penetración del capitalismo comienza a subvertirse la tradicional relación existente entre la ciudad y el campo (predominio de este último sobre la primera) y la ciudad deviene el centro decisivo en el plano económico y político. Hasta este momento la historia del país se definía al margen de las ciudades, que no pasaban de ser insignificantes centros administrativos; en adelante no podrá decidirse ninguna batalla de importancia si no se logra arrastrar a las ciudades. En el pasado la gran hacienda moldeaba la mentalidad y el destino ciudadanos. En el plano de la cultura boliviana es Tamayo - luminosa faceta del indigenismo literario- la cimera expresión de nuestro pasado feudal, genio que parece orgánicamente incapacitado para comprender a ese gigante personaje de nuestra época: el proletariado (para él no existían los problemas emergentes de la explotación capitalista y plantea la unidad continental como una proyección de las virtudes excepcionales que atribuye a la "raza aymara"; de aquí se tiene que concluir que su ocasional contacto con "Amauta" de Mariátegui -la cumbre más elevada del marxismo latinoamericano de su época- se debió más a una postura literaria que a una convicción ideológica). Todos reconocen que la penetración imperialista remodela la economía y la fisonomía del país, desde el momento en que los grandes centros de producción obligan al resto de la actividad a girar alrededor de ellos. Sería inútil pretender encontrar en nuestra época una economía cien por cien pura, pues también la "natural" produce mercancías, sólo que lo hace de un modo accesorio. Concretizando, en Bolivia es la minería la que determina la fisonomía y la suerte de sus caminos y de sus comunicaciones (el ferrocarril Oruro-

Ollague, inaugurado el 15 de mayo de 1892, fue tendido para satisfacer la urgencia que la empresa Huanchaca tenía de abaratar el transporte de minerales hasta puertos chilenos); de sus bancos; la extrema parcelación de la tierra en el valle cochabambino; la fijación de los núcleos generadores de energía eléctrica, etc. El destino político del país y la fisonomía del estado quedan en manos de la clase dominante de la ciudad, que es una clase enfeudada al imperialismo.

La gran insurrección campesina de 1781 (que estremeció el continente desde los territorios de Nueva Granada hasta lo que ahora son las provincias nortenas de la Argentina y las costas del Pacífico⁷, según se desprende de las investigaciones de B. Lewin), sin paralelo en nuestra historia y que puede ser considerada como continental, no pudo concluir en victoria porque no encontró apoyo en la clase revolucionaria (aunque algunos elementos aislados de ella se hubiesen convertido en trupacamaristas y actuado como tales) de la ciudad y no por simples deficiencias de armamento o de organización militar, como insinúan algunos. Engels aplica esta misma estimación a la

⁷ "Las conspiraciones revolucionarias del siglo XVIII en las colonias españolas nunca fueron circunscritas a determinadas regiones, aunque tuvieran su asiento en ellas. El concepto de nacionalidad, tal como se formó después, no era conocido en la época... La sublevación de Tupac Amaru tampoco fue circunscrita a la región donde más éxito tuvo. El último inca en su proclama real se tituló "Rey del Perú, Santa Fé, Quito, Chile y Buenos Aires"... La enorme repercusión del movimiento de Tupac Amaru en Nueva Granada es tan evidente que todos la reconocen, aunque algunos, movidos por el celo patriótico, la subestiman. Es también un hecho que las noticias sobre el desarrollo de los acontecimientos revolucionarios en el Perú llegaban a todos los ámbitos del Virreynato de Nueva Granada". (Boleslao Lewin, "La rebelión de Tupac Amaru" páginas 701 y siguientes).

suerte que corrieron las guerras campesinas en la Alemania del siglo XVI. Esa rebelión americana indígena constituye el intento más serio hecho -y diremos único porque un movimiento de tal volumen numérico y tales características no vuelve a repetirse - para llevar a la clase campesina al poder. Su derrota está demostrando, cierto que indirectamente, que solamente podía triunfar si apoyaba, es decir, si hacía triunfar al movimiento revolucionario de las ciudades. Las revoluciones de la independencia (1810-1825) y la federal (1899-1900) nos muestran a diversos sectores de la clase dominante llegando al poder sobre las espaldas de las masas campesinas sublevadas. Corresponde en cierta medida al esquema de las revoluciones burguesas clásicas: los campesinos asegurando la victoria de la burguesía, vale decir, de una clase social extraña. La presencia del proletariado (y nuestro proletariado, sin que esto signifique que abandonen sus intereses o su objetivo de total liberación, a seguir la lucha bajo su dirección) constituye el factor que empuja a la burguesía al campo contra-revolucionario; en estas circunstancias, los campesinos ya no pueden apuntalar la acción burguesa y solamente les queda un dilema: fracasar si luchan solos o logran la victoria detrás del proletariado. En nuestros días la rebelión campesina, si se realiza en condiciones favorables, solamente puede asegurar la victoria del proletariado y llevarlo al poder. Como se ve, tócanse movimientos sociales que en épocas diversas marcan el amanecer de los regímenes burgués y socialista. Las masas campesinas, en nuestros días, pasan a ser el motor propulsor de la marcha revolucionaria de los obreros y la profundidad de los problemas de aquellas, que ya no encuentran solución dentro de los límites capitalistas, les obligan a tomar el poder. El imperialismo al invadir un país atrasado no destruye (como podría concluirse siguiendo un criterio mecanicista) ni mucho menos a toda la clase dominante, que se levanta, hasta entonces, exclusivamente sobre las formas de producción pre-capitalistas, sino que se apoya en ella para cumplir su objetivo de domina-

ción del país. Este apoyo no puede ser gratuito y, a cambio de él, el imperialismo se encarga de respaldar y garantizar la supervivencia de modalidades arcaicas de producción y que históricamente fueron liquidadas por la burguesía revolucionaria (no por cualquier burguesía, entiéndase bien), es decir, apuntala a la clase que supervive gracias a los resabios feudales. Apoyo del imperialismo y servilismo de la clase dominante del país atrasado se complementan recíprocamente.

CADUCIDAD DE LA BURGUESÍA NACIONAL

Los núcleos indígena de los países atrasados que aparecen tardíamente (tarde porque ya el capitalismo se ha repartido el mundo y porque los viejos países se han convertido en metrópolis imperialistas; el control del mercado mundial está en manos de pocas poderosas naciones), no tienen ya la posibilidad de un pleno y orgánico desarrollo capitalista, tal como ha ocurrido con las metrópolis. Diremos que ya no hay tiempo para semejante desarrollo. Las burguesías indígenas comienzan moviéndose bajo el amparo del imperialismo y, muy excepcionalmente, como socias menores (es lo que pretendieron hacer los pioneros de la minería boliviana. Arce, Félix A. Aramayo y otros, actitud que es suficiente para justificar sus vidas y sus obras). Muchas veces las necesidades de la política imperialista impulsan a una metrópoli a industrializar parcialmente a un país atrasado (los problemas de la guerra obligaron a Inglaterra a realizar una labor de este tipo en la India). Esta actividad, por muy impresionante que parezca, está también marcada de una inconfundible unilateralidad. No puede descartarse de plano la posibilidad de que ciertas estratas burguesas (particularmente la industrial), como consecuencia de su propio desarrollo (lo que supone que primero tiene que desarrollarse suficientemente), choque con el imperialismo debido a que sus intereses económicos son opuestos. ¿Se trata de una norma? De ninguna manera, y es, más bien, el resultado de

condiciones económico-políticas excepcionales. Una burguesía industrial anti-imperialista (para llegar a serlo tiene que llegar a tener intereses opuestos a los imperialistas, repetimos) no existe en Bolivia, porque su núcleo básico es sumamente pequeño y débil y se mueve gracias al amparo del capital financiero; la burguesía comercial existe gracias a la ayuda que le prestan los consorcios internacionales. Es explicable que en el rico espectro político no se encuentre ninguna manifestación burguesa anti-yanqui y la generosa proliferación de partidos políticos no presenta uno solo que exprese fielmente los intereses de la burguesía industrial. Los partidos tradicionales (y en esta tipificación también debe incluirse a las diversas facetas social-cristianas y fascistas) defienden los puntos de vista no sólo de la reacción criolla (defensa encubierta del feudalismo) sino también del imperialismo. Esta realidad -esta particularidad boliviana, si se quiere- determina que la táctica stalinista del frente con la burguesía "progresista" y "anti-imperialista" (copia servil de un clisé enviado desde Moscú) suene a algo falso y sea totalmente ajeno a la realidad del país. Pude establecerse una norma acerca de la conducta de la burguesía de los países atrasados: el grado de su servilismo hacia sus amos del exterior está en relación directa al grado de su dependencia económica de la metrópoli. Las burguesías industriales se convierten en anti-imperialistas en la medida en que adquieren una gran fortaleza económica.

Lo fundamental radica en que los núcleos de la burguesía boliviana no han logrado (no han podido ni han tenido tiempo) romper completamente con los resabios feudales y continúan reproduciendo, en ciertos aspectos, las formas primeras de la producción manufacturera (el obraje, basado en la técnica colonial, que producía: tejidos, pólvora, espejos, azúcar, jabón, etc.) y siguen basándose en el latifundio, que se sustenta en el trabajo servil, base real del gamonalismo. Las primeras empresas comerciales y de otro tipo se organizaron a costa de la grasa acumulada en la despiadada explotación de las masas

indígenas. El siglo XIX está lleno de ejemplos sobre los esfuerzos que se hicieron para poner en pie a la minería, que al fin de la Colonia había caído a su nivel más bajo, contando principalmente con el trabajo gratuito de los pongos⁸.

Una burguesía que aparece tan tardíamente (es decir que el país se integra demasiado tarde al capitalismo mundial), prácticamente cuando pocas metrópolis, cuyo número no supera al de los dedos de la mano, mantienen prisioneros en un puño al resto de los países, no logra un desarrollo satisfactorio como clase, en vista de la presencia del imperialismo, que prácticamente cumple muchas de sus tareas y funciones. Como complemento continúa la burguesía atrasada usufructuando las formas pre-capitalistas; continúa entroncada en el pasado, todo esto quiere decir que esta clase no alcanza a ser una burguesía en la más amplia acepción del término. Esta burguesía ha caducado porque no tiene posibilidades de un futuro y vigoroso desarrollo y porque no se emancipa íntegramente del pasado. Sería inexacto decir que el imperialismo, para poder dominar mejor a Bolivia, se apoya simultáneamente en las capas burguesas y en las feudales (si se hubiesen dado así separadas -e indiscutiblemente como extremos antagónicos-, el imperialismo se habría visto obligado a apoyarse en una de ellas, concretamente en la burguesía para combatir a la otra), desde el momento que la clase dominante criolla encuentra una síntesis de las dos clases. La debilidad de la burguesía nacional le obliga a apuntalar al imperialismo, le vienen de fuera los elementos de su fortaleza. Los que esperan que nuestra burguesía adquiera una perfección clásica no pisan terreno firme, porque este extremo supondría que el imperialismo no está todavía presente. Nuestra terminología política utiliza el término feudal-burguesía para calificar a la clase dominante y nos parece insustituible. La incapacidad de nuestra burguesía, que comenzó como una debilidad económica, se ha convertido en debilidad

⁸ G. Lora, "Formación de la clase dominante", inédito.

política y en una forma de vida y de pensamiento. El MNR, el stalinismo y toda una serie de izquierdistas piensan que la debilidad de la burguesía será superada a la larga, para ellos es simplemente un problema de tiempo. Tal es el fundamento teórico de la capitulación pequeño-burguesa ante la clase dominante criolla, que en el caso boliviano significa una seria concesión al imperialismo. También se basa en esa premisa el tan manoseado slogan de la "revolución democrático-burguesa", que tanto vale decir burguesa.

La desgracia de la burguesía boliviana es doble. Se ha incorporado a la economía recién cuando el capitalismo había ingresado francamente a su período de decadencia (finales del siglo XIX), el imperialista. No ha tenido la suerte de que las dificultades de la política norteamericana permitiesen la diversificación, aunque relativa, de sus actividades industriales. No se encuentra en la teoría -mucho menos en la práctica- un planteamiento de la burguesía boliviana sobre la necesidad de liquidar el pasado feudal y de emanciparse de la opresión imperialista. Se trata pues de una clase reaccionaria, en cuyo seno no podemos encontrar, por mucho que busquemos, una capa "progresista".

El pensamiento stalinista parte de una falacia. Como toda la nación -sostiene- está oprimida por el imperialismo, todas sus clases sociales deben y pueden alistarse en el movimiento anti-imperialista. El problema no es tan simple, desde el momento que el anti-imperialismo no es una reacción puramente mecánica frente a la opresión nacional, que es un hecho por demás evidente. La burguesía boliviana, debido a circunstancias particulares, como ya se tiene indicado, convive (y no lucha) con el imperialismo y supervive gracias a las migajas que le arroja éste. La opresión nacional se ha convertido en una forma de existencia. Las menudas fricciones entre ambos, innumerables por su número e insignificantes en sus proyecciones, no debe interpretarse como el primer paso hacia la ruptura, desde el momento que se limitan a discutir el monto de las dádivas.

Nuestra burguesía está enfeudada al imperialismo, no por apego a principios o por la urgencia de defender sus ideales (la defensa de la sociedad cristiana occidental, por ejemplo), sino por algo más prosaico: la defensa de sus intereses estrictamente estomacales. Si apareciese un amo más dadivoso y comprensivo que los yanquis, la burguesía boliviana, cuyo filoyanquismo servil no tiene paralelo, no tendría el menor reparo en besar otra mano. Por lo que sabemos, algunos núcleos burgueses se declararon pro-nazis, pero jamás pro-marxistas o amigos del proletariado. Una burguesía que se nutre de los desperdicios de las superganancias que obtiene el imperialismo en el país (no es otro el objetivo de la opresión nacional) es pro no anti-imperialista, debido al carácter decisivo de sus intereses inmediatos. Hacer concesiones a esa burguesía significa prácticamente retroceder ante el opresor del país. Tiene que entenderse claramente que los intereses de nuestra burguesía son esencialmente anti nacionales, porque la colocan a los pies del imperialismo. Cuando la producción de su vida social obliga a una clase social a colocarse frente a los intereses del capital financiero; cuando el desarrollo de las fuerzas productivas choca con la deformación imperialista de la economía y cuando una clase determinada encarna ese desarrollo, es entonces -y sólo entonces- que se inicia la lucha anti-imperialista. Hablando de un modo general, el proletariado no es la única clase interesada en la lucha anti-imperialista, pero su actitud de repulsa es tan profunda y vertical que deviene el enemigo irreconciliable de los opresores del país, esto debido a sus propias características clasistas. Se puede decir que es el mayormente interesado -acaso sea más adecuado decir vitalmente- en la derrota del imperialismo. Se trata de un anti-imperialismo consecuente y capaz de sacar las consecuencias últimas de la lucha y en esta medida se diferencia de todas las posturas aparente o limitadamente contrarias al capital financiero.

La feudal-burguesía boliviana tiene su propia historia política. Ha estado a la cabeza de dos movimientos revolucionarios profundos -los sacudimientos estremecieron las entrañas mismas de la gleba y a los centros urbanos- y en su transcurso ha demostrado, de manera inequívoca, sus limitaciones y sus objetivos, que ciertamente nada tienen que ver con la lucha anti-imperialistas.

En 1825 logró convertirse en el único terrateniente, emancipado del control y del obstáculo que significaba la Corona española. La masa campesina no sólo fue despiadadamente explotada, sino que se le despojó de la propiedad de la tierra. El sentido histórico de la revolución federal fue abrir las puertas, de par en par y en peores condiciones que las exigidas por los conservadores, a la invasión imperialista. Es indiscutible que la época de oro de la feudal-burguesía ha sido el período liberal (1900-1920), si tomamos en cuenta sus realizaciones y el impulso dado a ciertas actividades económicas y culturales. Pero, el régimen liberal se distinguió por el asalto a la comunidad indígena, no para estructurar la propiedad agraria capitalista (que supone el nacimiento del proletariado agrícola), sino para transformarla en latifundios destinados a explotar y oprimir a los pongos. Las riquezas naturales básicas (principalmente los minerales) fueron entregados al control secante del imperialismo. Los doctores liberales (el político doctor -una enfermedad altoperuana, según G. René Moreno- se convierte en símbolo de la época, pues tenía que estar debidamente capacitado para legalizar la explotación feudal y para interpretar capciosamente la legislación en favor de los inversionistas) eran abogados de las grandes empresas capitalistas y, sin embargo, seguían haciendo vender en los portones de sus grandes mansiones, la papa, la chalona y la taquia traídas por los pongos. Los gobiernos republicanos, una degeneración de la idea y la práctica liberales, llevaron el servilismo frente a los inversionistas a extremos indecibles. A partir de 1930 irrumpe en el escenario político la pequeña-burguesía, seriamente empeñada

en superar la impotencia de la burguesía (de tarde en tarde habló de la cuestión de la tierra y de las minas), pero no pudo menos que imprimir a la lucha política limitaciones y miseria.

La experiencia de la revolución de 1952 es demasiado elocuente acerca de la actitud de la burguesía indígena frente a los grandes problemas nacionales. Se ha convertido en el basamento económico e ideológico de la permanente conspiración contra-revolucionaria. Si en el pasado no ha habido un movimiento anti-imperialista dirigido por la burguesía, mucho menos probable es que aparezca uno semejante en nuestros días o en el futuro.

La fortaleza de la burguesía no radica en su número, sino en su poderío económico. Este es el sentido de la constante concentración del capital. Cuando señalamos la insignificancia de la feudal-burguesía boliviana nos estamos refiriendo a su extrema debilidad económica, debilidad que la convierte en dependiente, del modo más directo y cerrado, del imperialismo. Se puede decir que esta debilidad se presenta como el producto inevitable del propio proceso histórico del país.

La caducidad de la burguesía nacional se traduce en el cumplimiento de las tareas burguesas (liquidación de todas las formas pre-capitalistas de producción; creación de un poderoso estado nacional independiente; industrialización, etc.). Los movimientos propios de la feudal-burguesía no han resuelto y ni siquiera planteado debidamente esas tareas; contrariamente, han apuntalado el pasado feudal y han contribuido a la destrucción de la independencia política y económica del país, al entregarlo a la voracidad imperialista. Las oportunidades no han faltado para la lucha antiimperialista, pero todas ellas se han convertido en una frustración, debido a la incapacidad orgánica de la clase que debería consumir la revolución democrática.

El problema político más importante, que tiene una directa relación con la estrategia del proletariado, se refiere a las razones que pudiesen existir para esperar que la feudal-burguesía

en el presente o en un futuro próximo se transformase de reaccionaria en revolucionaria, de caduca e incapaz en llamada a ejecutar las tareas burguesas. ¿La historia ha trabajado en favor de la feudal-burguesía, al extremo de transformarla orgánicamente? Al contrario, el correr del tiempo ha acentuado, lejos de atenuar, los aspectos negativos y las limitaciones de la clase dominante boliviana.

Su dependencia del imperialismo se ha agravado. En el pasado (durante el período conservador) los mineros peregrinaron por Europa buscando a inversionistas en calidad de socios y no de amos absolutos; hoy la burguesía criolla abandona la solución de todas sus dificultades en manos del imperialismo. No se ha registrado ninguna coyuntura excepcional (por ejemplo, el establecimiento de la industria pesada) que hubiese empujado a la clase dominante a diferenciarse total y radicalmente del feudalismo o a colocarse materialmente frente a los intereses imperialistas. A comienzos del presente siglo fueron la capa liberal y sus subproductos, el radicalismo y las ramas republicanas, las que comienzan a organizar y movilizar al naciente proletariado (la primera Federación Obrera del Trabajo, 1909, ostentó con orgullo su inconfundible filiación liberal). En la actualidad la política independiente de la clase obrera constituye la amenaza más seria para los intereses feudal-burgueses y la clase dominante, para poder defenderse mejor de esa amenaza, se ve obligada a aliarse con el enemigo imperialista y actúa francamente (más franca y decididamente que antes) contra los intereses nacionales. La presencia física del proletariado como clase en el escenario político es uno de los factores fundamentales que acentúa el carácter reaccionario y pro-imperialista de la feudal-burguesía. En 1952 concluye, en el terreno de la práctica, toda posible ilusión acerca de los rasgos progresistas de la burguesía indígena boliviana; a partir de ese año todos los partidos políticos que representan su ambición y sus proyectos se alinean, de manera franca e inconfundible, en el campo de la contra-revolución.

La feudal burguesía, incapaz de realizar las tareas democráticas y que deja en pie el tremendo problema de la tierra, estructura una forma gubernamental que consagra, como si fuera un principio religioso, la propiedad privada y garantiza la intangibilidad de la explotación imperialista del país y legaliza la perpetuación de las formas productivas y sociales pre-capitalistas. El ordenamiento jurídico impuesto por la feudal-burguesía es el producto de relaciones de producción propias de un Estado semicolonial, fuertemente marcado por la huellas del feudalismo. Estas relaciones de producción, que impiden el paso del país a la civilización, vienen chocando, desde hace tiempo, con las fuerzas productivas, cuyo crecimiento ha sido impulsado por la penetración imperialistas. Esta es la razón histórica que determinó la derrota de la feudal burguesía y su desplazamiento del poder. El 9 de abril constituye un importante jalón en este camino y, en su proyección histórica, significa la rebelión de las fuerzas productivas contra un orden social caduco. En un escenario tan grandioso la miseria pequeño-burguesa del MNR se presenta inconfundible.

MISERIA DE LA PEQUEÑA-BURGUESÍA

La pequeña-burguesía merece nuestra atención por su enorme peso numérico (desde este punto de vista el observador superficial podría concluir que Bolivia es un país pequeño-burgués o campesino y esta caracterización tendría tanta base como ese absurdo de que se trata de un país agrícola atrasado) y por la importancia que ha adquirido en el proceso político. La penetración imperialista ha modificado a la clase media y se puede decir que la ha remodelado de acuerdo a sus intereses. Corresponde a esta clase social la propiedad de una pequeña parcela de tierra, de los aperos de labranza y de una reducida cantidad de ganado; pero, dada su naturaleza revolucionaria volcánica, tan diferente a las actitudes asumidas por el pequeño propietario o comerciante ciudadanos, nos parece

más exacto englobarlo dentro del campesinado, considerado como estrata social particular. Las capas más amplias y empobrecidas de la pequeña burguesía (artesanos y un gran sector de los pequeños propietarios) son una herencia de nuestro pasado precapitalista. Todavía en el siglo XIX ha sido el siglo de oro del artesanado. El esplendor de los gremios dominó la economía y la política, en una época en la que el comercio exterior constituía un factor por demás secundario. Esa invencible artillería de las mercancías producidas por las metrópolis capitalistas derribó despiadadamente las murallas que se habían levantado para defender la producción indígena basada en la técnica heredada de la Colonia (a esta categoría pertenecen las medidas proteccionistas dictadas por Belzu, que llegó a prohibir la exportación del estaño que no fuese fundido dentro del país). Desde ese momento comienza la ruina del artesanado; ruina que se traduce en su insignificancia dentro de la economía nacional, en la pérdida, casi total, de su importancia social y en anulación como factor político. La caída del artesanado (su extremo empobrecimiento) no significa necesariamente su desaparición física, por la sencilla razón de que la capacidad de absorción de las empresas capitalistas sigue un ritmo mucho más lento que la rápida desintegración de aquel. El proletariado se ha nutrido y sigue nutriéndose del artesanado, aunque no es la única fuente con la que cuenta. En circunstancias especiales (crisis general de la economía, disminución de la actividad industrial, etc.) la proletarianización del artesanado puede incluso llegar a detenerse. Donde por más tiempo se sobrevive el artesanado, como pensamiento político y como hábito organizativo es, por extraña paradoja, en el campo sindical, una de las consecuencias de la explotación capitalista y de la presencia del imperialismo. El anarquismo (1920-1936) prosperó como la doctrina adecuada a la mentalidad del pequeño burgués (artesano o intelectual) desesperado, que naturalmente se inclina hacia un extremismo liberal. Hasta la tercera década del presente siglo es el anarcosindicalismo la ten-

dencia predominante en los sindicatos obreros y recién en 1936 los marxistas pueden anunciar su victoria definitiva: la estructuración de la CSTB. Pero aun esta central -cuyo mérito radica en ser la primera efectiva central de nuestra historia- sigue expresando el predominio artesanal en el campo obrero organizado. La organización horizontal era la regla y las grandes concentraciones proletarias (mineras, fabriles, etc.) concluían sometiéndose a las minúsculas agrupaciones gremiales.

¿Cómo logra sobrevivir el artesanado después de que las compuertas aduaneras han sido levantadas para dar paso a la invasión de las mercancías foráneas? Por un camino inhumano que solamente puede ser impuesto por la angustia extrema: la despiadada explotación de toda la familia y su sometimiento a trabajos forzados. Lo que tiene que comprenderse es que la ruina del artesanado y de la pequeña burguesía en general, es un proceso permanente y definitivo, que se agrava más y más. No solamente se trata de una ruina económica sino de la quiebra como clase rectora en el campo ideológico y político. El pequeño propietario y el pequeño comerciante muy difícilmente pueden sobreponerse, a costa de su acentuado empobrecimiento, a los problemas emergentes de la nueva realidad que vive el país. Además, muy dificultosamente pueden soportar el abrumador peso de los impuestos y de las leyes sociales, elaboradas teniendo en cuenta las empresas capitalistas. El pequeño productor no puede hacer frente a la competencia de la gran producción altamente mecanizada (la gran empresa es símbolo de innumerables ahorros y de precios bajos) ni a las nuevas condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera. También es parte de la pequeña burguesía la capa de elementos parasitarios que, para poder vivir, se ha ubicado en los intersticios de una sociedad tan llena de contradicciones y en pleno proceso de desintegración. Entre éstos se cuenta el prestamista usurero (resabio del pasado feudal), que actúa al margen de la red bancaria, al contrabandista hormiga, etc. Los estudiantes y los que poseen profesiones liberales, junto a la

inteligencia en general, forman la aristocracia intelectualizada de la clase media, que se caracteriza por tener vínculos con el mundo de las ideas. Sin embargo, no debe concluirse que su relativa culturización (la barbarie de nuestros intelectuales es uno de los rasgos del tremendo atraso) le otorga el privilegio de la infalibilidad política.

Junto a la clase media heredada del pasado y que está constituida por las capas más empobrecidas, se encuentran las estratas pequeño-burguesas que han sido creadas por las necesidades de la explotación imperialista, por el sector capitalista de nuestra economía. Es cierto que la inversión de capital financiero es seguida por la importación de técnicos y de empleados de alta jerarquía, pero, es preciso crear a los técnicos medios y al resto del equipo de dirección. Algunos la llaman la nueva clase media. En ella están comprendidos, además de los técnicos, los distribuidores de mercancías al detalle, los profesionales, que no son más que parte del engranaje del aparato capitalista. El imperialismo se ve frente a la imperiosa necesidad de elevar el nivel de instrucción del pueblo y de amplias capas de la población, con la finalidad de lograr un mayor rendimiento de la fuerza de trabajo. A esta finalidad obedecen todos los planes y transformaciones educacionales, incluida la reforma universitaria. El imperialismo, en su pretensión de "justificar" la explotación de los países atrasados, monta un monstruoso aparato publicitario, que se sustenta en la corrupción de una parte de la inteligencia pequeño-burguesa. Alquila los servicios de periodistas e intelectuales, a fin de que éstos puedan crear una corriente favorable a los inversionistas foráneos. En este país, a pesar de las enormes posibilidades de desarrollo industrial que posee, se da el caso insólito de la desocupación de técnicos medios y de profesionales, que, por otra parte, son los peor remunerados y están condenados a ocupar los cargos más despreciables, fenómeno que se observa inclusive en la COMIBOL. Esta especie de lumpen de la tecnocracia vive enceguecida por la ambición de ganar un sueldo

en dólares y no atina a desentrañar la raíz de su desgracia, es decir, no alcanza a darse cuenta que su más grande enemigo es el imperialismo opresor. Para ella los trusts internacionales son amos a los que es preciso servir incondicionalmente y contra los que no se puede luchar. En las minas los ingenieros nacionales sólo de un modo excepcional han actuado en alianza con los obreros. Con todo, hay una categoría de técnicos (la más baja en la organización de las minas), laboreros, jefes de punta, seccionales, etc., que, dada la naturaleza de su trabajo, vive con la clase obrera y que ha dado muestras inequívocas de poder actuar en bloque con ella.

Lo que debe procurarse es convencer a esa gente de que su seguridad y su porvenir están cifrados en la consolidación de ese bloque. Hasta el momento la rebelión contra la alta jerarquía de las empresas se ha traducido en despidos, en la pérdida del derecho a los ascensos.

Como ya se tiene indicado, en la base de la clase media se encuentra una capa empobrecida y superexplotada, que no tiene posibilidades de superar su miseria dentro de los moldes capitalistas. Por estas razones, aunque su interés histórico sea defender, por encima de todo, su condición pequeño-burguesa, asume actitudes revolucionarias y su lucha contra la miseria la aproxima al proletariado y en los países atrasados no puede prescindirse de su concurso. Llegar a espaldas de ella al poder significaría sentar las bases de un gobierno débil, impopular e inestable. En realidad, no se trata de que el proletariado firme un pacto de igual a igual con la pequeña burguesía, sino de que la masa de esta clase sea arrastrada por el primero. Para cumplir este objetivo hay que aplastar, previamente, al partido político de la pequeña-burguesía, cuando éste se coloca contra los intereses del país y del proletariado. Tal es el caso del MNR en nuestros días. En circunstancias excepcionales puede abrirse la posibilidad de un bloque entre los partidos políticos del proletariado y de la pequeña-burguesía (eso ocurrió durante el sexenio).

La capa superior de la clase media, relativamente bien pagada, que goza de algunas canonjías y que está segura que el capitalismo y la opresión imperialista le abren la posibilidad de que prospere su carrerismo económico, político y social, se entronca directamente con la clase opresora. No pocas veces se convierte en el elemento (magnificado como tal por la indiferencia política del grueso de la clase) estabilizador del régimen y se distingue por encontrarse satisfecha dentro del sistema de explotación en que vive; satisfacción que se proyecta en sus ideas políticas y éticas. Este sector de la clase media es el defensor incondicional del imperialismo. En su seno se reclutan los abogados y los políticos que le sirven y los gratuitos enemigos y detractores del proletariado. Este es su rasgo diferencial y sus huellas se denuncian aun en el caso en que algunos de sus miembros adopten (casi siempre como consecuencia de su carrerismo) posiciones de extrema izquierda.

La inteligencia pequeño-burguesa, por la importancia política que adquiere en los países atrasados, merece algunas frases. Si la consideramos como un fenómeno social y no nos dejamos desorientar por el caso excepcional de algunas personalidades, nuestra historia política nos ofrece ejemplos en los que una parte de ella fue ganada por las ideas radicales del marxismo. Durante un largo período la doctrina del proletariado fue difundida desde el seno mismo de la universidad y los intelectuales parecían estar convencidos de que estaban predestinados para convertirse en jefes de los obreros. En otro lugar hemos dicho que en esa etapa predominó la tendencia por nosotros llamada "marxismo universitario", esto para poner de relieve sus limitaciones y defectos. La debida comprensión del marxismo como método fue sustituida con una barata erudición. Lo que estos intelectuales, cuyo radicalismo contraproducente escandalizó no pocas veces al medio ambiente provinciano, no pudieron emanciparse de sus mezquinas ambiciones, que siguieron siendo el verdadero basamento de sus actos y de su pensamiento. La lucha política (y también el

radicalismo demagógico) llegó a transformarse así en palanca para ascender en la escala social y económica. Los furiosos extremistas concluyeron, casi invariablemente, postrándose ante el imperialismo y la rosca, todo porque sólo así podían asegurar su porvenir. Esta es una característica de clase y no una desgracia típicamente boliviana. Varias generaciones de universitarios marxistas se han perdido en la pendiente de la claudicación, habiendo asestado con su conducta traidora el más rudo golpe a la causa revolucionaria. Se llegó a un extremo tal en que los obreros daban la impresión de haber sido vacunados contra la contaminación marxista. Sería absurdo negar que entre ellos existen elementos muy bien dotados y que en otras circunstancias habrían llegado a ser magníficos militantes. El factor negativo que ha evitado que se materialice esta última posibilidad ha sido la inexistencia de un fuerte partido político del proletariado. El militante de extracción pequeño-burguesa para convertirse en un auténtico revolucionario debe, imprescindiblemente, romper las vinculaciones económicas y sociales con su clase; en otras palabras, debe proletarizarse a través de su asimilación a las ideas básicas del programa obrero y de una profunda subversión de su forma de vida. Estas gentes -proclives a la corrupción, a vender su porvenir a cambio de una granjería o de un viaje turístico con todos los gastos pagados o bien darlo todo a cambio de una barata popularidad- constituyen un magnífico caldo de cultivo para el desarrollo del stalinismo, que puede satisfacer todas sus ambiciones y que, por añadidura, les ofrece un marxismo prostituido, "democrático" y hecho para complacer a la burguesía, pacifista y amoldado al legalismo. Les parece que nada es tan subyugante como aparecer como "revolucionario", lograr el apoyo de la crítica literaria y artística interesada y subvencionada. Por este camino se puede ganar fácilmente fama y puchero pero no se llegará jamás a ser un auténtico revolucionario. Se explica que el PCB no haya salido, por su composición social, de los moldes pequeño-burgueses. Se trata de una

organización a medida para gentes pobretonas, pero con pujos aristocratizantes y deseosas de figurar en los programas de rummy, en la crónica social y como conspiradores que tiene asegurado el pellejo y el pan cotidiano.

El bullicio, que generalmente acompaña a los movimientos anti-imperialistas pequeño-burgueses y el inusitado vigor que en determinado momento adquiere el marxismo universitario, hicieron pensar que en Bolivia, por ser un país atrasado, la dirección del movimiento revolucionario correspondía, por derecho natural, a la clase media y, muy particularmente, a su capa intelectual. Esta teoría ha sido elaborada y difundida no sólo por el MNR sino, de manera más concreta, por el stalinismo. Tal posición importa, en último término, la subordinación del proletariado al partido pequeño-burgués, lo que, dentro de la perspectiva del proceso de la revolución, quiere decir nada menos que el estrangulamiento de éste dentro del marco capitalista. Dicha capitulación no tiene nada que ver con la alianza de las clases media y proletaria, dentro de la concepción bolchevique, que supone la subordinación de la mayoría empobrecida de las ciudades al proletariado, vale decir, que el último arrastra a aquella.

La incapacidad ideológica y política de la pequeña burguesía es parte de su misma naturaleza clasista. Básicamente corresponde al particularísimo lugar que ocupa dentro del proceso de la producción social, de donde proviene su casi ninguna significación económica, a pesar de su enorme número en un país rezagado. A diferencia del proletariado (diferencia que es decisiva para determinar el rol revolucionario de las clases), la pequeña burguesía está íntimamente vinculada con el pasado precapitalista o bien tiene intereses comunes con los emergentes de la explotación capitalista. La conclusión de que en los países atrasados, debido a la incipiencia (este término es insustituible para calificar la idea de esta tendencia tiene del desarrollo del país) del capitalismo, la clase media está obligada a jugar un rol revolucionario preeminente, a ocupar, prácti-

camente, el lugar de la burguesía, que en su tiempo fue revolucionaria, o del proletariado, que en tales países está condenada a pasar por un largo período de desarrollo y de educación, es una conclusión puramente mecánica y pasa por alto el hecho fundamental de que Bolivia ha ingresado al seno de la economía mundial y que no existen posibilidades de que pueda desarrollarse al margen de ella, como ocurriría si estuviésemos viviendo en plena Edad Media. La presencia del imperialismo en el país, como un factor de primera importancia de su vida diaria y de su porvenir, determina la caída vertical de la significación económica y política de la pequeña-burguesía (las estratas heredadas del pasado han sido arruinadas y destruidas por la producción maquinizada y las creadas por las necesidades de ésta no logran elevarse a la categoría de elementos de primer orden). El atraso del país no vitaliza a la pequeña-burguesía y no hace más que prolongar su agonía (no hemos visto, por ejemplo, un retorno al siglo de oro del artesanado), la sume en una indecible miseria y degradación. Es ignorar la realidad de Bolivia atribuir, en las condiciones del presente, una importancia decisiva, desde el punto de vista económico y político, a la clase media. La nueva estructura del país y que ha sido descrita a grandes rasgos más arriba, planea una particular mecánica interna de las clases sociales y que está por encima de todo esquema mecanicista. La esencia de la posición doctrinal del MNR (nos referimos a las veces en que se ha visto obligado a hacer sus propios planteamientos y no cuando se ha limitado a recapitular postulaciones ajenas) dice que siendo la feudal burguesía entreguista, corresponde a la clase media luchar, a la cabeza de las otras clases sociales, por la liberación del país y que, por tanto, el deber revolucionario de obreros y campesinos consiste en apoyarla, postergando para el futuro las emergencias de la lucha de clases. Los "teóricos", que se declaran amigos y hasta defensores de los proletarios, subrayan el escaso número y la incultura del proletariado, para concluir que es inconcebible que pueda ambicionar

colocarse en el lugar de la inteligencia pequeño-burguesa. Todas las "teorías" que magnifican el papel de la clase media parten, necesariamente, de una subestimación de la capacidad y posibilidades revolucionarias del proletariado. El stalinismo, que tiene una composición social esencialmente pequeño-burguesa, tiene como uno de sus pilares de sustentación esa desconfianza hacia el proletariado. Se ha sostenido, por parte del MNR y del PIR, que en la atrasada Bolivia es impropio hablar de un partido independiente de la clase obrera y que se impone estructurar un partido policlasista (las cuatro clases del Kuomintang y del APRA: clase media, campesinos, proletariado y burguesía), postergando la lucha de clases hasta un futuro indefinido.

La incapacidad de la pequeña-burguesía ha dejado de ser tema de disputas académicas, desde el momento en que ha sido sometida a la prueba decisiva de los acontecimientos. La experiencia internacional y también la nacional, enseñan que los movimientos antiimperialistas y revolucionarios que no estén encabezados por el proletariado no pueden alcanzar la victoria definitiva, es decir, consumir la liberación nacional. La dirección pequeño-burguesa concluyen por detenerse en medio camino del proceso, en el preciso momento que cree que sus intereses, extraños a los del proletariado, corren el peligro de ser contrariados por la avalancha proletaria o cuando se encuentra ante el dilema de romper definitivamente con el imperialismo o de traicionar a los objetivos nacionales. Los bolivianos sabemos hasta qué extremos puede llegar la traición del partido pequeño-burgués.

No ignoramos ni despreciamos a la pequeña-burguesía. La acusación de que propugnamos una revolución puramente obrera y socialista, a espaldas de la mayoría nacional, carece de sentido y pretende ignorar todo lo que hemos escrito sobre el tema. Nos hemos limitado a ubicar debidamente a la clase media y a señalarle el camino de su liberación: seguir a la dirección proletaria.

POTENCIA EXPLOSIVA DEL CAMPESINADO

La masa campesina es la fuerza explosiva más poderosa con la que cuenta el proceso revolucionario, explosividad que arranca de su estructura interna y de su misma tradición forjada en el transcurso de larga y accidentada historia. El problema de la tierra, cuya profundidad no ha sido ni siquiera tocada por los intentos reformistas de la feudal-burguesía o de los intelectuales de la clase media, le da esa explosividad al siervo de la gleba. La adecuada superación de esta tarea democrática constituye una de las condiciones básicas para que el país pueda ingresar francamente a la civilización y progreso integral. Se trata de una tarea impostergable, de vida o de muerte. La realidad que vive el país (eslabón rezagado de la cadena capitalista mundial) determina que la solución burguesa del problema de la tierra (parcelación del gran latifundio para la paulatina y posterior concentración de la propiedad de la tierra en manos capitalistas) ya no es viable. No se puede eludir ni seguir postergando indefinidamente la aplicación de la técnica moderna (maquinización y electrificación) a la producción agrícola y la simple parcelación (la pequeña propiedad puede degenerar en el minifundio y eso es lo que ocurre en las zonas altamente pobladas y productivas) es un obstáculo que se opone a este paso decisivo e indiscutiblemente progresista. La división de las grandes haciendas, en lugar de atenuar la extrema miseria de los campesinos, acentúa los problemas del productor: determina la caída de los índices de producción y no elimina la explotación del campesino desposeído de tierra o del que se ve reducido a llevar una vida miserable pegado a su pequeñísima parcela, tampoco lo libera de las garras del usero y del gárrula. Lo que hace siglos era una medida progresista ahora ha dejado de serlo y, más bien, es utilizada como uno de los canales para que pueda escurrirse el propio gamonalismo. Este cambio radical en las consecuencias de dicha medida (que tanto alarma a los que creen en un desarrollo gradual, lento e ininterrumpido de todos y cada uno de los países) débese a

que, en esta época de decadencia mundial del capitalismo, no se puede esperar ya que la burguesía indígena llegue a su esplendor, siguiendo el camino señalado por la revolución francesa, por ejemplo.

Uno de los grandes aciertos de Mariátegui -el genio del marxista peruano se torna torrente impetuoso siguiendo el cauce del atisbo y del anticipo, en medio de lamentables confusiones, aunque explicables para su época- está en haber señalado, con claridad tal que no da lugar a ningún equívoco, que el problema del indio es, en último término, el problema de la tierra.

En la formación histórica del campesinado nos encontramos reiteradamente con el problema de la opresión de una nación (o de varias) por otra; pero, a la larga oprimidos y opresores concluyen confundándose en una clase superexplotada y que logra homogeneizarse, en cierta medida, al calor de la secular lucha por la tierra. El imperio incásico se estructuró sobre el sometimiento de la nación aymara y de otras a la quechua; la colonia importó el sometimiento de las naciones indígenas al invasor español. Sin embargo, ya en esa época la lucha por la tierra suplantó a todas las otras preocupaciones y problemas (de la tradición, cultura, del idioma o de la religión), que pasaron a un segundo plano, al extremo de que, con el correr del tiempo, dieron la impresión de haber sido olvidados. No se puede ignorar que de tarde en tarde, en condiciones particulares de las luchas sociales, se han planteado reivindicaciones puramente campesinas, a espaldas del resto del país. En 1781, el movimiento de los Amaru-Catari luchó por estructurar un régimen campesino a semejanza del imperio incaico. Después de la revolución federal, cuando las masas del agro fueron vilmente masacradas y traicionadas por el liberalismo, estallaron, a lo largo del altiplano y de los valles, numerosas insurrecciones que desconocieron a la autoridad y proclamaron a sus propios gobernantes y generales. Una situación desesperada y la certeza de los campesinos de que eran inexorable-

mente empujados a la derrota y al sacrificio, se tradujo en el planteamiento de esas reivindicaciones autonomistas. En tales movimientos es posible descubrir las huellas del despertar de las naciones oprimidas. El desarrollo posterior del país, determinado principalmente por el dominio imperialista de su economía y de su política, acentúa la tendencia a fundir a los campesinos en una sola clase, que tiene como objetivo máximo y central la reivindicación de la tierra, cuyo asalto por la feudal-burguesía llegó a extremos inconcebibles, principalmente de las comunidades Los campesinos expropiados o que han sido reducidos a una angustiosa miseria, desembocaron, y aún desembocan, en un solo punto; el proletariado (mineros, constructores, fabriles, ferroviarios). En lo que va corrido del presente siglo, los campesinos no solamente que no han actuado como nación oprimida, sino que como clase no han logrado colocarse a la cabeza de los movimientos revolucionarios, habiéndose limitado a apuntalar militantemente a otros sectores sociales. El planteamiento de la autodeterminación de las naciones quechua, aymara, etc., (¿por qué no la sirionó, la uru, por ejemplo?), es decir, de la necesidad de que se estructuren como estados independientes, no pasa de ser un clisé que, por violar la realidad que se vive, no puede ser aplicada en Bolivia. El servilismo y la mediocridad obligó a los stalinistas latinoamericanos de la tercera década a centrar toda su lucha alrededor de esta consigna. Después de la rica experiencia vivida por el movimiento revolucionario, ¿será posible esperar que los epígonos del stalinismo todavía pretendan resucitar algo que ha sido superado por los acontecimientos? De estas gentes, cuya actuación contra-revolucionaria tiene que dar las espaldas a la realidad, se puede esperar todo. Es nuestro deber subrayar que la distracción de la vanguardia obrera con los planteamientos de las naciones indígenas oprimidas se realiza para soslayar el problema número uno: la cuestión de la tierra. La miseria, la ignorancia, la suciedad, el analfabetismo y las enfermedades en medio de las cuales se desenvuelven los

campesinos, constituyen simples manifestaciones -aunque trágicas y vergonzosas- del atraso del país. Su superación, que es indispensable para que Bolivia pueda considerarse un país civilizado, está estrechamente vinculada a la radical solución del problema de la tierra. La presencia del proletariado convierte en anacrónica la reforma burguesa (indemnización en favor del gamonalismo, lenta y progresiva formación de una vasta capa de pequeños propietarios; respeto a algunas categorías de propietarios que emplean el trabajo gratuito o no de los campesinos e incluso a otras grandes propiedades que, como en Bolivia, son consideradas capitalistas industriales). Dentro de las condiciones imperantes esa reforma será radical (total destrucción de los latifundios y utilización de las formas cooperativistas para llevar a los productores independientes hacia la granja colectiva) o no prosperará. Esta premisa está suficientemente demostrada por la experiencia posterior a 1952 y que no es más que la experiencia acerca de la incapacidad del MNR para liquidar al gamonalismo.

Es debido a la falta de solución de los problemas básicos de la masa campesina por la que ésta mantiene su explosividad volcánica y la que empuja al proletariado al poder. El atraso del país obliga al joven proletariado (numéricamente pequeño), precisamente, a tomar en sus manos descomunales tareas. De esta inter-relación entre las tareas de la revolución y la falta (o mejor, imposibilidad) de un integral desarrollo capitalista del país se desprende que en el proceso de transformación se toquen la subversión campesina, que históricamente marcó el amanecer capitalista, y el levantamiento proletario, preludio del socialismo. Solamente en este sentido puede hablarse del carácter combinado de la revolución.

En Bolivia no pudo plantearse, ni en el plano de las suposiciones, la posibilidad de la alianza de la burguesía nacional, es decir, de la feudal-burguesía (y ni siquiera de sus llamados sectores avanzados) con la masa campesina. La insurrección campesina significa nada menos que el anuncio de la total

ruina y destrucción de la clase dominante. Los teóricos al servicio del imperialismo, cuando se mueven en el campo de las especulaciones, se pueden dar el lujo de plantear la supresión de las formas feudales en la producción agropecuaria, que es eso lo que precisamente dice el "Informe Bohan", por ejemplo. Sin embargo, la política imperialista no puede materializar esas recomendaciones porque, obligado a apoyarse en la clase dominante criolla, está incapacitada de atracar a la reacción indígena. Alienta reformas toda vez que así interesa a los inversionistas; ese es el sentido de las transformaciones que dice desear la "Alianza para el Progreso".

El problema de la tierra es el más profundo y vital del país atrasado y su falta de solución modela las características de la masa campesina. Cuanto más atrasado e intocado por la máquina se encuentra el agro, mayor será la explosividad de los campesinos y menor su capacidad para asumir la dirección del proceso político de transformación. La razón es clara: los pronunciados rasgos precapitalistas, que habrían sido disimulados y oscurecidos por el desarrollo moderno del agro, convierten al campesinado en clase carente de cohesión, desperdigada a lo largo del país (tan desperdigada y fracturada como los rancharíos indígenas, que se abastecen dentro de los riscos en los que están enclavados), lo que le impide alcanzar un homogéneo pensamiento político y conciencia clasista, al extremo de que da la impresión de que no los tuviera. Su vida material le lleva al campesino a creer que su comarca es el ombligo del mundo y que no hay más problemas que los suyos, completamente desvinculados del resto del país. No ve al imperialismo y no adquiere conciencia de en qué forma los trusts internacionales modelan su presente y delinear su porvenir. Esta mayoría nacional (el que sea un hecho indiscutible no quiere decir que necesariamente debe transformarse en la dirección política del país) no ha podido, hasta ahora y no hay esperanzas de que en el futuro ocurra una otra cosa, forjar su propio partido, es decir, que no ha podido dotarse del adecua-

do instrumento de expresión política. En tales condiciones, que no son las mismas dentro de las cuales se desarrolló el proletariado, el analfabetismo y la incultura, que denuncian la barbarie, porque son índices de la supervivencia de un pasado secular, se convierte en vallas, a veces insuperables, para la difusión de la teoría marxista en el agro. El instinto de clase, en este caso, no contribuye en nada para poder saltar el obstáculo.

A pesar de todo, el campesinado al luchar, terca y heroicamente, contra su estado de miseria y de explotación, busca desesperadamente caminos que en el pasado no podía siquiera presentir. El Estado moderno, sobre todo sus fuerzas armadas y el oscuro mecanismo de las leyes, se le presenta al campesinado como algo inexplicable y monstruosamente poderoso, frente al cual se siente desamparado e impotente (no por esto deja de responder al terror gubernamental con actos terroristas, de bandolerismo y con explosiones sanguinarias) y busca apoyo y defensa en una organización poderosa, pese a serle ajena. Casi de una manera natural los campesinos han concluido girando alrededor de los sindicatos obreros más fuertes, que se convierten en focos aglutinadores de toda su periferia agraria. Estamos refiriendo cómo se expresa el repudio campesino contra el gobierno movimientista. Sin embargo no es la norma en la lucha diaria, sino más bien la excepción.

Es el proletariado (pensamiento y voluntad de las mayorías explotadas) quien va deliberadamente hasta la masa campesina para organizarla y movilizarla, porque constituye para él el ariete con el que puede derribar al gobierno que sirve los intereses de la reacción criolla y del imperialismo. El proletariado sabe que el campesinado es su aliado natural en la lucha revolucionaria, el grueso del ejército nacional, el motor propulsor de su marcha incontenible hacia el poder, por todo esto constituye la condición básica para la consolidación y fortalecimiento del gobierno obrero. La estrategia revolucionaria tiene como clave de la victoria la alianza obrero-campesina; alianza que

significa que el proletariado arrastra a los campesinos en la lucha revolucionaria.

El MNR no se declara solamente la dirección de los campesinos, sino su propio partido, a pesar de haber demostrado su incapacidad para saciar la sed de tierra de éstos. Se declara el partido de los campesinos porque dice que en su seno y en sus cuadros dirigentes se encuentran los genuinos representantes de la voluntad campesina. Nuevamente nos encontramos ante uno de los trucos favoritos del MNR: la sustitución de la clase por algunos individuos aislados, la usurpación de su voluntad. Es cierto que algunos movimientistas hablan a nombre de los campesinos, pero lo hacen de un modo officioso y hasta abusivo. Lo decisivo radica en que el MNR en su programa no expresa los intereses históricos de los campesinos, y no ha podido elevar hasta la categoría de dirigentes a las capas más selectas del campesinado (pues no debe incluirse en ellas a los aventureros que han salido desplazados desde las ciudades para capturar las direcciones sindicales). Lo único que ha hecho el MNR es prostituir a las direcciones sindicales campesinas y a su milicias armadas, que a pesar de su debilidad concluirán siendo desarmadas por el ejército. Sólo a través de esos recursos puede movilizar a "sus" campesinos para ejercitar acciones punitivas contra las zonas agrarias rebeldes (una tarea esencialmente anti-campesina, como es fácil comprender), para presionar sobre las ciudades y sobre el proletariado. Nunca nos cansaremos de recalcar que se trata de huestes mercenarias y que abusivamente usurpan el nombre de la clase. Las características del movimiento campesino permiten que un equipo directivo, fuertemente armado y que se apoye en el aparato estatal, se enseñoree rápidamente sobre una zona y la someta totalmente a su voluntad despótica. Es claro que este hecho no puede interpretarse como el apoyo campesino a la burocracia oficialista y hablar en este sentido es vulgar impos-

EL PROLETARIADO, FIRME DIRECCIÓN REVOLUCIONARIA

Nuestro proletariado es bastante joven, formado prácticamente en el siglo XX y como consecuencia de la producción de tipo capitalista, y es el resultado de la penetración imperialista. Su número es sumamente pequeño, que no alcanza al 10% del total de la población. La historia política de los últimos tiempos y particularmente la posterior a abril de 1952, demuestra que es la única clase social que queda en pie y con capacidad para asumir la dirección política del proceso revolucionario. Lo que tiene que explicarse son las razones por las cuales se da en Bolivia, país atrasado, este fenómeno, aparentemente contradictorio. ¿Por qué este proletariado tan poco numeroso, joven y carente de viejas tradiciones políticas, está obligado a realizar tareas tremendamente más grandes que las que se plantea el proletariado de las grandes metrópolis? Este proceso es la respuesta a una necesidad histórica. En el pasado, el simple enunciado de esta tesis era calificada como el mayor de los desatinos, propio de una mentalidad anarquista. Tal fue la actitud asumida, no solamente por la derecha, sino, y principalmente, por el stalinismo. Se precisa mucha paciencia para coleccionar todas las barbaridades que el stalinismo - que actualmente se reclama de las posiciones de Mao, cuya teoría central, como todos saben, dice que solamente la dirección obrera puede asegurar la victoria del movimiento anti-imperialista y revolucionario- dijo acerca de la incapacidad política del proletariado boliviano, al que consideró incipiente y lleno de ignorancia, incapacitado para actuar por encima y en forma independiente de los intelectuales pequeño-burgueses. En nuestros días hablan un otro lenguaje, pero esto no supone que hubiesen modificado su estructura ideológica o que hubiesen transformado su esencia, siguen siendo tan contra-revolucionarios como ayer. En la conducta y en el pensamiento stalinista se puede siempre descubrir una íntima desconfianza acerca de la capacidad política del proletariado. En

realidad, es el desarrollo de los acontecimientos el que nos aproxima al planteamiento y solución del problema y su discusión resulta una tarea ineludible del momento.

El pequeño número del proletariado y la enorme mayoría campesina son índices del grado de atraso del país. Ese número está determinado por la gran extensión de las tareas burguesas no cumplidas; de esta realidad emerge la enorme masa campesina. El filisteo deduce de aquí que el tiempo puede encargarse, al ampliar constante y progresivamente las formas capitalistas de producción, de fortalecer numéricamente al proletariado, al extremo de que se convierta en mayoría nacional. Esta "teoría" del progreso ininterrumpido -falsa en sí misma- comienza por ignorar la presencia del imperialismo -demasiado autoritaria para ser ignorada- y concluye sosteniendo que Bolivia puede recorrer independientemente el camino burgués, a espaldas de la economía mundial. Acaso sin darse cuenta se plantea el excepcionalismo en favor del país, desde el momento que se deja entrever que su evolución no se realiza conforme a las leyes que tienen validez mundial.

Digamos, de una vez por todas, que el número del proletariado tiene solamente importancia secundaria; lo decisivo es cómo produce su vida social, el lugar que ocupa en el proceso de la producción nacional. El eje económico del país constituye la producción de naturaleza capitalista, es decir, la actividad sustentada por el proletariado. Es esta producción la que le permite ligarse al mercado mundial. Si Bolivia en su integridad retornase a la economía precapitalista, es claro que sería inmediatamente borrada del mapa de los países civilizados. El proletariado boliviano ha podido convertirse en el eje político de las transformaciones que se viven porque era ya el eje económico. No se trata, pues, de un problema numérico sino de relación entre las clases sociales, cuya modalidad está determinada por el desarrollo de las fuerzas productivas, consideradas en su alcance internacional.

Al afrontar esta cuestión es donde seguramente surgen las mayores dificultades. Es una creencia común que el atraso del país determina, de modo fatal y económico, la inmadurez, la incipiente, de las fuerzas productivas para determinar una transformación que tenga como centro al proletariado. Este será el obstáculo más serio, más lógico y hasta más "marxista" que se opone para que la clase obrera se convierta en dirección política, de manera que esta imposibilidad sólo puede ser superada en los límites capitalistas, a través del fortalecimiento de la industria. En este modo de razonar, aparentemente ortodoxo, hay un error básico. Las fuerzas productivas, desde el momento que hay economía mundial, desde el momento en que un país se ha incorporado a la cadena capitalista, adquiere carácter internacional, han dejado de ser dimensiones nacionales y es erróneo considerarlas aisladamente dentro de ciertas fronteras estatales. El error ha sido repetido hasta la saciedad por el stalinismo y aún sigue siéndolo. Unas veces se ha utilizado para justificar la capitulación ante las burguesías criollas y otras para apuntalar la "teoría" del excepcionalismo. La tremenda elocuencia de los acontecimientos internacionales (que vienen a confirmar las conclusiones bolcheviques y a desmentir toda desviación de tipo menchevique) ha obligado a los seguidores de Stalin a revisar su terminología del "socialismo en un solo país", aunque no quiere decir que hubiesen logrado la comprensión marxista de la política contemporánea.

Los países atrasados, aisladamente considerados (es decir, incorrectamente considerados), no están, evidentemente, maduros para una transformación revolucionaria dirigida por el proletariado. Mas, este criterio no es definitivo. La economía mundial en su conjunto, las fuerzas productivas consideradas como factor internacional, están maduras y hasta demasiado maduras, para el socialismo. Es este el hecho básico que obliga a adoptar las medidas políticas más osadas para resolver las tareas tradicionalmente consideradas como burguesas (nacionalización de los medios de producción y planificación de la

economía, por ejemplo). El atraso del país otorga ciertas particularidades al proceso revolucionario.

La insignificancia de la burguesía criolla, que está denunciando el grado de penetración y de dominio del imperialismo, del sometimiento económico y político de la semicolonía a la metrópoli, magnifica el rol del proletariado y le obliga a cumplir tareas que ella no ha podido afrontar ayer, cuando las condiciones objetivas le eran mucho más favorables que ahora. ¿Por qué el proletariado tiene que tomar en sus manos tareas ajenas? En primer término porque la burguesía, debido a su caducidad, no es capaz de hacerlo en el presente y se tiene suficientes razones para esperar que esta incapacidad se acentúe en el futuro. Si los problemas básicos del país pudiesen ser todavía resueltos de un modo burgués, el proletariado no tendría, por ahora, posibilidad alguna para llegar al poder. Es, pues, el atraso del país el que obliga a la clase obrera a marchar aceleradamente hacia la solución de las tareas democráticas. Tal es la inter-relación dialéctica entre el atraso del país y las clases sociales. Se puede establecer una regla acerca de la correlación entre burguesía y proletariado. Cuanto más débil su subordinada al imperialismo se encuentre la burguesía criolla, tanto más se fortalecen las posiciones del proletariado y adquiere un lugar preponderante en la política nacional, viéndose obligado a madurar rápidamente, porque el desarrollo de los acontecimientos le obliga a cumplir tareas que históricamente correspondían a otra clase social. El proletariado tiene que barrer con todos los resabios pre-capitalistas, esto porque, precisamente, la burguesía está orgánicamente imposibilitada de cumplir sus propias tareas y que son vitales para el país. Es la extrema debilidad de la burguesía (hemos dicho que en realidad se trata de una feudal- burguesía), expresión indiscutida de nuestro atraso, la que obliga al proletariado a cumplir una descomunal misión, a tomar, en una palabra, el poder político.

La expropiación del campesino y la ruina del pequeño-burgués ciudadano precedieron en Bolivia -y en todo el mun-

do- a su proletarización (libre de toda forma de propiedad es liberado de los intereses que se enraizan en el pasado y en el presente). La miseria general de la población se ha acentuado en la última época y, sin embargo, la proletarización se ha detenido, esto porque el imperialismo se ha convertido en un serio obstáculo para la industrialización. La quiebra de la economía nacional, consecuencia de su sometimiento a los dictados de Wall Street, ha concluido dejando en la calle a una parte considerable de los nuevos contingentes de trabajadores.

Nos referimos al proletariado boliviano -sin dejar de subrayar que se trata de una clase que se mueve en un país atrasado- teniendo en cuenta las características diferenciales de esta capa social en escala mundial (no posee más que su fuerza de trabajo y, para vivir, se ve obligada a venderla todos los días; es producto del sistema capitalista y, por tanto, no tiene vínculos con el pasado ni posee forma alguna de propiedad que defender; se presenta en grandes concentraciones y es la clave revolucionaria por excelencia y la única que puede llevar el proceso de transformación hasta sus últimas consecuencias) y sin olvidar sus rasgos particulares, consecuencia del atraso del país, es decir, en síntesis, de las particularidades bolivianas.

Las grandes metrópolis no solamente arrastran el pesado fardo de la tradición en su estructura productiva, sino que llega a modelar a la clase obrera, sus hábitos y su pensamiento. Las más diversas manifestaciones del pensamiento socialista han dejado su huella indeleble entre los trabajadores y sus organizaciones. Esta tradición, que no pocas veces se ha convertido en prejuicio, ha llegado a obstaculizar, en determinadas circunstancias, la difusión y asimilación del marxismo. Esta es una desventaja que retarda la hora de la transformación socialista de un país altamente desarrollado. Por otra parte, el imperialismo, utilizando las superganancias que obtiene en los países semicolonias, se da modos para corromper a la capa superior del proletariado metropolitano y convertirla en una ver-

dadera burocracia, que actúa como cerco sanitario frente a las tendencias revolucionarias.

En oposición, la extremada juventud del proletariado de un país atrasado es, en ciertos aspectos, un verdadero privilegio. La falta de tradición política permite que pueda asimilar rápidamente la última palabra de la teoría revolucionaria. Introduce atrevidas variantes a las normas organizativas consideradas intangibles en los viejos países. Así se explica porque el proletariado boliviano -que era objeto del piadoso desprecio de los intelectuales por su ninguna cultura y por su inexperiencia- ha llegado a vanguardizar al movimiento anti-imperialista. La realidad es otra: obreros iletrados actúan y razonan conforme a las ideas de Trotsky, que no son más que la encarnación del bolchevismo.

La presunción pequeño-burguesa quedó ofendida cuando se dijo que los obreros analfabetos (alrededor del 70% de la clase) podían asimilar, cierto que de un modo por demás particular, el marxismo. Ellos no tienen más que una forma de aprendizaje y que no consiste en la simple memorización mecánica de los textos clásicos (eso es lo que hacen los intelectuales, que tan justamente fueron menospreciados por Marx y Engels). La experiencia ha demostrado que el recitado correcto y erudito -algunas veces hasta dicho en castellano impecable- está muy lejos de la comprensión del método marxista, y esto es lo importante. Los obreros no declaman las consignas marxistas (y nos felicitamos porque no lo hacen), apprehenden (esto es muy distinto de memorizar) su esencia y, en el momento oportuno, la exteriorizan por medio de su acción (que constituye el verdadero lenguaje de los trabajadores). Sirve de cimiento a este proceso el instinto de clase. El marxismo es la expresión consciente de las tendencias elementales e instintivas del proletariado hacia la reestructuración comunista de la sociedad, por eso mismo la clase muestra tanta aptitud para asimilar el marxismo viviente (que desde el punto de vista cultural constituye el punto culminante de la evolución de la

humanidad); aptitud que está, por ejemplo, muy por encima de la demostrada por los universitarios. Las ideas se enseñorean de las masas (es entonces que adquieren fuerza material, según la expresión de Marx) y es entonces cuando norman la conducta de estas últimas. Desde el momento en que las ideas caen en el seno de las masas hasta la acción misma media un lapso, que puede ser más corto o más largo según las circunstancias particulares de un determinado momento. Entre ambos extremos se produce un proceso nuclear en la subconsciencia (el observador superficial tiene la impresión de que las ideas han desaparecido y lo que ocurre en realidad es que están realizando un activísimo trabajo subterráneo). Lo esencial de la experiencia vivida por la clase se va asimilando (proceso que es rápido si media la cooperación de la prédica y de las enseñanzas partidistas), fusionándose con las ideas y, así, éstas logran vivificarse. Llega un momento en que el proceso de crecimiento de este proceso nuclear de la inconsciencia da lugar a la aparición de la conciencia clasista (el aumento meramente cuantitativo ha dado lugar el salto cualitativo). Lo instintivo (inconsciente) y elemental supone ya lo consciente. Nosotros no planteamos la simplista exclusión de uno de los términos (que, en realidad, son antagónicos). Esta generalización la basamos en la experiencia del proletariado boliviano con referencia a la "Tesis de Pulacayo", que en los hechos se ha convertido en el programa obrero por excelencia. El stalinismo, que ahora guarda un discreto silencio al respecto, lanzó la especie de que se trataba de un documento teórico artificialmente impuesto a los mineros y que éstos jamás llegarían a comprenderlo. Violentando pronóstico tan temerario, los trabajadores y el país mismo se movilizaron tras la bandera de Pulacayo, movilización que hizo posible la victoria de abril. Las primeras conquistas revolucionarias se materializaron a pesar de la ausencia física de la vanguardia proletaria, esto gracias a la educación de las masas dentro de la tan combatida "Tesis de Pulacayo".

La combatividad explosiva del proletariado boliviano es excepcional y denuncia la influencia campesina (cuya historia está llena de actos de heroicidad incomparable y de actos sanguinarios). Su extremada juventud (no solamente por haber aparecido recientemente, sino por la excepcional juventud física de sus miembros, cuyo promedio de vida no alcanza los 30 años) es otra de las causas de esa combatividad. Nuestros sindicatos no presentan capas aristocráticas, formadas por el pago de salarios preferenciales y por la concesión de una serie de privilegios, lo que hay es una especie de nivelación en la miseria. En nuestro país no existen en el seno de la clase los organismos capaces de frenar y desviar la acometida proletaria.

Las grandes concentraciones proletarias viven en los campamentos mineros, que están lejos de los centros urbanos más importantes. Esta característica debilita la fuerza del proletariado e impide que rápidamente pueda convertirse en el caudillo del país. En las grandes ciudades actúan sectores proletarios de segundo orden (constructores, fabriles, etc.). Se tiene la impresión de que en Bolivia hubiesen dos ejes políticos: las ciudades y las minas. El trabajo propagandístico del POR dedica mucha atención a la necesidad de armonizar los movimientos de las masas y de las ciudades. La historia política de los últimos tiempos enseña que ninguna batalla fundamental puede definirse a espaldas de los mineros.

El proletariado boliviano carece de una fuerte tradición ideológica y organizativa de corte stalinista, reformista o anarquista. Esta virginidad política ha permitido que, dando un verdadero salto en este terreno, se identifique con el trotskismo. La elaboración del programa es obra de una minoría, que somete a un balance teórico toda la experiencia de la lucha de clases. La existencia del programa supone que las masas pueden, en el futuro próximo o lejano, orientarse conforme a una determinada política. Pero, todavía falta que el programa se encarne en las masas, lo que supone que éstas se eleven hasta

la altura del programa revolucionario, finalidad que se logra a través de la paulatina madurez que adquiere la clase en la lucha diaria y de la asimilación crítica de esta experiencia. La propaganda partidista puede acelerar este proceso, pero jamás sustituirlo. En el plano de la organización sindical fácilmente se han asimilado las peculiaridades soviéticas y no ha costado casi ningún esfuerzo desterrar el prejuicio del "apoliticismo". En las organizaciones obreras más avanzadas se discuten libremente los problemas políticos. Como se ve, sus características diferenciales -algunas de las cuales han sido puntualizadas más arriba- acentúan la capacidad que tiene el proletariado boliviano para cumplir su enorme y trascendental misión. Como ocurre en todos los países atrasados, el proletariado boliviano se ve competido a cumplir tareas ajenas, propias de las otras clases sociales. Esta es la razón que le obliga a convertirse en caudillo nacional y en calidad de tal tiene que dar respuesta a todos los problemas nacionales. Se podría pensar que se trata de un gesto filantrópico o de un acto heroico inmotivado. El proletariado actúa así no impulsado por principios metafísicos, sino por razones de conveniencia y por propio instinto de conservación. Para libertarse como clase tiene que liberar a toda la sociedad; para acabar su explotación tiene que destruir los cimientos de toda forma de opresión clasista; para poder construir el socialismo tiene que barrer los escollos pre-capitalistas. El proletariado, al asumir esta actitud, no actúa sin norte y menos pierde sus intereses y sus objetivos de clase, sino que para poder cumplirlos no tiene más remedio que limpiar el camino, limpieza que se presenta como una necesidad impostergable.

El stalinismo se complace en repetir su tesis de que el proletariado boliviano, por ser joven, inculto y producto de un país atrasado, tiene previamente que educarse y crecer bajo un régimen de democracia burguesa. Esto quiere decir que será formado y educado como caudillo de la revolución en la escuela de la democracia. Persiguiendo materializar tal estrategia

-propia del menchevismo- ha capitulado, unas veces ante la rosca y se ha convertido en uno de sus firmes puntales. En los momentos de mayor radicalización ha luchado fieramente contra la política independiente de la clase obrera, encubriendo su conducta traidora tras la consigna confusionista de "gobierno democrático de liberación nacional". Esta fórmula se basa en el bloque con los partidos políticos de las otras clases sociales (el propio MNR o sus sectores, FSB, PSC y todas las organizaciones concebibles menos el POR, porque el stalinismo no tiene más principio incommovible que la lucha a muerte contra el trotskysmo), bloque que puede materializarse sólo a condición de que se subordine al proletariado a la política de las otras clases sociales, principalmente a la de la burguesía o de la pequeña-burguesía. Las cosas ocurrirán de un otro modo, según enseñan la teoría y la historia, y los obreros conocerán la democracia solamente bajo el régimen del gobierno proletario. El punto de vista bolchevique se diferencia de cualquier otra posición porque enfatiza acerca de la necesidad de que el proletariado se coloque a la cabeza del proceso revolucionario y se convierta en dirección política de las otras clases sociales interesadas en la revolución.

CARACTERIZACIÓN DE LA REVOLUCIÓN DEL 9 DE ABRIL DE 1952 - REVOLUCIÓN AGRARIA Y ANTIIMPERIALISTA

La revolución del 9 de abril de 1952 importó el desplazamiento en el poder de la rosca por la pequeña-burguesía y en este sentido se puede decir que fue una revolución social perfecta, conforme a los esquemas marxistas. El stalinismo al juzgar el carácter de los acontecimientos de abril se ha desplazado de la postura simplista de negar de plano la existencia de la revolución (habiendo señalado que el 9 de abril sólo ocurrió un golpe de estado) hasta tipificar al gobierno del MNR como modelo de antiimperialismo.

El hecho de que el gobierno movimientista cumpla un programa capitalista impuesto por el imperialismo no significa que se hubiese transformado en burgués; sería tal si hubiese estructurado una sociedad cien por cien capitalista basada en el pleno cumplimiento de las tareas democráticas. Por ahí se dice que su naturaleza burguesa débese a que representa y defiende a cuperos y diviseros. Esto significaría reconocer que es posible crear una clase social por decreto. Las clases están determinadas por el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y el ordenamiento jurídico no es más que un reflejo particular de una determinada realidad social. Los diviseros y cuperos son elementos privilegiados que se han enriquecido a la sombra del poder, pero casi ninguno ha adquirido una mentalidad y una conducta burguesas. Estos elementos proyectan en el escenario nuestro pasado y actúan como si fueran señores feudales. El que el gobierno del MNR hubiese concluido postrado ante los yanquis o defendiendo los intereses de la reacción criolla no hace más que confirmar su carácter pequeño-burgués. La pequeña-burguesía, según enseña la teoría y ahora confirma la práctica boliviana, se caracteriza por no desarrollar una política independiente de clase, por fluctuar constantemente entre el proletariado y la burguesía (en nuestro país, concretamente, entre el proletariado y el imperialismo). Esta clase social está condenada a convertirse, tarde o temprano, en correa de transmisión de los intereses de una clase que le es ajena. Como toda revolución, la de abril de 1952 fue una irrupción de las masas en el escenario político y es esta realidad la que le abre la perspectiva de transformarse en un movimiento dirigido por el proletariado. Han sido las masas (particularmente la presencia del proletariado) las que han impulsado al proceso, cuyo antecedente directo e inmediato es un golpe de estado, a plantearse objetivos anti-feudales y anti-imperialistas. De esta manera el MNR se vio a la cabeza de un movimiento motorizado por el programa que le era totalmente extraño, que inclusive se planteaba la necesidad de estructurar

la unidad nacional, lo que implica la certidumbre de que Bolivia todavía no es un Estado moderno en la más amplia acepción de la palabra.

Dos eran, pues, los objetivos inconfundibles de la revolución, desde el primer día, y se puede decir que sintetizaban las aspiraciones nacionales y toda la historia del movimiento revolucionario: la liquidación del latifundio (vale decir del gamonalismo como sistema) y la nacionalización de las minas. Este programa (y en realidad era todo un programa) había sido lanzado en la tercera década del presente siglo y en 1952 se presentó como una necesidad que debía ser inmediatamente satisfecha.

Si comparamos 1952 con el proceso precedente se constata la existencia de diferencias notables que separan ambas etapas. En las jornadas de abril el país se movilizó tras un programa radical. Este hecho planteó la posibilidad -ya cumplida ahora en gran medida- de la ruptura de las masas con el gobierno pequeño-burgués y de que este último sucumbiese arrollado por la mayoría nacional. Al mismo tiempo, el proceso iniciado bajo la dirección pequeño-burguesa estaba condenado a encontrar el eje proletario o, en caso contrario, a sucumbir.

El rasgo diferencial del 9 de abril (considerando que está muy lejos de haber concluido) radica en la presencia física del proletariado como clase independiente, es decir, con fisonomía e intereses propios. Desde este momento la revolución boliviana, que comenzó planteándose finalidades democráticas, se transforma en su contenido y en sus proyecciones y tiende a apropiarse de los objetivos proletarios. Se trata del resultado de la particular relación entre proletariado y burguesía indígena (o la pequeña burguesía, cuando ésta intenta ocupar el papel de la rosca). El que el MNR hubiese sido la dirección indiscutida durante la primera etapa de la revolución y se hubiese llegado a transformar en gobierno (o hubiese usurpado impunemente la victoria obrera, si se quiere), no significa que se trate de una revolución pequeño-burguesa. Si ocurre todo esto

es porque la clase obrera, que en la lucha callejera y en todos los choques armados ocupa un primer y decisivo lugar, le entrega su victoria.

A todo lo largo del desarrollo de la revolución la clase obrera pugna por colocarse a su cabeza, aunque por mucho tiempo piensa que puede lograr ese objetivo permaneciendo dentro del MNR. Esta tendencia -que nos interesa como tal- es consecuencia del empeño de actuar independientemente como clase y de la evidencia de que se mueve, aunque todavía no consecuentemente, bajo su propia bandera. ¿A dónde conduce este proceso? Al gobierno propio de la clase obrera, al gobierno obrero-campesino, cierto que siguiendo un camino tortuoso y lleno de contradicciones.

Nuestro país ha conocido dos movimientos revolucionarios durante el siglo XIX (1825-1899), en lo que invariablemente, los campesinos y los núcleos rudimentarios de proletarios apoyaron a tal o cual capa de la feudal burguesía, determinando así su arribo al poder. Sabemos que en uno y otro caso, la clase dominante, que para lograr el control del aparato estatal se vio obligada a movilizar a las masas populares, golpeó fuerte y despiadadamente contra sus aliados plebeyos de ayer, y para hacerlo más eficazmente no trepidó en aliarse con las fuerzas reaccionarias. El partido revolucionario comete un error al no tomar en cuenta esta amarga experiencia nacional. En una época en la que el proletariado no era más que un germen y cuando la situación general del país contribuía a subrayar los aspectos positivos de la feudal-burguesía, no pudo ésta estructurar una democracia burguesa. Se puede decir que en las dos revoluciones que hemos citado estuvo prácticamente ausente el proletariado y que los campesinos apoyaron firme y decididamente a ciertas capas de la feudal-burguesía.

Las revoluciones en nuestra época se realizan en un plano diferente y superior, en un momento en el que el país se ha integrado a la cadena capitalista mundial. Este hecho tiene que considerarse como decisivo en la transformación de la estruc-

tura del país y abre nuevas perspectivas, hasta ese momento desconocidas, a las revoluciones que puedan producirse. Veremos a decir que desde ese instante las fuerzas productivas tiene que considerarse como dimensiones internacionales, maduras en exceso para el socialismo y que hacen posible, en este país atrasado, la revolución dirigida por el proletariado y con proyecciones para convertirse en socialista.

A diferencia del pasado, en Bolivia el proletariado está presente como clase empeñada en estructurar su propio partido político. Esta es la causa básica por la cual no se puede pretender limitar las revoluciones de nuestros días a los objetivos y métodos que se justifican en las revoluciones del pasado. El proletariado no solamente modifica las perspectivas de la revolución, sino que condena a los partidos de la burguesía y de la pequeña-burguesía a aliarse, en definitiva, con el imperialismo y con la reacción criolla.

Bolivia es un país semi-colonial, sometido a la opresión y explotación de una fuerza internacional, el imperialismo. Su economía y su política se encuentran en manos del capital financiero (de los grandes trusts). La actuación política del proletariado, que forma parte de la lucha mundial por la destrucción de toda forma de opresión de clase, constituye la respuesta revolucionaria adecuada a esta realidad.

El rasgo esencial del período inmediatamente anterior al 9 de abril, puede definirse como la pugna del proletariado - acaudillado por el sector minero- por ubicarse a la cabeza de toda la nación que lucha por romper la opresión feudal-burguesa. "Dejamos claramente sentado que la revolución será democrático-burguesa por sus objetivos inmediatos y sólo un episodio de la revolución proletaria por la clase social que la acaudillará. La revolución proletaria en Bolivia no quiere decir excluir a las otras capas explotados de la nación, sino alianza revolucionaria del proletariado con los campesinos, con los artesanos y con otros sectores de la pequeña burguesía. La dictadura del proletariado es una proyección estatal de dicha

alianza. La consigna de revolución y dictadura proletarias ponen en claro el hecho de que será la clase trabajadora el núcleo director de dicha transformación y de dicho estado. Lo contrario, sostener que la revolución democrático-burguesa, por ser tal, será realizada por sectores 'progresistas' de la burguesía y que el futuro Estado encarnará sus objetivos en un gobierno de unidad y concordia nacionales, pone de manifiesto la intención firme de estrangular el movimiento revolucionario en el marco de la democracia burguesa... El proletariado se caracteriza por tener la fuerza suficiente para realizar sus propios objetivos e incluso los ajenos. Su enorme peso específico en la política está determinado por el lugar que ocupa en el proceso de la producción y no por su escaso número. El eje económico de la vida nacional será también el eje político de la futura revolución". ("Tesis de Pulacayo", 8 de noviembre de 1946).

Todo este proceso se denuncia a través de profundas conmociones sociales (amplia movilización de masas tras la consigna de ocupación de minas, masacres obreras de Potosí -obra maestra del stalinismo-, de Siglo XX, Villa Victoria en La Paz, etc.), por el esfuerzo que se hace por estructurar la vanguardia del proletariado y una doctrina que le sirva de fundamento teórico. Está demás recalcar la importancia y el lugar preeminente que ocupa en esta transformación la Tesis de Pulacayo que, como todos saben, parte de la premisa de que corresponde al proletariado la dirección política de la revolución. Tal el hecho básico. Lo accidental está encarnado en la presencia del Movimiento Nacionalista Revolucionario en el escenario político. Este partido -cuya difusa ideología le permitía realizar los más amplios y contradictorios desplazamientos- se fortaleció debido a la manifiesta debilidad de la auténtica vanguardia revolucionaria y a otros factores secundarios (persecución policial, confusionismo en los medios obreros y en las filas de la llamada izquierda, etc.).

El Movimiento Nacionalista Revolucionario llega al poder, al 9 de abril de 1952 con traje prestado, gracias a su vocación para la demagogia. El proletariado al prestarle su apoyo le atribuye sencillamente el programa de su vanguardia, la esencia de la Tesis de Pulacayo. Seguramente muchos recuerdan que, por bastante tiempo, se creyó que la "Tesis de Pulacayo" fue redactada por dirigentes movimientistas, es decir, por aquellos que firman documentos redactados por terceras personas y leen discursos ajenos (alusión a Lechín, Los Redactores, 1996), e inmediatamente después del 9 de abril de 1952 la opinión pública estaba convencida de que el gobierno de Víctor Paz Estenssoro iba a llevar a la práctica el programa de los mineros.

Contrariando a los "anti-comunistas" de todos los matices, demostraremos más adelante que el Movimiento Nacionalista Revolucionario desde el poder desvirtuó los postulados del Congreso de Pulacayo y de la vanguardia del proletariado⁹. El

⁹ "Con las citas textuales de la Tesis de Pulacayo y sus respectivos comentarios acudo a la opinión de los lectores para que ellos sean quienes digan si Paz Estenssoro ha cumplido o no el pensamiento y las consignas del comunista Guillermo Lora". ("Nacionalismo y Comunismo", Alfredo Candia, "El Diario", La Paz, 23 de octubre de 1957).

"En Pulacayo, después de la revolución (de 21 de julio, G. L.), se reunió un Congreso Minero y de allí salió la llamada 'Tesis de Pulacayo'... La Tesis o bandera de Pulacayo ha sido una hábil maniobra del MNR. Una maniobra para mostrar a los mineros un espejismo revolucionario, para seguir canalizando, atrayendo y conjunciando sus emociones; pero no sinceramente al servicio de esa llamada tesis revolucionaria, sino al servicio de los designios de revancha del MNR. Apenas era, pues, una prédica demagógica; una plataforma demagógica para evitar que los partidos democráticos (PURS, PSD, P.L., etc.), se introdujeran en las filas sindicales, y conservar de este modo la hegemonía del partido nazifascista". Las anteriores palabras son del dirigente stalinista H. Quiroga P., que en la misma oportuni-

partido pequeño-burgués -pequeño-burgués por su programa, por su estructura interna y por su dirección- facilita su arribo al poder con su capacidad de mimetización. Dicho de otra manera, ingresa al Palacio Quemado por la ventana y seguramente muchos de sus líderes atribuyen la victoria a las veleidades del destino. Es indiscutible que los elementos movimientistas más populares se nutren durante varios años del saqueo de algunas frases -solamente frases- de nuestro arsenal teórico. Estos piratas no llegaron jamás a convertirse en marxistas, pues el marxismo no podía servir a sus intereses. El marxismo auténtico supone el método de la revolución proletaria. No faltan quienes nos atribuyen la responsabilidad de la segunda llegada del Movimiento Nacionalista Revolucionario al poder; los que así razonan nos hacen el flaco servicio de considerarnos demiurgos creadores de la historia.

Durante el sexenio, a los presuntos marxistas que se inspiraban en las traiciones de Stalin, "el gran organizador de las derrotas proletarias", se les antojaba una posición anarquista la tesis de la preeminencia del proletariado en la revolución. No es ninguna casualidad que en ese período los stalinistas apuntalasen abnegadamente a la rosca, desde el gobierno mismo (gabinete de "unidad nacional") y desde el parlamento. Ahora, después de que han contribuido a que tanta sangre sea derramada, repetirán, desde esta misma postura, cínicamente muchas de las ideas que ayer impugnaban con tanta vehemencia a fin de ganarse la confianza de la reacción y del imperialismo norteamericano. Cosas del stalinismo que no merecen más que nuestro desprecio.

El Movimiento Nacionalista Revolucionario, como consecuencia de su orientación política y de su contenido de clase, no podía concebir más camino para llegar al poder que el golpe de estado palaciego. Los documentos que sobre la revolu-

dad creyó de su deber protestar su adhesión al gobierno rosquero de Hertzog.

ción de abril han sido publicados hasta el momento permiten afirmar que los cuadros dirigentes del Movimiento Nacionalista Revolucionario -en su gran mayoría elementos de derecha por su origen social, por su formación política y por sus vinculaciones con la reacción- cifraban sus esperanzas de derrocar el gobierno presidido por el general Ballivián en un simple golpe de fuerza. La clave de la táctica movimientista quedó librada a las veleidades del ministro de Gobierno Seleme¹⁰. Por este camino el Movimiento Nacionalista Revolucionario buscaba llegar al poder sin correr el riesgo de afrontar los problemas emergentes de una gran movilización revolucionaria de masas. Confirmando la perspectiva señalada por el Partido Obrero Revolucionario, desde meses antes del 9 de abril, el proyectado golpe de estado aceleró la radicalización de los explotados y los volcó a las calles, es por esta razón que acentúa en extremo el ascenso revolucionario de las masas. La participación activa del proletariado y de amplios sectores de la pequeña-burguesía urbana transforma en una verdadera revolución lo que podía haberse reducido a un golpe palaciego más en nuestra historia. El stalinismo sostiene que el 9 de abril no se produjo nada y que en Bolivia no hubo revolución alguna. Sin embargo, podemos casi palpar al partido político de la pequeña-burguesía que ha sustituido en el poder a la rosca, es decir, se ha producido un desplazamiento de clase. Sería un grave error tomar en serio las disquisiciones stalinistas, pues solamente, sirven para encubrir sus continuas volteretas y su invariable servilismo hacia la reacción.

¿Quién empujó a los golpistas (jerarcas del Movimiento Nacionalista Revolucionario) a la revolución y les obligó a

¹⁰ "Por infinidad de circunstancias (después de la victoria del 9 de abril de 1952), la formación del nuevo gobierno no se producía con la celeridad que era de esperar. Es así que Lechín, aprovechando los momentos de desorientación, tuvo la audacia de sostener que la presidencia de la república le correspondía al general Seleme". (A. Candia).

tomar medidas fuera de todas sus previsiones? Las masas que habían ganado la vía pública y que se movían de acuerdo a sus ideas políticas ajenas al ideario movimientista. Estas no tenían un plan acabado acerca de lo que iba a ser la revolución ni de lo que iba hacer el gobierno; ellas fueron a la lucha por estar convencidas de que ya no se podía seguir soportando el estado de cosas impuesto por la rosca. Con todo, no se puede dudar que las masas, en las jornadas de abril, sacaron a primer plano todo lo que habían aprendido en la lucha diaria durante cerca de diez años y lo que había quedado en su conciencia de la propaganda revolucionaria. En esta etapa ocupó un lugar de primer orden el Partido Obrero Revolucionario. Inclusive un elemento de derecha del partido de gobierno se ha visto obligado a reconocer que la Tesis de Pulacayo ha jugado el papel de eje de la movilización revolucionaria de las masas, que culmina en los acontecimientos de abril. Por otro lado, nadie ha negado la efectiva contribución del Partido Obrero Revolucionario a la revolución boliviana. Estamos acostumbrados al reproche de que mientras nosotros teorizamos y nos morimos de hambre en la oposición, el Movimiento Nacionalista Revolucionario en poder abusa de las prerrogativas del poder y destruye a sus cuadros dirigentes con ayuda de la inmoralidad y de la riqueza.

Durante el sexenio escribimos que si el Movimiento Nacionalista Revolucionario llegaba al poder no podría mantenerse en él más de veinticuatro horas (se entiende que empleamos esta expresión en su proyección histórica), pues sería rápidamente rebasado por las masas, principalmente por el proletariado. Se comprenderá que ahora, más que nunca, no existen razones para modificar ese pronóstico.

El Movimiento Nacionalista Revolucionario ha caducado completamente y ha ingresado a un período de aguda descomposición, a una extrema atomización que revela su estado de coma. Ideológicamente el partido pequeño-burgués ha abandonado ruidosamente sus viejas proposiciones y ahora defien-

de los intereses y las ideas del imperialismo y de la reacción criolla. Teóricamente sabíamos que el destino de los movimientos anti imperialistas acaudillados por la burguesía o la pequeña-burguesía era la capitulación ante la burguesía de la metrópoli opresora. El Movimiento Nacionalista Revolucionario sirve como ejemplo indiscutible que ilustra la validez de dicha tesis. Algunos elementos rezagados hablan de que las posiciones movimientistas son el resultado inevitable de las oscilaciones e incertidumbre de la pequeña burguesía. Esta argumentación es anacrónica. En el caso del Movimiento Nacionalista Revolucionario no se trata ya de oscilaciones entre los extremos imperialismo y proletariado (eso ocurrió inmediatamente antes y después del 9 de abril de 1952), sino del cínico entreguismo al Departamento de Estado norteamericano y a los dictados de las grandes empresas imperialistas. La dirección movimientista desde el poder ya no puede ofrecer nada a las masas y menos resolver los graves problemas emergentes de la quiebra económica. Sobre esta realidad se produce el fraccionamiento entre las alas derechista e izquierdista. Los burócratas sindicales, a su manera y deformadamente, expresan las aspiraciones de las masas, que, cada día más, chocan violentamente con la orientación del gobierno. No se trata de una crisis de crecimiento o de tendencias centrípetas, sino esencialmente centrífugas y que ponen de relieve la podredumbre de un régimen y de un partido. El Partido Obrero Revolucionario fue el primer partido que señaló la existencia de alas dentro del Movimiento Nacionalista Revolucionario, como consecuencia de la presión de las clases sobre ese partido. Antaño se justificaba la táctica de salvar a la izquierda de los ataques de la derecha. Ahora el objetivo central es limpiar el escenario de esa falsa izquierda, porque significa el mayor obstáculo que encuentran las masas en su marcha revolucionaria. Bien entendido que lo anterior no debe significar un compromiso con la derecha oficial, pues por este camino correríamos el serio riesgo de aislarnos completamente del grueso de

los explotados. No tenemos nada en común con la derecha, desde el momento que formulamos una línea política independiente de la clase obrera y por esto estamos empeñados en anular a los agentes del gobierno movimientista infiltrados en el campo sindical.

La prédica del Partido Obrero Revolucionario -cuya idea programática básica sostiene que el proletariado debe jugar el rol dirigente dentro del proceso revolucionario-, que a no pocos se les antoja meramente libresca, ha sido uno de los factores decisivos para que estalle y triunfe la revolución de abril y ahora, cuando se pasa a un estado político superior, su programa tiende a polarizar a la mayoría nacional. Esta proposición carecería de sentido si no se dejase establecido que la falla básica del 9 de abril fue el descomunal retraso en estructuración de la vanguardia revolucionaria de la clase obrera, que determinó que, prácticamente, no estuviese presente en el desarrollo de esos acontecimientos decisivos. Conforme enseña Marx, nuestras ideas, desde el momento en que se enseñorean de las masas, se convierten en fuerza material. Los lechicistas, que están muy lejos de comprender este proceso, sostienen que se trata de una autoritaria imposición sobre los trabajadores. Si ayer las masas demostraron la necesidad que tenían de inspirarse en nuestro programa, mañana alcanzarán la victoria bajo nuestra firme dirección. La historia ha dicho con mucha elocuencia cuál agrupación política tiene en nuestro país permanencia y cuál ha demostrado en los hechos estar capacitada para comprender las tendencias fundamentales de los acontecimientos y para dirigir a la nación toda hacia su efectiva liberación.

Los jerarcas movimientistas (véanse las declaraciones del presidente del Senado Nacional aparecidas en la prensa), en un vano intento de desmentirnos, sostienen que el Movimiento Nacionalista Revolucionario siempre ha tenido un programa revolucionario y que ahora se limita a cumplir lo que planteó invariablemente en la oposición. En verdad, el único punto del

programa, consecuentemente materializado por estos "libertadores", es la entrega total del país al imperialismo. Los "teóricos" movimientistas, para confirmar sus asertos, citan como ejemplo el caso de la nacionalización de las minas. Como veremos más adelante, hay nacionalizaciones y nacionalizaciones. Un enunciado tan vago no dice nada por sí mismo. Lo que tiene que clarificarse -y ya es tiempo para hacerlo- es cómo se hizo la tan pregonada nacionalización.

Cuando los movimientistas se ven obligados a escribir sobre los episodios de abril de 1952 no tienen más remedio que reconocer que fueron los mineros los que destruyeron a las fuerzas armadas de la oligarquía -seguramente que ahora los moradores del Palacio Quemado se estremecen al recordar estos hechos- y que los fabriles de La Paz consumaron la victoria. En las jornadas de abril estuvo pues el proletariado a la cabeza del movimiento revolucionario. Las luchas de clases en Bolivia están simbolizadas por Siglo XX-Catavi y Villa Victoria.

El proletariado victorioso entregó el poder a la dirección pequeño-burguesa emeenerista, es decir, a una dirección política que no era la suya. La gran afluencia de trabajadores al Movimiento Nacionalista Revolucionario se produce precisamente después del 9 de abril de 1952. Tiene importancia recordar que desde el primer momento el proletariado puso de manifiesto su desconfianza frente a la alta dirección movimientista.

"El proletariado en las calles, arma en brazo y a la cabeza de los sectores depauperados de la pequeña-burguesía, consigue una rotunda victoria sobre el régimen de la oligarquía feudal-burguesa y su ejército señalado como el símbolo de las sangrientas represiones del movimiento obrero-campesino... La historia anterior al 9 de abril había contribuido a que la

atención de los explotados se polarizase alrededor del Movimiento Nacionalista Revolucionario. Pese a estas condiciones, el proletariado desconfió instintivamente desde el primer momento de la dirección pequeño-burguesa e impuso en el Gabinete a representantes elegidos por él, lanzó sus propias consignas (todas ellas poristas, G. L.) y creó la Central Obrera Boliviana como su propio instrumento de lucha. De esta manera se materializaba la experiencia de las masas adquirida en lucha cruenta. Ahora a un año de la revolución (el documento fue escrito en 1953, G. L.), se puede constatar que el magnífico punto de partida de las masas no pudo ser capitalizado políticamente de manera satisfactoria, debido, principalmente, a la debilidad que en la primera etapa demostró la vanguardia del proletariado (Partido Obrero Revolucionario)". (Tesis Política del POR.).

¿A qué debe atribuirse este contradictorio resultado? Fundamentalmente a la ausencia del partido político del proletariado durante las jornadas de abril. Las masas, que vivían engañadas con relación a la capacidad revolucionaria del Movimiento Nacionalista Revolucionario (error en el que persisten tercamente las agrupaciones llamadas de izquierda), no tenían más camino que vivir su propia experiencia con referencia a la dirección pequeño-burguesa¹¹. Luego vuelven su atención hacia partidos de orientación más francamente izquierdista. A este proceso se refiere Trotsky cuando dice que las masas recurren al método de las aproximaciones para lograr identificarse con su propia vanguardia.

Es innegable que la revolución de abril se hace posible por existir un frente, ciertamente que no es expreso, de las clases oprimidas, dentro del cual y en el terreno de los hechos, el proletariado se coloca a la cabeza. Este proceso quedará para

¹¹ No resistimos la tentación de recordarles a los movimientistas la conclusión a la que llegó Vicente Pazos Kanki, al referirse a la revolución de la independencia: "en lo que no todos los que han sembrado han recogido".

siempre incorporado en la formación de la conciencia clasista del proletariado como caudillo nacional.

Más arriba hemos indicado que el 9 de abril de 1952 no lleva al poder al proletariado porque éste no contó con su propio instrumento político. Esta acción frustrada tiene que atribuirse a la debilidad extrema del Partido Obrero Revolucionario y, principalmente, a la incapacidad del equipo dirigente de ese entonces (muchos de ellos han concluido su existencia política sin pena ni gloria después de la triste experiencia del "entrismo" en el Partido movimientista de Gobierno y los otros han creído convertirse en los cantinflas (pablistas, Editores, 1996) de nuestra política.

Tomamos una frase de Gabriel René-Moreno: "La dureza de la realidad nos quebró despiadadamente los ojos". También en Bolivia la lección más importante de la lucha de clases consiste en que el partido del proletariado no puede improvisarse. Lamentemos que esta enseñanza no aproveche a los malentretidos que pululan por los cafés en busca de adeptos para organizar partiditos cada veinticuatro horas o toda vez que las necesidades fisiológicas premiosas les impulsan a la aventura.

Bien entendido que el 9 de abril de 1952 no concluye una revolución -como tontamente pretende la alta dirección del Movimiento Nacionalista Revolucionario-, se trata simplemente de uno de los puntos culminantes de todo un proceso (como podemos comprender ahora, G. L., 1996). En la actualidad nos encaminamos aceleradamente hacia un segundo 9 de abril, es decir, hacia una segunda insurrección. ¿Repetición de la primera? De ninguna manera, pues sus diferencias serán grandes. El primer 9 de abril desplazó a la oligarquía del poder y colocó en su lugar al partido de la pequeña-burguesía. La segunda insurrección instaurará el gobierno obrero-campesino y desplazará a la pequeña burguesía.

Podemos resumir en la siguiente forma nuestra idea de la revolución boliviana (tomando como uno de sus episodios más

sobresalientes el 9 de abril de 1952): es el resultado de la movilización revolucionaria del frente de las clases oprimidas, dentro del cual el proletariado ocupa un lugar de preeminencia y, por ausencia de la vanguardia de esta última clase, el poder es capturado por el partido político de la pequeña burguesía. La segunda insurrección pondrá en evidencia con la mayor claridad la mecánica de clase del proceso de la revolución boliviana. Se trata de una revolución obrera, esto por la clase social que la acaudillará y que tendrá la misión de resolver de manera total, radical, las tareas democrático-burguesas, cuya solución ha quedado rezagada debido a la incapacidad y caducidad prematura tanto de la burguesía criolla como de la pequeña burguesía.

Fácilmente se comprenderá que sobran las razones para sostener que el régimen movimientista, consecuencia directa de la victoria del 9 de abril de 1952, no puede menos que ser transitorio y de corta duración. En la fecha podemos decir que el gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario se sobrevive difícilmente. Inmediatamente después del 9 de abril no era posible determinar con precisión el tiempo que permanecería el Movimiento Nacionalista en el poder, pues estaba subordinado a circunstancias internas e internacionales difíciles de prever con exactitud. Con todo, el desarrollo posterior de los acontecimientos ha confirmado plenamente nuestra línea política que fue esbozada antes e inmediatamente después del 9 de abril. Fue posible esta anticipación por haber definido con claridad el carácter de clase del Movimiento Nacionalista Revolucionario, que por bastante tiempo fue obscurecido por la enorme afluencia de obreros a sus filas.

El Partido Obrero Revolucionario, en sus documentos programáticos y en la Tesis de Pulacayo, tuvo el valor de propugnar -cuando toda la presunta izquierda creía de su deber sostener y apuntalar a la burguesía indígena - que el proletariado, a la cabeza de campesinos y sectores mayoritarios y empobrecidos de la pequeña burguesía urbana, podía llegar al poder aun

antes que en la metrópoli imperialista de Estados Unidos de Norte América. A los stalinistas tal formulación se les antojó una locura anarquista; la rosca conscientemente percibió de inmediato el peligro que ese enunciado significaba para sus intereses. Podríamos traer en ayuda nuestra innumerables citas sobre argumentos teóricos o sobre experiencias de revoluciones habidas en otros países; mas, nos parece suficiente señalar que, después de la destrucción de los organismos básicos de la rosca y de la total caducidad del partido pequeño-burgués, no queda para la revolución boliviana más que un dilema: o el imperialismo la destroza o bien encuentra su salida a través de la estructuración del gobierno obrero-campesino (dictadura del proletariado).

El primer argumento esgrimido por los "marxistas" contra la posición trotskysta fue el atribuirle gratuitamente que propugnaba la revolución puramente socialista en un país de incipiente desarrollo capitalista. Con un atraso de medio siglo se reproducía en nuestro medio la pugna entre mencheviques y bolcheviques que se desarrolló en Rusia. ¿Repetíamos por pose una vieja e innecesaria disputa? De ninguna manera. Nuestro interés era resolver el aspecto fundamental de la revolución boliviana. Actualmente, cuando los acontecimientos han confirmado gran parte de nuestro análisis, los stalinistas nos hacen algunas concesiones, aunque tienen el cinismo de presentarlas como sus propios descubrimientos. Como es ya tradicional en estos traidores, han dejado abiertas las puertas para servir a los enemigos del proletariado. Suficiente recordar la consigna incolora de "gobierno democrático de liberación nacional".

Lo que planteamos es simplemente que el proletariado, desde el poder, se verá obligado a cumplir -por otra parte, en la etapa actual es la única clase que puede hacerlo- las tareas que ha dejado pendientes la burguesía nacional (liberación nacional, destrucción del latifundio, unidad nacional, industrialización y ampliación del mercado interno, etc.).

Muy brevemente señalemos el planteamiento de las dos alas de la socialdemocracia rusa frente al problema crucial de la revolución:

Los mencheviques consideraban la futura revolución como burguesa y que debía ser realizada por la burguesía, de donde se deducía que el proletariado debía respaldarla y evitar agraviarla "prematuramente con el rojo espectro del socialismo". Axelrod, el destacado líder menchevique, escribió: "Las relaciones sociales en Rusia solamente han madurado para una revolución burguesa... Mientras persista este general desafuero político, no debemos mencionar siquiera la lucha directa del proletariado contra otras clases por el poder político... Combate (el proletariado, G. L.) ahora por las condiciones del desarrollo burgués. Condiciones históricas objetivas obligan a nuestro proletariado a una inevitable colaboración con la burguesía en la batalla contra nuestro común enemigo". Trotsky señala que el menchevismo quería limitar la revolución rusa a tal grado que fuese compatible con los intereses y las opiniones de la burguesía liberal.

Si se considera que en lo esencial la argumentación tanto del stalinismo como del Movimiento Nacionalista Revolucionario radica en señalar que Bolivia debe pasar aún por un futuro desarrollo capitalista pleno y solamente después puede hablarse de una revolución socialista acaudillada por el proletariado, se concluye que coinciden plenamente con la caduca y superada posición menchevique. Es sobre la base de tal razonamiento que el stalinismo siempre ha cooperado en Bolivia con la reacción, que la califica de "burguesía progresista", y no se cansa de propugnar frentes que comprendan a todas las clases sociales del país, sin excepción alguna. El resultado no puede ser otro que la subordinación del proletariado a la dirección política de la burguesía, a veces a través de la pequeña-burguesía.

De manera contraria, los bolcheviques comenzaron, desde 1904, por negar a la burguesía rusa capacidad para realizar su

propia revolución. En oposición a Plejanov, que pregonaba la unión entre el proletariado y la burguesía liberal, "Lenin oponía la idea de unión entre el proletariado y los campesinos". Ciertamente que los bolcheviques en su primera época sostenían que el objetivo de la colaboración entre obreros y campesinos era el establecimiento de la "dictadura democrática revolucionaria de campesinos y proletarios". Trotsky llamó a esta consigna una fórmula algebraica, porque la clase que iba a tomar la dirección dentro de tal gobierno permanecía como una incógnita. Nadie ignora que en 1917 Lenin tuvo el valor de rectificar sus planteamientos y llegar a las mismas conclusiones sustentadas por Trotsky: "La victoria completa de la revolución democrática en Rusia solamente se concibe en forma de dictadura del proletariado, secundada por los campesinos. La dictadura del proletariado, que inevitablemente pondría sobre la mesa no solamente tareas democráticas, sino también socialistas, daría al mismo tiempo un impulso vigoroso a la revolución socialista internacional". El sentido de las famosas Tesis de Abril no es otro que consagrar tal rectificación, desde ese momento el partido bolchevique apunta firmemente hacia la dictadura del proletariado, apoyada por los campesinos¹².

Como se ve, la piedra de toque para todos los que se autodenominan revolucionarios constituye la actitud que asuman frente a la burguesía o a la pequeña burguesía de los países atrasados. Para los auténticos marxistas el problema básico, la

¹² "La característica de la situación actual de Rusia estriba en el tránsito de la primera etapa de la revolución, en que la burguesía subió al poder gracias a la insuficiente conciencia de clase y a la defectuosa organización del proletariado, a la segunda etapa, que pondrá necesariamente el poder en manos del proletariado y de los campesinos pobres" (Tesis de Abril). Para Trotsky las Tesis de Abril tenían el siguiente significado: "No necesitamos una república parlamentaria, ni una democracia burguesa, no necesitamos gobierno alguno que no sea Soviet de los diputados obreros, los soldados y los campesinos pobres" (ver "Stalin").

clave de la estrategia, radica en saber quién arrastra tras de sí a los campesinos. Cuando se habla de alianza obrero-campesina se quiere decir la dirección de los explotados del campo por el proletariado. Partimos de la evidencia de que los campesinos, por sus propias características de clase, no pueden transformarse en dirección política de la revolución. Parece increíble que en 1963 tengamos que referirnos y discutir acerca de la posición que debe observarse con referencia a la burguesía nacional. Para nuestros izquierdistas no tienen la menor importancia las enseñanzas que se desprenden de la experiencia bolchevique y de la revolución china. En las tesis y resoluciones de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista -base doctrinal del movimiento trotskysta- se deja establecida la táctica que debe observar el partido del proletariado con referencia a los movimientos anti imperialistas dirigidos por la burguesía. No se trata de discutir la existencia de tales movimientos en ciertos países atrasados, desde el momento que se pueden citar numerosos ejemplos al respecto, sino de establecer si la dirección burguesa o pequeño burguesa puede o no asegurar su victoria. Si fuera posible dar una respuesta afirmativa se trataría de una revolución burguesa de tipo clásico: la burguesía realizando sus tareas propias desde el poder. En este caso sería un error hablar de caducidad o incapacidad de la burguesía en los países atrasados y no tendríamos más remedio que revisar todo el marxismo y abandonar las enseñanzas de Lenin y Trotsky. La experiencia, nacional e internacional, y la teoría nos obligan a dar una respuesta negativa y categórica. La disputa doctrinal de los diversos partidos bolivianos gira alrededor de este problema.

* * *

Trotsky dice que ha bautizado a su teoría con el nombre de "revolución permanente" por no encontrar un término más exacto. Agreguemos que en su ánimo ha debido pesar el hecho

de que fue Marx (1850) el primero en utilizar tal término. Lo cierto es que los recursos del lenguaje son por demás deficientes para expresar todos los matices del pensamiento. Esta circunstancia origina no pocos malentendidos e inclusive confusiones de importancia. La muy usada frase "revolución democrático-burguesa" es la que más fácilmente se presta a torcidas interpretaciones.

Si se considera el concepto marxista de revolución y no se olvida que lo esencial es su carácter de clase, nos parece erróneo colocar en primer plano las tareas inmediatas para definirla. Es el caso cuando se trata de una revolución acaudillada por el proletariado y que tiene inaplazablemente que dar cima a las tareas que históricamente corresponde a la burguesía. La conclusión última y más importante de Lenin y Trotsky dice que las tareas democrático-burguesas serán cumplidas y superadas por el proletariado en el poder. Si a una revolución de tal contenido clasista se la denomina "burguesa" -como de modo preferente lo hacen los clásicos del bolchevismo y que ha motivado que sus epígonos utilicen la misma terminología para traicionar los intereses de los explotados- se la está definiendo exclusivamente por las tareas inmediatas que debe cumplir y se está ignorando a la clase social que la realiza, es decir, se está ignorando lo fundamental para el marxismo. No nos habríamos detenido en estas consideraciones si un defecto en la definición no habría tenido consecuencias funestas en la práctica. En los primeros años del presente siglo, Lenin llamó burguesa a la revolución porque estaba seguro que su eje serían obreros y campesinos. Es importante no olvidar que en ese período el jefe bolchevique superestimaba la capacidad política del campesinado. Ha correspondido a Trotsky desentrañar el verdadero significado de la consigna leninista de "dictadura democrática de obreros y campesinos", quien deja sentado, en síntesis lo siguiente: "Lenin limitaba el alcance de aquella 'dictadura' al llamar a la revolución 'burguesa'. Quería así dar a entender que, para mantener la unidad con los campesinos,

los proletarios se verían obligados a prescindir de plantear inmediatamente la tarea socialista durante la próxima revolución. Pero aquello hubiera significado para el proletariado renunciar a su propia dictadura. Por consiguiente, la dictadura era, en esencia, del campesinado, aunque en ella participaran los obreros. Lenin al replicar a Plejanov, dijo lo que sigue en el Congreso de Estocolmo: ‘(...) ¿de qué programa estamos hablando? De un programa agrario. ¿Quién se supone que tomará el poder con ese programa? Los campesinos revolucionarios. ¿Es que confunde Lenin al gobierno del proletariado con el de los campesinos?’. No, dice refiriéndose a sí mismo y agrega: ‘¿Y cómo es posible una triunfante revolución campesina sin que el proletariado se incaute del poder?’”. Lenin diferenciaba marcadamente entre el gobierno socialista del proletariado y el gobierno democrático-burgués de los campesinos. Por otra parte, la discusión de los mencheviques buscaba demostrar que en Rusia no se trataba de plantear inmediatamente la realización de las tareas socialistas, por esto se puso tanto énfasis en los objetivos burgueses de la revolución. Cuando en 1917 se sigue hablando de revolución burguesa, en circunstancias en que la experiencia demostró que sólo el proletariado podía conquistar el poder para dar cima al proceso revolucionario, no se hace otra cosa que otorgar excesivas concesiones a la tradición.

Lo justo es llamar obrera a la revolución cuando es dirigida por la clase obrera. Claro que esta revolución si se realiza en un país atrasado es diferente de lo que podría ser en una metrópoli imperialista, por ejemplo. Esta diferencia se refiere a dos aspectos: 1) la clase obrera sólo puede tomar el poder y mantenerse en él en su condición de caudillo de la nación oprimida (campesinos y sectores mayoritarios de la pequeña-burguesía urbana); 2) las tareas inmediatas a cumplirse son las democrático-burguesas, cumplimiento pleno que se dará a través de su superación por las tareas socialistas.

En resumen: estamos de pleno acuerdo con Lenin y Trotsky sobre la caracterización del proceso revolucionario en los países atrasados, pero diferimos cuando se trata de llamarla democrática o burguesa.

Parece que Mao-Tse-Tung es consciente de tal contradicción. Constata -contrariado al stalinismo que durante la segunda revolución china (1927) entregó al PC al Kuomintang- que "toda la historia de la revolución enseña que sin la dirección de la clase obrera, la revolución está condenada a la derrota. Bajo la dirección de la clase obrera será coronada con el éxito. En la época del imperialismo, ninguna otra clase, en ningún país, puede conducir una verdadera revolución a la victoria. Esto ha sido probado por el hecho de que la pequeña-burguesía y la burguesía nacional chinas han estado numerosas veces a la cabeza de la revolución y han fracasado invariablemente". Se ve obligado a buscar una denominación nueva para la revolución china. "Partiendo de los cambios radicales producidos en el mundo después de la revolución socialista de octubre, y de aquellos producidos en la historia moderna de la China con la aparición sobre la arena política del proletariado chino, el camarada Mao-Tse-Tung ha señalado que antes de estos cambios la revolución china era una revolución de la vieja democracia, una revolución democrática bajo la dirección de la burguesía, y que después de estos cambios la revolución china se ha transformado en la revolución de la nueva democracia, una revolución democrática bajo la dirección del proletariado" (Tchen Po ta, "La Thécric de Mao-Tse-Tung sur la révolution chinoise").

Toda la experiencia de las revoluciones, incluida la boliviana, nos enseña que allí donde la pequeña burguesía o la burguesía han chocado de manera efectiva con los intereses imperialistas y se han colocado a la cabeza de los movimientos de liberación nacional, apenas si plantean e inician la realización de las tareas democrático-burguesas, para luego capitular indefectiblemente ante el imperialismo y dar marcha atrás.

Esta ley de las modernas revoluciones en los países atrasados se debe a que la efectiva lucha anti-imperialista importa una profunda movilización de las masas explotadas, las que ponen en peligro los intereses de la burguesía indígena. En determinado momento la burguesía se alía con el imperialismo para reprimir a obreros y campesinos. En Bolivia el problema es mucho más claro, puesto que no existe casi una burguesía industrial que entre en franca colisión con el imperialismo. Los dueños de las fábricas textiles no pasan de ser un apéndice del imperialismo -hasta ayer lo fueron directamente de la gran minería- y por debilidad no han podido elevarse a la categoría de socios. "La burguesía china -dice Trotsky- es suficientemente realista y conoce bastante al imperialismo mundial para comprender que una lucha seria contra él exige una acción tan vigorosa de las masas revolucionarias que ella sería la primera amenazada". ("El gran organizador de derrotas"). A su vez Lenin, enseña: "Nuestra revolución es burguesa, decimos nosotros, marxistas; por eso los obreros deben abrir los ojos al pueblo, haciéndole ver los engaños de los políticos burgueses, enseñándole a no creer en las palabras, a no confiar más que en sus fuerzas, en su organización, en su armamento".

El anterior planteamiento es indispensable para formular, en sus verdaderos alcances, la táctica de la lucha anti-imperialista. ¿Formulamos un punto de vista novedoso? De ninguna manera. Sus fundamentos se encuentran en las resoluciones de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista; en los escritos de Lenin y Trotsky; en la discusión realizada con motivo de la segunda revolución china e, inclusive, en las elaboraciones teóricas de Mao. Algo más importante, nuestro pensamiento se entronca directamente en la más valiosa tradición del movimiento revolucionario latinoamericano. Nos complacemos en recordar la trascendental batalla que contra el pequeño-burgués ARPA llevaron a cabo Julio Antonio Mella (1928) y J. C. Mariátegui, en la misma época.

Mella en su estudio titulado "La lucha revolucionaria contra el imperialismo. ¿Qué es el ARPA?", dice: "Las traiciones de la burguesía y pequeñas-burguesías nacionales tienen una causa que ya todo el proletariado comprende. Ellos no luchan contra el imperialismo extranjero para abolir la propiedad privada, sino para defender su propiedad frente al robo que de ella pretenden hacer los imperialistas".

"En su lucha contra el imperialismo -el ladrón extranjero- las burguesías -los ladrones nacionales- se unen al proletariado, buena carne de cañón. Pero acaban por comprender que es mejor hacer alianza con el imperialismo, que al fin y al cabo persiguen un interés semejante. De progresistas se convierten en reaccionarios. Las concesiones que hacían al proletariado por tenerlo a su lado, las traiciones cuando éste, en su avance, se convierten en un peligro tanto para el ladrón extranjero como para el nacional. De aquí la gritería contra el comunismo".

La incipencia de la burguesía y de la pequeña-burguesía de los países atrasados es el hecho que obliga al proletariado a colocarse a la cabeza de todo el país que sufre las consecuencias de la opresión imperialista y a consumar la emancipación nacional. De aquí se concluye que la lucha anti-imperialista solamente puede triunfar bajo la dirección política de la clase obrera, si esta condición no se da, por tal o cual razón, la lucha revolucionaria está condenada al fracaso.

Las especulaciones movimientistas y stalinistas sostienen que el atraso del país es el que, precisamente, limita la capacidad revolucionaria del proletariado y le reserva un largo porvenir de realizaciones a la burguesía nacional. Por este camino se concluyó que el partido pequeño-burgués boliviano era capaz de luchar consecuentemente contra el imperialismo y de sustituir el rol que los partidos de la clase obrera juegan en las metrópolis capitalistas. Nos encontramos frente a una deficiente caracterización de los países atrasados y de la mecánica de clases que tipifican su desarrollo.

* * *

La victoria de la insurrección del "9 de abril" de 1952 fue consecuencia de una poderosa movilización revolucionaria que, a su vez, llega a profundizarla más y le abre nuevas e insospechadas perspectivas. Se llega al 9 de abril a través de la incorporación sucesiva -siguiendo un ritmo desigual- al proceso revolucionario de las diferentes clases sociales oprimidas.

Las masas campesinas se movilizan con retraso considerable. Existe una fractura en el ritmo de marcha entre el proletariado minero -el fundamental dentro de la estructura boliviana- y el urbano. Este último sector del asalariado, eficazmente coadyuvado por determinados grupos mineros, fue la columna vertebral de los acontecimientos de abril, acaudilló el movimiento popular y lo motorizó hasta su primera victoria. Las masas se batieron con heroicidad en las barricadas y en la lucha callejera y los frutos de la victoria benefician a los ocasionales "representantes" de las masas.

Las Jornadas de abril enseñan que la revolución boliviana se realiza mediante un frente de las clases oprimidas y que su posterior desarrollo y consolidación está subordinada a la posibilidad de que se dé la alianza obrero-campesina. La victoria de la revolución, es decir, el control proletario del Estado en función de vértice superior del triángulo que forme juntamente con los campesinos y la pequeña-burguesía urbana, será posible a condición de que la dirección política de las masas se desplace del centro político burgués hacia el proletariado.

Los campesinos, desde el momento de su reintegración al flujo revolucionario, han demostrado su capacidad de radicalizarse a un ritmo insospechadamente veloz, así cobran venganza de su secular atraso y actúan impulsados por su descomunal opresión. La actitud revolucionaria de los campesinos y su acelerado ritmo de desenvolvimiento constituyen la más poderosa fuerza propulsora de la revolución, a condición de que sea

controlada políticamente por el proletariado. La radicalización de los explotados del campo tiende a sobrepasar a la de los de la ciudad. Nuevamente hay el peligro de que, como en el pasado, los campesinos se lancen solos y aislados a la conquista de su liberación. Contrariamente, el proceso mismo de la revolución y la presencia del proletariado en el escenario político, deja abierta la posibilidad de que se materialice la alianza obrero-campesina.

La alianza obrero-campesina es condición imprescindible e inaplazable para la victoria revolucionaria. Para llegar a esta finalidad habrá que recorrer un camino por demás tortuoso y en el que la reacción tiene mayores medios para crear dificultades. La dirección revolucionaria busca como objetivo inmediato crear esta alianza. La derecha, incluyendo al lechinismo, utilizará todos los medios para evitarla. Las fuerzas contrarrevolucionarias se han dado como tarea táctica aislar y contraponer al proletariado frente a los campesinos.

La característica de las reivindicaciones campesinas (su tangibilidad y su radicalismo en el problema más importante: la tierra) no permite a los gobernantes estrangular al movimiento mediante la burocratización de sus cuadros dirigentes. La degeneración de estos últimos ha tenido como consecuencia inmediata su total divorcio con las bases, que de un modo único e intransigente se encaminan a la conquista de la tierra. Hay pues diferencia con el movimiento proletario, en el que es posible -aún en este período excepcional- controlar y contener, cierto que momentáneamente, a las masas mediante la acción anti-obrera de los dirigentes. Consecuentemente, las autoridades han procedido a romper vilmente las directivas campesinas que escapan a su control. El derecho de libre y amplia sindicalización campesina es una consigna actual que puede acentuar y canalizar la poderosa movilización de masas.

El gobierno del MNR evoluciona dentro de los intereses de la burguesía. En lo internacional el gobierno de Paz Estenssoro se ha deslizado hacia un entendimiento con el imperialismo.

En lo nacional el gobierno tiende a fortalecer a la incipiente burguesía industrial y aspira, como objetivo final, encarar el problema agrario mediante la expropiación de algunos latifundios y la introducción de relaciones capitalistas, convirtiendo al actual siervo en jornalero agrícola y fomentando el crecimiento de los pequeños propietarios.

DOS ETAPAS DE LA REVOLUCIÓN

La ola revolucionaria sigue una línea sinuosa, contradictoria y llena de altibajos. La estrategia del Partido se determina en consideración de la tendencia general que sigue el proceso político. La revolución boliviana ha pasado por dos etapas. La primera se caracteriza por una franca y acelerada radicalización de las masas proletarias, por su persistente ataque a la reacción en general, por la confianza en sus propias fuerzas y por su profunda fe en la victoria. Este repunte dentro del ascenso arranca del 9 de abril y se prolonga hasta el 13 de mayo, fecha en que se aplazó la nacionalización de las minas.

El imperialismo y la reacción boliviana, moviéndose entre bambalinas, logran su primera victoria al imponer al gobierno el aplazamiento de la fecha de nacionalización de las minas y la formación de una "Comisión técnica" encargada de planear y realizarla. Este golpe, inteligentemente calculado, tuvo como efecto inmediato desarmar al proletariado, adormecerlo y paulatinamente empujarlo hacia una actividad contemplativa. Desde este momento la curva de la revolución penetra en un período de depresión, pero no -lo subrayamos con energía- en una etapa de reacción. Esta depresión se ha prolongado hasta el segundo período de Paz, ha descendido hasta su nivel más bajo y está siendo superada por el empuje de las masas campesinas y del proletariado urbano, que se agita bajo la presión creciente de la miseria. Así se abre un nuevo período, que culminará en la victoria definitiva, en la segunda insurrección y en la materialización del gobierno obrero-campesino.

El período de depresión del movimiento obrero se reflejó de manera directa en la COB, que ha perdido en gran medida sus posibilidades de presionar sobre la política gubernamental y se desenvuelve en un ambiente de aislamiento con referencia a las bases obreras. El proletariado habiendo pasado a una actitud de espera está pugnando por superarse. Las difíciles condiciones económicas dentro de las que está aprisionado y la imposibilidad gubernamental de satisfacer sus necesidades fundamentales, se convierten en el punto de partida de un repunte de su acción revolucionaria. Las últimas acciones obreras denuncian que ha comenzado la evolución de las masas desde un titubeante escepticismo hacia el gobierno hasta una franca oposición a algunas de sus medidas en materia social.

En el presente período se plantea la tarea de dar al proletariado consignas que lo movilicen, partiendo de sus necesidades actuales, hacia un plano político superior. La situación de excesivo pauperismo de las masas sólo podrá ser superada con medidas que actúen por encima de las fluctuaciones monetarias, del permanente y muchas veces artificial aumento del costo de vida, etc., que constituyen, en última instancia, maniobras tendientes a descargar sobre las espaldas de los trabajadores todo el peso de la actual crisis económica. Se plantea la necesidad de defender por lo menos el actual pedazo de pan de la familia obrera, ya que no puede ser mejorado. Hay que movilizar a los obreros tras una consigna que permita que la curva de los salarios no quede cada día mas rezagada con relación a la curva de los precios. La escala móvil de salarios con referencia al costo de vida llenará este objetivo. Una comisión bipartita formada por delegados de los organismos obreros y de las reparticiones técnicas gubernamentales, debe encargarse de establecer, al mismo tiempo, el porcentaje de la elevación del costo de vida y la proporción en que deben ser elevados automáticamente los salarios y los sueldos. De esta manera se evitará que los aumentos conseguidos después de largos y penosos conflictos, en los que el proletariado agota sus fuer-

zas, sean totalmente desvirtuados a corto plazo y vuelva a plantearse la necesidad de luchar por un nuevo reajuste. El Partido tiene que enseñar a las masas a luchar de un modo efectivo contra la miseria. Sus militantes deben ocupar los primeros puestos en los innumerables combates, por muy modestos que ellos sean, y que diariamente libran los explotados contra el exceso de miseria que amenaza destruir sus hogares. Sólo de esta manera se convertirá en auténtica vanguardia revolucionaria. La actuación tenaz ayudará a que las más amplias capas de explotados maduren por su propia experiencia y descubran la honda raíz de la actual crisis económica, la crisis mortal del régimen capitalista, al que el gobierno intenta, por todos los medios, preservarle del peligro que para el importan las masas puestas en pie de combate. No hay ningún otro camino para lograr una ligazón viviente entre los intereses inmediatos de las masas y la necesidad inaplazable de transformar la actual estructura económica del país.

Organizadas las masas y encaminadas a luchar revolucionariamente por la solución de sus problemas no dejarán margen a que la reacción pueda hacer su propio juego con ellas. No se puede simplemente pasar por alto el hecho de que el relativo fortalecimiento de FSB se apoya, en cierta medida, en el descontento popular nacido de las insatisfacciones más elementales.

III LA NACIONALIZACIÓN DE LAS MINAS

LO QUE DIJIMOS

La consigna de la nacionalización de las minas no es nueva en nuestra historia social ni exclusiva del Movimiento Nacionalista Revolucionario, como pretende hacer consentir la propaganda oficial. Aparece junto al grito de combate de "¡Tierras a los campesinos!", lanzada al finalizar la tercera década del presente siglo. Tristán Marof, aventurero que en cierto momento gustó llamarse marxista, sostiene que le corresponde la iniciación de la propaganda alrededor de esa consigna. En varios congresos obreros, en los que las ideas anarquistas se mezclaban caprichosamente con las socialistas y hasta con las comunistas, se votaron resoluciones indicando que la felicidad del país dependía de la recuperación de sus minas. Así, esta reivindicación flotaba en el ambiente y no es de extrañarse que todos los partidos políticos que se decían izquierdistas (excepción hecha del Movimiento Nacionalista Revolucionario) la incluyesen en sus programas.

A pesar de todo esto, no se sabe que antes de 1946 ningún movimiento masivo considerable tomase como bandera de realización inmediata la nacionalización de las minas. Hasta esa fecha no pasaba de ser un enunciado lírico o una especulación intrascendente. Corresponde a la "Tesis de Pulacayo" el haber sostenido por primera vez que la suerte del movimiento obrero y el destino mismo de Bolivia, estaban subordinados al destino que iban a tener las minas.

Desde el pirismo stalinista hasta el PURS, pasando por toda una gama de manifestaciones nacionalistas, reducían el problema de la nacionalización de las minas a una simple limitación de los irrestrictos derechos que beneficiaban a los "barones del estaño". A partir del gobierno Salamanca, los partidos de la rosca se empeñaron, cada día en mayor medida, en au-

mentar los impuestos a la minería y en la entrega al Estado de las divisas provenientes de la exportación de minerales. Este proceso culmina en el intento fallido de Busch de obligar a los mineros a entregar el 100% de las divisas.

El Partido de la Izquierda Revolucionaria, que siempre hizo protestas de su moderación, de su interés por cooperar con los sectores rosqueros "demócratas" y "progresistas", reducía todo su programa a la formación de una Corporación, integrada por el Estado y los propios "barones del estaño", que se encargaría de dirigir las minas. Cuando alguna vez hablaron de expropiar pertenencias mineras lo hicieron recalando que no se olvidaban de la vieja ley de expropiaciones de 1884, por utilidad y necesidad pública y previa una justa indemnización. Este argumento es el que ahora vienen esgrimiendo los tres grandes que llegaron a monopolizar la minería. Es claro que estos señores no podían menos que quedar pasmados por la osadía del Movimiento Nacionalista Revolucionario, que el 31 de octubre de 1952 nacionalizó las minas.

El panorama es otro en el campo revolucionario. Después de 1946, año en que se realizó el famoso congreso minero de Pulacayo, los sectores avanzados del movimiento obrero, especialmente el minero, y bajo la inspiración ideológica del Partido Obrero Revolucionario, se encaminaron firmemente a recuperar las minas -rama fundamental de la economía nacional- para ponerlas al servicio del país. Este programa no tenía nada que ver con las proposiciones de los nacionalistas, de la rosca o de los stalinistas. Se dijo desde el primer día que las minas debían pasar a manos de los trabajadores y no de los gobiernos rosqueros, sin derecho al pago de indemnización alguna en favor de los barones del estaño.

Esta propuesta fue elaborada cuando gobernaba el rosquero Hertzog con la ayuda directa del stalinismo. No se trataba de señalar lo que haría el gobierno de los trabajadores, sino del camino que podía conducirnos a tal objetivo. Es por esto que, en franca oposición a las nacionalizaciones propuestas por los

rosqueros y reformistas, se planteó la ocupación de las minas por los sindicatos mineros. Esta es la consigna que movilizó a los explotados y les permitió desembocar en el 9 de abril de 1952. Los reformistas se limitaban a proponer que los gobiernos rosqueros logren una mayor participación en las ganancias obtenidas por la gran minería.

La "ocupación de las minas" -consigna central de la gran agitación social que cubrió la etapa que se extiende de 1947 a 1952- resultó ser la piedra de toque para las tendencias que se reclamaban del marxismo. Pero antes veamos qué sentido se le asignaba.

El objetivo fundamental de la "nacionalización" era el de servir de puente a las masas, para que, partiendo de la lucha diaria por sus necesidades diarias, concluyesen comprendiendo que su liberación exigía el derrocamiento del gobierno que encarnaba el régimen de explotación de la fuerza de trabajo. En ese entonces -al igual que ahora- el gobierno y las empresas mineras que eran sus verdaderos amos, estaban interesados en liquidar al movimiento obrero por medio de una purga. Se habían faccionado listas negras para doblegar por el hambre a los mejores revolucionarios. Para liquidar el creciente descontento popular se ideó un medio sencillo: cerrar la mina afectada por la agitación, bajo el pretexto de que arrojaba pérdidas. En un momento tan delicado se imponía la necesidad de dar una salida viable y esa fue la ocupación de las minas. Los propios animadores de la "Tesis de Pulacayo" quedaron sorprendidos de la rapidez con la que la consigna se apoderó de los sectores mayoritarios de mineros, lo que prueba que se encontraba flotando en el ambiente. El gobierno retrocedió inmediatamente y lo hizo hasta el momento de comprobar que la alta dirección sindical lechínista no tenía ninguna decisión para convertir en realidad la amenaza. En otro lugar hemos señalado que los fracasos de San José y Oploca originaron la fractura de las filas obreras. El grueso de los obreros convirtió la "ocupación de las minas" en el Norte de su actividad, pero las altas

direcciones sindicales y políticas no supieron sacar toda la ventaja posible de hecho tan importante. Si las minas hubiesen sido ocupadas es claro que el MNR no hubiese podido usurpar el poder nacido de una revolución que no la hizo. El poderoso movimiento huelguístico de Siglo XX-Catavi, que fue ahogado en sangre en la masacre de mayo de 1949, se canalizó hacia la ocupación de la empresa. De no mediar el crimen y la delación, tal medida habría hecho variar el curso de nuestra historia.

No faltaron quienes sostuvieron que la nacionalización decretada por el gobierno de Paz, a espaldas de las masas, había cancelado para siempre la consigna de "ocupación de las minas" al superarla. Se trata de un error descomunal. Los defectos fundamentales de la "nacionalización" movimientista, hecha al estilo burgués, tienen que ser superados y pueden serlo por la ocupación de las minas. En el caso presente significaría anular una usurpación y entregar a los obreros lo que han conquistado con su lucha.

No se trata de una simple especulación. En los últimos conflictos mineros, principalmente con motivo de las medidas de "reordenamiento" impuestas por el Banco Interamericano de Desarrollo, ha aflorado como normal la tendencia hacia la ocupación de las minas. El POR se ha limitado a dar expresión política y doctrinal a tal fenómeno. El gobierno actual presiente que el mayor peligro viene de este lado y por esto mismo moviliza todos sus recursos para aplastar a los militantes poristas que han ganado el puesto de conductores indiscutidos de su clase. El sentido último de la ocupación sigue siendo el mismo: puede convertirse en el puente que lleve a los trabajadores al poder. Debe superarse el primer mal entendido: esta consigna no debe confundirse con el intento absurdo de crear una sociedad mixta entre la COMIBOL y la burocracia de la FSTMB.

Hoy como ayer, la crítica a la ocupación de las minas dice que se trata de una consigna anarquista que solamente puede

traer el caos. El stalinismo añadió a su turno, que se trataba de una utopía.

Todos los críticos olvidan que, en el pasado como en la actualidad, la ocupación de las minas -consigna que se opone con nitidez a la nacionalización de tipo burgués- equivale a la nacionalización como la entiende el proletariado, sin indemnización y bajo la gestión obrera. No discutiremos con los que se levantan airados contra esta verdadera expropiación por violar todo el ordenamiento jurídico imperante. Una "revolución" que busca someterse a la ley ha dejado de ser revolución.

La ausencia del partido del proletariado que fue una de las causas para que las masas que se habían formado y entrenado alrededor de la lucha por la ocupación de las minas no concluyesen ejecutándola. Si este extremo se hubiese materializado la vida del gobierno movimientista se habría abreviado enormemente.

La tendencia obrera acerca de la nacionalización se patentizó, inmediatamente después del 9 de abril de 1952, en la actitud de la COB. Nadie ignora que su expresión más saliente fue la intransigencia pidiendo su inmediata ejecución. Monstruosas manifestaciones de obreros y de las capas mayoritarias de todo el pueblo armados se realizaron bajo la divisa de "nacionalización sin indemnización alguna y bajo el control obrero". El Secretario Ejecutivo de la FSTMB, Lechín, se convirtió -actuando bajo el empuje vigoroso de las masas- en el portavoz de esta tendencia ante el gobierno de Paz. Nadie puede dudar que, en medio de tal ambiente, el imperialismo y el propio gobierno estaban seguros que se perderían definitivamente los privilegios de los "barones del estaño". La COB actuaba como un verdadero poder obrero y dentro de ella era decisiva la influencia revolucionaria que se inspiraba en la "Tesis de Pulacayo". Para mayor garantía, era el mismo Lechín el que abogaba por la nacionalización inmediata y sin pago de indemnización alguna.

Sin embargo, ocurrió lo inesperado: se aplazó la fecha de la nacionalización y se designó a una frondosa comisión encargada de estudiar los aspectos positivos y negativos de una medida que, según expresiones de Víctor Paz Estenssoro, obligadamente debía realizarse. Esa comisión reflejó lo que es el MNR y fue constituida por viejos servidores de la rosca, por ineptos y aventureros. No es pues ninguna casualidad que sus recomendaciones no hubiesen servido para nada. Sus informes -varios volúmenes panzudos- permanecen inéditos en medio de la indiferencia general. El aplazamiento de la fecha de la nacionalización fue impuesto por el imperialismo a la alta dirección del MNR y contó con la complicidad de Lechín, que actuó violando acuerdos expresos de la COB. Los obreros, traicionados por su líder, se conformaron con esperar el anunciado decreto del gobierno. La prensa revolucionaria denunció la maniobra, pero todo fue inútil, las masas continuaban confiando entusiastamente en el que creían que era su gobierno. Así se inició la depresión momentánea del proceso revolucionario, período en el que el POR fue golpeado rudamente por el oficialismo.

NACIONALIZACIÓN "BURGUESA"

El 31 de octubre de 1952 -llamado por el aparato movi-mientista como el día de la "emancipación económica"- se decretó, antecedido por considerandos ampulosos y huecos, la nacionalización de solamente la gran minería, reconociéndole una justa compensación. El Decreto también se refiere al control obrero, individual y limitado a los aspectos puramente administrativos. Hay evidencia de que el control obrero se incluyó a instancias de Lechín, que pensaba utilizar la concesión de Víctor Paz como un argumento para paralogizar a los trabajadores. Como se ve, el gobierno implantó una nacionalización de tipo burgués, contrariando el deseo expreso de la

clase obrera; pero ésta tardaría bastante tiempo para darse cuenta del engaño.

El carácter progresivo de una medida solamente puede comprenderse si se la refiere al período político que se vive. En manos del PURS, el Decreto de Víctor Paz Estenssoro habría sido un franco paso adelante, del mismo modo que fue en su tiempo el Decreto que obligaba la entrega del 100% de las divisas provenientes de la exportación de minerales. Mas, en la primera época que siguió a la insurrección de abril, la tendencia de las masas se encaminaba a barrer físicamente a la rosca y no solamente a limitar sus privilegios económicos. Ante la avalancha popular existía la certeza de la expulsión definitiva del imperialismo. El Decreto de 31 de octubre, en cuya elaboración no participó directamente la clase obrera, tuvo la misión de poner a salvo parte de los intereses económicos de la gran minería y eliminó prácticamente a los trabajadores de la dirección de la empresa nacionalizada. Podemos señalar como norma que toda vez que el MNR se ve obligado a incluir a los obreros en la actividad de las empresas o del Estado, invariablemente se da modos para sustituir a la clase por algunos aventureros que abusan de sus cargos radicales para enriquecerse.

EL MNR AL SERVICIO DE GRAN MINERÍA

Por todo lo expuesto anteriormente se puede decir, sin temor a ser desmentidos, que el Decreto de 31 de octubre de 1952 no corresponde a la etapa revolucionaria que se vivía y que hizo concesiones graciosas al imperialismo. Cuando elementos avanzados de las filas sindicales observaron la indemnización que se reconocía a los barones del estaño, Lechín respondió que se trataba de una simple maniobra para engañar a los yanquis. Como siempre, la mentalidad pequeño-burguesa concluye como víctima de su pretendida viveza. La "izquierda" movimientista sostenía que no se pagaría ni un solo centa-

vo por concepto de indemnizaciones; a la fecha, el menos informado sabe que un porcentaje del total de las exportaciones de minerales se dedica a dicho pago. Una vez más tenemos que constatar que la burguesía internacional ha desarrollado un verdadero instinto de dominación y que los "antiimperialistas" que sueñan con jugarle una mala pasada no son más que pobres ilusos.

La conducta de la alta dirección del MNR -poner a salvo parte de los intereses de la gran minería que corrían el riesgo inminente de ser totalmente barridos por la borrasca revolucionaria- se agrava si se tiene en cuenta que cuando se dictó el Decreto de nacionalización se había llegado al punto culminante de la radicalización de las masas. En realidad, Paz, contando con la complicidad de Lechín y sus secuaces, se dio modos para desviar la presión del país todo, que se orientaba hacia la inmediata nacionalización de las minas sin indemnización y bajo el control obrero.

No es ningún misterio que algunas grandes empresas mineras, concretamente la Patiño Mines, se encontraban antes de la nacionalización en serios aprietos frente al creciente malestar social que azotaba al país. Poco antes de abril de 1952, una reunión del directorio de dicha empresa planteó la necesidad de declararla en quiebra. Inmediatamente después de la insurrección, el mismo organismo acordó dejar al gobierno en libertad para que aplique el pedido popular de nacionalización, debiendo únicamente salvar lo más que se podía del naufragio que se daba por descontado. Que el MNR (particularmente Paz y Lechín) concluyeron como salvadores de la gran minería se demuestra porque las acciones de la Patiño conocieron un repunte después de 1952.

¿Por qué actuó de un modo tan criminal la alta dirección movimientista? No se puede olvidar que hasta fines de 1952 el partido pequeño-burgués se encontraba bajo la directa influencia de las masas en pleno ascenso. En otro lugar hemos sostenido que en ese período Paz Estenssoro -inconfundible por su

mediocridad y cinismo- no era más que un prisionero de la poderosa COB. Fue esta última organización la que enarboló con mayor energía la nacionalización de las minas dentro de los lineamientos fijados por la "Tesis de Pulacayo". A pesar de todo esto se obró contra los intereses nacionales y fácilmente se accedió a las insinuaciones de la Embajada Norteamericana en sentido de aplazar la fecha de la nacionalización y de constituir, previamente, una comisión técnica que pudiese adormecer al pueblo. Para establecer las razones de tal conducta no se puede pasar por alto que Paz había sido antes empleado de la Patiño y que su grupo nunca rompió del todo sus vinculaciones con dicha empresa. Mucho después del 9 de abril, el señor Antenor Patiño, como representante de capitales ingleses interesados en explotar minerales, entró en relaciones con el presidente Siles.

Se puede descontar que en la maniobra jugó un rol importante la masonería, pues no en vano toda la plana mayor movimientista está integrada por elementos pertenecientes a dicha institución. Conociendo la naturaleza del Movimiento Nacionalista Revolucionario podemos concluir que sus líderes burlaron las aspiraciones de todo un país a cambio de fabulosas sumas de dinero que se les entregó en calidad de coima. Así se explicaría el origen de parte de la astronómica fortuna de Víctor Paz y de sus amigos, pues ni la expropiación de todo el presupuesto nacional habría sido suficiente para formarla. Una parte de la riqueza de los amos del poder se ha formado a cambio de la entrega de las materias primas a diversos consorcios imperialistas o de la libertad de acción que se otorgó a estafadores del cuño de Chacur, Arpie, etc.

¿QUIÉN FRACASÓ EN LAS MINAS?

La propaganda reaccionaria y la que está directamente inspirada por el imperialismo ponen mucho énfasis en el "rotundo fracaso de la nacionalización de las minas" y se complace en

ligar ese fracaso con el movimiento obrero. El "leit motiv" de los editorialistas de los grandes periódicos, por ejemplo, no es otro que el atribuir ese fracaso a la intervención obrera.

La administración de las minas es mala y, dentro del actual estado de cosas, no puede esperarse que los obstáculos sean superados. La burocratización y el aumento de los costos de producción crecen a diario. El fracaso de la administración es un problema esencialmente político y tiende a agravarse a medida que el hundimiento y la desintegración del MNR se acentúan. El análisis sereno tiene que llevarnos a la conclusión, como demostramos más adelante, que es la desvirtuación del control obrero y su deliberada burocratización, las que contribuyeron a crear el malestar en las empresas nacionalizadas. La verdad es que desde el primer día, la clase obrera quedó marginada de las tareas de administración.

La voracidad de los jerarcas movimientistas -no en vano es la expresión del arribismo pequeño-burgués- se dejó sentir desde el primer día. Las pulperías fueron desmanteladas y la piratería llegó al extremo de saquear muchas de las instalaciones de la gran minería. El señor Torres, que para vergüenza del movimiento obrero detenta el título de secretario general de la FSTMB, trasladó a su domicilio todos los muebles del último piso del edificio que actualmente ocupa la COMIBOL en La Paz. Almacenes y maquinarias se trasladaron de un centro a otro, habiéndose extraviado considerables stocks en el trayecto.

El aplazamiento de la fecha de la nacionalización permitió a las grandes empresas desmantelar los ingenios, agotar las reservas y dejar exhaustos los depósitos bancarios. El gobierno movimientista se ha mostrado criminalmente imprevisor.

Desde el primer día el gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario no se preocupó de organizar a la COMIBOL sobre bases diferentes a las que imperaban en el pasado y menos se empeñó en aumentar la productividad del obrero. En este sentido el gobierno Paz-Lechín demuestra estar muy por

debajo de los antiguos amos de las minas y de la clase trabajadora, deseosa de revolucionar las normas de producción. En los hechos las minas nacionalizadas se convirtieron en fichas dentro de la lucha interna del movimientismo; cada sector pugnó por convertirlas en su fortaleza y en la fuente de ganancias. El Ministerio de minas -creado bajo la exigencia de los trabajadores- ha resultado, en un país minero, totalmente inservible, todo debido a la impotencia de la dirección emeenerrista.

La COMIBOL no es en realidad una nueva empresa, sino el resultado de la simple adición de las tres ex-grandes empresas. Esto ha tenido como consecuencia el caos y el desbarajuste sin paralelo en la administración. Se asegura que ni la contabilidad se encuentra al día y el balance anual de 1957 fue rechazado por la Contraloría Nacional por haberse consignado datos falsos. En reiteradas oportunidades se ha dicho que la COMIBOL sería dirigida de acuerdo a los principios de la empresa privada, vale decir, teniendo en cuenta exclusivamente las ganancias que puedan obtenerse en cada gestión. Esta declaración no pasó de ser una impostura. En realidad, los altos dirigentes políticos y sindicales se referían a la necesidad de eliminar toda injerencia obrera en la dirección de las minas. La reacción encaramada en el Palacio de Gobierno, con plena conciencia de lo que hace, ha utilizado a la burocracia sindical para introducir tal criterio.

Bolivia sigue siendo un país virgen en materia minera. En la entraña de la tierra duerme ingentes yacimientos de materias en explotación y de otras cuyo valor se ignora. Por mucho tiempo seguiremos siendo mineros y el futuro gobierno revolucionario tendrá que actuar dentro de esta realidad. La verdadera diversificación económica tiene que comenzar por una diversificación de la explotación de minerales y por la construcción de hornos de fundición que permitan ampliar enormemente el mercado para nuestras exportaciones. Somos un país milenariamente minero y nuestra tradición al respecto,

sumamente rica por cierto, es vilmente despreciada por los sirvientes del imperialismo. El proletariado de las minas es el verdadero depositario de esa experiencia y sobre ella debe basarse la dirección de la industria nacionalizada.

Los primeros trabajos en las minas, después de 1952, no han pasado del más puro empirismo y se han limitado a una simple explotación en base de los viejos trabajos de preparación, utilizando atolondradamente el material y la maquinaria que habían dejado la gran minería. En pocas palabras, las minas fueron saqueadas. La consecuencia no se dejó esperar, los índices de producción cayeron casi inmediatamente. En un otro capítulo hablamos acerca de la actitud de los trabajadores al ritmo del trabajo.

En materia laboral el sexenio se caracterizó por su afán de destruir a los sindicatos más combativos. Con tal finalidad llegó al extremo de desahuciar a todo el personal de Siglo XX y Catavi y expulsó a todos los que tuvieron la desgracia de ser catalogados como "agitadores extremistas". Los barones del estaño, actuando en estrecha colaboración con el gobierno, implantaron una severa lista negra de todos los elementos que se distinguieron en la lucha sindical. El "revolucionario" Paz no tiene el menor reparo en actualizar los métodos del siniestro sexenio, a fin de eliminar de los sindicatos a los militantes poristas. Esto mismo hizo Siles en su tiempo. A comienzos de 1952 pululaban por las ciudades toda una legión de desocupados, que habían sido marginados de todas las actividades por consideraciones políticas. Un Decreto Supremo estableció que estos elementos deberían volver a sus faenas tradicionales. Tal el origen del verdadero ejército de supernumerarios. El lechismo utilizó el decreto con la finalidad de consolidar sus posiciones dentro del gobierno y la reincorporación no se la realizó con ningún plan encaminado a fomentar el aumento de la producción.

Como se ve, los males que imperan en la minería deben ser atribuidos exclusivamente a la total quiebra del MNR. La sal-

vacación de las minas nacionalizadas está condicionada a la marcha futura de la revolución. El POR es el único partido que ofrece una salida certera al impase en que encuentra actualmente la minería.

NACIONALIZACIÓN E IMPERIALISMO

El imperialismo norteamericano cuida las minas bolivianas como a la niña de sus ojos, porque es consciente de que es la única fuente segura de minerales, sobre todo en caso de una futura guerra mundial. Las numerosas comisiones técnicas venidas al país y la misma ayuda norteamericana, abonan tal afirmación.

En los planes norteamericanos se involucra la inevitable caída política del MNR como partido popular. Los yanquis ayudan al gobierno en la medida en que todavía puede jugar con las masas y le empujan cuidadosamente a que ahogue en sangre la rebelión popular. Cuando llegue ese momento, el imperialismo jugará la carta de la junta militar con la creencia de que esta puede hacer trabajar bala en boca a los mineros bolivianos. El imperialismo tiene ya su general de turno: René Barrientos Ortuño. Mientras tanto se preocupa de que las minas nacionalizadas no sean del todo destruidas.

Parece que ya se han adelantado los acuerdos para formar grandes consorcios que exploten las minas más grandes y también las de mayor porvenir que aun permanecen en manos de mineros medianos y pequeños. El gobierno busca a quien entregar yacimientos tan ricos como Matilde.

La diferenciación política entre las masas y el comando político pequeño-burgués, que constituye el rasgo característico e inconfundible de nuestra época, vuelve a colocar en el tapete de la discusión el problema del futuro de la nacionalización de las minas. La nueva radicalización de las masas, que se opera en un plano político superior al imperante en los años 1947 o 1952, bien se puede decir que se mueve bajo la consigna

de retorno a la Tesis de Pulacayo. En lo más profundo de la subconsciencia obrera se ha estratificado la certidumbre de que, como emergencia inmediata de la insurrección de abril de 1952, las minas pertenecen a los obreros y que solo momentáneamente se encuentran usurpadas por la alta dirección movimientista. Algo mucho más importante, la completa pérdida de fe en la capacidad del MNR se manifiesta en la seguridad de que la profunda crisis de la COMIBOL será superada cuando los obreros recuperen las minas de manos de los usurpadores. Es por esto que el programa del gobierno obrero-campesino partirá de la necesidad de convertir a las minas de fuente de astronómicas pérdidas en un seguro medio de prosperidad nacional.

La evolución de la conciencia obrera llevada al convencimiento, como respuesta a la falaz propaganda rosquera y emeenerrista, de que no debe ni puede imputarse a los trabajadores el fracaso en la dirección de las minas, esa responsabilidad corresponde exclusivamente al MNR.

Es indiscutible que el aplastamiento político del MNR - aplastamiento que solamente pueden realizar los sectores mayoritarios del país, principalmente los trabajadores- traerá, como inevitable consecuencia, una rectificación radical en el rumbo que ha impreso el gobierno pequeño-burgués a la marcha de las minas nacionalizadas. Esta rectificación no será otra cosa que la vuelta al viejo programa de los obreros: declarar inexistente el compromiso de pago de indemnización a los exbarones del estaño; implantación de la gestión obrera integral de la COMIBOL; complementar con la nacionalización de las ramas fundamentales de nuestra economía.

La falla fundamental de la nacionalización impuesta por el MNR está en que es un caso excepcional -convertido en necesidad por las emergencias de las jornadas de abril- dentro de una política económica que parte del reconocimiento de la necesidad de la propiedad privada burguesa y de su consagración y respeto casi religioso. Los teóricos del MNR (los capos

de la izquierda se ha limitado a callar sobre este fundamental aspecto) han proclamado a los cuatro vientos que la nacionalización de las minas debe considerarse como un caso único dentro de su política y que ésta se encamina francamente a la protección de las inversiones de capital financiero. De esta manera, el sector nacionalizado carga con todo el peso de las contradicciones de nuestra economía, moldeada de acuerdo a los intereses del imperialismo. La conducta del gobierno, con posterioridad a 1952, demuestra claramente que fue solamente la presión de las masas la que obligó al MNR a dar semejante paso, cierto que los jerarcas emeenerristas no han desperdiciado la oportunidad para sacar de él toda la ventaja material y política posible.

El llamado plan de rehabilitación de la minería -conocido por otro nombre como la Triangular- ha sido elaborado por el imperialismo para lograr una influencia decisiva en la dirección de las minas nacionalizadas. No ha sido preciso la formal desnacionalización, desde el momento en que el grupo asesor del BID ha sido colocado por encima de todos los organismos de la COMIBOL y cuenta con los incondicionales servicios del fascista Guillermo Bedregal. En realidad, las minas se encuentran, actualmente, en manos del imperialismo, dependen de él para su futura estabilidad. A este vergonzoso extremo ha llegado el entreguismo de Paz que tanto soñó con pasar a la historia como "el Libertador económico" de Bolivia. El desgobierno movimientista ha entregado la COMIBOL a los EEUU y desde este momento no tienen las minas posibilidades de un gran desarrollo, porque no es esa la preocupación imperialista. La dirección técnica, la administración y la política social es decidida por el BID y obsecuentemente ejecutada por Paz y Bedregal. En las minas la lucha que se libra actualmente está protagonizada por el proletariado y el imperialismo. El MNR se limita a actuar como peón en manos del Departamento de Estado.

El lechinismo no desea emancipar a las minas del secante control imperialista, se limita a batallar para poder sustituir a Paz como sirviente del imperialismo.

El Movimiento Nacionalista Revolucionario, desde el poder, ha convertido la nacionalización de las minas en simple enunciado. La movilización de las mismas se encamina a recuperarlas de manos del imperialismo. Tal es uno de los aspectos básicos de la lucha revolucionaria de nuestros días.

LOS OBREROS Y LA TÉCNICA

Es indudable que el problema de la COMIBOL es en su esencia, primero y sobre todo, un problema político, no plantear así la cuestión significa cierta cobardía. Sin embargo, debemos dar una respuesta obrera al plan de la COMIBOL.

Se sabe cómo la COMIBOL golpea a los sindicatos con el argumento de la baja de la producción y con la necesidad de introducir reformas técnicas en la dirección de las empresas.

Debe armarse a la clase obrera con un planteamiento, con una bandera en el aspecto técnico, a fin de que pueda imponerse su criterio, en el calor de la lucha, a la COMIBOL y al propio gobierno.

El barniz técnico del llamado plan de reorganización integral no sirve más que para ocultar objetivos concretos: despido de obreros, disminución de los salarios, descongelamiento de los precios de pulpería, reducción de aportes a la Caja de Seguro Social, etc., etc.

Sin embargo, la clase obrera tiene el deber y tiene el derecho de dar una respuesta técnica que se acomode a los intereses de la clase, del país y de la revolución.

La lectura atenta del plan mencionado nos lleva a la conclusión de que elude tratar de resolver el meollo del problema técnico de nuestras minas. La construcción de socavones, la construcción de tal o cual usina eléctrica, son simplemente una serie de remiendos a una vieja técnica ya caduca. Construir

una Sink and Float al lado de otra Sink and Float ya existente, importa simplemente tratar un volumen mayor de mineral de ley conocida (0.80%). Se ha olvidado la lección que se desprende de la propia historia de las minas. La minería, en todas partes, ha comenzado explotando ricos filones y ha concluido tratando minerales cuya ley de cabeza es de 1% o menos. ¿Cómo resuelve la técnica moderna este problema? Primero: plantea determinados sistemas de explotación de gran cantidad de carga (block-caving, galerías abiertas estilo Chuquicamata, etc.), en segundo lugar, adaptando, esto es lo importante, los ingenios de recuperación a estos minerales cuya ley disminuye a diario.

Las minas nacionalizadas, por ejemplo Siglo XX, han heredado de la Patiño los proyectos de los blocks-cavings (en este distrito se tiene la ventaja de tener rocas impregnadas de estaño, aquí no se da el caso, como en otras minas, de que la caja tenga 0% de estaño, siempre tiene un porcentaje de 0.4% de ley, de tal modo que es una mina especial para block caving). La administración de las minas nacionalizadas ha seguido el ejemplo de la Patiño y nos ha traído blocks-cavings, pero se ha olvidado de construirnos los ingenios adecuados para esta modalidad de explotación, para tratar estos minerales de 0.50% de ley para arriba y, más bien, se pretende ampliar la Sink and Float (una planta de preconcentración para elevar minerales de 0.80 a 1.50% de ley para que sean tratados en las mesas vibratorias de Catavi) ¿Cuál es el resultado negativo de esta falla técnica de los ingenios? La Sink and Float desperdicia una gran parte del mineral, de tal modo que la construcción de una Sink and Float, idéntica a la que ya tenemos, no tendrá más resultado que trasladar en forma veloz el mineral del cerro al desmonte. Los desmontes seguirán con 0.50%. ¿Entonces, cuál debe ser la conducta general? En el aspecto técnico orientarnos a condicionar nuestras plantas de recuperación a la realidad de nuestros minerales, no simplemente remediar la vieja técnica caduca, inadecuada.

Seguir una nueva orientación técnica a fin de poder recuperar debidamente minerales de ley aún más baja de los que ahora tratamos. Existe un cuadro de la COMIBOL en el que se indica que las minas tienen determinados años, calculando las reservas de mineral a 0.70% y a 0.50% de ley, es indudable que la vida de esta mina se habrá prolongado a 20 o 30 años. No pude tratarse con un otro criterio el problema de la explotación, corresponde a la clase obrera dar una solución técnica para cada mina. Intentamos dar una expresión general a lo que ya los obreros, de una manera instintiva, están buscando.

Nos permitimos citar dos ejemplos, de Siglo XX y de Potosí. En Siglo XX la producción ha caído, más o menos, de 600 toneladas a 400 mensuales. En Potosí, será rentable la mina si produjese 120 toneladas al mes, ahora sólo alcanza de 75 a 80 toneladas, existe un quebranto indudablemente.

Sin embargo, existen formas prácticas e inmediatas para resolver este desequilibrio. Los sindicalizados de Siglo XX han planteado una fórmula práctica para elevar su cuota de 400 a 600 toneladas, con trabajos que requieren poca inversión de dinero. Ellos propugnan que, de una manera racional, deben explotarse los ricos veneros que están dentro del distrito. Además, aprovechando del tipo de ingenio de Catavi, debe explotarse una riquísima mina que está en las proximidades del distrito, la mina de Pukro. El sindicato ha hecho llegar su planteamiento a la COMIBOL, la misma que ha respondido en sentido de que no es posible incluir Pukro entre las minas nacionalizadas porque esto significaría violar la política general del gobierno, que es de respeto a la propiedad privada y de amparo a la mediana minería, etc. En otras palabras, no está ya en mente del gobierno la salvación de las minas nacionalizadas, sino simplemente una política contra la nacionalización, cual es el amparo a la propiedad de la mina Pukro. ¿Por qué los mineros de Siglo XX propugnan esta medida? No se trata de un capricho. Desean aprovechar las investigaciones que hizo la Patiño, que estaba interesada en incluir esa mina en su

empresa. Por eso la Patiño adquirió las minas llamadas Italia y Kañuma, habiendo construido de la primera un socavón para cortar las vetas de Pukro. Entonces vino la nacionalización. Como se ve, los obreros han dado ya una respuesta viable al problema, que no depende de grandes inversiones o de lejanos planes, sino que, de manera inmediata, puede convertir en rentable esta mina, que ahora es marginal.

Para Potosí la COMIBOL dice que se debe ampliar el ingenio Velarde. Este ingenio trata carga de 1% de ley y actualmente desperdicia una gran cantidad de la misma por su deficiencia técnica. En vez de ampliar Velarde, para que sea rentable de una manera inmediata la mina de Potosí, será suficiente construir un ingenio de preconcentración Sink and Float, que eleve minerales de ley mucho más baja, 0.80 a 1.50%. ¿Qué ventajas tendría Potosí? Actualmente el ingenio Velarde está tratando minerales de 1%, es por eso que no recupera en su integridad. Con una Sink and Float el problema de Potosí queda totalmente resuelto. Los técnicos proponen block-cavings y galerías abiertas para esta mina; sin embargo existe el grave obstáculo de tener que desalojar a los cooperativistas y a los propietarios de las cinco mil bocaminas. Por el momento no se puede hacer eso. La solución concreta en esa mina es, indudablemente, construir una Sink and Float, para habilitar debidamente Velarde. Con los obreros y empleados, actualmente existentes en Potosí, sin reducir una sola persona, la mina se convertirá en rentable. Habrá seguramente pasado a producción de las 120 toneladas.

Por primera vez se pregunta a los obreros sobre un planteamiento técnico y se les dice: vamos a ejecutar este plan, ¿qué les parece? Esto significa, nada menos, que la alta dirección de la COMIBOL reconoce que la clase obrera es capaz de determinar una dirección técnica, y es capaz de decir si está bien o no que se hagan determinados trabajos técnicos en las minas nacionalizadas. La solución del problema técnico no

puede quedar simplemente como enunciado general, sino como la respuesta a los problemas de cada mina.

La solución del problema de las minas nacionalizadas en su aspecto técnico tiene que ser indudablemente el reconocimiento a la clase obrera de su derecho a intervenir en la dirección integral de las minas.

No es suficiente que los buenos técnicos tengan sensibilidad social, es necesario que la técnica esté subordinada al interés de la clase obrera, no al interés del imperialismo, ni al interés de la reacción encarnada en el palacio de gobierno, no al interés de los saboteadores de la revolución. Que los buenos ingenieros no sean enemigos de la revolución. Que los buenos ingenieros no sean enemigos de los obreros y que, finalmente, los buenos técnicos tengan también una responsabilidad ante la clase obrera. En las minas nacionalizadas se han cometido verdaderos crímenes en su conducción. En Siglo XX está a punto de parar el Block 3-D, ¿por qué? Porque los ingenieros calcularon la ley de las reservas de 0.75% de estaño y actualmente solamente arrojan 0.50%. ¿Dónde está la responsabilidad técnica?

El plan de la COMIBOL es la confesión paladina de que la dirección técnico-administrativa de las minas ha fracasado. Tenemos la experiencia negativa de diez años de dirección técnico-administrativa sin intervención obrera, que está llevando a las minas, a los trabajadores y al país al borde de la ruina. Hay que poner punto final a esta vergüenza y ahora es llegada la oportunidad. No cumpliríamos nuestro deber si no planteásemos y exigiésemos al gobierno que el control obrero tenga también injerencia en la dirección técnica de las minas. Ahora una reflexión sobre cómo los obreros pueden alcanzar la victoria en la lucha que se avecina. Se han planteado medidas concretas para cada mina y un nuevo ordenamiento técnico de la Corporación Minera de Bolivia. Pero, eso no es suficiente, hay que vencer el obstáculo que oponen todos los enemigos de la clase obrera, todos los enemigos del sindicalismo. No es

suficiente decir planteamos tales y tales medidas. Es urgente una movilización revolucionaria de la clase obrera para imponer estas medidas. Las minas tienen un solo salvador y éste es el proletariado colocado a su cabeza. Las minas nacionalizadas están en manos extrañas, hay que reconquistarlas y entregarlas a la clase obrera.

Aquí tocamos, precisamente, el punto cardinal del problema que estamos analizando.

El problema número uno en las minas no es el técnico, sino el problema político. Queremos creer que todos los políticos desean salvar a las minas. Pero, hay una pequeña diferencia entre unos y otros y que enraiza en la cuestión clasista. Unos pueden salvar a las minas y otros no pueden, están incapacitados para esta tarea. El rechazo del plan de la COMIBOL puede causar una verdadera zozobra en las esferas gubernamentales y hay razón para ello, esto porque el rechazo de ese plan echa al tacho una serie de proyectos, entre ellos el de algunos empréstitos que se tramitan con el bloque imperialista. Aunque existiese buena voluntad, el gobierno no puede solucionar debidamente el problema de las minas nacionalizadas, porque no puede emanciparse totalmente de los compromisos que ha contraído con fuerzas extrañas a los intereses del país. No estamos haciendo una acusación de tipo calumnioso. Estamos sacando una conclusión política de la experiencia que hemos vivido desde la nacionalización de las minas. Solamente los obreros, fuertemente disciplinados en sus sindicatos, fuertemente armados y después de que hayan conquistado las minas para retenerlas en sus manos, solamente entonces, podrán salvar a este país de la ruina y de la miseria.

Sin embargo, todo programa técnico tiene que ser financiado. El gobierno de Bolivia, por su extrema dependencia del imperialismo, no ha podido sacar la debida ventaja de la pugna permanente entre el bloque imperialista y el soviético, como lo han hecho otros países de corte capitalista. No creemos que la Unión Soviética o la China regalen dinero, realizan operacio-

nes de tipo comercial. A Cuba le han prestado cien millones de dólares al dos y medio por ciento de interés anual. Estados Unidos niega créditos a las empresas estatizadas. Para capitalizar a la COMIBOL hay que aprovechar todas las coyunturas y todas las contradicciones entre las potencias imperialistas. Esto no quiere decir que nos sometamos a determinada orientación política. Somos adversarios de la burocracia stalinista y, sin embargo, si se da el caso de que mañana Rusia invada Estados Unidos, seremos los primeros en colocarlos al lado de la URSS, porque esa actitud, al igual que las bayonetas thermidorianas de Napoleón, llevará el progreso hasta la barbarie capitalista.

No solamente se trata de la pura relación comercial con los otros países. La revolución boliviana tiene el deber de entroncarse en la revolución mundial, en la revolución latinoamericana, a la revolución del Medio Oriente. Ahí está nuestra fortaleza. Nuestra fuerza no radica en el apoyo del Departamento de Estado, ahí está nuestra debilidad, porque por cada centavo que viene hay que hacer tremendas concesiones políticas. El Plan de la COMIBOL no tiene más finalidad que preparar el terreno para un empréstito del bloque imperialista. De alguna parte piensa la COMIBOL sacar dinero.

HORNOS DE FUNDICIÓN

Dada la estructura actual de la sociedad humana, las adquisiciones de la ciencia y de la técnica se convierten inmediatamente en parte de su patrimonio. El descubrimiento que comienza siendo secreto de Estado o de un poderoso trust, concluye por ser tema de las publicaciones de divulgación.

Es verdad que las fundiciones tienen que adaptarse al tipo de mineral de estaño que se explota en el país. Sin embargo, no existe, desde el punto de vista tecnológico, imposibilidad de que esa adaptación se realice en Bolivia. Un período de experimentación, relativamente breve, puede dar como resul-

tado que los secretos de fundición se conviertan en patrimonio del Estado boliviano. Todos los datos que se poseen nos permite afirmar que nuestros recursos son suficientes para asegurar el éxito de los hornos de fundición de estaño.

Su importancia básica radica en que constituye el paso decisivo en la diversificación de la industria minera -paso previo e indispensable para alcanzar la efectiva diversificación económica del país- y se trata de una etapa imprescindible de la industrialización.

Algo más y de importancia inmediata. La fundición del estaño en el país permitirá disminuir sus costos de producción al eliminar los fletes de las impurezas, castigos que impone la fundidora inglesa, etc. Por otro lado, el estaño fundido nos permitiría romper el actual mercado único para nuestro principal producto. Actualmente la William Harvey controla las minas nacionalizadas y la propia vida política boliviana. La liberación de este nefasto control constituiría un paso positivo en el camino de la liberación nacional. El mercado único permite al trust patinista controlar el futuro del país por medio del manipuleo del precio de los minerales.

Los enemigos de la instalación de hornos de fundición en el país (verdaderos agentes del imperialismo yanqui y enemigos de los intereses nacionales) no tienen más que un argumento: el posible alto costo del estaño fundido en Bolivia. Teóricamente no se puede descontar esta eventualidad, que no sería más que consecuencia de nuestro excesivo atraso. Con todo, el posible alto costo de las barras de estaño quedaría compensado con creces mediante la obtención de las ventajas señaladas más arriba.

El ofrecimiento soviético de instalar hornos de fundición y plantas preconcentradoras en el país en forma gratuita, abrió una coyuntura favorable para satisfacer una exigencia nacional y debía ser aceptada incondicionalmente. Esta posición clara de la mayoría nacional difiere de las maniobras que realizó el desgobierno movimientista para rechazar esa oferta de dona-

ción (importante para el país aunque sea parte de las operaciones de la guerra fría), como consecuencia de su total sometimiento al Departamento de Estado de los Estados Unidos de Norte América. Cumplimos nuestro deber al señalar concretamente las limitaciones que el entreguismo le impone al gobierno Paz-Lechín.

* * *

El llamado Plan Triangular constituye una imposición de los grandes inversionistas al gobierno boliviano y se viene perfilando como el jalón más importante en el camino de la desnacionalización. El BID es el amo de la COMIBOL y Be-dregal su testaferro.

La Triangular importa la disminución del número de obreros, la disminución de los salarios (a través del cambio de sistema de trabajo), la anulación de diversos tipos de bono y hasta la destrucción de las organizaciones sindicales y del control obrero. Tal es la esencia de la Triangular, parte inseparable del Plan Decenal de Desarrollo, cuya paternidad viene disputando el señor Lechín, que de tarde en tarde dice ser dirigente obrero. Por otra parte, estos planes expresan con mucha fidelidad el carácter antiobrero y proimperialista del gobierno Paz.

En alguna otra parte hemos sostenido que el gobierno sólo tenía un camino para poder aplicar sus planes en las minas nacionalizadas: destruir previamente al movimiento obrero, derrotarlo en la lucha. Esto es lo que ha logrado con el fracaso de la huelga minera de agosto, vilmente traicionada por la burocracia movimientista y pecista. El documento que ha servido de base para la suspensión del conflicto se refiere básicamente a la necesidad de despedir, de manera inmediata, a más de mil trabajadores y de acabar con los contratos y sobretiempos, lo que importa una sensible disminución de los salarios para el grueso de los ocupados en el interior mina

(aproximadamente el 70% de las remuneraciones de los contratistas) y también para los del exterior. Cunde la tendencia - cuyo crecimiento es ayudado por la ninguna actividad del sindicato- de abandonar la mina, debido a que los salarios serán mucho más bajos en el futuro.

La COMIBOL está empeñada en eliminar toda injerencia laboral en la administración de las minas (no otra cosa significan sus ataques al control obrero y fuero sindical); sin embargo, ha lanzado la peregrina teoría de que los trabajadores deben ser partícipes de las pérdidas como de las ganancias de la empresa. El señor Bedregal habla de un remedo del stajano-vismo, esa monstruosidad de la degeneración stalinista de la revolución.

El gobierno Paz-Lechín, cediendo a las presiones poderosas del imperialismo, está llevando su antiobrerismo a extremos epilépticos. En el momento en que estas páginas entran en prensa, la COMIBOL está comenzando a ejecutar su siniestro plan en Catavi y que bien pronto se generalizará a las demás minas, si los trabajadores no vuelven a la lucha con la firme decisión de vencer.

IV EL CONTROL OBRERO

PRIMER PLANTEAMIENTO SOBRE CONTROL OBRERO

- a) La Tesis de Pulacayo y la administración de las empresas por la clase obrera

Si se revisan toda la propaganda y todos los documentos propagandísticos del MNR no será posible encontrar la menor idea acerca del control obrero en las empresas, sean éstas nacionalizadas o no. Este problema -para nosotros uno de los más importantes desde nuestra primera época- no estaba incluido entre los planteamientos del partido pequeño-burgués. A pesar de esto, la historia -obrando con ironía- incluyó en el seno del MNR la promulgación del decreto sobre control obrero. Los "teóricos" y jerarcas del partido de gobierno nuevamente se lucieron el día de fiesta con traje prestado, un traje de medias excesivamente grandes.

A nosotros, por estar muy cerca de la tragedia -tragedia de la propia revolución-, nos duele que el programa de los trabajadores sea tan vilmente prostituido. Los otros partidos políticos que se reclaman del ideario izquierdista -así en abstracto- tampoco dijeron nada sobre el tan bullado control obrero. La única contribución -ciertamente que contribución negativa- para el estudio de este fenómeno la da la experiencia del gobierno movimientista.

No hacemos más que decir la verdad más estricta cuando afirmamos que la consigna del control obrero tiene una auténtica filiación porista. Correspondió a nuestro partido lanzarla, fisonomizarla debidamente, darle consistencia teórica y luchar por su materialización. El primer documento que habla del control obrero como de una reivindicación básica es la Tesis de Pulacayo (1947). Cuando su texto fue difundido por la gran prensa, los stalinistas nos atacaron. Para estos traidores del

movimiento obrero propugnar el control obrero en Bolivia equivalía a ultraizquierdismo. Si se sostiene -como lo hacen los stalinista y emeenerristas - que el futuro del país no es otro que el proseguir su desarrollo dentro los lineamientos capitalistas, hasta alcanzar el nivel logrado por las grandes metrópolis imperialistas, es claro que todo intento de intervención obrera en las empresas (por modesta que sea la intervención) es contraria a los intereses del país. Tal fue el argumento central con el que se combatió a la Tesis de Pulacayo y es el mismo que ahora repiten los oficialistas contra la conquista del control obrero.

En la Tesis de Pulacayo el control obrero adquirió fisonomía revolucionaria indiscutible y estaba íntimamente ligada a la cuestión del poder. No en vano dicho documento era la expresión de la radicalización de las masas. A la fecha, tal proyección se mantiene en pie íntegramente. Los acontecimientos han dado la razón al planteamiento porista. El control obrero - aun el burocratizado- no puede mantenerse indefinidamente junto al gobierno pequeño-burgués. Lo que preocupa al oficialismo no es la posibilidad de controlar y prostituir a los controles obreros individuales, sino las proyecciones que necesariamente lleva en sí la conquista revolucionaria. Si el MNR lo combate sin tregua es porque tiene la posibilidad de convertirse en el canal de movilización de los trabajadores.

En 1947 se trataba de que el control obrero colocase a toda la clase a la cabeza de la dirección de las minas, y al hacerlo, le obligase a luchar por el poder político. La esencia del control obrero radica en esta perspectiva y, después de la amarga experiencia del desgobierno movimientista, a la fecha se mantiene invariable. La lucha de los trabajadores por el perfeccionamiento que no puede concebirse más que como el control colectivo. Este hecho tendría como inmediata consecuencia la agudización del repudio a la alta dirección movimientista. El imperialismo norteamericano tiene plena conciencia del ver-

dadero significado del control obrero y es por eso que lo combate tan apasionadamente.

No se debe olvidar que la Tesis de Pulacayo nació cuando los trabajadores se encaminaban firmemente hacia la ocupación de las minas, en esa época controladas por la gran minería. En tales circunstancias, el control obrero no podía significar más que la administración de las minas por la clase obrera, es decir, por los órganos que expresen la voluntad colectiva.

La ocupación de las minas flotaba en el ambiente, como la generalización de experiencias varias y aisladas. Al puntualizar el control obrero se quería poner en guardia a los mineros de toda desvirtuación de la consigna que era la más sentida por ellos. Todos estaban de acuerdo con que la materialización de la táctica revolucionaria se hiciese bajo la vigilancia militante de toda la clase.

La ocupación de las minas bajo control obrero adquiriría, así, un carácter esencialmente transitorio. La contradicción generada por ella no podía resolverse más que resolviendo el problema del poder. La disyuntiva ha sido planteada por la revolución de abril de 1952, pero no resuelta,

b) Sentido de la Gestión Obrera

Los poristas no tenemos más remedio que elaborar la teoría de la revolución boliviana y que de ninguna manera puede limitarse en los textos clásicos. Para expresar las particularidades del proceso que vivimos no nos queda más recurso que adaptar a nuestras necesidades la terminología universal. No pocas veces tenemos que pararnos a explicar el nuevo sentido que adquiere entre nosotros el vocabulario corriente.

Acaso habría sido más exacto llamar gestión obrera a la modalidad de control enunciada por la Tesis de Pulacayo. Nadie dudará que el control obrero enunciado por el Partido Obrero Revolucionario buscaba eliminar toda interferencia ajena al proletariado en la dirección de las minas. Este control

permitiría concentrar en manos de los trabajadores todos los resortes del manejo de las empresas. En este sentido era una perfecta gestión obrera integral y directa.

Solamente más tarde, cuando el MNR desvirtuó completamente los enunciados de Pulacayo, fue necesario puntualizar en qué consistía la gestión obrera, entendida como una superación de la actual forma de control.

La coparticipación de algunos elementos sindicales aislados en la administración de las minas, sin tener derecho a conocer e intervenir en la dirección técnica, es un miserable remedo del control obrero y no tiene nada que ver con el pensamiento ni con la voluntad de los trabajadores. La mezquindad de los "teóricos" del MNR, conduce a utilizar la caricatura de control para enriquecer a los áulicos del oficialismo. En manos del partido pequeño-burgués el control se ha convertido en un insignificante adorno "obrero" de las viejas formas de administración.

Entre la gestión obrera y el control de tipo movimientista existe una gran diferencia. La primera busca llevar a la cabeza de las empresas a la clase misma y el segundo no es más que un pretexto para sustituir a la clase por algunos aventureros y arribistas que usurpan el título de dirigentes sindicales. Por otra parte, toda la doctrina movimientista se reduce a consumir dicha sustitución en todos los aspectos de la vida social. El oficialismo confía en la burocracia sindical y no en las bases obreras.

La gestión obrera, al poner las empresas en manos de toda la clase, hace responsable a los trabajadores del destino de la producción; por esto mismo, el control total del Estado se convierte en necesidad inaplazable. El control de tipo movimientista aleja a los obreros de la conducción de las empresas nacionalizadas y se convierte en un pretexto para responsabilizar de los descalabros provenientes de la quiebra política de la pequeña burguesía en el poder.

¿Cómo puede la clase ejercitar la gestión obrera? Nuestros adversarios nos imputan gratuitamente el absurdo de que buscamos que las masas, como un verdadero rebaño, asalten la dirección de las empresas y sustituyan todo ordenamiento con el caos. El argumento no es tan ingenuo como parece. Lo que se busca es convencer a los trabajadores de su incompetencia para intervenir en la dirección de las empresas y del propio Estado. El argumento central contra la ampliación de la actividad del control obrero no es otro que la presunta incompetencia de los trabajadores en materia técnica. La gestión obrera tiene que ejercitarse por medio de los organismos de masas. Sólo así puede la clase expresar adecuadamente su voluntad. De esta manera la gestión obrera permitirá basar la administración en la rica experiencia de la clase, adquirida a través de mucho tiempo y en la lucha diaria contra los desmanes de los explotadores. Los obreros cuando actúan en forma individual es posible que demuestren poca o ninguna capacidad creadora, los organismos de las masas tienen la particularidad de permitir que la capacidad creadora de la clase encuentre sus canales naturales. La gestión obrera permitirá demostrar que la clase hasta ahora preterida es capaz de fijar nuevas normas en la administración y de resolver los problemas que parecen ser insolubles para la dirección de las minas con el llamado criterio de empresa privada.

Para las masas la crítica es un método de vigilancia sobre las instancias superiores de dirección, de autoeducación y de asimilación de toda la experiencia vivida por la clase. Este objetivo sólo puede alcanzarse mediante el trabajo colectivo dentro de los organismos de masas y no en la actividad individual y aislada. La gestión obrera sería inconcebible sin la debida utilización del arma de la crítica.

La gestión obrera directa e integral de las empresas nacionalizadas supone la efectiva eliminación de las fuerzas sociales y políticas ajenas o contrarias al proletariado. En pocas palabras: la clase obrera toma en sus manos todos los aspectos

de la dirección de las empresas, incluyendo todo lo referente a la técnica.

Para que sea la clase misma la que participe en la gestión obrera es indispensable que ésta se convierta indubitadamente en colectiva. Esto quiere decir que la suerte de la gestión sea reducida, en último término, por los trabajadores reunidos en asamblea, por los comités que funcionen en todas las secciones de la empresa.

Los cargos de dirección, ahora individuales, deben ser ejercitados por cuerpos colegiados, firmemente soldados al grueso de la clase. Dicho de otra manera, la dirección de las empresas debe ser fundamentalmente colectiva.

c) El control obrero colectivo

El control obrero individual y burocratizado, es decir el control de tipo movimientista, no podía siquiera concebirse dentro de la línea política de la Tesis de Pulacayo. Nosotros hablamos del control y la administración ejercitados por toda la clase.

El control colectivo es todo lo contrario -es la negación misma- del actual control de una sola persona, totalmente emancipada del control de las bases, y que se transforma en algo así como en un algo empleado patronal. La consigna de Pulacayo fue elaborada con la certidumbre de que el destino del control sería decidido por la asamblea sindical. Era de suponer que este control daría nacimiento a organismos propios que expresasen la voluntad multitudinaria de las bases. La experiencia posterior a 1952 nos ha llevado al convencimiento de que esos organismos no podían ser otros que los comités de control funcionando en los lugares mismos de trabajo.

Si el control individual se convierte, a la larga, en una institución totalmente ajena a la clase obrera y se mueve conforme a los intereses de personas o camarillas burocratizadas, el con-

trol obrero colectivo es el único que puede permitir que la clase misma se coloque a la cabeza de las empresas.

La administración de las empresas nacionalizadas plantea una serie de problemas, cuya solución exige el concurso de toda la clase, en forma de experiencia y de iniciativa. El manejo de las minas por el MNR se ha caracterizado por remedar la vieja administración e inclusive degenerarla.

El control colectivo importa que se superen totalmente los principios de la empresa privada, que significan el predominio secante del patrón y el trato a los trabajadores como simple fuerza de trabajo que debe explotarse. La empresa privada quiere decir la subordinación de todos los factores a un solo objetivo: la obtención de ganancias por el capitalista. El control colectivo colocará en la base de la administración la voluntad y la capacidad creadora de las masas.

Los ataques más enconados contra el control obrero se basan en una supuesta falta de disciplina en el trabajo de las minas nacionalizadas. La empresa privada capitalista requiere de una determinada forma de disciplina fundada en el incentivo económico y en el terror. Es evidente que este resorte no puede ser utilizado por la gestión obrera o por el control colectivo. La nueva administración hará surgir una disciplina totalmente novedosa y cimentada en la convicción política y en la certeza de que la suerte de la empresa está decidida por la activa participación de las masas. El entusiasmo en el trabajo será la consecuencia de la certidumbre de que su producto dejará de beneficiar a los capitalistas y será destinado a toda la colectividad.

d) Requisitos por evitar la burocratización

La burocratización es la sífilis que corroe al movimiento obrero y es deliberadamente alentada por el partido oficial, porque mediante ella puede anular la real influencia de la clase

trabajadora; ésta lucha firmemente contra la burocracia sindical porque se levanta como un muro contra sus aspiraciones.

El programa revolucionario del movimiento obrero puso en guardia a éste frente al peligro de la burocratización. Esto es natural si se tiene en cuenta que la burocracia es la puerta por la que penetra la influencia gubernamental.

El control obrero para no traicionar a su programa tiene que superar el peligro de la burocratización. El MNR no se planteó en ningún momento esta cuestión, esto por imperio de su propia estructura clasista. Un partido que cree ser su tarea histórica la estructuración de una nueva burguesía nacional mediante decreto, no tiene más remedio que alentar la ambición mezquina de los arribistas desclasados que se han apoderado de su dirección. Tan mezquino objetivo se ha cumplido con ayuda de la burocratización del movimiento obrero.

El control obrero individual de tipo movimientista ha funcionado -incluso en la primera etapa de la revolución- gracias a la creciente burocratización de las capas superiores de la dirección social. El elemento aislado y colocado por encima de las masas, como consecuencia de su papel de apéndice de la administración de las empresas nacionalizadas, se ha convertido en un burócrata que obra contra los intereses de su clase. Una gran parte de la actividad porista posterior a 1952, se desarrolla alrededor de la lucha contra el peligro de la burocratización.

Ya en la Tesis de Pulacayo se encuentran los requisitos que, indispensablemente, deben cumplirse para evitar la burocratización de los dirigentes sindicales y quienes ocupan cargos espectables a nombre de la clase trabajadora. Esos requisitos son: la alternabilidad en los puestos de dirección y su revocabilidad en el momento mismo en que así lo decidan las bases; la percepción por los dirigentes, cualquiera que sea su influencia o su responsabilidad, de solamente el salario medio que corresponde a los obreros calificados; convertir las decisiones de las asambleas sindicales y de los comités de base en

mandatos imperativos; control activo de las bases sobre la orientación y conducta diaria de los dirigentes.

El control obrero ejercitado por equipos que funcionen colectivamente y no por individuos aislados, no puede menos que asentarse en el principio de la alternabilidad. La práctica diaria debe permitir la selección de los más capaces y de los más honestos. A fin de que la dirección de las empresas sea lo más eficaz posible debe tenderse a acelerar el ritmo de rotación de los cargos de responsabilidad. Los dirigentes sólo pueden mantenerse a la cabeza de su clase mientras conserven su confianza. La revocabilidad de los cargos toda vez que así lo decidan las bases, constituye una de las premisas que puede evitar la burocratización. Se tiene que procurar que se elimine en lo posible el abismo que existe entre los cuadros de base y los dirigentes. La experiencia enseña que toda vez que los controles individuales pierden la confianza de las bases, como consecuencia de su conducta contraria a los intereses colectivos y de su deshonestidad, conspiran contra sus mandantes para detentar indefinidamente sus cargos. Así comienzan a burocratizarse y agotan todos los recursos para eliminar la vigilancia de las bases. Para evitar la vergüenza que significa el control convertido en negociante y en simple muñeco de la administración movimientista de la minas, se tiene que permitir que funcione plenamente la capacidad selectiva de la clase, lo que sólo será posible si se le permite someter a prueba a la mayor cantidad de elementos que se destaquen en la actividad diaria.

Se supone que los trabajadores que llegan a ocupar cargos espectables de dirección entre ellos la función de controles, lo hacen en su condición de revolucionarios educados en el programa político de la clase obrera. Por esta razón elemental todo cargo directivo debe ser considerado como un puesto de sacrificio al que se ve obligado un revolucionario por ser tal. Debe considerarse puesto de sacrificio por exigir mayor trabajo y por no suponer ninguna ventaja personal, ninguna granje-

ria. Todo lo que hemos observado en la práctica, todo lo que hemos aprendido en la vida diaria nos enseña que solamente pueden llegar a esa concepción los elementos educados en el partido revolucionario. Por el contrario, el partido pequeño-burgués se ha convertido en semillero inagotable de burócratas. El obrero llega hasta un cargo de dirección para servir mejor los intereses de su clase y no para servirse de él con fines personales. Estos principios pueden convertirse en una práctica si se establece que todo dirigente, cualquiera que sea su categoría, debe percibir únicamente el salario que corresponde al obrero medio calificado o del que gozaba antes de ser dirigente. De esta manera se evitará que la lucha por la dirección se convierta en la lucha mezquina por conservar un privilegio.

En el período que siguió a Abril de 1952, el POR combatió empeñosamente para impedir que los burócratas sindicales y los controles obreros se convierten en nuevos potentados, en "nuevos ricos". Su arma principal fue la proposición de que los dirigentes ganasen salario de obrero. La respuesta de la dirección movimientista no se dejó esperar. Se nos dijo que era preferible que se enriquecieran los obreros y no los rosqueros. El portavoz de esta cínica "teoría" fue el señor Lechín, tan acostumbrado a defender las proposiciones más sucias de la derecha de su partido. A partir de este momento los burócratas, para enriquecerse ellos mismos y para ayudar a sus amigos, legalizaron al percepción de numerosos sueldos -que resultó ser la retribución al privilegio de ser dirigente y no a una actividad productiva- y los constantes negociados y raterías, generalmente consumados contra los intereses de sus mandantes y de las empresas que decían dirigir.

La burocracia se caracteriza por emanciparse completamente del control de las bases. En la práctica, el control individual se empeña en evitar que se realicen las asambleas sindicales y que funcionen los comités de control de base. Por este camino la crítica a los desaciertos -que se han convertido en

una norma del control de tipo movimientista- se torna imposible. El control burocratizado no toma en cuenta para nada las sugerencias de los simples obreros -producto de la experiencia y del conocimiento práctico del mecanismo del trabajo- y se emancipa de su vigilancia. De otra manera tampoco podría funcionar. Son numerosos los casos, al extremo de que se convierten en regla, en los que el control se empeña en ahogar la iniciativa de las masas y se orienta a contrariarlas, en defensa directa de los administradores. Esta conducta insólita es contraria a la democracia sindical y es el producto del completo divorcio entre las bases y la cúspide dirigente. La orientación de las directivas sindicales debe estar definida por el pensamiento mayoritario entre los obreros. El control puede discutir los planteamientos que hagan los trabajadores en la asamblea, pero, en el exterior está obligado -si no quiere dejar de ser un representante laboral- a defenderlos en forma intransigente y leal. Son numerosos los casos en los que el control ha formado un solo frente con la administración de las minas contra los planteamientos obreros. Este caso es seguramente la expresión de la podredumbre a la que puede llegar el control burocratizado.

El control colectivo tiene que soldarse con el grueso de las masas y debe estar directamente subordinado a ellas. De aquí se desprende que para los equipos de control las decisiones de la asamblea sindical y de los comités de base deben tener carácter de mandato imperativo. De esta manera se retornará efectivamente a los métodos de la democracia sindical. Toda vez que los encargados de ejercer el control se desvíen de lo que digan las bases deben ser reemplazados por otros que aún no haya perdido su confianza.

La desburocratización del control obrero solamente podrá lograrse mediante la vigilancia activa y diaria de las bases sobre los dirigentes. Este control puede ejercitarse siguiendo el canal de la crítica colectiva, lo que supone la más amplia democracia en los organismos sindicales.

Los actos del control obrero deben ser públicos y estar sometidos al control de la asamblea sindical. La información periódica debe convertirse en un deber ineludible. Al mismo tiempo, el análisis nacional de los aciertos y errores del control permitirá su asimilación en escala nacional.

EL CONTROL OBRERO Y LA DUALIDAD DE PODERES

a) La primera etapa de la revolución

Inmediatamente después de abril de 1952, los sindicatos y la Central Obrera Boliviana concentran en sus manos ciertos atributos de poder y son reconocidos por las masas como la única autoridad y dirección dignas de ser obedecidas. Este fenómeno acentúa los rasgos soviéticos tratándose de las organizaciones campesinas, las que tomaron en sus manos la solución de todos los problemas de la vida cotidiana de los habitantes de una región. Con anterioridad dijimos que los sindicatos campesinos tuvieron más características de soviets (consejos) que de ninguna otra organización. Se puede decir que el poder obrero se levantaba potente frente al poder oficial. Así, todo este período está marcado por la huella indeleble de la dualidad de poderes. El primer gobierno movimientista no pasó de ser un virtual títere en manos de las organizaciones obreras pujantes y poderosas.

La falta de una cabal comprensión de este proceso permitió que los sectores más radicales, inclusive aquellos que se reclamaban del trotskismo, incurriesen en el más grave error al ocultar las verdaderas proyecciones de la dualidad de poderes detrás de los esfuerzos que concluyeron limitando las funciones de los organismos obreros a la modesta función de vigilantes de la conducta gubernamental. Los hechos enseñan que el tan pregonado control sobre el gobierno pequeño-burgués se convirtió en un instrumento para que éste estrangule a las organizaciones colocadas ante el imperativo de ejercer parte del

poder. Los "izquierdistas" ayudaron a convencer a las masas que el MNR era su auténtico gobierno. La declinación del poder obrero ejercitado por las organizaciones sindicales coincide con el comienzo de la momentánea depresión del movimiento revolucionario. Así la dualidad de poderes concluye con el fortalecimiento del gobierno movimientista y con el estrangulamiento de los sindicatos.

En la primera etapa de la revolución el control obrero se mueve impulsado por las masas y se convierte en un verdadero órgano de poder obrero. El control actúa como portavoz de los trabajadores, se opone al gobierno movimientista y a los excesos de la administración de las minas.

Por excepción, el control, en esta etapa, coincide en su conducta con el grueso de las masas radicalizadas. Las asambleas sindicales lograron imponer su voluntad y no pocas veces las propias decisiones gubernamentales fueron desconocidas.

Con todo, la forma en que funcionó en ese entonces el control obrero y las cosas que hizo constituyen una violación a los planes gubernamentales.

b) Período de depresión

El control obrero individual de tipo movimientista se perfila nítidamente en el período de depresión momentánea de la revolución. Cuando los organismos sindicales pierden su pujanza y su fortaleza y cuando se acelera el proceso de burocratización, el control obrero deja totalmente de expresar la voluntad de la clase y pasa a convertirse en instrumento del gobierno movimientista.

Si en la primera época de la revolución el control aparentaba ser colectivo y estar sometido a la presión directa de las masas, en el período de depresión se transforma bajo la influencia de factores negativos (la corrupción, la ineptitud, la presión política, etc.).

Desde el primer día el control obrero fue mal visto por el gobierno del MNR, que esperaba la primera oportunidad para asestarle el más rudo golpe. Toda la conducta gubernamental con referencia al control se caracteriza por el afán de desvirtuar la conquista revolucionaria e inclusive de destruirla. La burocratización de las capas dirigentes del movimiento obrero permitió a las autoridades corromper a los trabajadores que aisladamente llegaron hasta el control obrero. Casi siempre la alta dirección movimientista convertía en control a quienes le habían prestado algún servicio en el campo sindical, es decir, a quienes tuvieron la oportunidad de demostrar su servilismo y de actuar en contra de los intereses de su clase. El control burocratizado ha servido fundamentalmente para enriquecer a algunas personas y, en el caso de los stalinistas, para organizar verdaderas redes de comerciantes alrededor de tales caudillos. De esta manera, una conquista revolucionaria se convirtió en una canonjía y en una concesión otorgada como un favor político. Las cumbres movimientistas saben bien que el burócrata enriquecido no tiene más camino que buscar el apoyo gubernamental -a cambio del respaldo a la política anti-obrera oficial-, a fin de neutralizar y hasta rechazar el descontento de las bases. Las autoridades, que tanto hablan de los elevados costos de producción, han contribuido a encarecer el precio de las mercancías que se venden en los almacenes de las minas al convertir al control en un vulgar traficante.

Hemos sostenido que en los períodos revolucionarios las masas ponen en acción su capacidad creadora; sin embargo, esta capacidad no se transmite mecánicamente a los individuos aislados. Cuando un dirigente se burocratiza, cuando se emancipa de la influencia directa de sus bases y, por añadidura, cuando carece de una clara filiación política revolucionaria se convierte en el máximo exponente de la ineptitud y de la ceguera. Esto es lo que ha ocurrido con el control obrero individual y burocratizado. En ningún momento ha podido convertir en hechos la enorme y riquísima experiencia de los trabajado-

res mineros y menos generalizar lo logrado -con sus defectos y aciertos- en los diversos distritos. El control individual se encontró perdido en medio del complicado mecanismo de la administración de las minas y se vio reducido a la modestísima tarea de colocar su rúbrica en todos los papeles que pasan por las gerencias. No pocas veces el control ha llegado a convertirse en un vulgar empleado de las empresas, encargado de cumplir misiones señaladas por el gerente y que, toda vez que le es posible, cobra su comisión de toda actividad financiera en la que interviene. Este control individual y burocratizado es totalmente inoperante y desprestigia a los trabajadores. En manos de semejantes sujetos el veto es un arma peligrosa y no puede esperarse que sea utilizado en favor de los explotados. No se trata de que la ineptitud proviene del nivel cultural de la clase sino de su modalidad individualista y burocratizada.

Otras de las tareas del actual sistema de control radica en que está sometido a la influencia secante del MNR, es decir, a la influencia política de un sector que no es proletario. Primitivamente el control y la gestión obrera fueron concebidos como la dirección política de esta clase sobre las empresas nacionalizadas. El MNR en el poder ha hecho exactamente lo contrario: ha eliminado la dirección política de los trabajadores y ha dado lugar a que se enseñoree la dirección pequeño-burguesa. La norma es que el control obrero cumpla con el requisito previo de su inscripción en el partido oficial. En otros casos, el militante de otro partido político o el "apolítico" son domesticados hasta el extremo de convertirse en el más fiel lacayo del oficialismo. Así, el control deja de ser obrero para convertirse en limitadamente movimientista.

Las deficiencias y delitos cometidos por el control obrero son utilizados por el gobierno para justificar su enconada campaña contra la conquista del control obrero, vale decir, contra la consagración de un principio contenido en la Tesis de Pula-cayo.

CONTROL OBRERO DE TIPO MOVIMIENTISTA

a) Decreto de nacionalización de las minas

El lechinismo ha hecho circular el rumor de que Paz Estenssoro convino en conceder el control obrero a cambio de la aceptación del pago de indemnización a los ex-grandes empresarios. Fiel a su mentalidad primitiva, la burocracia sostiene que ha logrado la conquista del control mediante una maniobra en las cumbres gubernamentales.

La verdad es otra, la conquista del control es arrancada al gobierno movimientista por el poderoso empuje de las bases obreras, empuje que puso en el más serio riesgo los intereses imperialistas. En otras palabras: el control obrero le fue impuesto al MNR, desde el exterior. La complicidad de los burócratas dio lugar a que el gobierno desvirtuase totalmente la concepción revolucionaria del control obrero y le imprimiese el sello movimientista, es decir, pequeño-burgués.

El decreto de nacionalización de las minas (31 de octubre de 1952) establece el control obrero individual, desligado del control de las bases (es decir, burocratizado) y, en las instancias superiores, designado, en último término, por el Presidente de la República. También es cierto que dicho decreto estatuye el derecho a veto en favor del control obrero. Este derecho ha resultado inoperante gracias a la modalidad movimientista impuesta al control.

Del texto del decreto mencionado se desprende que el control no es más que un coadministrador con atribuciones limitadas, pues la misma disposición legal coloca fuera de su alcance todo lo relacionado con la actividad técnica. Como se ve, lo que ha hecho el MNR no es más que una caricatura de lo que buscaban los trabajadores.

Es explicable que en los primeros momentos los sindicalizados hubiesen recibido con alborozo la nueva del control obrero, no tenían la posibilidad de comprender en todo su alcance las consecuencias futuras de la obra movimientista. Ha

sido preciso una larga experiencia para que los trabajadores llegasen a convencerse que el control movimientista era una cosa opuesta a lo que ellos habían propuesto. Los explotados no tienen más que la práctica diaria -que es experiencia en carne propia- para lograr un alto nivel político.

La limitación más odiosa impuesta al control obrero por el decreto de 31 de octubre de 1952 se refiere a la intangibilidad de la orientación técnica de las empresas nacionalizadas. El mismo lechinismo no se cansa de argumentar en favor de dicho cercenamiento de las atribuciones del control. Si se trata de colocar en manos de la clase obrera la suerte de las minas es claro que a nadie se le puede ocurrir abogar en sentido de que la dirección técnica no debe subordinarse a la orientación política de los dueños de las minas. Ya sabemos que la finalidad movimientista es otra, se trata de añadir un adorno obrero a su propia administración de las empresas nacionalizadas y, por esto mismo, se le antoja que sería sumamente peligroso permitir que los obreros ignorantes se inmiscuyan en las actividades propias de los ingenieros. Los planteamientos obreros y movimientistas son pues totalmente opuestos.

No se trata de que los obreros sustituyan a los técnicos sino de subordinarlos al control y orientación política de la clase dirigente de la mina. Esto es elemental si se considera que los técnicos provienen de los sectores proimperialistas y no de los sindicatos. Los que toman en sus manos el destino de las minas tienen que estar seguros de que los técnicos no sabotearán su labor y que no trabajarán en contra de sus intereses. Por otro lado, solamente el control de los trabajos técnicos puede permitir que los obreros conviertan en hechos su experiencia adquirida en el trabajo diario. No existen razones revolucionarias para eliminar el control de la órbita técnica. La gestión obrera integral de la COMIBOL convertirá en realidad los postulados de Pulacayo sobre el control obrero. El problema de la mayor producción -problema capital de la revolución-

exige que la técnica se subordine totalmente a la política de la clase obrera.

b) Decreto Supremo que reorganiza a la COMIBOL

El primer gobierno movimientista se vio obligado a consignar el control obrero en el decreto de nacionalización de las minas. Mas, inmediatamente, sobre todo para complacer al imperialismo, inició una campaña cerrada contra los excesos del control obrero. Todos recordarán que esta campaña se la hizo a nombre de la mayor producción. Ya en este período el argumento central es que los obreros no deben rebasar la acción sindical y abstenerse de obstaculizar la dirección de las minas. Los lechínistas mostraron mucho celo en corear los despropósitos de los agentes del imperialismo.

El segundo gobierno movimientista, que es el que resultó de la total entrega del MNR al imperialismo norteamericano, creyó de su deber limitar mucho más las atribuciones del control obrero. El presidente Siles debutó como tal con su famoso decreto de reorganización de la COMIBOL y en él se dice que el control obrero no tiene más misión que atender las relaciones industriales. "Relaciones industriales" en lenguaje norteamericano quiere decir las relaciones que existen entre el personal y la administración. En los Estados Unidos esta función la cumplen los sindicatos. Es claro que Siles no buscaba más que destruir el control obrero. En este período, la alta dirección movimientista acentúa la campaña por la mayor producción y por la reducción de los costos, campaña que buscó eliminar, en todo lo posible, la injerencia del control obrero en la dirección de las minas.

En 1963, el gobierno y los lechínistas sostienen que la solución de los problemas de la COMIBOL se logrará reorganizándola dentro del llamado "criterio de empresa privada". Los sirvientes del imperialismo aún no nos han dicho con toda claridad lo que entienden por "criterio de empresa privada" y para orientarnos sólo contamos con lo que ha hecho el gobier-

no en su práctica diaria. Los principios de la empresa privada capitalista -y a ella se refieren con tanta reverencia los movimientistas- no son otros que la ganancia por medio de la explotación de los obreros y la eliminación de éstos de toda la actividad administrativa. El imperio de los principios de la empresa privada significaría, pues, nada menos que la total destrucción del control obrero, aun del defectuoso control de tipo movimientista.

La dirección revolucionaria de las empresas nacionalizadas -dirección llamada por nosotros como gestión obrera directa e integral- no puede menos que subvertir los principios que inspiran las empresas privadas y comenzar por establecer la dirección colectiva, basándola en la voluntad de las masas y en la disciplina inspirada en la más alta conciencia política.

c) La corrupción y los negociados hundien al control

El control de tipo movimientista no puede concebirse al margen de la corrupción y de los negociados, esto por la naturaleza de clase del partido gobernante y porque su dirección está constituida de arribistas desclasados, que creen que la política es carrerismo en el plano social y económico.

El MNR comenzó a corromper a los controles obreros y les alentó en sus negociados y demás trajines turbios, para poder manejarlos políticamente. A la larga esta conducta escandalosa ha concluido por hundir al control obrero individual y burocratizado. Su caída se mide más objetivamente en el repudio de los trabajadores a los traficantes que se enriquecen desde el control.

d) Separación entre el control individual y las bases

El control individual es, sobre todo, burocratizado, lo que supone que se ha emancipado de la influencia de los cuadros de base y de los mismos sindicatos. Sus actos no pueden impu-

tarse a la clase obrera, desde el momento que se inspiran en intereses personales o en los del partido de gobierno.

El control colectivo o la gestión obrera se caracterizan por la vigilancia militante del grueso de las masas. El control individual hace imposible tal vigilancia, porque todo el mecanismo se encuentra en manos de una sola persona y porque no está obligado a someterse a la voluntad de las asambleas sindicales y menos a rendir cuentas de sus actos ante ellas.

El divorcio entre el control y las bases ha llegado a su punto culminante y la dirección que siguen es totalmente opuesta. Las masas mineras luchan empeñosamente por mejorar sus condiciones de vida y por superar el actual sistema de control. A esta altura de la exposición es fácil comprender que el control obrero individual de tipo movimientista ha fracasado rotundamente. A algunos se les antoja que es el principio del control obrero, junto a la nacionalización de las minas, el que ha quebrado. El control obrero, conforme fue enunciado por el movimiento revolucionario, aun no ha soportado la prueba de los acontecimientos. En verdad, seguimos luchando para imponer un auténtico control obrero colectivo en las minas.

RESPONSABILIDAD DE LAS DEFICIENCIAS DEL CONTROL OBRERO

- a) El gobierno y la orientación política de los trabajadores

Para establecer la responsabilidad por las deficiencias, y por el mismo fracaso, del control obrero es preciso deslindar la orientación que siguen el gobierno y los trabajadores. Por un lado, el gobierno se empeña en entregar la revolución al imperialismo y en arrancar de cuajo el control obrero. Demás está decir que lucha con todas sus fuerzas contra la tendencia, cada día más poderosa, que busca colocar a las minas bajo la dirección de la clase obrera.

Los trabajadores, dentro del plano que analizamos, tienen como programa establecer la gestión obrera para salvar a la COMIBOL del caos y la corrupción. Al mismo tiempo creen que es su deber elemental superar al actual sistema de control (no destruirlo para volver a los principios de la propiedad privada) implantando el control obrero colectivo.

- b) La quiebra del MNR en el poder es una de las causas del fracaso del control

Lo más importante de lo ocurrido en los últimos tiempos es el fracaso de la pequeña-burguesía en el poder. La quiebra del MNR ha tenido consecuencias desastrosas para el país y a ella se debe el malestar económico, la corrupción, el desbarajuste social, los bajos índices de producción, etc. Esa también es la causa principal del hundimiento del control obrero movimientista. Un régimen que nada puede ya ofrecer al país y a los trabajadores, no tiene más remedio que recurrir a la corrupción para mantenerse en el poder.

Los obreros no han llegado aún al poder y el famoso cogobierno ha sido simplemente un intento de sustituir a la clase por algunos aventureros. Es por esto que los trabajadores no pueden responsabilizarse del carácter del actual control obrero ni de sus limitaciones. El único responsable de las deficiencias del sistema de control imperantes es el MNR. El fracaso del control individual y burocratizado es parte del fracaso de la administración movimientista de las minas.

- c) El problema del control es problema político

Los que parten de la premisa de que el régimen de gobierno movimientista es la última palabra del proceso revolucionario y que es utópico esperar uno más izquierdista es claro que se ven condenados a reducir todos los problemas a una cuestión meramente técnica o de detalle de segundo orden. Los lechistas, se complicaron en la elaboración de la "teoría" que

sostiene el carácter obrero y campesino del actual régimen y que los trabajadores no pueden ambicionar el poder.

Para el MNR, incluidas todas sus alas, el problema del control obrero se reduce a detalles secundarios. Más concretamente: todo marcharía bien si los obreros fuesen más capaces, si adquiriesen más conocimiento y si pusiesen más atención en la firma de los papeles que les pasan los gerentes de las empresas.

Para nosotros, que ambicionamos que el proletariado tome el poder a la cabeza de toda la nación, el control obrero colectivo supone el desplazamiento del partido pequeño-burgués del poder o un episodio en la marcha hacia ese objetivo. De esta manera, el problema del control no es técnico o sindical, sino esencialmente político.

EL FUTURO DEL CONTROL OBRERO

a) Retornar al planteamiento de Pulacayo

El fracaso del control obrero individual y burocratizado plantea la necesidad de retornar al planteamiento de Pulacayo, es decir, a luchar por la superación del actual control. El MNR y la reacción, tomando como punto de partida los desaciertos de los burócratas que han usurpado los puestos de control obrero, luchan por liquidar la conquista consagrada en el decreto de nacionalización.

b) La superación del actual control conduce a la gestión obrera

Solamente la tendencia revolucionaria puede superar las deficiencias del actual sistema de control. Todos los otros sectores, incluidos los movimientistas, no tienen más interés que acabar con toda forma de control obrero en las minas.

La superación revolucionaria del actual control tiene que seguir la orientación actual que anima a las masas; lo que sig-

nifica que no puede menos que concluir en el control obrero colectivo o en la gestión obrera directa e integral de la COMIBOL, considerada como empresa nacionalizada.

c) Comités colectivos de control

Cuando las minas pasen a manos de los obreros, su administración estará basada en los comités colectivos de control, que deben funcionar comenzando por el último paraje de trabajo y concluyendo en las capas superiores de la administración. La dirección técnica estará a cargo de los ingenieros y de los responsables políticos encargados de vigilarlos. De esta manera todos los problemas de la administración serán ampliamente discutidos y la decisión última quedará en manos de la asamblea sindical.

d) Las direcciones burocratizadas,
el peor enemigo del control obrero

Las direcciones burocratizadas han contribuido a prostituir al actual control y se han convertido en el peor enemigo de su existencia y de su superación. El perfeccionamiento revolucionario de esta conquista está unido a la lucha sin cuartel contra las burocracias sindicales. Estas direcciones viciadas se alían con el gobierno para acallar incluso utilizando la prisión de los revolucionarios, las tendencias sindicales que se encaminan hacia el control colectivo.

e) El control y el poder

El control obrero colectivo o la gestión obrera no pueden existir indefinidamente junto al desgobierno movimientista. Las minas en poder de los trabajadores obligará a plantear inmediatamente la necesidad de tomar todo el aparato estatal, como se ve, para nosotros la cuestión del control obrero está vitalmente ligada a la suerte del poder. La gestión obrera no

puede menos que conducir al establecimiento del gobierno obrero-campesino.

Luchar por el mantenimiento del gobierno movimientista importa luchar por la destrucción del control obrero.

El desgobierno movimientista estaba seguro que la simple prostitución del control obrero sería suficiente para sus fines anti-obreros y anti-nacionales. Sin embargo, otra cosa ha decidido el imperialismo, que está vivamente interesado en liquidar todas las conquistas revolucionarias y en escarmentar al pueblo rebelde. Los grandes inversionistas han ordenado liquidar totalmente al control obrero, por considerar que en cualquier momento puede convertirse en el canal de una movilización masiva, y el régimen Paz-Lechín se ha apresurado a cumplir tal exigencia. No otra cosa significa la suspensión temporal del decreto que estatuye el control obrero en las minas nacionalizadas. Si se llega a revisar esta medida, el gobierno se dará modos para sacar ventaja de la situación creada después del fracaso de la huelga minera. Con todo, los días del control obrero están contados y la gestión laboral en las minas y empresas estatales pasará a convertirse en una tarea que será cumplida por la clase trabajadora desde el poder.

V
**LA REFORMA AGRARIA.
EL PETRÓLEO.
LA INDUSTRIALIZACION.**

**LA REVOLUCIÓN Y EL
MOVIMIENTO CAMPESINO**

El atraso del país en ninguna parte se patentiza con rasgos tan trágicos como en el problema agrario. Dos millones de campesinos vegetan en un estadio pre-capitalista, aun después de once años de haberse producido el gran sacudimiento de abril de 1952. En momentos en que escribimos estas líneas nos llegan los ecos de los combates entre diversas comunidades (laimera y jucumanis, situados a pocos kilómetros de esa gran concentración obrera que es Siglo XX) por la secular disputa de linderos territoriales. Hasta esas enormes regiones no ha llegado el soplo vivificador de la civilización excepción hecha del fusil, que ha sustituido a la tradicional macana o al arma blanca. Esas pequeñas luchas intestinas, en las que predomina la ferocidad casi salvaje, solamente pueden explicarse por el primitivismo que impera en la técnica agraria y en las relaciones sociales que imperan. Se continúa utilizando el arado de madera egipcio en tierras de sécano y no se conocen más que fertilizantes que los excrementos animales o la lenta acción vivificadora de la atmósfera. En estas circunstancias la única "técnica" consiste en dejar enormes extensiones de terreno (generalmente dos tercios del total) en "descanso" para que el tiempo lo fecundice. Es así que, a pesar de que cada comunidad posee miles de hectáreas, siempre hay escasez de tierra labrantía y se convierte en vital la lucha por el mantenimiento de los linderos, siempre dudosos después de la confusión creada por numerosas e interminables disputas judiciales. Tal era el lamentable cuadro antes de 1952 y sigue siendo hoy. El gobierno se muestra incapaz de revolucionar el campo y ni

siquiera ha podido poner punto final a las luchas intestinas entre campesinos.

La profundidad del problema del agro, que no ha sido resuelto por la pro-gamonalista Ley de "reforma" agraria, convierte a la masa campesina en una gran potencia revolucionaria, cuya explosividad ha sido acentuada por la miseria que soporta el hogar campesino, como consecuencia del absurdo plan de estabilización monetaria.

El 9 de abril de 1952 constituye el momento culminante del proceso de radicalización de las masas urbanas. Los campesinos -como ya se tiene indicado- se incorporan a este proceso con algún retraso. Hasta ahora nadie ha señalado la fórmula capaz de uniformar la marcha de todos los sectores de la población. Pero, los campesinos no bien se incorporaron a la lucha adquirieron inmediatamente mayor combatividad que los obreros y convirtieron a sus llamados sindicatos en verdaderos consejos o soviets. Será preciso no olvidar esta enseñanza: los campesinos cuando se radicalizan marchan más velozmente que el proletariado. Cuando los trabajadores ingresaron en el período de momentánea depresión, los campesinos continuaron golpeando vigorosamente y por mucho tiempo más. Así quedó roto, una vez más, el ritmo de la marcha de las fuerzas motrices revolucionarias.

El hecho más importante de toda esta evolución radica en que, por primera vez, los explotados del campo encuentran como aliada a la clase revolucionaria de la ciudad. De este modo se rompe una regla ya tradicional: el campo es derrotado porque toda la ciudad va contra él.

Cuando el gobierno de Víctor Paz Estenssoro logra aletargar al proletariado con su promesa de nacionalizar las minas en un futuro cercano, los campesinos expresan su desconfianza frente a todo plan gubernamental y demuestran, en los hechos, que para ellos hay una sola forma de liquidar efectivamente al latifundismo: arrebatárle sus tierras por medio de la acción directa.

La consigna porista de "ocupación de las tierras" era pues algo más que una simple especulación de los políticos teorizantes, constituía la expresión consciente de una de las tendencias más importantes de las masas. Una gran parte de la tierra labrantía fue ocupada directamente por los explotados y la labor del Partido Obrero Revolucionario se encaminó a acentuar en todo lo posible esta acción.

El método de lucha de la acción directa supone la desconfianza de las masas frente a la capacidad u honestidad del gobierno o de sus organismos. El método fundamental de la movilización revolucionaria es, precisamente, la acción directa. El stalinismo al oponerse tercamente a la "ocupación de la tierra" estaba confesando su adhesión al gobierno movimientista, su ilimitada confianza en la capacidad revolucionaria del Movimiento Nacionalista Revolucionario y estaba poniendo en evidencia su decisión de someter a los campesinos al legalismo impuesto por el régimen de política burguesa.

Se puede decir que la mayoría aplastante de los sindicatos campesinos fue organizada con la finalidad de materializar esta consigna. El gobierno movimientista, obrando también esta vez contra las masas mayoritarias, creyó de su deber contener la avalancha de la ocupación de la tierra mediante la violencia. Sencillamente se aplastó, allí donde se pudo, a bala la insurgencia campesina. El argumento que se empleó, para encubrir la masacre y la persecución, no fue otro que el que era preciso el orden y la ley para destruir el latifundio. Según las autoridades el impulso que imprimían los campesinos a su acción no podía menos que ser contrario a los fines mismos de la revolución.

En el primer período de su gobierno, el Movimiento Nacionalista Revolucionario encuentra en el stalinismo a su mejor aliado y lo utiliza para neutralizar la acción revolucionaria del Partido Obrero Revolucionario. Si este Partido llamaba a los explotados a desconfiar del partido pequeño-burgués y a tomar en sus manos la solución de sus problemas, el Partido

Comunista de Bolivia se encargaba de predicar que todo aquel que obstruía la labor del "anti-imperialista" Movimiento Nacionalista Revolucionario no podía menos que ser agente de los yanquis y no se cansaba de proponer la expulsión de los verdaderos revolucionarios de las organizaciones sindicales.

La alta dirección del Movimiento Nacionalista Revolucionario aún no ha rendido cuentas por la destrucción física de toda una generación de dirigentes campesinos y menos de su prostitución mediante la coima y el halago. El Partido Obrero Revolucionario ha perdido no pocos cuadros en esta desigual lucha. En cualesquiera de los casos, el objetivo acariciado no era otro que el descabezar la dirección revolucionaria de los oprimidos y el poder convertir a las organizaciones sindicales en meros apéndices del gobierno. Esta tarea se ha materializado plenamente aprovechando el período de depresión. Acaso en el sector campesino han sido más golpeados los cuadros poristas.

La consigna de liquidación del latifundio, aún más, del gamonalismo como sistema, se pierde pues en la noche de los tiempos de nuestra historia. Esta aspiración profunda y básica de la mayoría nacional fue defraudada por las revoluciones de 1825 y 1899. En estos movimientos el campesino formó el grueso de los contingentes acaudillados por los sectores minúsculos e informes de la burguesía nacional, consiguió la victoria para una clase social extraña y, a pesar de esto, volvió a caer a la condición de sojuzgado y de víctima propiciatoria del asesinato en masa. Los historiadores no se han tomado la molestia de establecer, con la claridad debida, que toda vez que los explotados del agro se movilizaron masivamente, lo hicieron tras la consigna de recuperación de las tierras usurpadas por sus seculares enemigos. No puede tener ninguna otra explicación el descomunal heroísmo demostrado por estas falanges iletradas y víctimas de prejuicios y supersticiones. Acaso se podría dar una "explicación" a la conducta contradictoria de los criollos de 1825, teniendo en cuenta que esta capa

social hizo "su" revolución -cierto que nacional en sus proyecciones- con la finalidad de "emanciparse" del control y de la dominación de la corona española y, también, de lograr la plena libertad de monopolio en la tendencia de la propiedad de la tierra, lo que importaba un ilimitado saqueo de la comunidad indígena, acompañado de su séquito de encarcelamientos, masacres, miseria, etc. Lo que no tiene atenuantes es la traición cometida por el liberalismo a sus aliados principales de la llamada "revolución federal". El "tata" Pando y sus secuaces habían lanzado a los explotados de la gleba la voz de combate de la reconquista de la tierra de manos de los usurpadores del poder político. Bajo este conjuro se estremeció la tierra boliviana y los campesinos se movilizaron en son de guerra contra la aristocracia terrateniente que había convertido a la capital de la república en su castillo feudal. Los núcleos de la burguesía comercial -cuyo centro más activo era la ciudad norteña de La Paz- una vez logrado el triunfo sobre las espaldas de los campesinos, no encontraron más camino que, a su vez, convertirse en los más grandes gamonales del país. No carece de ironía el constatar que los caudillos de la "revolución federal", que fuera planeada como un movimiento dirigido a aplastar a los terratenientes, resultaron los mejores saqueadores de la comunidad indígena. Los campesinos no cedieron tan fácilmente a la presión del "sui-géneris" liberalismo boliviano. Con las armas en la mano demandaban el cumplimiento de las promesas y, para demostrar su total disconformidad con el "tata" Pando, convertido en presidente de la república, designaron a su propio gobernante, José Santos Villca. Una vez más fue la ciudad la que aplastó sin piedad al campo "alzado".

El 9 de abril de 1952 recién encuentra el campesino a su verdadera dirección revolucionaria en la ciudad. La alianza obrero-campesina pasa del plano de la especulación al de la realidad. Alborozados los sindicatos campesinos se integran en la Central Obrera Boliviana, organizan sus milicias armadas y coordinan su acción con sus hermanos proletarios. En el curso

de los últimos años se realizaron una serie de operaciones preparatorias de estos acontecimientos. Los centros mineros, que se nutren humanamente del agro, se convirtieron en verdaderos núcleos aglutinadores del creciente descontento campesino.

A partir de la momentánea depresión del movimiento revolucionario, los campesinos paulatinamente fueron abandonando la Central Obrera Boliviana. Actualmente, se puede decir que se encuentran al margen de su cumbre directiva y participan, de manera informal, en algunas centrales departamentales. Sin embargo, la nueva radicalización de las masas del agro les obligará a buscar el acercamiento con las organizaciones proletarias.

Los sindicatos campesinos se han visto reducidos al tristísimo papel de instrumentos del oficialismo. La radicalización, de la misma manera de lo que ocurre en el seno del proletariado, se traducirá en la emancipación del movimiento campesino de la negativa influencia del Movimiento Nacionalista Revolucionario. Los campesinos tienen que madurar políticamente para comprender que el gobierno actual es contrario a sus intereses.

El agro constituye el último baluarte movimientista. La lucha fratricida y la aparición de caudillos locales es parte de las maniobras que realizan los diversos sectores del oficialismo en su afán de ganar preeminencia. La campaña electoral se nutre con sangre campesina. El general Barrientos logra hacer proclamar su nombre para la vicepresidencia llevando al campo alcohol y parte del dinero que le ha sido proporcionado por el imperialismo norteamericano.

Por el momento los campesinos asesinan a sus hermanos en provecho de sus propios enemigos. Mañana, cuando se emancipen del Movimiento Nacionalista Revolucionario, recién lucharán por sus intereses de clase.

Al analizar el movimiento campesino y las fases por el que éste pasa no se debe olvidar que el ascenso revolucionario no

es otra cosa que la generalización de las protestas y de las demandas. No se debe confundir este ascenso con los permanentes y aislados brotes de rebelión, frutos, la mayor parte, de la desesperación y que muchas veces concluyen en el bandidaje.

LA LEY DE REFORMA AGRARIA

En la época republicana se constata la presencia de una consigna liberal, que nada tiene que ver con los campesinos, de creación de la pequeña propiedad -antesala para la estructuración de una capa social de fuertes terratenientes- a costa de la comunidad indígena, refugio de la mayoría nacional desposeída y vilmente sojuzgada. Los primeros decretos de Bolívar - sobre todo el que se refiere a la república peruana- hablan claramente de esta tendencia. Si se hace abstracción del destino de la comunidad no queda en pie más que el objetivo de convertir a la masa campesina en pequeños propietarios, para que puedan jugar dentro de la sociedad el papel de sector estabilizador de la aguda lucha de clases. En lo esencial el pensamiento del Movimiento Nacionalista Revolucionario es auténticamente liberal y entronca en la prédica desarrollada por los padres de los que se estructuraron el régimen del sexenio.

Los campesinos arrastraban como la más valiosa tradición otra voz de combate: la reivindicación de sus tierras de manos de no importa quién sea el detentador. Es por esta razón que siempre resistieron a los afanes liberales de liquidar la comunidad indígena. Durante el siglo XX, desde su segunda década, se fisionomiza claramente la consigna izquierdista de "¡Tierras al indio!" y que más tarde se refleja en la plataforma porista bajo la forma de "la tierra para quien la trabaja".

La diferencia radical entre ambas proposiciones se manifiesta claramente en que los liberales parcelan la tierra, a costa del propio campesino, para luego concentrarla en manos del terrateniente. Antes de todos los intentos reformistas, este

mismo proceso se realizaba por medio de odiosas expropiaciones, al amparo de una difusa legislación, de la ignorancia y de la miseria campesinas.

Para tener una idea correcta del alcance de la reforma movimientista no se debe olvidar lo que hemos dicho más arriba: las masas campesinas se habían puesto en pie de combate y marchaban firmemente a barrer de raíz al gamonalismo, a reivindicar toda la tierra sin dejar huella de su actual forma de propiedad. Dentro de este panorama el Movimiento Nacionalista Revolucionario, una vez más, juega el papel de neutralizador del empuje revolucionario y agota todos los recursos para someter a "los indios alzados" a una legislación que les es totalmente extraña. Como tantas veces en la historia, el derecho y la autoridad se esgrimen para poner a salvo los intereses de los sojuzgadores. Se constata una primera y enorme diferencia con lo que ocurrió en la URSS después de la revolución de Octubre. Los bolcheviques lanzaron su decreto de nacionalización de la tierra e instaron a las masas campesinas a ejecutarlo con sus propias manos; pero, esta prédica no encontró el eco suficiente entre los interesados.

La esencia de la Ley de Reforma Agraria consiste en que busca crear una amplia capa de pequeños propietarios y en que salva de su total destrucción parte de los intereses del gamonalismo. Establece la indemnización en favor de los viejos propietarios, reserva una determinada extensión de tierras en favor y declara inafectable lo que puede considerarse "propiedad capitalista industrial". Esta última clasificación ha servido durante más de diez años de pretexto para devolver enormes latifundios a los gamonales. Para esto ha sido suficiente, además de las jugosas coimas a los funcionarios demostraron que se han realizado en una hacienda inversiones de capital o que se ha adquirido un pequeño motor para energía eléctrica. Para la ejecución de esta ley, que no responde a las verdaderas aspiraciones de las masas campesinas, se ha creado un frondoso y pesado aparato burocrático que la entraba y, a veces, la

convierte en inoperante. Un procedimiento, calcado de los tribunales ordinarios de justicia y lleno de recovecos, convierte la afectación en un privilegio reservado a los que poseen enormes cantidades de dinero. Las organizaciones sindicales han denunciado que vienen sufriendo verdaderas exacciones de parte de los funcionarios encargados de la tramitación de los expedientes. Numerosas reuniones sindicales han demostrado que el Servicio Nacional de Reforma Agraria se ha convertido en el verdadero obstáculo para la plena ejecución de una ley elaborada y aprobada a espaldas de las masas campesinas.

Las consecuencias de la ley de reforma agraria han sido nefastas para el movimiento revolucionario. Se ha sembrado la incertidumbre y la confusión en el agro. Las tierras ocupadas tienen que ser defendidas con armas de fuego, pues se corre el serio riesgo de que las autoridades las devuelvan a sus antiguos propietarios. En realidad los campesinos no saben con certeza si las tierras que actualmente poseen serán o no consagradas mediante los títulos correspondientes. Este es uno de los factores que más ha contribuido en la caída de los índices de producción de los artículos agropecuarios. La enorme pesadez de los trámites de afectación obliga a gran cantidad de capas campesinas a entrar en tratos directos con los gamonales y a lograr la transferencia de las tierras a cambio de fuertes sumas de dinero.

Los campesinos pagan muy caro las imperfecciones de la ley de reforma agraria, la extrema pesadez de los organismos encargados de su aplicación y la inmoralidad que distinguen a las actividades oficialistas, los trámites de afectación se eternizan y los productores no saben a qué atenerse.

Las tierras se encuentran enormemente parceladas, principalmente en el importante valle cochabambino, y se vienen convirtiendo en un serio obstáculo para una agricultura intensiva y para el debido aprovechamiento de los sistemas de riego. El destino de esta pequeña parcela que pertenece al campe-

sino totalmente depauperado no puede ser otro que ir a concentrarse, en el transcurso de un mayor o menor tiempo, en pocas manos. A la vuelta de algunos años los campesinos volverán a ser inhumanamente explotados por una nueva casta de terratenientes. Los hechos volverán a demostrar que dentro del "liberalismo" no puede menos que funcionar la ley de la concentración de la propiedad agraria.

La liquidación del latifundio ha sido enunciada por el MNR y comenzada a ser ejecutada del modo más imperfecto, al extremo de que la ley de reforma agraria estaba dirigida exclusivamente a levantar un muro de contención al empuje revolucionario del proletariado. El futuro gobierno obrero-campesino no tendrá más remedio que partir de la realidad y no ignorar las artimañas movimientistas en el campo. Con todo, su labor debe basarse en lo positivo que queda de la acción de los propios campesinos. El primer acto del gobierno será el de legalizar ipso facto la tenencia de la tierra por los campesinos; expropiar a los latifundistas que aún quedan en pie; anular la indemnización a los viejos propietarios; superar el estado caótico del agro mediante la organización de cooperativas de producción, que serán mecanizadas conforme se desarrolle el conjunto de la economía nacional.

La Ley de Reforma Agraria movimientista fue elaborada ignorando las decisiones de la entonces poderosa COB y esto fue posible gracias a la criminal complicidad de los Lechín y de los Chávez. La COB, poniendo en guardia a la revolución de un excesiva parcelación del agro, propugnó la nacionalización de toda la tierra, sin indemnización y su entrega inmediata a las organizaciones campesinas. Es contra este claro pensamiento que actuó el gobierno con su ley y con su aparato represivo. Es oportuno subrayar que el MNR no ha logrado su siniestro objetivo de volcar a los campesinos, convertidos en prósperos pequeños propietarios, contra el proletariado ciudadano, porque las masas del agro soportan la más negra miseria como consecuencia de las nefastas emergencias del plan esta-

bilizador. Esta miseria obliga a los campesinos a actuar como aliados seguros de los obreros.

La extrema parcelación de la tierra se convierte en un factor negativo que empuja a los campesinos a la miseria. La verdadera revolución del agro sólo puede basarse en la gran producción, lo que supone superar el minifundio. El MNR no ha logrado sustituir la explotación extensiva por la intensiva, esto lo hará el gobierno obrero-campesino.

El tránsito a la granja colectiva, objetivo del movimiento campesino revolucionario, tiene que hacerse partiendo de la actual parcelación de la tierra. La cooperativa puede transformarse en un valioso auxiliar de este proceso. Sin embargo, tiene que desahuciarse el cooperativismo de tipo movimientista, que ha sido creado como agencia de proselitismo político y no como palanca económica al servicio de los productores.

LA ENTREGA DEL PETRÓLEO AL IMPERIALISMO

LA TRADICIÓN NACIONALISTA DEL MNR

Carlos Montenegro -teórico movimientista de valía- debe estremecerse en su tumba ante el criminal entreguismo del gobierno de su partido. El fundador del MNR escribió un apasionado panfleto -no siempre acertado en sus planteamientos- en defensa de la Suprema Resolución de 13 de abril de 1937, que declaró, administrativamente, la caducidad de la concesión de un millón de hectáreas de pertenencias petrolíferas hecha en favor del consorcio norteamericano Standard Oil. Históricamente consideradas, las actitudes del gobierno Toro y de Carlos Montenegro son indiscutiblemente progresistas. La apasionada argumentación del folleto que comentamos puede, en su integridad, ser actualmente volcada contra el gobierno movimientista.

El Presidente Siles entregó a vil precio ingentes riquezas a la voracidad imperialista; el petróleo de Madrejones, por ejemplo, lejos de servir a los bolivianos y al Estado, se utiliza para destruir la empresa nacionalizada de YPFB. Las concesiones hechas a los consorcios imperialistas atentan contra la llamada "soberanía nacional" y acentúan la dependencia del país de las metrópolis capitalistas. En 1936 Montenegro habría formado filas entre las huestes anti-movimientistas, pues escribió lo siguiente: "(La Corte Suprema de Justicia) establecerá, en efecto, si en la pugna de derechos, de todo un país por un lado, y una institución particular con muchos millones de libras por otro, puede condenarse a la miseria y a la esclavitud a un pueblo libre, arrebatándole las propias riquezas, para ponerlas en manos de un individuo particular (Rockefeller)... este problema boliviano del petróleo, involucra dos problemas universales y permanentes: el de la soberanía del Estado y el del petróleo... El mundo entero querrá saber si el Estado utilizará las riquezas del pueblo para el bienestar, para la salvación honesta de ese pueblo, o para multiplicar hasta el infinito los millones de libras de un solo hombre insaciable y despótico, que quiere dominar el mundo... El pueblo debe adquirir una convicción definitiva e invariable sobre el derecho que el Estado posee para administrar las riquezas nacionales. Para administrarlas, no para enajenarse de ellas, vendiéndolas o regalándolas, como parece creerlo el imperialismo petrolero. Ningún poder humano es compatible con el del Estado para poseer y retener, para cuidar y utilizar, y para recobrar las riquezas nacionales cuando ellas han sido objeto del asalto. ¡El Estado tiene derecho a todo en este caso!..." ("Frente al derecho del Estado el oro de la Standard Oil", Carlos Montenegro, Editorial "El Trabajo", La Paz, 1938).

Los gobiernos movimientistas han permitido que las empresas imperialistas actúen como verdaderos estados que desconocen sistemáticamente la legislación boliviana. Montenegro se escandalizó al comprobar "que la Standard actuó en

Bolivia, virtualmente, como un verdadero Estado, ni siquiera dentro del Estado, sino sobre el Estado Boliviano". (Ob. cit, pág. 21).

La prensa oficialista ha presentado como una verdadera victoria el préstamo concedido por la Fish a cambio de la concesión de Madrejones. A Montenegro le causó estupor esta técnica por él llamada "de dominación económica de los pueblos": "Tratándose de préstamos de dinero, hechos a los gobiernos para someterlos luego a su servicio en la calidad peyorativa de deudores morosos" y cita como ejemplos los préstamos hechos por la Standard a Siles (1928) de un millón de bolivianos (Ob. cit, pág. 52 y siguientes).

Tampoco se debe olvidar que Montenegro defendió enconadamente la tesis de que no debía, bajo ningún pretexto, pagarse indemnización alguna a la empresa imperialista Standard Oil.

La alta dirección del MNR no tiene, ahora, ningún interés en divulgar el escrito de Montenegro en vista de que violenta todo su programa de gobierno. Pero tampoco se hizo nada para hacer conocer dicho documento en el período en que el MNR acentúa la nota anti-imperialista, acaso porque su autor estuvo arrepentido de prodigar desmedidos elogios a conocidos elementos de la rosca. En la página 92 y siguientes se lee: "D, Héctor Ormachea Zalles fue a su vez, el primer Ministro de Estado que ordenó con una ejemplar honestidad y una independencia de criterio sólo comparable a su extraordinaria energía de joven hombre de Estado, el procesamiento de la Standard Oil por exportación clandestina de petróleo...

"Igual que otro funcionario del ramo, D. Tomás Monje Gutiérrez de Gobierno en 1935, dictaminó en el proceso contra la Standard, condenando como colapso la conducta de la Empresa. Su honradez no admitió el criterio transaccionista del silencio o la demora procedimental que agota todas las posibilidades de acción de la justicia. Su dictamen fiscal es una pieza que consagra la altísima honestidad funcionaría, la insospe-

chable decadencia cívica y la diáfana concepción jurídica; con este ciudadano cooperó el joven Ministro D. Héctor Ormachea Zalles en el planteamiento básico de la más notable página de nuestra historia nacional contemporánea". Se tiene la impresión de que a Montenegro le interesó, sobre todo otra consideración, justificar un acto de gobierno. No dice una sola palabra acerca de que la defensa y consolidación de esa medida administrativa sólo podían hacerla las masas revolucionarias, principalmente los trabajadores. Extraña hasta cierto punto que el expositor se limite a respaldar todos sus argumentos con la invocación a la justicia abstracta, es decir, burguesamente considerada. Por otro lado esto se ve imposibilitado de comprender que los jóvenes ideólogos de la burguesía aunque se viesan obligados a iniciar procesos contra un consorcio imperialista estaban obligados a traicionar la nacionalización del petróleo.

Los gobiernos bolivianos de todos los tiempos (rosqueros y movimientistas) han negado que su objetivo fuese nacionalizar las ramas básicas de la economía, dicen que excepcionalmente se han visto obligados a estatizar ciertas empresas.

"La Suprema Resolución de 13 de marzo de 1937, no fue dictada por el imperativo de nacionalizar la riqueza petrolera, ni mucho menos para que el Estado pueda incautarse arbitrariamente de los bienes de la Compañía, sino en uso de facultades consagradas por el contrato de 2 de marzo de 1920..." ("Bolivia y The Standard Oil Company", publicación de YPF, Sucre, 1938).

Lo que proponemos:

Nuestra posición frente al problema del petróleo puede formularse en apretada síntesis, del siguiente modo:

1. Nos diferenciamos de los demás sectores porque nuestros planteamientos sobre la cuestión del petróleo no se limita a formulaciones meramente técnicas, por encima de nuestro programa.

Planteamos, en primer término la interrogante sobre si el actual gobierno pequeño burgués del MNR tiene aún alguna capacidad política para dar soluciones satisfactorias y conforme a los altos intereses nacionales, el problema petrolífero. La respuesta que se dé condiciona las soluciones en la materia que nos interesa.

Hemos ya indicado que la actual crisis nacional (comprendido lo económico, monetario, minero, petrolífero, agrario) es, en última instancia, la consecuencia de la profunda crisis del MNR como partido de gobierno. En otras palabras: soportamos las consecuencias de la bancarrota del partido pequeño-burgués como dirección de un proceso revolucionario anti-imperialista y anti-feudal.

El rasgo esencial de la política movimientista consiste en que busca estrangular a las fuerzas productivas desencadenadas por la revolución del 9 de abril de 1952 dentro del marco capitalista y de la despótica voluntad del imperialismo norteamericano. El programa del gobierno Paz (la política petrolera dentro de él) que, por otra parte, no hace más que llevar hasta sus últimas consecuencias el viraje de Siles, no es otro que el afán de complacer al Departamento de Estado y lograr la ayuda norteamericana (económica, técnica y política) para afrontar los agudos problemas del país.

La política petrolera del gobierno movimientista está determinada por su total capitulación ante el imperialismo norteamericano. Esta política sirve incondicionalmente a los intereses voraces de los amos de Wall Street. Algo más, el gobierno Paz-Lechín es para los yanquis una administración barata que les permite saquear nuestras fuentes de materias primas, entre ellas las de petróleo, a vil precio. El "anti-imperialista" MNR, igual que el liberalismo, en el pasado, está vendiendo la patria, aún más, la esta malbaratando.

2. Es erróneo formular la cuestión del petróleo como el equivalente de la inversión de capitales foráneos en el país. La naturaleza de tales inversiones está determinada por el carácter

del gobierno imperante en determinado momento. El gobierno del MNR no puede menos que favorecer las inversiones que se convierten en una despiadada explotación de los trabajadores y de la riqueza boliviana. Las inversiones de capital financiero bajo el régimen movimientista no pueden tener más consecuencia que la acentuación de nuestro carácter de país semi-colonial, es decir de dependencia con respecto a la metrópoli capitalista. El MNR políticamente está imposibilitado para aprovechar tales inversiones, para facilitar nuestra economía, para diversificar nuestra industria o para superar el estado de barbarie que impera en el país.

El gobierno obrero-campesino posiblemente se verá obligado a permitir la inversión de capitales foráneos y hacer ciertas concesiones al imperialismo. Pero, dentro de un gobierno obrero y en el marco de una economía estatizada y planificada, tales inversiones se convertirán en palanca de un verdadero progreso económico, pues serían utilizados para alcanzar el armónico desarrollo del país en su integridad.

La miseria de la política petrolera del MNR se ha denunciado en los graves conflictos localistas generados alrededor del aprovechamiento de las regalías por concepto de explotación del petróleo. Las diferentes regiones salieron a las calles para evitar que el desgobierno movimientista despilfarré los ingresos y deje en su situación de miseria y atraso a casi toda Bolivia.

3. También en este aspecto el estudio de las diferentes concesiones petrolíferas en favor de consorcios imperialistas no debe olvidar la nacionalización como uno de los objetivos centrales de la actual revolución. Hay que subrayar que no es la nacionalización la que fracasa sino la administración movimientista en las empresas estatizadas.

No se trata para nosotros de entregar el petróleo al mejor postor simplemente -como plantea la reacción y el stalinismo- sino, en primer término y sobre toda otra consideración, de defender la nacionalización del petróleo. Tratándose de una

ingente riqueza y de vital importancia para el futuro desarrollo industrial del país, nadie puede poner en tela de juicio la necesidad de la integral nacionalización del petróleo. Citemos un solo ejemplo: la empresa petrolífera nacionalizada y dirigida por el Estado obrero, es la única que puede ofrecer a la minería combustible, energía y transporte baratos, vale decir, es la única que puede contribuir efectivamente a la disminución de los elevados costos de producción.

La naturaleza de la industria petrolífera enseña que sus yacimientos se agotan en muy breve tiempo. Las concesiones por decenios de años importan realmente una total y definitiva entrega de nuestras riquezas al imperialismo.

La defensa de la nacionalización es decir de YPF, no puede concebirse si no se pone a su disposición las estructuras petrolíferas más ricas. El gobierno del MNR -enemigo declarado de las nacionalizaciones- entrega las zonas más ricas al imperialismo e inclusive hace concesiones dentro del área que fuera reservada a Yacimientos. De esta manera se prepara la bancarrota de la empresa nacionalizada.

4. Por otro lado, las condiciones en que se vienen haciendo las concesiones petrolíferas están muy por debajo de las que imperan en otros países (en materia de contribuciones y de tiempo).

Madrejones, lo más valioso de las zonas conocidas hasta ahora, ha sido entregada a la Fish en calidad de reserva, es decir, que el país no percibirá beneficios inmediatos¹³.

El Código del Petróleo ha sido redactado por abogados de los consorcios imperialistas y tiene como finalidad entregar nuestras riquezas a la voracidad del capital financiero.

¹³ La ley que autoriza la suscripción del contrato para la explotación del área de Madrejones (43.800 hectáreas sobre la frontera con la Argentina) fue promulgada el 2 de mayo de 1958.

5. En el área de las concesiones el gobierno boliviano renuncia a sus atribuciones básicas. Estados dentro de otro Estado, las empresas petrolíferas se oponen a que los obreros organicen sus sindicatos y la legislación social es desconocida.

6. Nuestra posición: defender a YPF; repudiar las concesiones a los trusts imperialistas por ser zonas muy ricas, porque no beneficiarán económicamente al país y porque así se busca desnacionalizar el petróleo.

7. La solución: el gobierno obrero-campesino convertirá la a industria petrolera (hoy apenas el 5% de las exportaciones) en importante centro de la economía planificada.

PAZ, UN “VENDE-PATRIA”

Víctor Paz Estenssoro ingresará a la historia como el Presidente que se empeñó en desnacionalizar el petróleo, pues él ha firmado el Código del Petróleo (26 de octubre de 1955) y su Reglamento (24 de enero de 1956). Gustavo Chacón (ex-Canciller del gobierno Villarroel, político aventurero que posee informaciones de primera mano) ha hecho saber, en declaraciones formuladas a la prensa brasilera y boliviana que los verdaderos autores de las mencionados documentos son nada menos que dos abogados de los consorcios imperialistas que explotan petróleo: Davenport y Huss¹⁴. No puede haber la menor duda sobre el hecho de que el "anti-imperialista" Víctor Paz Estenssoro no es más que un títere de los yanquis.

¹⁴ "En carta enviada al señor Henry Holland en La Paz afirmé que los abogados de los trusts petrolíferos, señores Davenport y Huss, son autores del Código de Petróleo de Bolivia, que como es de suponer, beneficia a los consorcios de los cuales era y es abogado el señor Holland. Las afirmaciones del Senador Lurival Fontes en este sentido son exactas". "El objetivo de los Trusts es separar a Bolivia y al Brasil" (Declaraciones de Gustavo Chacón. "El Diario", La Paz, 25 de marzo de 1958).

La parte considerativa del Código del Petróleo, demasiado breve si se tiene en cuenta la magnitud del crimen que se ha cometido, aduce una serie de pretextos para justificar la entrega de la principal riqueza nacional al imperialismo. El objetivo central de la disposición se fija del modo siguiente: "La legislación vigente sobre la materia no prevé las medidas de protección nacional y de seguridad al capital privado... Como se ve, los abogados de los trusts norteamericanos no tuvieron más mira que establecer las mejores condiciones de seguridad para sus empresas y asegurarles la explotación del petróleo a vil precio. Según el gobierno movimientista la inmediata explotación del petróleo, cosa que no puede hacer YPF, "no obstante el éxito logrado en los últimos años... por la imposibilidad estatal de proveerle de los capitales necesarios para explorar y explotar", para salvar "la crónica deficiencia de los recursos fiscales", etc. Con el argumento de que Bolivia carece de capitales se concluye que es necesario abrir las compuertas de la entrega de las zonas petrolíferas (hasta la dictación de tal medida considerada como reserva fiscal) y conformarse con la destrucción de la empresa nacionalizada de YPF.

El artículo 3° revisa el espíritu que animaba a la legislación sobre el petróleo y, sobre todo, a la Constitución Política que determina el monopolio estatal en la materia, al reconocer al Estado el "derecho de explorar, explotar, refinar, almacenar y transportar hidrocarburos por oleoductos u otras vías esenciales..." y también "a personas naturales o jurídicas, mediante concesiones o contratos, en sociedad celebrados entre el Estado y dichas personas".

El artículo 110 de la Constitución establece que solamente YPF entidad nacionalizada, puede comercializar el petróleo. El Código del Petróleo, artículo 8°, reduce a nada tal previsión: "El concesionario representará al Estado en la exportación del petróleo crudo y sus derivados".

Los representantes de las empresas imperialistas han materializado su interés de destruir la preeminencia del Estado al

establecer que "Previa autorización del Poder Ejecutivo, las concesiones pueden ser materia de cesión o transferencia total o parcial, en favor de quienes reúnan y cumplan los requisitos y condiciones exigidos para ser concesionario" (Artículo 12). Así el país está condenado a convertirse en terreno de las especulaciones bursátiles en perjuicio de los intereses nacionales y en provecho exclusivo de quienes logran concesiones en los pozos petrolíferos. Parece que nada se ha aprendido de la dolorosa experiencia habida a este respecto. Las concesiones petrolíferas a aventureros de toda naturaleza se remontan a la época de Melgarejo (1864). En 1920 se concedieron un millón de hectáreas que después fueron transferidas a la Standard Oil (1921, año en que se dictó la Ley Orgánica del Petróleo), etc.

El Código del Petróleo pone todo el país a disposición de los consorcios imperialistas, pues la experiencia demuestra que ni la zona destinada a YPF, puede estar excluida de concesiones a los consorcios internacionales (artículo 20). Es de conocimiento público que Madrejones (en la zona de YPF y sobre la frontera con la Argentina) ha sido entregada a la Fish. La denominada "zona YPF", teóricamente destinada a las operaciones de la empresa nacionalizada, es la que ocupa la menor superficie con relación a las otras cinco restantes. Si el Estado complaciente con las crecientes exigencias de los inversionistas, arranca a YPF sus mejores estructuras, es evidente que la muerte de la empresa nacionalizada es sólo cuestión de tiempo.

Al tenor del artículo 37 una empresa puede monopolizar hasta 3.000.000 de hectáreas de terrenos petrolíferos. Es fácil imaginar que con el derecho de transferencia que le reconoce el Código, las empresas se dedicarán principalmente a la especulación de las concesiones y no a explotar el petróleo, con perjuicio inmediato de los intereses estatales.

A tiempo de declarar la caducidad de las concesiones de la Standard Oil (1937) se hizo mucha bulla, principalmente por los nacionalistas de entonces, sobre la miserable participación

reconocida al Estado en la explotación de su principal riqueza: el 11% del producto bruto. El artículo 104 reproduce la odiada regalía del 11% "del petróleo crudo..., etc.", de la que deberán deducirse las insignificantes patentes por hectárea que fijan los artículos 101 y 102: desde cinco centavos a un dólar. El impuesto anual fijo del 30% sobre las utilidades líquidas que arrojen sus balances anuales de operación en Bolivia" (artículo 106) no pasa de ser cebo para incautos, pues es ya tradicional que las grandes empresas, oportunamente auxiliadas con los múltiples recursos de la contabilidad jamás tienen ganancias. En limpio no se tendrá más que el 11%, deducido que sea el monto de la ocultación de los productos por parte de la empresa. Si antes se repudió tal regalía por irrisoria, ahora no tenemos ninguna razón para que se modifique nuestro criterio. El gobierno "nacionalista" ha malbaratado el petróleo boliviano. No hay necesidad de recalcar que las crecientes dificultades financieras del Estado, que económicamente se orienta como si nos encontráramos en plena época de prosperidad le han precipitado a cometer un descomunal crimen contra la nacionalización del petróleo.

El Código parte de la presunción de la buena fe de los consorcios, no en vano lo han redactado sus abogados y no se preocupa de establecer normas que precautelen los intereses del Estado. Un ejemplo: si se encuentran minerales en los hidrocarburos se confía en que el concesionario notificará de su explotación a la Dirección General del Petróleo (Artículo 91).

MADREJONES Y EL PARLAMENTO

El afaire de Madrejones puso al descubierto las descomunales dimensiones del entreguismo movimientista.

El parlamento "revolucionario" fue convocado extraordinariamente para sancionar la entrega del petróleo a los consorcios norteamericanos y declaró "necesaria la transferencia de

Madrejones" a la Fish salvando el artículo 19 de la Constitución Política que prohíbe la concesión a los extranjeros dentro de los 50 kilómetros próximos a la frontera. Seguramente Siles pensó al convocar a reunión extraordinaria a los parlamentarios descargar parte de su responsabilidad ante la historia y aparecer como respetuoso de una constitución que, fiel reflejo de las veleidades e incertidumbres movimientistas estaba y no en vigencia. El gobierno entreguista del MNR no ha podido - como seguramente lo deseaba en los momentos de mayor penuria económica- derogar disposiciones constitucionales inspiradas en la elemental necesidad de defender las fronteras nacionales.

La limitada previsión de los que se consideran dueños del petróleo se denuncia en que olvidaron derogar el artículo 110 de la Constitución o pedir el visto bueno del Congreso. Lo evidente es que el convenio con la Fish se limita a ignorarlo. Según la norma legal citada: "La exportación del petróleo y sus derivados, de propiedad particular o fiscal, sólo se hará por intermedio del Estado o de una entidad que lo represente". Esta entidad no puede ser otra que YPF. Si se tiene en cuenta que la intención de los que proyectaron la constitución de 1938 no era otro que dar preeminencia a la nacionalización del petróleo, se tiene que concluir que el monopolio estatal de la comercialización del petróleo debe favorecer a YPF. Violando la Constitución el contrato con la Fish excluye a YPF de la exportación del petróleo, que lo hará por su exclusiva cuenta la empresa imperialista concesionaria. ¿Qué ocurrirá en el futuro? El MNR se contentará con olvidarse de la ya tan ultrajada Constitución y todo opositor que se atreva a denunciar este nuevo desliz del gobierno movimientista será enviado a la cárcel o al destierro por conspirador.

"El diario" (ver la edición de 22 de mayo de 1956), que ve con tanta simpatía la invasión de empresas imperialistas y que confía en que éstas pueden convertirse en puente para el retorno de la rosca al poder, mostró su inquietud por la falta de

previsión del Presidente que gusta hacerse llamar por sus acólitos "Libertador económico", y le aconsejó que obligue al congreso a consumir una otra infamia: cancelar la vigencia del artículo 110.

La izquierda movimientista ha jugado un triste papel en el pleito de Madrejones. Lo menos que podía hacerse era renunciar al parlamento y movilizar a las masas antes que consentir el golpe mortal contra la nacionalización del petróleo, parece que algún senador condicionó su voto a una exigencia propia de la politiquería de cocina: el reemplazo del Ministro de Gobierno por un amigo. En diputados los Izquierdistas no tuvieron ni el valor ni el talento de defender la Constitución proyectada por el sector al que pertenecen.

EL PETRÓLEO Y EL ANTI-IMPERIALISMO DEL PURS Y FSB

A muchos alarmará la actitud del PURS y FSB, frente al "imperialismo económico" y al espinoso problema del petróleo. A los profanos les puede parecer que la expresión política de la rosca ha evolucionado hasta colocarse en una posición anti-imperialista y de defensa de las fuentes de materias primas. De haberse producido tal evolución habría sido por demás inexplicable en convictos y confesos sirvientes de Estados Unidos. Los que conocen la historia política boliviana de los últimos años no pueden ser engañados acerca del sentido de la propaganda que comentamos.

El ex-presidente Hertzog en numerosos documentos suscritos en el destierro -verdaderos mensajes de ultratumba- nos descubre la raíz de su disconformidad con la conducta del Departamento de Estado.

"Para que Bolivia se salve, para que su gobierno deje de ser una amenaza para la seguridad continental, para que su ejemplo no cunda en América, es necesario y urgente que se exija el cumplimiento de algunas medidas que, ya se lo dije señor

Holland, hace más de un año, tienen que traducirse en requisitos como estos:

- Disolución de la Central Obrera Boliviana y de las milicias obrero-campesinas.
- Reemplazo de la dictadura sindical por una auténtica libertad sindical.
- Vigencia de la Constitución Política del Estado y restablecimiento de todas las libertades.
- Elecciones Libres".

("Carta al señor Holland sobre la situación política de Bolivia", E. Hertzog, Buenos Aires, 28/XI, 1955, pág. 4).

Como se ve, Hertzog pide llana y sencillamente la intervención del Departamento de Estado de Estados Unidos en los asuntos internos de Bolivia y no tiene el menor reparo en confesar tan siniestras intenciones.

"En el moderno concepto del derecho internacional nada que tienda a defender la libertad y resguardar la dignidad humana, así como la vigencia de las instituciones democráticas, puede considerarse como intervención en los asuntos internos de otro país". (Op. cit. pág. 4).

Evidentemente el imperialismo tomó en cuenta las sugerencias del ex-presidente y las convirtió en exigencias políticas a las que condicionó su "ayuda". Pero en realidad lo que buscaban el PURS y FSB era lograr que los yanquis aplastasen por el hambre al gobierno del MNR y les permitiese a ellos retornar al poder. Los espectros de la rosca en ningún momento pudieron comprender que el imperialismo había llegado a la conclusión de que ellos habían dejado de serle útiles como instrumento y que no había más remedio que presionar al MNR para que cumpliera tal papel. Cuando se concede ayuda financiera y política al MNR, a fin de que pueda mantenerse en el poder y por considerarlo como el único baluarte efectivo contra el comunismo, los políticos rosqueros se lanzan rabiosamente con acusaciones contra Estados Unidos por intervenir en Bolivia y por Subvencionar las actividades del "trotskyismo

movimientista" -el calificativo corresponde al perspicaz Hertzog-. La propaganda pursista y falangista busca convencer a Estados Unidos para que corten toda ayuda al gobierno boliviano, pues consideran que solamente así podrán alcanzar éxito sus trajines conspirativos y pone mucho énfasis en querer probar que el MNR es comunista.

¿Por qué razones el Departamento de Estado de Estados Unidos ha venido prestando, desde hace cuatro años, ayuda moral y económica al gobierno probadamente comunista de Bolivia?

"El drama de Bolivia" es el resultado coincidente de dos terribles fuerzas contrapuestas, de dos maquinaciones antagónicas que han elegido a Bolivia como campo de experimentación para realizar en Latinoamérica sus designios de dominación política y económica: el comunismo internacional y el imperialismo financiero. A los fines de ambos interesaba la destrucción de la economía boliviana y de sus fuentes de riqueza. Al comunismo para "acumular la mayor cantidad de escombros y destruir así más fácilmente la maquinaria burguesa del Estado" cumpliendo el aforismo de Marx y Lenin para implantar el "socialismo" y la "dictadura del proletariado"; y al capitalismo para probar a los otros países de América, con el cuerpo sangrante de Bolivia cómo son de "inoperantes y absurdas las nacionalizaciones y estatizaciones". La insensibilidad del ex-Presidente Paz Estenssoro para cuanto significa previsión y prudencia política lo convirtió en el instrumento de ambas tendencias, con olvido del interés de su patria en lo internacional y en lo interno.

"El interés de EEUU y de sus consejeros del Departamento de Estado -recuérdese la satisfacción y aplauso del señor Nelson Rockefeller por la nacionalización de las minas de estaño no consistió en oponerse ni en criticar las medidas expropiatorias en Bolivia, sino todo lo contrario, en alentarlas y estimularlas, para mostrar después con su previsible fracaso, que la secuela de la miseria y subconsumo que inevitablemente so-

brevendría, era el resultado lógico de tal nacionalización. El capitalismo que sabía perfectamente que los cerebros que inspiraban las nacionalizaciones en Bolivia y muchas de las manos que las ejecutaban, eran comunistas, confiaban anticipadamente en ese fracaso para conseguir un doble objetivo: político el uno, económico el otro. Derrotar el sistema capitalista de Estado podía servir para comenzar a derrotar el comunismo agresivo y expansionista de Rusia. Para ello nada mejor que estimular ese tipo de ‘comunismo nacionalista’ que aflora en el mundo bajo diversas formas políticas y marbetes, alentando en Bolivia al ‘trotskyismo movimientista’, tal como se había alentado el titoísmo en Europa. El viejo axioma de la medicina ‘similia, similibus curantur’ tenía validez política en este caso. El hasta hace poco Secretario Auxiliar de Estado para los Asuntos Latinoamericanos, señor Henry Holland, que además sabía de sobra que los comunistas que llevaban a cabo las nacionalizaciones de las minas de estaño eran no sólo ineptos sino venales, llevó su desconcertante osadía hasta llamar ‘compañero’ a Lechín y decir en La Paz, que ‘ya pertenecía al Partido del MNR’. Era preciso inspirar confianza y poner en marcha algún objetivo, tangible, es decir un plan bien ejecutado que demostrara ‘ad affectum videndi’ el fracaso de las nacionalizaciones y estatizaciones, siempre, claro está, que con ello no se perjudicara ningún interés norteamericano. Se trataba en suma de ‘esterilizar’ de una vez y para siempre, no sólo todo intento sino toda idea de nacionalización de las fuentes de riqueza en Latinoamérica.

"Todo lo anterior, añadido al hecho de que virtualmente la economía boliviana en sus aspectos monetario, agrícola y vial, fue entregada a funcionarios del Punto IV, demuestra que Bolivia se halla en la actualidad bajo una ‘administración fiduciaria’ de ‘sentido colonial’ para emplear las mismas palabras que utilizó el señor Paz Estenssoro en 1961, en la época en que criticaba el informe de la misión Keenlyside; sólo que ahora multiplicada por ciento. Como hecho paradójico conviene

recordar que acaba de anunciarse el préstamo de dos millones doscientas mil libras esterlinas, otorgado al gobierno de Bolivia por la Consolidated Tin Company, The Bank of London and South American Ltda, London Tin Corporation Ltda. y Capper Pass & Son Ltda. de Londres, todas ellas de propiedad o controladas por la sucesión Patiño, para el pago de la cuota 'Buffer stock' que corresponde a Bolivia en el acuerdo internacional del estaño. Es decir, los expropiados ayudando a la expropiación.

"No nos oponemos a la política de estímulo al capital extranjero, privado ni a la ayuda técnica. Todo lo contrario. Creemos que un país de inmensas posibilidades como Bolivia, carente de técnicos y medios económicos propios, necesita cuantiosos capitales para desarrollar sus ingentes riquezas dormidas, sus industrias, sus fuentes de energía latentes y su agricultura. A lo que nos oponemos es a la cesión incondicional, sin consulta al pueblo, sin debate público, sin conocimiento de la opinión, entre gallos y media noche, de la tierra, del subsuelo, de sus riquezas, de la soberanía y el honor de la patria, como lo ha hecho el ex-dictador. Gobernantes como Paz Estenssoro son los responsables de que resurjan nuevas formas de intervención y que aparezcan hoy los aventureros de las finanzas como Gleen Mac Carthy, Chacur, Markus y otros, como antes los aventureros políticos de la especie de Buneau Varilla" ("Bolivia, Nuevo Atolón de Bikini", E. Hertzog, Buenos Aires, 1956).

Hertzog no se opone, y está imposibilitado de hacerlo, a la penetración imperialista, ni eleva sus protestas porque se hubiese acentuado bajo el MNR la dependencia de Bolivia con referencia al imperialismo. El Jefe del PURS se siente molesto porque el Departamento de Estado no le coopera decididamente en la recaptura del poder.

Se recibió con sorpresa la propaganda falangista contra la concesión de Madrejones a un consorcio americano. No pocos confunden la pose falangista con una actitud patriótica. Falan-

ge Socialista Boliviana se lanza cínicamente contra la Fish. Se tienen datos sobre el hecho de que detrás de Falange estuvo G. Chacón, agente de los trusts americanos que operan a través del Brasil. Falange es un simple peón en la pugna abierta entre diferentes consorcios imperialistas que están empeñados en alcanzar el control del petróleo boliviano.

La idea de que el Departamento de Estado está obligado a intervenir para lograr la caída del gobierno movimientista no es exclusiva del señor Hertzog, de ella participa toda la oposición rosquera. El camaleónico "El Diario" (ver edición de 31 de mayo de 1958) ha esperado la voz de orden de Nixon para lanzar sus acusaciones contra J. Foster Dulles: "¿No intervención? Eso es lo que queremos: que los Estados Unidos no ayuden a nuestros verdugos... Lo grave es que en nombre de la no intervención el Departamento de Estado interviene en forma real y descarada ayudando a los tiranos y haciendo posible su permanencia en el poder: Trujillo, Pérez Jiménez, Rojas Pini-lla, Perón y muchos otros que perfectamente recordamos (la insinuación se refiere a V. Paz Estenssoro, G.L.), recibieron en su oportunidad el espaldarazo democrático de los Estados Unidos y los millones de dólares que les permitieron destruir sus propias patrias... Y los Fuster Dulles nos dicen que su 'política básica' es llevarse bien con los tiranos y 'no intervenir en los asuntos internos de las repúblicas hermanas' ¡Qué Dios ilumine a los gobernantes norteamericanos!".

Es indiscutible que, además del Departamento de Estado, influyen en la política boliviana los gobiernos reaccionarios de los países vecinos que no ven con buenos ojos un proceso revolucionario que ha puesto en pie a las clases mayoritarias y, también, los trusts que están excluidos de la posibilidad de prosperar a la sombra del gobierno norteamericano.

Si bien desde hace algún tiempo del Departamento de Estado parece no estar vivamente interesado en los servicios de FSB, este partido conspiró larga e incansablemente gracias a la cuantiosa ayuda financiera de varios regímenes dictatoriales de la América del Sud y a la que le prestaron poderosos trusts que dejarían para sí las valiosas concesiones hechas por la dirección movimientista en favor de la Gulf Oil, la Fish, etc. Hemos señalado cómo intereses petroleros marginados de Bolivia, gracias a la influencia decisiva de H. Holland sobre el MNR, y que han convertido al Brasil en su cuartel general, se convirtieron en un factor perturbador de la política interna a través del aventurero G. Chacón, elemento que decidió por mucho tiempo la orientación de Falange, a pesar de su condición de ex-militante expulsado.

No nos extraña mayormente que los fascistas sirvan a gobiernos extranjeros o están alquilados a tal o cual empresa imperialista; su actividad del presente no hace más que complementar su vergonzosa historia. Es posible que FSB bata el récord de los golpes de estado fallidos en este convulsionado país y en el que los conspiradores no se distinguen, precisamente, por su parquedad. Este afán de asaltar el poder ha estado alentado, más que por el espíritu deportivo de los jóvenes fascistas, por la criminal tolerancia de los gobiernos del MNR. Para FSB, conspirar contra la seguridad del Estado se ha convertido en algo así como una empresa comercial debidamente garantizada por las autoridades. Más tarda en aplastarse una subversión que en ser dictada la correspondiente amnistía, bajo el pretexto de que Bolivia debe dar una lección de democracia, inclusive a los que nada tiene que ver con ella. Esta mal interpretada tolerancia está dirigida contra las bases mismas de la revolución. Parece inclusive que el movimientismo ve con mucha simpatía los aprestos bélicos de sus allegados más próximos, los falangistas, pues le permite realizar maniobras dentro de su partido en sentido de superar la lucha fraccional y de someter a su voluntad a la plana mayor del ala izquierda.

Mientras FSB tiene garantías para conspirar y para actuar como instrumento de intereses anti-nacionales, el movimiento obrero y los partidos revolucionarios viven en un perpetuo régimen de estado de sitio y para ellos se han cancelado todas las garantías democráticas. No es necesario recalcar que el pretendido régimen "democrático" de Paz no tiene más finalidad que estrangular la revolución, es decir, la posibilidad de que se establezca una auténtica democracia.

* * *

Si buscásemos un paralelo histórico para la política entreguista del MNR, que no acierta a encontrar más salida a los problemas de gobierno que la entrega festinatoria de las fuentes de materias primas a los consorcios imperialistas, no tendríamos más remedio que remontarnos al gobierno del liberalismo y de sus ramas afines, es decir, del más puro "demo-entreguismo" como gustan decir los teóricos movimientistas¹⁵.

¹⁵ Por nuestra parte hemos preferido el término más categórico de entreguista para definir al régimen imperante. La alta dirección del MNR en el poder no ha repudiado el punto IV del Plan Truman (anunciado el 20 de enero de 1949), como lo esperaban los ilusos que dieron crédito a la propaganda pazestensorista lanzada desde el llano. Al contrario, su aplicación ha crecido inusitadamente bajo el "nacionalismo" emeenerista y de esta manera los caminos, la agricultura, la educación, el servicio sanitario, parte del crédito, etc., han caído bajo el control de los yanquis. Esta "ayuda" ha convertido a Bolivia en zona monopolizada por los exportadores norteamericanos, excluyéndose toda posible competencia de los otros países capitalistas o del bloque soviético. El Punto IV del Plan Truman ha sido utilizado por los trusts yanquis como cabeza de puente en la conquista de trato preferencial por parte de los países latinoamericanos. Los convenios diplomáticos entre Bolivia y los EEUU se ajustan debidamente a tal plan. Los servicios del Punto IV actúan como verdaderos Estados soberanos dentro de Bolivia, pues eluden cumplir las disposiciones legales y dan un trato subhumano a los trabajadores. El

Los gobiernos del MNR no se conformaron con entregar el país al imperialismo, sino que escogieron para hacerlo a la peor ralea de aventureros de las finanzas (Chacur, Markus, etc.), pues sólo éstos se prestaron a convertir a los jefes en sus socios. Las más de las veces los convenios del gobierno han concluido en ruidosas estafas y en la fuga de los "financistas". "El contrato de arrendamiento del Acre a un supuesto sindicato americano (contrato suscrito en 1903 con Bolivian Syndicate", G. L.), fue una combinación desgraciada bajo el punto de vista administrativo, financiero y político. Entregóse las regalías de ese convenio a gentes sin responsabilidad, sin influencias y sin recursos; meros especuladores a caza de negociantes de gruesa ventura...

"La fe gubernamental en la eficacia de ese recurso, no sólo fue obstinada, sino que fue rebelde a la evidencia misma.

"El hecho es que la concesión a ese Sindicato, en el que Bolivia delegaba muchos de los atributos de su soberanía, dio pretexto a la política brasileña para convertir sus reservas pasadas, sus entorpecimientos sistemáticos, sus intrigas más o menos encubiertas para proteger las insurrecciones, en un categórico non possums diplomático, hasta llegar el extremo crítico de la ruptura" (Alberto Gutiérrez, "Paradojas", "La pérdida del Acre", La Paz, 1908, página 46 y siguientes).

El escándalo que siguió al empréstito Nicolaus, suscrito en 1922 por la suma de 29 millones de dólares, es insignificante frente a los convenios que a diario acuerda la dirección del MNR con los diferentes trusts imperialistas. Los argumentos que emplean V. Paz y sus socios para justificar su conducta son los mismos que utilizó en su época Saavedra y que se reducen a la tesis de que el entreguismo es necesario para salvar

dinero que proviene de la "ayuda" norteamericana sólo debe emplearse en la compra de mercancías en el mercado de los EEUU. Un decreto obliga a importar la leche más cara del mundo, que es la yanqui.

al país. "En 1922 el país atravesaba una crisis muy aguda. El tesoro público estaba agotado. El cúmulo de deudas externas e internas agobiaban al gobierno. Es entonces que se contrató aquel préstamo que salvó la penuria en que se debatía el país. La ignorancia y la mala fe políticas hicieron de él un arma de combate al gobierno y de desprestigio a la operación misma" (Saavedra, 1936).

La proyectada concesión de cerca de un millón de hectáreas de ricas zonas forestales al consorcio imperialista Hemisphere Development Corporation se convirtió en un escándalo mayúsculo, utilizado por la misma derecha para combatir el entreguismo del MNR. La Cámara Departamental de Industria de Cochabamba, con fecha 21 de mayo de 1958, hizo las siguientes observaciones:

"Con 1.700.000 hectáreas (el nuevo proyecto reduce esta extensión al 50%, G. L.), extensión que la Hemisphere considera indispensable para poder trabajar, la empresa tendría la cantidad astronómica, redondeado cifras de 7.000.000.000 (siete mil millones) de pies cuadrados, estimando un valor de sólo 10 centavos de dólar por pie, esta producción equivaldría a 700 millones de dólares.

"Por otro lado, produciendo 20 millones de pies por año, la Hemisphere tendría que trabajar 350 años para explotar las hectáreas solicitadas como indispensables, sin tomar en cuenta las otras maderas aprovechables que existen en las mismas zonas que la mara. Y aquí hay que referir que el consumo total del tipo de mara de la América del Sud (*switenia macrophila*), que es superior en calidad a la que se produce en África, es de 20 millones de pies cuadrados al año. "Cabe entonces preguntar: ¿con qué capacidad la Hemisphere produciría para abastecer el mercado mundial de esta clase de mara? La respuesta fluye por sí sola: La Hemisphere no podrá industrializar una concesión tan enorme como la que solicita, que sólo se puede concebir con una finalidad comercial. Por tanto, se entendería que esta firma desea asegurarse el derecho de transferencia

que estipula el proyecto de contrato para negociar con el traspaso de concesiones a otras compañías.

"Es conocido el hecho de que las mayores concesiones a las más importantes empresas son de 300.000 hectáreas en los bosques del África Francesa, representando todavía esta cantidad una reserva para 60 años calculando siempre una producción de 20 millones de pies por año...

"...es necesario repetir que si se otorgan a la Hemisphere las inmensas áreas que solicita, en forma móvil y sobre las mejores zonas, sería de mucha mengua para la soberanía nacional que en el futuro otras empresas tengan que tratar con el monopolio de aquélla en vez de hacer solicitudes al Estado..."

La tesis expuesta por nosotros ha sido confirmada por la última reunión de los técnicos de YPFB, los que han exigido públicamente un trato preferencial en favor de la empresa estatizada, a fin de que pueda sobrevivir frente a la arremetida de los capitales foráneos.

LA INDUSTRIALIZACIÓN

Las relaciones del gobierno movimientista con los capitales foráneos -relaciones que se reducen a una simple entrega del país al imperialismo- están guiados con un criterio feudal: conseguir la mayor cantidad posible de dólares para dilapidarlos inmediatamente y para costear la vida dispendiosa y llena de boato de los jercas que usufructúan el poder. Ni aun dentro de un sentido estrictamente capitalista puede considerarse conveniente para el país el malbarato que hace la alta dirección del MNR de las fuentes de materias primas. En este terreno el gobierno "nacionalista" está muy a la zaga de los planteamientos que hicieron los pioneros de la industria minera y los jóvenes liberales, durante la segunda mitad del siglo XIX.

Estos se diferenciaban de los del MNR en un aspecto fundamental: eran hombres de empresa deseosos de convertirse en socios de los capitalistas extranjeros. Los gobernantes de ese entonces se apoyaban directamente en las capas más avanzadas de comerciantes y mineros y sus actos se realizaban dentro del arco de la más amplia publicidad. Bien sabemos que el "progreso" auspiciado con ayuda del exterior apenas si tocó una parte de nuestra economía a costa del estrangulamiento y del atraso del resto del país. Pero tampoco en ese aspecto se diferencia en nada el MNR, que se autocalifica de "anti-imperialista" y "revolucionario".

Los amigos del progreso en el siglo XIX habían adoptado como consigna las palabras del empeñoso minero F. Avelino Aramayo: "Se trata nada menos que de la exhibición de una nación entera con ricas y varias producciones ante el comercio universal" ("Comunicación entre Bolivia y el Océano Pacífico"). Vastos programas que movilizó a las voluntades más osadas. Comerciantes e industriales en ciernes confundían sus intereses personales con el interés nacional, pero ponían su esfuerzo y hasta sus recursos para conseguir sus objetivos. Los movimientistas identifican los fondos fiscales -muchos de ellos provenientes de la "ayuda americana"- con su patrimonio particular y demuestran habilidad e ingenio para el saqueo. No deja de ser admirable que en el período de los grandes proyectos para la "salvación nacional", a partir de la quinta década del siglo XIX, los elementos más avanzados pongan parte de su bolsa a disposición del Estado. Ilustremos con algunos ejemplos:

En 1856 Miguel Suárez Arana publica una serie de artículos en la prensa de Salta con la finalidad de incitar a los argentinos a comerciar con el Sur y Oriente de Bolivia, aprovechando el Río Bermejo, que después del derrocamiento de Rosas en Caseros fue declarado de libre navegación.

Hasta el Cónsul General de Francia, León Favre, fue arrastrado por la ola de entusiasmo de la época y escribió folletos y

artículos propugnando la colonización del país y su desarrollo industrial, por medio del comercio con Europa a través del Amazonas ("Bolivia - Colonización y Agricultura", Sucre 1857, "Apuntes sobre la navegación de los ríos de Bolivia", Cochabamba, 1858, etc.). Favre hace saber que ya bajo el gobierno del general Ballivián, el cónsul en Europa Vicente Pazos Kanki concluyó un convenio con "la compañía Belga de colonización fundada en Bruselas bajo los auspicios del Rey Leopoldo", para impulsar la navegación de los ríos Beni y Madera y la colonización de las zonas adyacentes.

Mariano Vernet en un escrito titulado "Compañía Boliviana proyectada para conducir el comercio de la República por el Río de La Plata" (Buenos Aires, 1863) dice que "felizmente un gran número de bolivianos ilustrados han dado al fin señal de vida a favor de este gran pensamiento, trabajando desde el año 1861 con entusiasmo por formar una Compañía Boliviana para llevar a efecto la grande empresa". En verdad grande era la empresa de comunicar por ferrovía Sucre y Santa Cruz con el Río Otuquis, que, se pensaba, sería navegable y comunicado con el río Paraguay.

Juan Ramón Muñoz Cabrera ("El camino carretero de Cobija a Potosí", Oruro, 1863) creyó poder contribuir a "independizar a Bolivia del pupilaje del Perú, cuyo puerto Arica había llegado a convertirse en la única o principal puerta de entrada y salida para el exterior"; a restituir "a Potosí su fabulosa importancia" y a evitar que, "permanezca Bolivia estacionaria y muerta para el comercio, para la industria, etc." El remedio no era otro que construir una sociedad anónima de 2.000 acciones, siendo el valor de cada acción 100.- pesos, encargada de construir el camino carretero en Cobija y Ollerías, situada a 150 kms. de Potosí. Este camino estaría en comunicación con el sistema de navegación fluvial interno (Desaguadero - Titicaca - Poopó - Río Mulato) y para su construcción no se solicitaba un solo centavo de ayuda al Estado y, es

de presumir, que sus autores no pensaban ampararse en el Servicio de Caminos dependiente del Punto IV.

La navegación del Desaguadero concitó la atención pública gracias a las exploraciones y escritos de Epifanio Aramayo ("Navegación del río Desaguadero", Sucre 1864, "Documentos y Diario de las exploraciones del lago Poopó", Sucre 1864). "Este proyecto, que por sí solo basta para colocar en mejores condiciones nuestro pequeño puerto de Cobija y todas las poblaciones intermediarias entre el litoral y la ciudad de Potosí, adquiriría colosales proporciones si se encadenara, como es fácil, con la navegación del Desaguadero: entonces unidos, los dos extremos de Bolivia, se darían, por decirlo así, la mano el Sud con el Norte... Este río (Río Mulato o Márquez) se podría hacer navegable a muy poca costa, hasta el lago Poopó..., pudiendo irse por agua desde Márquez o desde el Mulato hasta el Titicaca..."

En Cochabamba se organizó, sobre la base de 350 acciones, la "Sociedad Sécure", con la finalidad de construir un camino entre aquella ciudad y las márgenes del río Sécure o Isiboro. Tenemos a la vista los siguientes folletos: "Propuestas para abrir el camino...", Cochabamba, 5 de abril de 1864, "Sociedad Sécure, su organización y sus acuerdos", Cochabamba, abril 20 de 1864.

Uno de los más grandes proyectos de esa época es indiscutiblemente el que se refiere a la construcción de una vía férrea entre Iquique y el lago Poopó, con la finalidad de que la minería cuente con un transporte moderno y económico hasta el Pacífico. Con tal finalidad el gobierno encomendó a F. Avelino Aramayo ("Alcance del proyecto de una nueva vía de comunicación entre la República de Bolivia y el océano Pacífico", Cochabamba, 1864) que tramite en Europa un contrato con una empresa especializada en tales trabajos, al mismo tiempo debía procurar colocar el empréstito de 1.500.000 Libras. El camino debía partir de Iquique y concluir en el lago Poopó. Aramayo incluso pagó parte de los gastos de viaje y el

gobierno sometió a discusión de las comisiones de industriales el proyecto de contrato con los contratistas de ferrocarriles de Londres. Tenemos a la vista el informe "presentado al Supremo Gobierno por la comisión creada en la ciudad de Potosí para que dictamine sobre los contratos celebrados por D. Ave-lino Aramayo en la ciudad de Londres" (Potosí, 1865) y que, después de anotar pequeñas fallas, recomienda su aprobación. Funcionaron iguales comisiones en La Paz y Cochabamba.

Es evidente que se imponía un viraje radical en la política económica, había que explotar las materias primas y hacerlas llegar hasta el mercado internacional. No es cosa del azar que precisamente en 1846 Dalence hubiese publicado su sorprendente obra sobre estadística boliviana. La revelación más importante de la obra consistía en la demostración de que la balanza comercial arrojaba un déficit anual de 700.000 pesos, que se cubría con la exportación de plata sellada y labrada. Todos los publicistas calificaban el comercio como meramente de importación. Esta anomalía amenazaba agotar todas las reservas particulares de plata, heredadas de la colonia. Para equilibrar la balanza comercial, había que impulsar la exportación de minerales, por esto era importante buscar nuevos caminos hacia el mar. Tal es la razón de esa apasionada polémica entre los partidarios del comercio por el Pacífico contra los que propugnaban habilitar la navegación por el Amazonas o por la cuenca del Plata. Los ferrocarriles a Antofagasta y Arica han solucionado el problema, que ahora apenas si es una pieza de museo.

EL MNR MÁS A LA DERECHA QUE EL LIBERALISMO

En nuestra época no pude concebirse una efectiva liberación nacional y un real ingreso a la civilización si no se logra industrializar al país, entendiendo por industrialización la estructuración de la pesada.

Hemos reseñado las preocupaciones del liberalismo, como expresión política de los primeros núcleos de nuestra burguesía indígena. Contrastando la actitud del MNR, frente al problema de la industrialización, con esa política, tenemos que concluir que el gobierno pequeño-burgués se encuentra más a la derecha que el liberalismo de fines del siglo XIX.

Ni los programas de gobierno del MNR, ni el famoso Plan Decenal de Desarrollo, formulan adecuadamente el problema y menos apuntan posibles soluciones. Se puede decir que el régimen imperante ignora la industrialización y esta evidencia está demostrando que no entra en sus preocupaciones el plan de imprimir al desarrollo económico del país un ritmo y progreso armónicos.

Los débiles intentos de diversificación de la actividad económica, iniciados durante el primer gobierno de Paz, han sido despiadadamente aplastados por el plan de estabilización monetaria. El MNR no se plantea la industrialización porque este problema no le interesa al imperialismo norteamericano. Sin embargo, la industrialización (que en nuestro país debe comenzar fundiendo minerales y diversificando la industria minera) constituye una tarea ineludible, si se desea civilizar a Bolivia.

Mientras el MNR permanezca en el poder no habrá industrialización y ésta sólo puede concebirse como resultado de una economía basada en la nacionalización de los medios de producción y en su planificación. Esto equivale a decir que solamente el gobierno obrero podrá formular adecuadamente el problema y resolverlo.

VI

REVOLUCIONES UNIVERSITARIAS. VOTO UNIVERSAL.

Es tarea fácil teorizar post facto, tarea a la que se dedica tanta gente. Nuestro interés es otro: constatar los aciertos y errores de los planteamientos del POR en la piedra de toque de los acontecimientos. Las emergencias de la cuestión universitaria adquieren dentro del proceso revolucionario características únicas, que seguramente no se repiten en ningún otro país.

La causa última de las llamadas "revoluciones universitarias" tiene que buscarse en el rápido desplazamiento de la pequeña-burguesía -principalmente de la "inteligencia"- hacia la derecha y que fue inflando paulatinamente las filas falangistas. En las universidades el stalinismo comete una de sus más asquerosas traiciones al aliarse con el falangismo, bajo el pretexto de combatir a los trotskystas y de alcanzar el control de los puestos directivos. El resultado no se dejó esperar: FSB utilizó al stalinismo para consolidar sus posiciones. Una de las consecuencias del extraño maridaje fue la sustitución del "Programa de Principios de la FUB" -aprobado en la VI Convención de Estudiantes, Sucre 1938- por un documento que rezuma demócratismo confusionista y en el que no es difícil reconocer la mano stalinista. De esta manera, paulatinamente, la Universidad se fue colocando contra la revolución y se convirtió en un bastión reaccionario.

El MNR en ningún momento explicó, de un modo coherente, su actitud frente al problema cultural y universitario. Unas veces atacó con saña a las universidades y en otras se presentó como paladín del régimen autonomista. Algo más, las diferentes fracciones y personalidades movimientistas adoptaron distintas y opuestas posiciones sobre la misma cuestión.

Bien se puede decir que la autonomía -frecuente y erradamente considerada como sinónimo de reforma universitaria- es la tradición misma del movimiento universitario y fue conquistada, después de una amplia labor agitativa, el 25 de julio

de 1930 (es decir, un mes después de un sacudimiento sedicioso) e incorporada a la Constitución Política.

"Y, así, en 1927, los universitarios de Sucre planteamos resueltamente la autonomía universitaria, con proyectos de leyes que la opinión nacional y los poderes públicos conocieron. Los universitarios de Cochabamba, en 1928, secundando vigorosamente nuestro propósito, organizaron la 'Federación Universitaria Boliviana' integrada por las Federaciones de los ocho departamentos, debatiéndose ampliamente en el congreso de ese año (Cochabamba) y en el de 1929 (Sucre) el problema de la reforma. Recientemente, en junio de 1930, los universitarios de La Paz, en unión de la juventud militar y en lucha sangrienta contra el último vástago del caudillismo, han logrado implantar la autonomía" ("La Situación Universitaria en Sucre", R. Gómez Reyes, Sucre, 1931)¹⁶.

Uno de los grandes errores cometidos por la izquierda movimientista, olvidando la historia misma del movimiento uni-

¹⁶ En el viejo Estatuto de Sánchez Bustamante la labor coordinadora de la actividad de las diferentes universidades estaban encomendada al Consejo Supremo Universitario. "Artículo 21... a) (Atribuciones del Consejo Supremo Universitario) Estudiar y conexas los negocios de orden general que interesen a los distritos universitarios y establecer entre ellos los vínculos de unión y solidaridad de sus respectivos intereses. "La Convención Nacional de 1938 se negó a incorporar el Consejo Supremo a la Constitución con el siguiente argumento: "El Consejo Supremo es antinómico de la autonomía universitaria; supondría convertir las universidades Mayores en Menores; las características peculiares de algunos distritos, como el de La Paz, excluyen la posibilidad de vinculación y coordinación de la obra universitaria nacional; estas funciones, caso de ser necesarias, deberían ser llenadas por el Ministro de Educación" (Ver, "Defensa de los derechos legales e históricos de la Universidad...", Sucre 1938, "Protesta de la delegada universitaria de Chuquisaca", La Paz, 1938).

versitario, consistió en sustituir el trabajo teórico y proselitista, necesario e imprescindible, con un golpe de fuerza. A las actitudes prepotentes del movimientismo, que parecen haber sido ideadas para precipitar la caída de los estudiantes en FSB, el POR opuso la consigna de ganar a este sector para el programa revolucionario o por lo menos neutralizarlo, en el artículo titulado "Hay que ganar a los estudiantes y no apalearlos" ("Masas", N° 21, La Paz, 14/X/56) se decía:

"La mayor profundidad de la crisis del MNR -partido político pequeño burgués- se mide por el abandono masivo de sus filas de uno de los sectores más valiosos de la clase media: el estudiantado. La ineptitud del gobierno movimientista para llevar a su culminación el proceso revolucionario ha ocasionado la decepción de los jóvenes y los ha precipitado al campo de la reacción.

"¿Son falangistas los estudiantes? Exactamente no. Una fracción de FSB logra timonear la universidad y los colegios porque capitaliza el descontento creado por los errores gubernamentales. La izquierda -despiadadamente golpeada por los círculos oficiales- ha perdido posiciones desde el momento que permitió que su programa ideológico fuese sustituido por un desplante movimientista.

"Las llamadas revoluciones universitarias han tenido como efecto inmediato la liquidación política (se sobrentiende que en el campo estudiantil) tanto del Movimiento Nacionalista Revolucionario como del stalinismo. El movimientismo no estuvo a la altura de los acontecimientos, no pudo consolidar la intervención obrero-campesina y cínicamente volvió a entregar las casas de estudio a la reacción. El stalinismo durante las revoluciones universitarias actuó en franca alianza con Falange Socialista Boliviana y le ayudó a ganar el control de los puestos claves.

"El estudiantado -capa intelectualizada de la clase media- sufre en mayor grado las consecuencias de la crisis económica y de las medidas represivas empleadas por el gobierno. Para

subrayar su abandono de las filas movimientistas descarga su violencia contra el gobierno. Este hecho, junto con la quiebra total del stalinismo, ha permitido a la reacción convertirse, por el momento, en dirección política de los estudiantes. Sería un error olvidar que Falange Socialista Boliviana crece numéricamente en los medios pequeño-burgueses. Los acontecimientos han convertido a los propios social-cristianos en satélites de Unzaga.

"La pequeña burguesía dirigida por el proletariado, constituye una de las condiciones básicas para asegurar el triunfo de la revolución. De aquí se desprende que lo que viene ocurriendo en los medios estudiantiles es sumamente peligroso para la revolución, pues nutre a la reacción en general y a la derecha movimientista, en particular.

"La política gubernamental no es otra que la de romper a palos al movimiento estudiantil. Siguiendo este camino equivocado se pone el mayor empeño en crear un abismo insalvable entre las organizaciones obreras y la pequeña burguesía. El resultado inmediato de tal actitud es que los estudiantes se ven obligados a engrosar las filas de FSB. No faltan criterios obtusos que niegan el peligro que este hecho significa para el gobierno.

"Creemos que la conducta revolucionaria debe caracterizarse por un serio empeño en ganar ideológica y políticamente al estudiantado, lejos de limitarse a modelarlo a palos. A lo más valioso de la juventud hay que ganarlo con una solución de izquierda dado el actual impase de la revolución. Hay que educar a nuevos revolucionarios en la certidumbre de que solamente la dirección política del proletariado puede permitirle a la pequeña burguesía resolver sus agudos problemas". La agudización de la lucha de la izquierda movimientista contra el régimen universitario imperante no refleja la adopción de una postura del Movimiento Nacionalista Revolucionario en su integridad. Se puede decir que obreros y campesinos -cuya defectuosa expresión fue por mucho tiempo la burocracia co-

bista-, empeñados en llevar adelante el proceso revolucionario, chocan con las universidades, que centraron todos sus fuegos contra ellos y contra el lechinismo. Los últimos resabios de la rosca, contando con la complicidad del stalinismo, se atrincheraron en la universidad y desde allí cómodamente combatieron a la izquierda del Movimiento Nacionalista Revolucionario, considerada como su peor enemigo.

El lechinismo, confusionista y meramente empírico, no se atrevió a desnudar el mito de la autonomía universitaria, conformándose con un movimiento envolvente que esperaba podía dar fin con la universidad misma.

El primer congreso de trabajadores realizado en octubre de 1954 -origen de las futuras revoluciones universitarias- aprobó un voto declarando necesaria "la centralización en manos del Estado de la Universidad Boliviana". Esta "centralización de programas" bien puede encajar en el principio constitucional de tuición estatal sobre la educación. Aún más, la enunciación no rebasaba los límites del Estado de Educación de Daniel Sánchez Bustamante que, como es de conocimiento público, propugnó la estructuración de la universidad boliviana. Sin embargo, la reacción y el stalinismo comprendieron que el lenguaje de la Central Obrera Boliviana encubría una amenaza seria para la autonomía, convertida en sus manos en arma contrarrevolucionaria y en fuente de privilegios en favor de una odiosa camarilla.

La arremetida del lechinismo contra la autonomía universitaria no constituye ninguna novedad; contrariamente, se trata de la ratificación de una posición tradicional de MNR al respecto.

REVOLUCIONES UNIVERSITARIAS

En cierta medida el lechinismo entroncó en la prédica anti-autonomista del grupo editor del periódico "La Calle", por

considerarla obra exclusiva del patinismo y de la masonería¹⁷. Se olvidó que la autonomía -y de manera general la reforma universitaria- han jugado un papel contradictorio, determinado por los constantes vaivenes de la pequeña burguesía entre la derecha y la izquierda de nuestra política. La reforma es un simple episodio de la lucha constante entre la rosca (ahora el imperialismo) y el proletariado para arrastrar detrás de sí a la clase media. Las "revoluciones universitarias" u ocupaciones, como gustan calificarlas muchos, tampoco escapan a tal caracterización.

Los equipos básicos de los núcleos revolucionarios, incluyendo al Movimiento Nacionalista Revolucionario, han comenzado por estructurarse en la universidad y, en determinado momento, le han impreso su sello característico. En realidad, el rol que puede cumplir la autonomía está subordinado a la naturaleza del poder. La autonomía universitaria¹⁸ es una reivindicación democrático-burguesa progresista frente al intervencionismo despótico de los gobiernos reaccionarios.

Las desviaciones más comunes en la estimación de la autonomía son dos: a) negarle categóricamente todo carácter progresista, posición sustentada por el grupo "La Calle"; b) considerarla como una categoría abstracta e independiente del tiempo. Esta desviación es alentada al mismo tiempo por el stalinismo y por Falange.

Céspedes, campeón del anti-autonomismo, demuestra una total miopía en la comprensión del problema universitario. "Al propio tiempo, habiendo abandonado la universidad la 'gene-

¹⁷ Ver Augusto Céspedes, "El Dictador Suicida", Santiago de Chile, 1952, Pag. 93.

¹⁸ La autonomía universitaria debe entenderse como el derecho de las casas superiores de estudios para organizar sus gobiernos propios, administrar sus bienes y fijar el alcance de sus programas. Por muy autónoma que sea la universidad es apenas una parte de la sociedad en determinado momento.

ración del Centenario¹⁹, no halló obstáculo para su propagación de la campaña opositora, encubierta en una ideología juvenil en ventaja de las corrientes supranacionales. Tal era la revolución universitaria que la Rosca dirigió contra el gobierno... La revolución implicaba la autonomía universitaria, que atribuía una misión en sí misma a la universidad, por encima de las contingencias políticas o las finalidades nacionales. Se fundaba sobre todo en la pedantería del universitario, que se conceptuaba superior al resto de la nación, y, por consiguiente, autónomo. La tendencia, netamente liberal, era aguijoneada por algunos adictos de la Tercera Internacional comunista, pero debía ser sutilmente disfrutada por la oligarquía local para crear su vanguardia antiestatista". Carece de sentido el sostener que todo "estatismo", en abstracto, es siempre progresista.

Aunque Céspedes nos habla desaprensivamente de superestructura e infraestructura, la verdad es que se trata de una víctima del adjetivo deslumbrante. Su limitación interpretativa se debe, por otra parte, a los esfuerzos que hace por justificar sus primeros pasos en política. Su caracterización del gobierno Siles carece de toda seriedad. Con los propios datos consignados por Céspedes se puede fácilmente demostrar que Siles no fue otra cosa que instrumento del imperialismo norteamericano y que, para neutralizar a la oposición interna, se vio obligado a una constante maniobra astuta frente a los otros partidos y a la juventud. De esa época datan los empréstitos Dillon Reed, la administración de correos y telégrafos por la Marcom Telegraph Cía, etc. "El contratamiento de la misión yanqui Kemmerer para ordenar las finanzas de Bolivia reveló también el

¹⁹ El término corresponde a Enrique Baldivieso y sirve para caracterizar a los intelectuales (muchos de ellos coquetearon con el marxismo) que pasaron a fortalecer las filas de un partido nacionalista organizado por el presidente Hernando Siles desde el poder. Su líder parece que estuvo convencido de que se trataba de una generación llena de flaquezas.

desconocimiento del tentáculo imperialista oculto tras el técnico financiero. Kemmerer operó como dictador y sus proyectos de Ley General de Bancos, del Banco Central, de reforma monetaria, de ley orgánica del Presupuesto, organización del Tesoro Nacional y de la Contraloría, fueron aprobados a fardo cerrado. El doctor Salamanca, sólo por el deseo de criticar a Siles, acertó al definir esa legislación, diciendo 'Kemmerer nos muestra una biblia cerrada y nos dice; ésta es tu fe'. Kemmerer cumplió su misión al acomodar el régimen fiscal de Bolivia al cuadro de la economía semicolonial".

El imperialismo toma a los partidos y políticos bolivianos no como socios de una aventura sino como a instrumentos y se ve obligado a cambiarlos toda vez que se desgastan y ya no sirven a sus intereses. Así se explica que los yanquis fomenten revoluciones contra los gobiernos que ellos mismos alimentaron.

Por su propia naturaleza -reivindicación común a los países de todo un continente- la reforma universitaria adquirió un carácter "supranacional". Pese a todo, su "supranacionalismo" es de la misma naturaleza que el supranacionalismo de las ideas básicas de todos los nacionalismos conocidos. Solamente una mentalidad cavernaria puede encontrar en este rasgo -distintivo de la época capitalista- un motivo para impugnarla.

El movimiento de la reforma universitaria fue una amplia movilización que arrastró a todos los sectores universitarios y a todas las ideologías. En los acontecimientos de 1930, la masonería, íntimamente vinculada con la gran minería, logró adueñarse de las universidades. En 1946, un siniestro personaje, Héctor Ormachea Zalles, al que tantos y tan innecesarios elogios prodiga Carlos Montenegro, utilizó la universidad para convertirse en maestro y caudillo de los stalinistas. Actuando en un extremo opuesto, la universidad de Oruro pactó con los mineros (29 de julio de 1946) para defender un programa auténticamente revolucionario. Anteriormente, en 1938, se

había adoptado una declaración de principios que no tiene nada que ver con la rosca ni con el imperialismo.

El stalinismo llevó agua al molino falangista al sostener que la autonomía abstracta era la expresión fiel de la revolución y que constituía un principio que debía ser defendido incondicionalmente en todas circunstancias. Se negaba la evidencia de que universidad autónoma era utilizada como ariete contra la revolución. El stalinismo al defender la degeneración de la reforma universitaria fortifica las posiciones de la rosca y las encubre con una fraseología marxistizante. Conducta tan vergonzosa contribuyó a acentuar su aislamiento de las masas trabajadoras.

También en este problema correspondió al Partido Obrero Revolucionario plantear la crítica marxista, revolucionaria. Se comenzó por señalar honesta y valientemente que un gobierno futuro de obreros y campesinos comenzaría por extirpar de raíz la autonomía de las universidades, porque no puede dejar la educación en manos de las clases sociales enemigas. La consigna de defensa incondicional de la autonomía universitaria abstracta no tiene nada que ver con la revolución. Por otra parte, el régimen autonomista había permitido a las universidades convertirse en instrumentos de la reacción. Era criminal salir en defensa de semejante estado de cosas; se explica que lo haya hecho el stalinismo porque la universidad era para ella una fuente de privilegios personales. El Partido Obrero Revolucionario tuvo que denunciar que desde las altas casas de estudio actuaba la alianza Falange Socialistas Boliviana y el Partido Comunista. La primera fuerza lo hacía siguiendo un plan conspirativo y la segunda subordinaba su línea política a la defensa de escasas canonjías, a pesar de todo, la autonomía aún podía jugar un papel progresista -en circunstancias excepcionales acaso se convertiría en el plano adecuado para la ac-

tuación revolucionaria- frente al gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario, antiobrero y proimperialista. Se fijó una condición concreta para defender la autonomía: que ésta estuviese controlada por las fuerzas revolucionarias, vale decir, por la alianza entre Falange Socialista Bolivia y el Partido Comunista fuese aplastada.

El planteamiento porista, cuyo esquema hemos presentado más arriba, permitió superar las baladronadas del lechinismo, dando a los trabajadores una clara orientación frente al problema universitario.

En la época en que se produce la ocupación de las universidades por las milicias obrero-campesinas (fines de 1954 y principios de 1955), el Movimiento Nacionalista Revolucionario conservaba intactas sus fuerzas y su ala izquierdista era reconocida por los trabajadores como su única dirección. La táctica porista en la universidad fue impuesta por esta realidad, debía permitir aproximarse a los trabajadores y demostrarles la incapacidad y veleidades de su dirección pequeño-burguesa.

No fue el Partido Obrero Revolucionario el que aconsejó la ocupación de las universidades, ésta se produjo por voluntad exclusiva de la burocracia lechinista²⁰. La dirección de la Central Obrera Boliviana desconfiaba el poder anular políticamente a las universidades y ganar tanto al centro (grupo de Paz Estensoro) como a la derecha (Guevara) para sus posiciones a cambio de cátedras y otras concesiones menores. Efectivamente, los golpes se planearon con la cooperación de ciertos "intelectuales" movimientistas que no habían podido exhibir los méritos suficientes como para llegar hasta la cátedra universitaria. Lo positivo de las ocupaciones consistía en que fueron

²⁰ Lechín, más tarde, en 1963, se ha arrepentido de su "intervencionismo", calificándolo como un error. En esa oportunidad creyó de su deber prestar apoyo al stalinista Anaya, que confunde la "autonomía" con su ambición de perpetuarse como rector de la Universidad cochabambina.

precedidas por una profunda movilización de masas (manifestaciones descomunales en Oruro, Potosí y Cochabamba). Es por esto que la participación del Partido Obrero Revolucionario se hizo imprescindible: había que pugnar por colocarse a la cabeza de esa movilización, evitar que los obreros fuesen nuevamente engañados por la burocracia y que se los maniatase metiéndolos en un politécnico.

La primera consecuencia de la ocupación fue que el MNR puso en el plano de la actualidad todo lo negativo del intervencionismo estatal anterior a 1930. Elementos ineptos invadieron las cátedras abusando del favor político; una nueva capa de vividores saqueó el tesoro universitario; se pretendió convertir a la universidad no autónoma en instrumento de un gobierno anti-obrero y utilizarla contra las tendencias revolucionarias. La burocracia lechinista demostró más ineptitud que el bloque PC-FSB en la dirección de la universidad.

Solamente valorando el panorama anterior se puede comprender en todo su alcance el planteamiento porista frente a las intervenciones. Se dejó establecido que la autonomía -al servicio de obreros y campesinos, es decir, de la revolución- debía ser defendida frente al desgobierno movimientista. Los trabajadores no deberían conformarse con haber sido utilizados como fuerza de choque por una camarilla de ambiciosos, sino tender a determinar que la universidad se subordine a su política de clase, estableciendo la intervención obrero-campesina en su gobierno. Esta intervención no debería entenderse como el ingreso masivo de los trabajadores en la universidad en calidad de alumnos, sino como la subordinación de esta entidad a la política revolucionaria del proletariado.

La "universidad popular" no es sinónimo de la escuela de artes y oficios y su proyección progresista consiste en que se convierta en el centro orientador de la actividad político-sindical. Este programa para efectivizarse suponía la derrota de la burocracia lechinista como dirección de la Central Obrera Boliviana.

En el mes de octubre de 1954 fueron ocupadas las universidades de Potosí y Oruro por las milicias armadas, principalmente mineras. El 9 y 21 de mayo de 1955 se intervinieron las universidades de Cochabamba y Chuquisaca. Corrieron la misma suerte los distritos de Tarija, Santa Cruz y La Paz. La voluntad de la burocracia cobista se había cumplido. Los acontecimientos han demostrado que el lechinismo no tuvo en cuenta las emergencias que podían tener sus actos.

Sólo después de que fueron intervenidas las universidades se planteó, en toda su amplitud, la posibilidad de que fueran radicalmente transformadas. El lechinismo tuvo que ceder ante la creciente presión de las bases obreras y fue formalmente reconocida la participación de los trabajadores en el gobierno universitario. Este paso ponía en serio peligro los intereses movimientistas, pues la universidad podía movilizarse en un futuro inmediato contra la política entreguista de la pequeña burguesía. Desde este momento la mayoría del Movimiento Nacionalista Revolucionario (el centro y la derecha) consideró que su izquierda se encaminaba "a la destrucción de la universidad y de la cultura"; sintetizó su pensamiento en el slogan de que "los trabajadores no tienen nada que hacer en las universidades".

A pesar de contar con el respaldo de los poristas universitarios, el lechinismo no tuvo el valor suficiente para enfrentarse con su partido que le desautorizaba. El resultado no se dejó esperar: la burocracia capituló en toda la línea y devolvió la universidad a las autoridades comunofalangistas, dejando mal parados a los intervencionistas.

El lechinismo no fue derrotado en las calles sino en el seno del propio Movimiento Nacionalista Revolucionario, donde se impuso la derecha controlada por la masonería. Un joven movimientista dice al comentar estos acontecimientos: "constituye (la revolución universitaria), en última instancia, la lucha por arrojar a la oligarquía -a sus sistemas, a sus prejuicios, a sus valores- de uno de sus últimos reductos. Quien no lo en-

tienda así, no comprenderá nunca el profundo sentido que encierran las batallas que ha librado el pueblo boliviano para mejorar y dignificar su vida". Y calla, con la debida discreción para no malograr su ingreso al servicio diplomático, que fue precisamente el Movimiento Nacionalista Revolucionario el que devolvió a la oligarquía su "último reducto".

La derrota del lechinismo fue tan completa que uno de sus hombres prominentes, Ñuflo Chávez, consignó la autonomía universitaria -como en los mejores tiempos de la rosca- en su proyecto de Constitución Política. La mayoría obrero-campesina del "parlamento revolucionario" sancionó disciplinadamente la autonomía²¹.

²¹ El artículo 165 de la Constitución Chávez dice:

"Las Universidades son autónomas. La autonomía consiste en la libre administración de sus recursos, el nombramiento de sus rectores, personal docente, la fijación de sus estatutos y planes de estudio".

La izquierda del Movimiento Nacionalista Revolucionario armó todo un alboroto en su lucha anti-autonomista y concluyó cantando loas a tal régimen. Este vergonzoso abandono de posiciones no se debe a que se hubiese reconocido que la autonomía puede jugar un papel positivo en un período en el que el poder no es aún obrero, es la expresión última de la capitulación frente a la derecha movimientista y frente a la reacción general.

"El Congreso de la Central Obrera Boliviana aprobó un voto resolutive condenatorio de la autonomía y sus dirigentes se toman la libertad de pisotear tal acuerdo. ¿A quién obedecen los líderes obreros, al Comité Político del MNR o a la COB?" ("Masas, n° 18, 31 de agosto de 1956). "El marxismo en Bolivia" nos hace saber que la revista stalinista "Vistazo" (16 de agosto de 1955), expresó su repudio a las intervenciones en un artículo titulado "Bolivia: una revolución en tela de juicio; violencia y balas sobre universidades". Poco antes (mayo de 1955) el Partido Obrero Revolucionario fijó su posición de manera tajante: "Es una impostura pequeño-burguesa condenar un hecho por la sencilla razón de que lleva visos de violencia. De lo que se trata de saber es si la violencia está o no al servicio de la

Los pablistas comenzaron, al igual que stalinistas y falangistas, defendiendo incondicionalmente la autonomía y amenazaron con expulsar a uno de sus militantes que actuó en Oruro como intervencionista. Solamente más tarde, cuando les fue posible plagiar los artículos de "Masas", se lanzaron a loar al Movimiento Nacionalista Revolucionario por sus hazañas en la universidad. El Buró Latinoamericano (organización pablista. Editores, 1996), fiel a su costumbre, hizo saber que fue él quien ordenó el desenlace de todos estos acontecimientos.

El Partido Obrero Revolucionario logró mostrar a los trabajadores la impotencia política del lechínismo; pues éste, en determinado momento, se vio colocado entre los fuegos de los marxistas, de la mayoría movimientista y de la propia reacción. Los conflictos universitarios fueron debidamente aprovechados para lograr un íntimo contacto con los obreros, en momentos en que estábamos amenazados de desaparecer como consecuencia de nuestro aislamiento. Es cierto que nuestro "intervencionismo" nos hizo perder a muchos simpatizantes pequeño-burgueses. Al mismo tiempo, el Partido Obrero Revolucionario fue la única organización que asimiló debidamente esta rica experiencia; la derrota del intervencionismo no hizo otra cosa que confirmar nuestro análisis de las fuerzas político-sociales que actuaron en la universidad.

Después de las intervenciones el falangismo logró conquistar a la mayoría del universitariado y en muchos distritos

revolución. Para nosotros se justifica un atropello -y no nos asustamos ante él- si permite a los explotados lograr la más pequeña conquista, la participación obrero-campesina en la universidad -pese a sus deformaciones y a la eventualidad de que sea destruida- es por sí misma una indiscutible conquista revolucionaria. Nos oponemos al control estatal de las universidades en vista de que el régimen de V. Paz tiene como objetivo estrangular a la revolución boliviana". ("Masas", n° 7 y 8).

aplastó al stalinismo, su aliado de la víspera. Así, los hechos confirmaron nuestra tesis de que si los obreros y campesinos no lograban subordinar a la universidad a su política de clase, ésta sería timoneada por la rosca.

En el calor de la discusión acerca del alcance de la llamada "revolución universitaria" se nos acusó de ser enemigos de la cultura y de la universidad. A nuestro turno dijimos que la intervención no solucionaría la profunda crisis universitaria. Algo más, partíamos de la certeza de que el régimen movimientista no tiene capacidad alguna para superar la quiebra de la cultura boliviana y que esta tarea será cumplida por el gobierno de los obreros y campesinos.

La cultura boliviana ha sido la cultura de la rosca, reflejo de todas sus taras y de todas sus limitaciones. El modernismo, el más vigoroso movimiento intelectual del país, coincide con el liberalismo que entrega las fuentes de materias primas al imperialismo. El exquisito Ricardo Jaimes Freyre llegó a militar en el socialismo, en el socialismo de la Casa del Pueblo de Buenos Aires, o sea en una variante del pro-imperialismo. El aplastamiento de la rosca el 9 de abril de 1952 echó por tierra todo el andamiaje cultural que hasta ahora no ha sido sustituido por otro.

La quiebra cultural se agrava debido al extremado raquismo ideológico del MNR y a su actual orientación pro-imperialista. Los movimientos nacionalistas en otros países, por ejemplo en la Argentina, se han visto obligados a iniciar una revisión de la historia en su afán de encontrar respaldo a sus planteamientos. Dentro del Movimiento Nacionalista Revolucionario coexisten pacíficamente dos libros tan antagónicos como "Nacionalismo y Coloniaje" (Montenegro) y "Linares" (Frontaura Argandoña) y es muy difícil saber cuál es el criterio movimientista frente a la historia boliviana. Un partido político que ha tomado para sí la tarea de estrangular el proceso revolucionario no puede constituir la palestra adecuada para una efectiva superación ideológica. Pensar dentro del MNR

constituye la más seria aventura, pues indefectiblemente lleva a superar su cuadro programático. La teoría política, la literatura, la pintura, la ciencia, etc., no han podido libertarse del enorme peso muerto que importa la permanencia del movimientismo en el poder.

El régimen del Movimiento Nacionalista Revolucionario no puede exhibir valores nuevos en ningún aspecto de la cultura. Los pocos escritores movimientistas de alguna valía se han formado en la lucha contra la rosca y dentro del régimen actual se han dispersado o guardan un silencio extraño. Alandia Pantoja, una excepción en el campo cultural, ha sido el único que ha tonificado su actividad pictórica aprovechando el profundo sacudimiento social del 9 de abril. Alandia no es movimientista y llega a las jornadas revolucionarias totalmente formado y con un enorme prestigio.

La comprensión de los fenómenos revolucionarios no se debe al aporte de los presuntos teóricos del Movimiento Nacionalista Revolucionario sino a la labor de esclarecimiento que realiza el Partido Obrero Revolucionario, principalmente a través de su vocero periodístico titulado "Masas".

La efectiva superación cultural será obra de una futura sociedad, cuyos cimientos serán echados por el gobierno obrero-campesino. Esta tarea sería imposible sin la asimilación crítica de toda nuestra herencia cultural. Lo negativo del movimientismo radica en que uno de sus sectores (la izquierdista) niega a fardo cerrado toda importancia a la tradición cultural boliviana y el otro (la múltiple gama) se somete servilmente a la obra creada por la rosca.

La verdadera renovación cultural comienza a realizarse en el plano de la teoría política y radica en la clarificación teórica de lo que es la revolución boliviana y en el papel que juegan dentro de este proceso las clases sociales. Esta elevada tarea solamente puede cumplirla un partido marxista, pues no en vano el marxismo es la última palabra de la cultura contemporánea.

Dentro de la quiebra total de la cultura, la crisis universitaria no hará más que acentuarse con las contradicciones internas de la revolución y con la influencia negativa del gobierno movimientista. El reflorecimiento universitario solamente puede concebirse si actúa como instrumento de una sólida cultura y esa no existe por el momento. Esto no quiere decir que los elementos revolucionarios deban abandonar la universidad y dejarla a merced de la barbarie falangista; tienen una alta misión que cumplir, ganar a la pequeña burguesía estudiantil para la causa de la revolución. Sería un sectarismo absurdo sostener que el partido del proletariado no tiene nada que ver con los estudiantes. Los obreros llegarán al poder por su calidad de caudillos de la nación oprimida y este hecho les obliga a afrontar y resolver los problemas de las otras clases sociales.

Las intervenciones universitarias enseñan que uno de los mayores crímenes cometidos por la izquierda movimientista consistió en su negligencia e incapacidad demostrada para ganar a los estudiantes para el programa revolucionario. El Partido Obrero Revolucionario tiene que empeñarse en cumplir este objetivo. Es posible que en el futuro, en circunstancias políticas superiores a las imperantes en 1954-1955, tenga que repetirse la experiencia intervencionista de obreros y campesinos, para entonces debe contarse con el apoyo, sino de la mayoría, por lo menos de un considerable núcleo de estudiantes. No se trata de estrangular a la universidad sino, más bien, de encaminarla por el sendero revolucionario.

El acto más desgraciado del desgobierno movimientista Paz-Lechín ha sido, precisamente, la llamada reforma educativa. En esta materia el Movimiento Nacionalista Revolucionario está mucho más a la derecha que el mismo liberalismo de fines del siglo XIX. El principio constitucional de la escuela única y gratuita ha sido echado por la borda.

La reforma educativa constituye uno de los actos normales de la burguesía, empeñada en sepultar al feudalismo en el campo cultural y en forjar obreros capaces de ser explotados en condiciones normales. No pocas veces se ha cometido el error de confundir toda reforma pedagógica con el comunismo.

El Código de Educación sanciona la existencia de la escuela de privilegio clasista. La enseñanza basada en la religión y no en la ciencia ha sido instituida por los "revolucionarios" del Movimiento Nacionalista Revolucionario. No es pues correcto hablar de una enseñanza científica ni de la escuela del trabajo, capaz de unir teoría y práctica. Solamente los dueños de fortunas pueden tener la esperanza de llegar a los grados superiores de la enseñanza actual.

La escuela rural y la alfabetización de las masas campesinas han fracasado ruidosamente, básicamente por no existir condiciones económico-sociales que permitan la culturización de la mayoría nacional y, también, porque las deficiencias y limitaciones impuestas por la incapacidad gubernamental han convertido a la escuela rural en una experiencia liliputiense. Lo más notable es la presencia del analfabetismo funcional masivo.

Se hacen declaraciones líricas acerca de la enseñanza técnica, sin tener en cuenta que en este país estrangulado por el imperialismo colonialista no se ha planteado esa reforma como una necesidad histórica. La verdad es que, pese al atraso, a la miseria, a la mugre y a las enfermedades, existe una aguda desocupación de técnicos, particularmente de los de formación media. Mientras este estado de cosas no se supere de manera radical no se podrá hablar seriamente de enseñanza técnica. La crisis de la universidad boliviana es parte de la crisis cultural del país, agravadas seriamente por la equivocada política del desgobierno movimientista. No se puede justificar la existencia de universidades, cuando éstas cierran sus puertas a la creciente población estudiantil. No se trata solamente de una

quiebra económica aguda, sino de una caída cultural en el abismo. Es explicable que la universidad se vaya convirtiendo en el templo de la barbarie.

El gobierno Paz-Lechín ha pretendido resolver el problema universitario por medio de la destrucción de la universidad estatal y autónoma. Ha creado el politécnico con la finalidad de controlar a los estudiantes y de liquidar todas sus conquistas. Dada la naturaleza contrarrevolucionaria del Movimiento Nacionalista Revolucionario, la lucha por lograr la emancipación de la enseñanza de la influencia estatal constituye una actitud pretendidamente progresista.

El imperialismo también se empeña en imprimir sus huellas en el movimiento universitario. La ayuda económica está condicionada a la necesidad de modificar los planes de estudios y de cancelar la conquista del co-gobierno paritario docente-estudiantil.

EL VOTO UNIVERSAL

En nuestra crítica al "Estatuto Electoral" ya dijimos que ni aun en este terreno la alta dirección del Movimiento Nacionalista Revolucionario ajustó sus actos a los intereses fundamentales del proletariado, es decir, de la revolución boliviana. La valoración de los agrupamientos sociales tiene que subordinarse al planteamiento estratégico básico de que es el proletariado el dirigente político de la revolución. A nuestro planteamiento se opuso una argumentación de corte liberal-burgués: la igualdad de todos los ciudadanos (sean éstos burgueses, campesinos u obreros) ante la ley electoral. Nadie ignora que esta igualdad abstracta no es más que una ficción. Se dijo que la reforma electoral movimientista importaba una atrevida conquista revolucionaria y que sólo los reaccionarios podían hacerle objeciones. También la izquierda liberal hizo un planteamiento análogo en la segunda mitad del siglo XIX, con la salvedad de que reconocía a los campesinos la ciudadanía

plena (derecho de ser elegidos y electores) mientras que el MNR los cataloga simplemente como electores. Es progresista la inclusión de la masa campesina a los derechos electorales, pero ya no lo es el utilizar esa masa para estrangular a los obreros. Sólo los movimientistas podían olvidar que los ciudadanos pertenecen a diferentes clases sociales y que éstas, y no los "ciudadanos" en abstracto, son lo básico en la política revolucionaria. En esa oportunidad pedimos un trato preferencial en favor de los obreros de las fábricas, las minas, el transporte, la construcción, etc. No hay ninguna razón para disimular que nuestra tesis significaba la disminución de tales derechos para las otras clases sociales, limitación impuesta por el porvenir mismo del proceso revolucionario.

Nuestros impugnadores pretendieron desmentirnos con citas, no siempre oportunas, de Trotsky acerca del rol de los campesinos en la revolución. Sin embargo, en la cuestión electoral nuestra posición es totalmente coincidente con la de los clásicos del bolchevismo. El gobierno soviético de los primeros años posteriores a la revolución de octubre de 1917 estableció una verdadera desigualdad "en el derecho de sufragio a favor de los obreros y en contra de los campesinos", desigualdad que fue suprimida en 1936 por Stalin mediante la nueva constitución, calificada por su autor como "la más democrática del mundo". El stalinismo contra-revolucionario se creyó obligado -para complacer así a las "democracias" imperialistas- a retornar a la ficción jurídica burguesa. Trotsky denunció, en un artículo especial, esta adhesión del stalinismo a los principios de la democracia burguesa en los siguientes: "En adelante, no se votará por fábricas sino individualmente, como ciudadanos. Desde que 'no existen clases' todos los miembros de la sociedad son iguales. Los ciudadanos sólo podrán ser privados de sus derechos por los tribunales. Todos estos principios son formas derivadas del programa de democracia burguesa que los soviets, en su tiempo, vinieron a reemplazar. El partido bolchevique sostuvo siempre que el sistema soviético era una

forma más perfecta de democracia" ("La Nueva Constitución de la Unión Soviética", L. Trotsky).

La decisión de ahogar la voluntad de la clase trabajadora se tradujo en la práctica en una serie de maniobras encaminadas a evitar que la vanguardia revolucionaria (partido político del proletariado) llegase al parlamento. Se utilizó a un conocido grupo de aventureros para evitar el reconocimiento legal del POR por la Corte Electoral. Como es ya costumbre en el MNR, la clase fue sustituida por algunos burócratas sindicales aventureros que, a cambio de ser ungidos como parlamentarios, ofrecieron su indiscutida obsecuencia. De esta manera el llamado "parlamento obrero-campesino" de la "revolución nacional" funciona como una simple caja de resonancia de las órdenes impartidas desde el Palacio de Gobierno. El "Estatuto Electoral" le permitió al MNR imponer a sus incondicionales sirvientes y estrangular la viva protesta de las ciudades. En el plano político el parlamento movimientista apenas si refleja todo lo negativo de los sectores más atrasados. Muy pronto los trabajadores mostraron su extrañeza por el hecho de que el parlamento "revolucionario" se concrete a legislar contra sus intereses y a sancionar todas las medidas anti-obreras del doctor Paz. El parlamento movimientista no es ni tribuna revolucionaria ni órgano legislador al servicio de las clases mayoritarias.

Entre las monstruosidades más destacadas del parlamento movimientista se deben señalar las siguientes: 1) aprobación de todos los actos entreguistas y anti-obreros de los gobiernos movimientistas; 2) aprobación del plan de estabilización monetaria; 3) concesión de amplios poderes en materia económica al derechista Siles en dos oportunidades; 4) aprobación de las concesiones petrolíferas y otras en favor de empresas imperialistas; 5) sanción de los estados de sitio dirigidos contra los elementos revolucionarios y los sindicatos. En el campo parlamentario el lechinismo muestra toda su miseria. Utiliza el Estatuto Electoral para llevar a las cámaras legislativas a los

elementos más ineptos y serviles de su camarilla, e inclusive a hampones. Cuando fue mayoría parlamentaria no adoptó ninguna medida para poner a salvo los intereses de obreros y campesinos. Esta simple enumeración de los hechos es suficiente para destruir toda la argumentación de los ideólogos movimientistas acerca de las bondades del "Estatuto Electoral".

La izquierda movimientista ha sancionado con su voto y con su presencia la actividad anti-obrera del parlamento. No tiene el valor de denunciar públicamente tanta trapacería o de abandonar un recinto donde se legisla en contra de la revolución.

En 1928 un grupo de representantes dirigió un manifiesto al país pidiendo "la disolución de la Asamblea Nacional" por haber ésta entregado el poder -crimen de lesa patria, según ellos- al general Blanco y haberle entregado la terrible arma de los poderes extraordinarios. Esos representantes, para poner a salvo su responsabilidad, no pudieron menos que abandonar una "sala, donde no se oyen razones y sólo reina el espíritu de partido". "La nulidad de la elección de muchos de sus diputados; la del gobierno provisorio que los mismos dieron; los atentados, escándalos que para ello cometieron; la violación de las leyes por el primer cuerpo que debe dar ejemplo; la facción demostrada... para elegir el último provisorio... son en resumen las justas causales y poderosos motivos, que nos han obligado a clamar por su disolución" ("Manifiesto de los representantes que claman por la disolución de la Asamblea Nacional", 28 de enero de 1929. El MNR es un partido en el cual se convierte en amo el que tiene en sus manos el aparato y el dinero estatales. Es lo que ha ocurrido con Paz, sobre cuya insignificante personalidad hemos escrito más de una página. Desde el poder ha podido fácilmente romper la columna vertebral del lechinismo, su mayor enemigo por el momento. La izquierda ha sido reducida a minoría dentro del parlamento, habiendo perdido así una de sus fortalezas.

La simple discusión teórica acerca del Estatuto Electoral puede pecar de ingenua. La realidad que vivimos es más farsa que tragedia. Las declaraciones de democratismo que contienen los pronunciamientos y documentos movimientistas son reducidos a cero por la evidencia de que el único que vota en este país es el Ministro de Gobierno, un insignificante testaferrero al servicio incondicional del doctor Paz, pues es el encargado de trasladar los sobres de sufragio de las áreas campesinas y de falsificar la voluntad de las mayorías en las ciudades. Ante el monstruoso aparato de falsificaciones que posee el oficialismo nada puede hacer la oposición ni los organismos encargados de velar por el cumplimiento de las leyes.

Lo ridículo -que al mismo tiempo revela el extremo sometimiento del gobierno al imperialismo- radica en que es la embajada norteamericana la que designa a los candidatos movimientistas. El Departamento de Estado ha decidido que sea Paz el candidato presidencial en 1964 y esa decisión será solemnemente sancionada por la próxima convención del MNR.

El lechínismo ha perdido la batalla electoral y lamentamos que su jefe no vaya a la Presidencia, pues nos priva del placer de comprobar nuestra tesis de que este elemento está condenado a adoptar una posición más derechista y pro-imperialista que la del mismo Paz.

El MNR ha empujado al parlamento a su máxima degradación; sus actos carecen de significación y el pueblo hace bien en burlarse de ellos. El legislativo movimientista apenas si es un sirviente de segundo orden.

Hemos indicado ya que no existen condiciones materiales para el desarrollo de la democracia de corte capitalista en el país. La inconducta del oficialismo corrobora tal afirmación.

El error básico del Estatuto Electoral movimientista -elaborado a espaldas del pueblo e impuesto por medio de la violencia- radica en que subordina el pensamiento y la voluntad de los núcleos revolucionarios de las ciudades a la amorfa y mayoritaria masa campesina. No se trata, en verdad, de que

los campesinos gobiernen este país o determinen la modalidad del parlamento, sino de que el Poder Ejecutivo designe a sus amigos como parlamentarios, abusando del nombre de los campesinos. El MNR siente un profundo desprecio por las masas y las considera -debido a su atraso cultural- incapaces para pensar o para expresar debidamente sus deseos e intereses. Si ha dado un privilegio electoral a los campesinos es porque sabe que puede manejarlos en su afán de aplastar al proletariado, que se ha convertido en su más grande enemigo.

Mientras el Estatuto Electoral tenga tal orientación constituye un deber revolucionario elemental luchar contra él. En tanto impere este estado de cosas, las elecciones seguirán siendo una burda farsa, que es preciso saber desenmascararla.

El Estatuto Electoral le sirve al MNR para perpetuarse en el poder, para dar la impresión de que es un partido mayoritario y que se encuentra en el poder como consecuencia de elecciones democráticas y, finalmente, para falsificar la voluntad del pueblo y, principalmente, de los trabajadores. Lo que la oposición (particularmente la de izquierda) tiene que comprender es que mediante la papeleta electoral jamás será derrotado el gobierno, a pesar de su tremenda impopularidad. Los "revolucionarios" que permiten ser arrastrados al juego electoralista se limitan a prestar un significativo servicio al MNR. El gobierno se da el lujo de escoger y designar a sus "opositores" en el parlamento, todos ellos cortados a su medida.

Nuestra crítica al Estatuto Electoral no tiene nada que ver con la lucha que realiza la derecha para lograr su enmienda y que se reduce a buscar que el MNR le aumente el cupo de diputados. Nosotros deseamos que el proletariado, también en materia electoral, sea la clase dirigente. Estamos interesados no en diputaciones sino en movilizar a las masas contra el desgobierno movimientista.

VII
EL PLAN DECENAL, DESCOMUNAL IMPOSTURA
E INSTRUMENTO DEL IMPERIALISMO.
ESTABILIZACIÓN MONETARIA.

PRETÉNDESE SALVAR EL FRACASO
DEL PLAN EDER

Al comentar el plan imperialista Eder, abusivamente llamado de estabilización monetaria, dijimos clara y terminantemente que no podría aumentar los índices de la producción nacional, fundamento indispensable para una moneda fuerte. Añadimos que este plan no tenía más interés que disminuir los costos de producción (cuya elevación ha llegado a niveles insospechados) disminuyendo los salarios reales. La cancelación de los precios subvencionados para las mercancías de mayor consumo y una insuficiente compensación en los salarios ha permitido materializar este propósito. El gobierno anti-nacional y anti-obrero pretende solucionar todas las dificultades económicas a costa de la agravación de la miseria de las capas mayoritarias de la población.

Es el Plan Decenal el que viene a confirmar el anterior pronóstico, que en su parte considerativa sostiene que su objetivo central radica en lograr el aumento de la producción para complementar la obra del pan de estabilización monetaria. Se puede también concluir que el Plan Decenal considera la situación económica del país sumamente precaria mientras no se alcancen altos niveles de producción. Todo lo hecho a la sombra del Plan Eder tiene más de artificioso que de real, a pesar del tremendo sacrificio popular que supone su mantenimiento. Suficiente recordar que la estabilización partió estableciendo, cierto que artificialmente, la paridad del dólar con el boliviano en 7.500.-; esa paridad se ha elevado en un quinquenio a 12 y 14.000.- Bs. En la misma proporción han disminuido los salarios reales.

El Presidente de la COMIBOL ha desarrollado una curiosísima teoría. Según él, el malestar de las minas nacionalizadas es consecuencia de la errónea política monetaria el gobierno; sostiene que muchas empresas dejarían de ser marginales si se consigue modificar el tipo de paridad del boliviano con el dólar. Como se ve, un problema de mayor producción se reduce a una cuestión meramente aritmética. Los bajos índices de producción no pueden ser superados por el simple control de cambios ni por el monopolio del comercio exterior, estas son medidas simplemente auxiliares. La moneda es una medida de valor y por esto interesa que sea lo más estable posible, porque permite medir mejor el proceso económico. De lo que se trata no es de jugar con la moneda, sino de producir valores y para esta tarea no está capacitado el desgobierno movimientista.

PLANIFICACIÓN Y "LIBERACIÓN NACIONAL"

Se hace una profusa propaganda acerca de que el Plan Decenal representa un verdadero programa de "liberación nacional". Entendámonos. Liberación nacional quiere decir emancipación de un país del control y de la influencia del imperialismo. La liberación nacional supone la autodeterminación en materia política y económica. Sin embargo, este Plan, íntegramente elaborado por técnicos al servicio del imperialismo y que de nacional no tiene más que la desteñida fotografía del señor Lechín, no es más que una versión criolla de la Alianza para el Progreso, o sea del plan elaborado por Kennedy, un representante genuino de los trusts norteamericanos, para someter al continente a su nefasta influencia. Los propios gobernantes de EEUU han equiparado la Alianza para el Progreso con el Plan Marshall, que fuera ideado con la intención de rehabilitar Europa después de la segunda guerra mundial. El Plan Marshall no fue otra cosa que la ayuda económica norteamericana, limitada y controlada, para lograr el sometimiento de todo el continente a los intereses de los grandes consor-

cios y a la política norteamericana. Otro tanto se pretende hacer en el continente americano.

El Plan Decenal tiene una finalidad inconfundible: abrir las puertas para la invasión del capital norteamericano; facilitar la entrega al imperialismo de nuestras más valiosas fuentes de materias primas; acelerar la desnacionalización de las minas y materializar el control de la minería por los grandes trusts. No es casual que el Plan Decenal vaya acompañado del proyecto de un nuevo Código de Minería. Seamos claros. El Plan Decenal no concluirá en la liberación nacional, sino, más bien, en la acentuación de nuestra dependencia del imperialismo norteamericano, en la agravación de nuestra condición de país semi-colonial.

El Plan Decenal -criatura de la Alianza para el Progreso- no significa dádiva, sino calculada y deliberada inversión de capital financiero. En la medida en que aumentan las inversiones foráneas es mayor nuestra dependencia del imperialismo. Se invierte capital financiero para lograr superganancias y para controlar un determinado mercado. Este predominio económico deviene, necesariamente, en predominio político. La historia de Bolivia y de su revolución son ejemplos por demás elocuentes al respecto.

Los empréstitos contraídos a la sombra de los planes Decenal y Triangular tienen que pagar intereses y esta pesada carga tendrá que llevarla el débil pueblo boliviano. El gobierno movimientista está hipotecando nuestro porvenir. La crítica de los teóricos del MNR acerca del "entreguismo liberal" se ha reducido a la nada.

ACTUALMENTE NO PUEDE HABER PLANIFICACIÓN EN BOLIVIA

¿Podremos calificar de economía planificada el esbozo que nos presenta el llamado Plan Decenal? De ninguna manera. Planificar quiere decir dirigir las fuerzas productivas de un

país, o sea sus recursos, hacia un determinado objetivo, en el menor tiempo posible y al menor costo. Sería inconcebible la aplicación de este principio si se considera a cada industria y a cada servicio como una unidad perfectamente contenida en sí misma; tiene que partirse de la certidumbre de que forman parte de un todo que es la economía nacional. Sólo puede haber planificación cuando se tiene en cuenta el objetivo de asegurar la colocación mejor posible, en las diferentes actividades, de las fuentes productoras disponibles. La planificación supone que la autoridad controla la actividad productiva buscando su pleno rendimiento y no simplemente el beneficio de los productores individuales.

La autoridad que planifica tiene que tener en cuenta la más completa satisfacción posible de las necesidades de los consumidores, antes que la ganancia de los empresarios. El capitalista (que monopoliza los medios de producción, tiene intereses egoístas y contrarios a la mayoría de la sociedad), constituye el más grande obstáculo para la planificación de la economía. Se explica por qué la planificación es uno de los métodos propios del socialismo.

La anterior concepción de la economía planificada, una concepción clásica, si se quiere, no puede ser aplicada al Plan Decenal movimientista por las siguientes razones:

El Plan del MNR pretende actuar a través de miles de pequeños productores agrícolas independientes o semindependientes, que son el resultado de las monstruosidades de la Ley de Reforma Agraria. Cada productor agrícola defiende su propio y único interés, generalmente egoísta. La gran masa campesina si en alguna forma coordina su actividad es gracias al mercado interno. La experiencia se encargará de demostrar que los miles de productores campesinos se mantendrán al margen de las intenciones planificadoras del MNR.

El Plan busca armonizar y planificar los intereses de la industria privada (textil, transporte, energía eléctrica, comercio, etc.), gran parte de ella entregada a consorcios foráneos. Pre-

tende coordinar los intereses del comercio, que está en manos de particulares, de la banca enraizada en el capital financiero. El gobierno manifiesta su deseo de planificar la producción petrolífera, a pesar de que en su mayor parte está controlada por los grandes trusts mundiales.

El Plan Decenal pretende vanamente planificar la economía, cuando en este país no existe un poder político centralizado, capaz de imponer su voluntad no ya en las empresas privadas, sino en las entidades estatales (CNSS, COMIBOL, YPFB, Ferrocarriles del Estado, etc.) y en los municipios. Es tan grave la quiebra del MNR en el poder, que prácticamente el gobierno ya no gobierna: los resortes del poder están en manos del imperialismo o han desaparecido en medio del caos. Caracteriza al Plan Decenal una franca mentalidad capitalista: respeto y apoyo al que monopoliza los medios de producción; fomento a las inversiones de capital financiero; garantías al capitalista y sometimiento de toda la economía a sus intereses. Es absurdo hablar de planificación cuando previamente no se ha procedido a la estatización de los medios de producción. De esta premisa se desprende que la verdadera planificación es una tarea que incumbe al proletariado que ha llegado al poder.

El gobierno repite todos los días que la nacionalización de las minas ha sido un desgraciado error y garantiza que no volverá a repetirse. El régimen movimientista basa su propaganda de fomento a las inversiones en las seguridades que da en sentido de que ninguna empresa, formada con capitales extranjeros o nacionales, será nacionalizada en el futuro. Las ideas de planificación del MNR son absurdas, desde el momento en que su preocupación principal es respetar al inversionista privado, al capitalista privado. Es equivocado llamar planificación de la economía a los meros intentos de ordenamiento de ciertas actividades económicas o de cooperación a algunos industriales que se encuentran en quiebra, que eso es lo que pretende hacer, en último término, el Plan Decenal. La misma nacionalización de las minas corre el riesgo de sucumbir en

medio de una economía de corte capitalista. La COMIBOL soporta todo el peso del desbarajuste económico y las consecuencias de las otras ramas de la producción que están atravesando una aguda crisis (agricultura, ferrocarriles, etc.). La creciente presión que se ejerce, desde dentro y fuera del MNR, en sentido de desnacionalizar las minas es consecuencia, entre otras causas, de la mentalidad capitalista que anima al gobierno y a los imperialistas que tienen en sus manos el control de la economía.

Los tratadistas de economía estudian dos tipos de planificación: la que corresponde a un régimen socialista, que es la única que nosotros llamamos planificación de la economía; y la que resulta de los esfuerzos que hacen los gobiernos capitalistas (Inglaterra y Australia, en primer lugar) por salvar a ciertas ramas de la producción mediante un creciente intervencionismo estatal. El Plan Decenal puede bien catalogarse dentro de la segunda variante.

FALLAS TÉCNICAS DEL PLAN DECENAL DE DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL

Dijimos que el Plan Eder, otro plan imperialista, era técnicamente brillante, era un magnífico esquema económico; pero, que políticamente constituía un error. Por mucho que nos esforcemos no podemos hacer el mismo elogio del Plan Decenal. Sus tremendas fallas técnicas le restan seriedad y nos permiten afirmar que no podrá menos que concluir en un fracaso. Aunque parezca extraño, el Plan se basa en una serie de malentendidos económicos y estadísticos. Solamente se puede planificar lo que se conoce, no lo que se ignora.

El Plan Decenal desconoce incluso las reservas de la minería nacionalizada y, con mayor razón, ignora la potencialidad de la minería privada, a pesar de que, a priori, le asigna una gran importancia. Existe una falla monstruosa que deseamos puntualizar. No se toma en cuenta, sencillamente, las tenden-

cias del mercado mundial de minerales para los próximos diez años. Todos saben que la industria minera boliviana está íntegramente subordinada al mercado mundial; que el problema de los costos (aspecto decisivo de nuestra minería) sólo puede resolverse en función del mercado. Se tiene la impresión de que el gobierno estaría seguro de poder imponer su voluntad a los compradores, este absurdo proviene de la certeza que tiene el MNR de contar siempre con la benevolencia del imperialismo. No se puede planificar la economía boliviana si no se tienen estudios concretos y detallados sobre todos y cada uno de los aspectos de la minería. La intención central del Plan en esta rama de la producción no es otra que convertir a la minería privada en el verdadero eje de la economía, por medio de un importante apoyo financiero venido del exterior. Este proyecto está ya denunciando el odio de los planificadores a la estatización de las minas, cuando se trata del problema agropecuario, en cada capítulo y casi en cada párrafo se lee la palabra "parecería". No existe ningún dato estadístico acerca de la capacidad económica del agro, de sus posibilidades de desarrollo, ni, mucho menos, de las necesidades de los agricultores. En este aspecto el Plan no puede ser considerado más que como una utopía. Esta falla adquiere toda su importancia si se considera que este factor de la economía constituye uno de los pilares para la disminución de los costos de producción, para el ensanchamiento de la industria y, conforme indica el mismo Plan, para cumplir la misión de procurar el autoabastecimiento del país en lo que se refiere a alimentos y materias primas. Si este propósito no se materializa no se puede hablar de un creciente ahorro interno. El optimismo sin fundamento del Plan llega a alentar la esperanza de que se exportará gran parte de la producción agropecuaria, que la supone ya en crecimiento incontenible. No se exagera cuando se dice que los índices productivos asignados a las industrias de alimentos y textil carecen de verdadero fundamento, pues la estimación de la actividad agropecuaria se basa en meros supuestos. Si no se

conoce la realidad agropecuaria tampoco se puede saber en qué medida puede ensancharse el mercado interno, es decir, cómo y en qué proporción puede funcionar esta palanca para favorecer la expansión de la agricultura y de la misma industria. Si el Plan desconoce el mercado internacional, no se toma la molestia de ni siquiera mencionar el intento. Como se ve, el MNR no pretende armonizar los diversos aspectos de la economía y, por esto mismo, no alcanzará a planificarla.

Se ha incurrido en la monstruosidad de marginar del Plan a las empresas petroleras privadas. Entre líneas se lee que el intervencionismo del raquíptico Estado boliviano no puede alcanzar a los consorcios internacionales. YPFB se encuentra en plena agonía, como consecuencia del estrangulamiento burocrático que sobre esa empresa ejercita el MNR. La esperanza de que los yanquis la saquen a flote se torna cada vez más improbable. Es un juego pretender planificar la producción petrolífera teniendo en cuenta únicamente las escasas posibilidades de la empresa estatizada. La mayor parte del petróleo está en manos privadas, en manos de los grandes consorcios mundiales. La mentalidad liberal del gobierno movimientista le obliga a alentar a las empresas privadas y a negarse a subordinarlas al interés general.

Inclusive cuando se trata de los servicios públicos, de las necesidades vitales de las poblaciones urbanas (agua, alcantarillado, energía eléctrica, vivienda, etc.), los propósitos del Plan no se basan en datos estadísticos concretos o en estimaciones que merezcan alguna confianza, los supuestos de que parte son por demás arbitrarios y hasta, se puede decir, estrictamente personales de los proyectistas.

El encauzamiento de las fuerzas productivas constituye el fundamento y la justificación misma de un plan económico. El proyecto movimientista da las espaldas al desarrollo objetivo de la economía y se refugia en una supuesta buena intención de los productores. Este no es, precisamente, el camino adecuado para que funcione la planificación. Diremos que el

MNR está incurablemente atacado de subjetivismo. El Plan - ¡admírese el lector!- entrega la ejecución de grandes y trascendentales proyectos a la voluntad individual.

Se ha proyectado el traslado de 500.000 personas del altiplano y de los valles (regiones improductivas o superpobladas) hacia las áreas agropecuarias del Oriente. Se trata, indiscutiblemente, de una descomunal inmigración interna y que, sin embargo, se confía a la iniciativa privada de las capas más conservadoras de la población. Semejante desplazamiento de los pobladores sólo puede hacerse como una operación dirigida por el Estado y teniendo como causa el atractivo de los incentivos económicos. Hasta ahora los planes de colonización han fracasado por no haber encontrado condiciones materiales adecuadas (buenos caminos, sanidad, educación, tecnificación del agro, crédito barato, etc.). El problema ha sido trastocado. El Plan depende, en definitiva, de los productores independientes y no a la inversa. Lo menos que uno puede observar es que así no puede haber planificación económica alguna. ¿Y si los campesinos no se trasladan al Oriente en proporción más elevada? El Plan se verá seriamente entrabado. Esta variante es la más probable. Los planificadores parece que han dispuesto que la agricultura asentada en las faldas de los cerros se desplace a las planicies, particularmente en la región altiplánica. Nuevamente, eso es lo que ha dispuesto el Plan (aunque las razones de su decisión no son del todo claras y convincentes), pero todavía no sabemos lo que dirán los campesinos, pues se confía que ellos voluntariamente consumen esa verdadera revolución de la técnica agraria. Lo más notable del Plan es su tremenda ignorancia de nuestra realidad.

La agricultura se ha radicado en los flancos de los cerros, como el resultado de trabajos técnicos (construcciones de granjerías, tipo especial de fertilización, etc.) realizados desde tiempos inmemoriales y porque esa inclinación de los cerros, y particularmente las hondonadas, permiten defender las plantaciones de la inclemencia del tiempo y conservar la humedad

(para lo que el campesino utiliza desde tiempos inmemoriales las piedras). El problema más grave de la agricultura en el altiplano y en los valles radica en que los campesinos están olvidando la técnica heredada de sus antepasados y en que nada se hace para evitar el efecto de los factores de erosión del suelo. Hay un tremendo desnivel entre el grado de fertilidad de las laderas de los cerros y el de la planicie altiplánica. Si los campesinos obedeciesen los proyectos del Plan significaría que hubiesen seguido el camino del suicidio. ¡Felizmente esto no ocurrirá! El traslado de la agricultura a las planicies debería estar precedido con trabajos de fertilización del suelo, con el establecimiento de métodos artificiales de riego, etc. El Plan no dice una sola palabra sobre estos palpitantes problemas.

Una parte de la ayuda norteamericana se materializa en productos agrícolas, provenientes de los stocks de sobreproducción. La concesión de no pocos empréstitos (es decir que hay que pagarlos a la larga y reconocer intereses) se hace para que la semicolonía boliviana adquiera sobrantes agrícolas de la metrópoli norteamericana. Esto supone que nuestra dependencia del imperialismo viene actuando como el peor obstáculo al crecimiento de la agricultura. ¿Qué se hará para defender la producción nacional de la invasión de productos que son excedentes en los EEUU? ¿Se establecerán impuestos aduaneros y en qué medida influirán éstos en la elevación del costo de vida y de los mismos costos de producción de la minería y de la industria? El Plan guarda silencio sobre estas cuestiones vitales. Si hablara llegaría acaso a enojar al coloso del norte.

La planificación movimientista pretende realizarse a través de entidades autónomas o semi-autárquicas, todas ellas en completo estado de falencia y que viven al margen de las necesidades estatales y de las propias necesidades económicas del país. Las organizaciones autárquicas han sido convertidas en haciendas que despiadadamente explotan los movimientos y en reductos donde se refugian el favoritismo político y la probada ineptitud. Estos factores negativos son suficientes

para hacer naufragar cualquier intento planificador. Estas entidades tienen su vida propia y sus objetivos particulares, que son extraños a los del país y a los del Estado. Para planificar efectivamente la economía sería preciso someter a las organizaciones autárquicas a la voluntad de la autoridad central y derrotar a los intereses burocráticos. La experiencia enseña que esto no podrá hacer el gobierno movimientista. Estas entidades hacen su propia política y obstaculizan todos los planes estatales. Aún hay un otro factor negativo: las masas y los sindicatos están luchando activamente contra la pésima política que informa la actividad diaria de las entidades autárquicas, que perjudica seriamente a la mayoría nacional. Los asalariados no ven con simpatía el constante empeoramiento de las prestaciones y servicios que otorga la CNSS a sus afiliados y se encaminan a crear las cajas sectoriales, lo que necesariamente incidiría de manera negativa en la producción nacional en su conjunto. Se trata de una forma negativa de combatir la burocratización. La crisis de la CNSS débese al no pago de cotizaciones por parte del Estado y de los empresarios, que cínicamente malversan los descuentos que efectúan a sus obreros. También en este terreno se pretende superar una dificultad económica a costa de los trabajadores: disminuyendo las prestaciones sociales. El estado actual en que se encuentran las entidades autárquicas las convierte necesariamente en elementos que contribuyen a acentuar el caos de nuestra economía y que obstaculizan todo intento de planificación. El desgobierno movimientista no tiene ninguna posibilidad de superar estos obstáculos; al contrario, se somete a ellos y basa en ellos el Plan Decenal.

De lo que antecede se desprende que el Plan Decenal no puede menos que ser fragmentario (más arriba hemos dicho un intento intervencionista dentro de ciertas ramas de la producción). Esto significa que, en el mejor de los casos, los proyectos de planificación sólo puede funcionar dentro de ciertas

ramas de la producción y que gran parte de la economía y de la población prácticamente están al margen del Plan Decenal.

Si consideramos que la minería estatizada, por ejemplo, funciona dentro de los lineamientos del Plan, los otros sectores (agricultura, transportes, prestaciones sociales, petróleo, comercio, banca, etc.) siguen caminos diferentes y hasta opuestos al programa de planificación. La consecuencia inmediata de este contrasentido es un desperdicio considerable de recursos, lo que importa un sabotaje al propio Plan. La minería tiene que soportar el peso de todos los aspectos negativos de los otros sectores de la economía, que tienen en consideración los planes del Estado.

El costo de las operaciones y el tiempo en el que se realicen no interesan en absoluto al Plan Decenal y este hecho lo torna sospechoso. En el capítulo que se refiere al petróleo se consiguen costos para la perforación de pozos muy por encima de los que rigen en otras regiones, teniendo en consideración que su rendimiento es relativamente bajo. Oficialmente estamos ya en el segundo año del Plan y la minería ha ingresado a su segunda etapa de recuperación. Sin embargo, el resto de la economía se afana por ingresar recién al período de "arranque", sin que nadie sepa a ciencia cierta cuándo comenzará. No se puede considerar planificación de la economía la simple realización aislada de ciertas obras. Este tremendo atraso puede deteriorar definitivamente toda intención planificadora del Ejecutivo. Parece que nadie se da cuenta de este peligro y nadie se plantea, por tanto, el problema del tiempo, aspecto básico para cualquier economía planificada.

Extraña que los técnicos encargados de la redacción del Plan no se hubiesen preocupado de superar muchas de sus fallas. Ha conspirado contra ello la premura que tenía el MNR de lanzar su Plan como documento destinado a desorientar a los bolivianos y a servir al doctor Paz como plataforma electoral. Los círculos pazestensoristas sostienen que el actual Presidente debe ir a la reelección porque es el único capaz de

ejecutar el Plan Decenal, presentado al país como su última tabla de salvación. A su turno, Lechín agota todos los medios publicitarios para aparecer como el autor de dicho documento.

Nos hemos limitado a señalar los errores técnicos de mayor volumen y más visibles, los ejemplos podrían fácilmente multiplicarse hasta el infinito.

EL PLAN DECENAL NO ESTÁ DEBIDAMENTE FINANCIADO

Aun suponiendo de que el Plan movimientista fuese técnicamente perfecto, basado en informes exactos acerca de nuestra realidad económica, quedaría en pie un grave problema: ¿cómo se financiará el Plan? Nos apresuramos en responder que se trata de un proyecto que carece prácticamente de financiamiento y que, también en este terreno, está íntegramente subordinado a lo que diga y a lo que haga el imperialismo.

El documento gubernamental dice que será necesario contraer empréstitos (no se debe olvidar un solo momento que éstos deben ser pagados, tarde o temprano, y que reconocen intereses), en una proporción de 66.7, 56 y 44 millones de dólares, respectivamente; y que a partir del primer año de vigencia del Plan ya comenzará a obrar el ahorro interno (proveniente de la diferencia entre el aumento del volumen de la producción y las necesidades del país), como principal factor del financiamiento de la planificación. Al segundo año de este nuevo reinado y en lugar de ahorro se vienen agudizando las pérdidas en los renglones vitales de nuestra economía. Tenemos el siguiente dato desolador proporcionado por el oficialismo: en el primer cuatrimestre de este año la COMIBOL, que está cumpliendo el Plan Decenal, en vez de arrojar un ahorro que podría permitir la ejecución de ciertas obras indispensables, tiene una enorme pérdida, debido a que la producción tiene un déficit de 650 toneladas de estaño fino. No existe ninguna esperanza de que este fracaso de la Triangular en la

primera etapa pueda ser totalmente superado en la segunda. Aún no se vislumbra ninguna solución a la peligrosísima contradicción entre los siempre crecientes costos de producción de los minerales bolivianos y la tendencia a la baja de los precios que dominan el mercado mundial²².

El Plan establece que el aumento de los gravámenes ya existentes y la creación de otros nuevos podrían ayudar a financiar, cierto que en pequeña medida, ciertas obras programadas en el intento planificador (podemos citar como ejemplos la elevación de la prestación vial y el impuesto predial rústico). Lo ocurrido con el predial rústico pone en evidencia los tremendos obstáculos que tendrán que salvarse para imponer y cobrar las contribuciones a un pueblo hambriento como el boliviano. Los campesinos se resisten a pagar la nueva gabela no por su cantidad (cuya incidencia en la economía del productor campesino es indiscutible) sino porque, dadas las tremendas condiciones de miseria en que se debate la masa humana del agro, todo impuesto resulta insoportable. Lo que corresponde no es idear nuevos tributos, sino ayudar técnica y económicamente a los campesinos a producir más, para que puedan alcanzar por lo menos los niveles humanos de vida. Las masas campesinas primero tendrán que ser derrotadas antes de que este impuesto entre en plena vigencia. Los revolucionarios cumplimos un deber elemental al enseñar a los explotados a rechazar enérgicamente estos nuevos gravámenes. Su implantación está también obstaculizada por la misma lucha fraccional del oficialismo. Si en los primeros momentos, obedeciendo insinuaciones del Palacio de Gobierno, la burocracia sindical se pronunció en favor del predial rústico, la izquierda lechinista se levanta contra este impuesto, por razo-

²² El llamado plan de rehabilitación de Catavi ha tenido efectos contraproducentes para la producción. Los salarios han disminuido y los obreros calificados se han visto obligados a pedir su retiro. Como consecuencia, los ingenios solamente trabajan pocas horas del día.

nes demagógicas y porque cree que así podrá cazar nuevos adeptos²³.

Es fácil comprender que el funcionamiento de la financiación interna del Plan se torna sumamente hipotético. El gobierno parece no preocuparse mucho por los obstáculos que encuentra en su camino, seguro de que toda falla en los programas internos será subsanada por la bondad de los yanquis.

¿Será posible que los Estados Unidos financien íntegramente el Plan? Parece que tal es la esperanza del Movimiento Nacionalista Revolucionario. Sostenemos que esta variante es la menos posible.

Es evidente que el imperialismo norteamericano tiene decidido conceder ayuda económica al gobierno de Paz (nos referimos particularmente a su tercer período); es cierto que van a venir los empréstitos, pero van a venir dentro de la perspectiva de los Estados Unidos. Esa ayuda estará calculada y orientada no de acuerdo a las reales necesidades de Bolivia, sino a los intereses de la metrópoli imperialista. Es necesario repetir que el imperialismo norteamericano tiene un objetivo inmediato y concreto: evitar que las materias primas y que la misma economía en su conjunto se le escapen de las manos y eliminar toda posibilidad de que se repita el caso de Cuba. Estados Unidos considera a Bolivia como su reserva natural de minerales y como su campo de operaciones policiales y militares.

Lo que tiene que dejarse claramente establecido es que la "ayuda" norteamericana es un recurso para lograr que funcione la imposición de determinados requisitos políticos sobre el gobierno boliviano. Estados Unidos, a través del Plan Decenal y por otros canales, ha señalado su estrategia. En Bolivia le interesa de las minas se mantengan en producción, que no sean

²³ Otro impuesto sobre la actividad gremial ha sido rechazado violentamente por los sindicatos. El gobierno cree que podrá imponer su vigencia por medio de la creación de una nueva Confederación de Gremiales.

totalmente destruidas por la impericia de los equipos técnicos movimientistas o la escasez aguda de recursos económicos de la Corporación Minera de Bolivia, en fin que supervivan como su reserva y que el Movimiento Nacionalista Revolucionario no caiga inmediatamente del poder, esto porque en alguna forma puede aún contener controlados a los trabajadores, particularmente a los mineros. Las inversiones de la metrópoli norteamericana se harán en las regiones que interesan directamente al Departamento de Estado, es decir, allí donde pueda controlar las materias primas básicas. Es evidente que se negará a financiar todo el Plan porque éste rebasa sus intereses.

El financiamiento del Plan Decenal se verá seria e inmediatamente obstaculizado porque la ayuda de la metrópoli norteamericana está políticamente condicionada. Puede funcionar solamente a condición de que el gobierno boliviano tenga la posibilidad política de cumplir a cabalidad sus compromisos contraídos. Cada dólar que viene al país de Estados Unidos trae detrás una orden, bajo el disfraz de recomendación, que los "teóricos" y gobernantes movimientistas de una supuesta "liberación nacional" no pueden menos que acatar. (En 1996 todo esto aparece como algo evidente e inconfundible para todos los bolivianos que están cansados de las bellaquerías de los gobernantes y politiqueros. Los Editores).

Actualmente la concesión de los empréstitos norteamericanos -que no son precisamente obsequios- tiene que estar precedida por un efectivo aplastamiento del movimiento obrero, vale decir, de la destrucción de organizaciones sindicales, del control obrero, de las conquistas sociales, etc. y de las tendencias revolucionarias (represión y persecución de las corrientes marxistas).

Se tiene que comprender que el Movimiento Nacionalista Revolucionario tiene muy pocas posibilidades de cumplir las exigencias del imperialismo. Hay que concluir el desgobierno movimientista ha perdido la capacidad para poder aplastar al pueblo boliviano. Es explicable que el agotamiento del régi-

men imperante se levanta indiscutible la pujanza del pueblo boliviano y de la clase obrera.

No podemos demostrar ahora en qué porcentaje el imperia- lismo norteamericano financiará el Plan Decenal. El más op- timista tendría que concluir que, en el mejor de los casos, ese financiamiento será parcial. Sin embargo, cuando una planifi- cación se cumple en parte, cuando funcionan solamente ciertas ramas, cuando un porcentaje de la economía se paraliza por falta de apoyo económico, se llega a dañar seriamente todo el proyecto, porque -reiteramos machaconamente- significa un enorme despilfarro de recursos. Eso es lo que ya está ocurrien- do en el campo de la minería. La llamada ampulosamente "Triangular" es un plan aislado y las empresas mineras estati- zadas tienen que cargar con todo el peso del caos imperante en el resto de la economía boliviana.

Lo único inobjetable, a esta altura del desarrollo de los acontecimientos, es que los tan apetecidos dólares norteameri- canos tendrán que vencer múltiples dificultades antes de poder vencer la cordillera andina. No cabe la menor duda que, como ya hemos indicado, esos obstáculos son de naturaleza incon- fundiblemente política.

Toda vez que el desgobierno movimientista no cumpla sus obligaciones frente a la metrópoli imperialista, la tan publici- tada "ayuda" norteamericana será suspendida inmediatamente, como ya ha sucedido tantas veces. No cabe la menor duda de que estos continuos retrasos en el financiamiento no podrán menos que dañar seriamente el Plan Decenal.

Lo ideal sería, indiscutiblemente, que la planificación económica nacional sea financiada en su integridad con recur- sos económicos del país. La planificación quiere decir control- lar y dirigir el conjunto de los recursos del país para lograr un desarrollo económico global. Eso es lo que pretendió hacer Perón en la Argentina cuando programó costear su plan quin- quenal con la diferencia proveniente de la comercialización de los granos.

Fácil es concluir que, dadas estas condiciones, estamos obligados a concluir que el Plan Decenal de Desarrollo Económico y Social ha nacido muerto; su frustración determinará que pase sin dejar huella.

Todavía hay un otro peligro. El Plan Decenal de Desarrollo está íntegramente subordinado a la mal llamada Alianza para el Progreso, que sintetiza la política colonialista del imperialismo norteamericano.

Los mismos teóricos al servicio de Estados Unidos de Norte América, los gobernantes latinoamericanos que ofician de agentes del imperialismo, día tras día pierden las esperanzas acerca de la viabilidad de este plan.

Kubitschek, que considera a la Alianza para el Progreso como "la promoción del desarrollo continental mediante la cooperación económica como el único camino capaz de salvar las economías latinoamericanas...", denuncia, sin embargo, que no resuelve el problema básico de la tijera abierta de los precios que dominan las relaciones del bloque semicolonial con el imperialismo. Dice: "la alianza no ha enfrentado el problema básico de la debilidad de las economías latinoamericanas; el deterioro progresivo de los precios de nuestros productos básicos de exportación, concomitantemente con el aumento de los precios de los productos (mercancías) destinados a la importación".

No puede haber la menor duda de que el Plan Decenal -pretendidamente de Desarrollo- tendrá que correr la misma suerte que la Alianza para el Progreso. Kubitschek llega a la conclusión de que los recursos económicos de esta última operación son inadecuados, es decir, insuficientes: "La propia euforia inicial con que fue recibida (la Alianza para el Progreso), contribuyó para acentuar la reacción de desilusión con que se sigue su ejecución.

"La enumeración cuantitativa de recursos provenientes de la ayuda externa, anunciada en cierta magnitud en Punta del Este, pronto se redujo a proporciones realmente inadecuadas

para atender los objetivos ambiciosos del movimiento. Los cien millones de dólares, a ser destinados por Estados Unidos de Norte América para costear la Alianza para el Progreso, terminaron siendo reducidos, por el congreso norteamericano, a solamente sesenta millones anuales. Esa suma todavía sería respetable, si significara realmente un aporte de recursos nuevos. Sin embargo y por lo que se ha visto, la Alianza para el Progreso se ha convertido en una mera rúbrica contable, aplicada a empréstitos ya concedidos a varios títulos, inclusive con carácter retroactivo".

Por su parte, Raúl Prebisch expresa su acuerdo con lo fundamental de la anterior crítica franca: "Es indudable, pues, que el efecto benéfico de la inversión de recursos internacionales sobre la economía latinoamericana ha sido neutralizado por el deterioro de la relación de precios del intercambio exterior".

Nadie puede dudar que el fracaso del plan norteamericano continental llamado Alianza para el Progreso significará el hundimiento automático del Plan Decenal movimientista. Si esto sucede es claro que Víctor Paz Estenssoro puede perder toda esperanza de salvación en su tercer período de gobierno antinacional y antiobrero.

UN PLAN ELABORADO A ESPALDAS DEL PUEBLO Y DE LA CLASE OBRERA

El Plan de Desarrollo ha sido faccionado a espaldas del pueblo boliviano e ignora, de manera total y definitiva, a la clase obrera. Los considerados actores principales ignoran la existencia del mencionado Plan gubernamental. Se puede concluir que es un Plan antipopular.

Por otra parte, la aplicación del Plan Decenal de Desarrollo se verá seriamente obstaculizada por la caducidad del Movimiento Nacionalista Revolucionario en el poder. Las masas han llegado al convencimiento de que nada de lo que haga el movimientismo les pueda favorecer.

Los trabajadores, que no han tenido injerencia alguna en la elaboración del Plan Decenal y cuya opinión no ha sido solicitada ni tomada en cuenta, no tendrán intervención alguna en la ejecución de los proyectos movimientistas. A ellos se les asigna una sola tarea: trabajar duro y fuerte, con la boca cerrada y olvidándose de sus propios intereses.

En ningún lugar del Plan Decenal se estudian los costos de producción. Sin embargo, un considerable aumento de la producción (meta que se señalan los planificadores) debe traducirse en una disminución de los costos. El Plan confía que esta disminución de los costos se opere como consecuencia del empeoramiento de las condiciones de vida y trabajo de los obreros. En los centros proletarios, en las minas y en las fábricas, se ha comenzado a presionar a los obreros para que produzcan a un ritmo acelerado.

Si tal es el programa del Movimiento Nacionalista Revolucionario y de su gobierno, si esa es esencia se tiene que concluir que este partido no tiene justificación histórica alguna para seguir gobernando. Se trata, en realidad, de un anacronismo. Su programa central apenas si puede tener el valor de una arenga electoralista.

VIII

LA CENTRAL OBRERA BOLIVIANA

El capítulo décimo de la "Tesis de Pulacayo" está dedicado a justificar la consigna de una poderosa y única Central Obrera dirigida por el proletariado.

"El marxismo en Bolivia" ve en ese capítulo "la simiente de la futura Central Obrera Boliviana" y transcribe el siguiente párrafo de dicho documento: "la lucha del proletariado precisa de unificación. Necesitamos forjar una poderosa Central Obrera".

LA CENTRAL STALINISTA

Al promediar la tercera década del presente siglo se hacen "los más serios esfuerzos para formar una central obrera única y nacional", bajo la inspiración de la stalinista Confederación Sindical Latinoamericana (CSLA), dependiente de la Internacional Sindical Roja. Se trató de una organización efímera existencia, debido al boicot de los entonces poderosos sindicatos anarquistas y por pertenecer los dirigentes a la estrata artesanal. No se pueden considerar como centrales nacionales ni la Federación Obrera (1909) de ideología liberal ni la Federación Obrera Internacional (1912), que constituye algo así como el puente de transición hacia los postulados socialistas, porque la acción de ambas federaciones comenzaba y concluía en la importante ciudad de La Paz.

En 1936 (gobierno del coronel David Toro), los núcleos marxistas concluyeron por aplastar a la Federación Obrera Local anarquista, mediante la asimilación de connotados ácratas (por ejemplo, los hermanos Moisés, Osuna, etc.), a quienes se les obligó a formar un organismo mixto encargado de preparar el congreso de unificación del movimiento obrero. De este congreso nació la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia (CSTB), afiliada desde el primer momento a la

CTAL stalinista, y que estaba constituida como una especie de federación de las Federaciones Obreras Sindicales departamentales.

La CSTB conoció un período de esplendor, aunque obscurecido por su prematura escisión (funcionaban, por lo menos en el plano de la guerra del papel membretado y de los sellos, dos CSTB) entre piristas y marofistas. La CSTB más que una central fue un remedo que siguió todas las sinuosidades de la política stalinista antiobrera.

Pudo evidenciarse la tendencia instintiva de los explotados hacia la unidad, pero estuvo atacada de una esclerosis aguda desde su primera infancia, como consecuencia de la tara de su nacimiento. Fuerza de choque del Partido de la Izquierda Revolucionaria no sirvió más que para dar un tinte popular a todos los sucios bloques con la rosca. Debutó prestando un ministro "obrero" al gobierno militar de Toro, al que, para encubrir su arribismo, llamó "socialista".

También fue la masa de la "Unión Democrática Boliviana" y del "Frente Democrático Antifascista", es decir, de la alianza del stalinismo con la rosca. La pretendida central obrera se caracterizó por actuar siempre contra los intereses obreros y, en los períodos de mayor radicalismo, su misión básica consistió en asegurar el triunfo de los diputados piristas, entre ellos muchos masacradores de mineros y el autor del despido en masa de los trabajadores de Catavi. Tan extraña mentalidad de los dirigentes de la CSTB puede explicarse por su militancia en el stalinismo y por su entroncamiento en el artesanado. Para la CSTB los sectores genuinamente proletarios debían estar sometidos (en la práctica lo estaban por falta de proporcionalidad en las representaciones) a la dirección artesanal, formada por muchos que fueron educados en los partidos políticos que formaban una especie de "inteligencia". La estructura y orientación de la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia estaba lejos de corresponder a la evolución que habían conocido los trabajadores en los últimos decenios.

El proletariado no solamente se había fortificado cuantitativamente, sobre todo como consecuencia del surgimiento de la industria fabril paceña, del impulso dado a la construcción y al autotransporte, sino que había sufrido una profunda transformación en su conciencia: partiendo de la lucha económica se vio obligado a librar huelgas políticas y afanosamente buscó un derrotero revolucionario. En tales circunstancias, solamente a un retrógrada o a una víctima de los prejuicios artesanales se le podía ocurrir propugnar la unidad del proletariado dentro de la CSTB, tal consigna habría significado desarmar políticamente al proletariado y colocarlo detrás de la pequeña burguesía artesanal.

Por otro lado, la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia se encontraba totalmente desprestigiada y había perdido el control de la mayoría de los trabajadores. Los stalinistas se lanzaron a una rabiosa campaña en pro de la unidad bajo la bandera emporcada por ellos mismos; utilizando a las direcciones de ferroviarios, sector en que aún conservaban parte de su prestigio, agotaron todos los recursos para atraer a los mineros y engrillarlos en la CSTB caduca.

La justa comprensión de la consigna de crear, impostergablemente, la central obrera, contenida en la "Tesis de Pulacayo", no sería posible si se ignora tal panorama. El Partido Obrero Revolucionario desahució a la agonizante CSTB y propugnó la unidad de los trabajadores bajo la dirección del proletariado.

La FSTMB se organizó al margen y contra la CSTB.

La Central Obrera sustentada por la "Tesis de Pulacayo" debía ser la expresión de la nueva realidad política; la transformación revolucionaria bajo la dirección política del proletariado y la total superación del período artesanal de nuestra historia. En este sentido la COB se basa directamente en la "Tesis de Pulacayo" y no en la nefasta tradición de la CSTB stalinista.

PRIMEROS ENSAYOS

El bloque político entre la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia y el Partido Obrero Revolucionario, se empeñó, bajo el sexenio, por estructurar la Central Obrera, como expresión de la unidad de los explotados bajo la dirección del proletariado. En la convocatoria que se lanzó al efecto se consignaba que el principio de la proporcionalidad serviría de norma para fijar el número de delegados ante la Central Obrera, de esta manera los mineros serían la fuerza decisiva. Este planteamiento no era otra cosa que el reflejo de lo que estaba ocurriendo en las calles: las masas, incluyendo a capas pequeño-burguesas, se incorporaban a la lucha reconociendo a los mineros como su vanguardia.

La nueva organización se llamó Central Obrera Nacional y contó, desde el primer momento, con lo más avanzado del proletariado, pero no pudo desplazar totalmente a la CSTB, pues ésta contaba en su favor con todo el aparato y los recursos estatales. La Central Obrera Nacional cometió el error de arriesgar su existencia en la lucha, encabezada por ella, de los empleados públicos por la conquista del derecho de sindicalización. Habiéndose metido así en un callejón sin salida. Los obreros sostuvieron una larga huelga en defensa de los empleados públicos y éstos se quebraron en las primeras escaramuzas. Todas estas circunstancias no permitieron consolidarse a la Central Obrera Nacional, que pasó a la historia como un simple esfuerzo en favor de la estructuración de una Central Obrera proletaria.

La tenaz lucha de los trabajadores contra el gobierno de la rosca les hizo comprender que era imprescindible organizar un instrumento de dirección y de unidad de los explotados. A ese objetivo respondieron los Comités Coordinador y Cuatripartito (organizados para combatir a los gobiernos rosqueros del sexenio, Editores, 1996), que en el corto lapso de vida jugaron el papel de centrales sindicales.

El paso de la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia artesanal a la Central Obrera Boliviana revolucionaria pudo cumplirse gracias al fortalecimiento de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, de la Confederación de Fabriles y a la organización de los constructores, es decir, al engrandecimiento y organización de los sectores proletarios. La Central Obrera Nacional no pudo prosperar porque, precisamente, no habían madurado las condiciones para dar este paso decisivo.

El Movimiento Nacionalista Revolucionario jugó un papel subalterno en la discusión y en los trabajos encaminados a estructurar una poderosa central obrera, hecho que se explica si se tiene en cuenta la naturaleza de su programa. Es cierto que la alta dirección movimientista no veía con simpatía a la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia, porque se había convertido en la fuerza de choque de la alianza entre el Partido de la Izquierda Revolucionaria y la rosca, que, como es de conocimiento público, estaba dirigida contra el gobierno de Gualberto Villarroel y de Víctor Paz Estenssoro. Los obreros (trotskystas, movimientistas o independientes) se fueron emancipando paulatinamente de la influencia de la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia.

LA COB Y LA REVOLUCIÓN DEL 9 DE ABRIL

El 9 de abril de 1952 se sumó al conjunto de factores que prepararon el terreno para la organización de la Central Obrera Boliviana, como comando único nacional y dirigido por el proletariado. Sobre la rica experiencia acumulada durante el sexenio, la Central Obrera Boliviana se organizó casi de modo natural el 18 de abril de 1952. La victoria de los trabajadores, al aplastar a la rosca, había destruido también a la stalinista Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia, que tuvo el acierto de disolverse en un día que no está consignado en las páginas de la historia.

Alfredo Candia, políticamente incapacitado para comprender la mecánica interna de la revolución, dice refiriéndose a la organización de la Central Obrera Boliviana: "Con notable visión de lo que debía hacer y de lo que iba a ocurrir, Lechín reorganizó rápidamente los cuadros obreros de La Paz, bastante maltrechos por la acción represiva del gobierno Urriolagoitia, aunque ya en el régimen de Ballivián la fuerte persecución contra Lechín y los trabajadores había disminuido bastante, a raíz de que el líder proletario de acuerdo con el ministro de Trabajo, coronel Sánchez, hizo declarar a éste por los mineros 'Compañero Predilecto', tal como lo anunció la prensa de entonces". ("Una revolución nacionalista usurpada por el comunismo", "El Diario", 11 de octubre de 1957).

Esta apreciación está alejada de la verdad y de los acontecimientos. Correspondió al militante porista Miguel Alandia Pantoja -uno de los protagonistas de la puesta en pie de la CON- dar el impulso inicial para la organización de la Central Obrera Boliviana y fue él quien presionó a Lechín para que convocase a la primera reunión. Lo que ahora acabamos de afirmar podrá parecer una exageración si no se toma en cuenta que toda la lucha preparatoria para la formación de la Central Obrera Boliviana estuvo a cargo de los militantes poristas y que gran parte de la plana mayor y toda la orientación de la flamante COB eran trotskystas. Lechín no hacía más que actuar bajo la poderosa presión de las masas y del Partido Obrero Revolucionario. En los discursos del dirigente obrero de esta época y en los proyectos que presentó al gabinete de Paz Estenssoro se descubren las huellas de los poristas. Los tres primeros números de "Rebelión", el último de los cuales se publicó en ocasión del primer Congreso de la COB (31 de octubre de 1954), aparecieron bajo la dirección de Miguel Alandia y expresan con fidelidad el programa de la Central Obrera Boliviana en ese momento. El número uno registra un caluroso saludo al Secretario General del Partido Obrero Revolucionario y autor de estas líneas, que todavía estaba en el exterior.

Los stalinistas lograron incrustar pocos delegados, representando principalmente a organizaciones pequeño-burguesas (estudiantes y maestros), que carecían de importancia por su insignificante calidad; solamente más tarde Lechín inflará artificialmente su número para poder neutralizar y combatir a los trotskystas. El manifiesto del Primero de Mayo de 1952, elaborado en plena euforia del movimiento revolucionario, contiene las consignas básicas de la propaganda trotskysta: nacionalización de las minas sin indemnización, de manera inmediata y bajo control obrero; revolución agraria mediante la confiscación de los latifundios y su entrega a las organizaciones sindicales (el stalinismo solamente hablaba de reforma agraria y hacía un misto intragable de los folletos de Mao-Tse-Tung acerca de los "campesinos pobres y ricos"); establecimiento del voto universal y de la ciudadanía plena para los iletrados; disolución y aplastamiento total del ejército y su sustitución con las milicias armadas de obreros y campesinos.

"El marxismo en Bolivia", pese a la abrumadora cantidad de documentos que cita y transcribe, desfigura deliberadamente los hechos para poder probar su tesis de que el gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario es "comunista" y comete la tontería de atribuir al Partido Comunista muchas de las ideas y de las acciones del Partido Obrero Revolucionario. Para los supuestos defensores de la "democracia" del Continente hay una sola tesis -falsa en toda la línea-: la Central Obrera Boliviana ha sido y es stalinista y todos los documentos han sido elaborados por el Partido Comunista, aunque estén impregnados de un rabioso anti-stalinismo, no pocas veces contraproducente. Embrollos del tipo de "El marxismo en Bolivia" son los que utiliza la reacción rosquera para combatir a la revolución: "Dos organismos internacionales llamados a defender la democracia respaldan a ese régimen (al movimientista) y aún algunas conciencias sanas e imparciales han afirmado en repetidas oportunidades que él es un ejemplo de democracia". (Carta a Germán Arciénega y Eduardo Santos,

Santiago de Chile, 18 de marzo de 1958. Firman: Roberto Prudencio, Humberto Palza, Gustavo Adolfo Otero, Alberto Ostria Gutiérrez, J. C. Canelas, T. Hartman, Jorge Siles, hermano del ex-presidente, etc.).

A tiempo de constituirse, la Central Obrera Boliviana declaró que su misión, entre muchas otras tareas, era la de "luchar por la nacionalización de las minas, de los ferrocarriles y por la revolución agraria". El primer bosquejo de programa de principios -que no debe confundirse, como lo hacen maliciosamente Ostria, Candía, "El marxismo en Bolivia", etc., con el documento ideológico aprobado en el congreso de 1954- publicado a fines de 1952, se mantenía dentro de la teoría de la revolución permanente y de la línea fijada por la Pulacayo. "El proletariado boliviano es el más joven de la América Latina, pero también el más combativo y avanzado de la lucha meramente económica, reformista y conciliadora. Su objetivo es la transformación integral de la sociedad bajo su dirección revolucionaria y como caudillo de toda la nación. (...) Las tareas que correspondían históricamente a la burguesía, serán realizadas por el proletariado. El toque de difuntos de la propiedad privada es el toque de clarín para la revolución proletaria. Esto quiere decir que los trabajadores en el poder no se detendrán en los límites democrático-burgueses, sino que sucesivamente darán cortes cada vez más profundos en el derecho de propiedad privada, abrazando con ello reivindicaciones socialistas y tomando, de este modo, la revolución un carácter permanente.

"La lucha anticapitalista y antiimperialista, que comienza en el marco nacional, se profundiza en lo nacional y también se extiende en lo internacional, adquiriendo el carácter permanente en ambos sentidos. La consigna que tiene solidez es la de los Estados Unidos Socialistas de Latinoamérica, cuya realización evitará que la revolución boliviana pueda ser ahogada por los bloqueos económicos del imperialismo". Entre las consignas del documentos se encuentran las siguientes: "La nacionalización inmediata de las minas, sin indemnización y bajo

control obrero; de los ferrocarriles para que sean administradas por los trabajadores; la ocupación de las fábricas por los obreros; la nacionalización de los latifundios para su entrega a los campesinos organizados, para que trabajen dentro de un sistema colectivo".

El enjuiciamiento de la revolución del 9 de abril de 1952 coincidía plenamente con la caracterización hecha por el Partido Obrero Revolucionario: "La insurrección popular del 9 de abril es una victoria de las masas que abre un período de profundas transformaciones... De lo que se trata no es de llevar a un obrero al gabinete capitalista, sino de tomar todo el poder para la clase obrera y cambiar toda la estructura capitalista, sustituyéndola por otra que responda a los intereses colectivos del pueblo".

El sector derechista del Movimiento Nacionalista Revolucionario recrudesció inmediatamente su lucha contra la Central Obrera Boliviana y utilizó la publicación del documento sintetizado más arriba en su afán de acentuar la batalla contra el sector de Lechín: "La batalla fue provocada -dice Candia- por el Programa de Principios de la Central Obrera Boliviana, que al ser publicado en los diarios, mostró inmediatamente la estructura y la inspiración comunistas, como aquellas de proclamar la 'República de Trabajadores de Bolivia', vale decir, la 'República Popular de Bolivia', y sostenía, de acuerdo a un anterior planteamiento de Lechín, la inmediata ocupación de las minas por los obreros, sin lugar a indemnización a los antiguos propietarios. Nuestro sector nacionalista, ante el peligro que surgía para la Revolución Nacional, lanzó en respuesta un manifiesto, publicado en uno de los últimos números de 'En Marcha' de aquella época. El documento refutaba todas las postulaciones comunistas y entre éstas, el principio de usurpación de tipo comunista con que se quería envolver al gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario".

La Central Obrera Boliviana se convirtió desde el primer momento en la más alta expresión del proletariado que inter-

venía en el proceso revolucionario y, frente a la manifiesta debilidad de su vanguardia, el Partido Obrero Revolucionario, tomó en sus manos ciertas tareas partidistas. Es pues explicable que todo el grueso de la artillería del imperialismo y de la reacción en general, incluso de la derecha movimientista, hubiese sido centrado contra la COB.

La Central Obrera Boliviana ha seguido de cerca la línea cambiante de la revolución y sus características son diferentes durante el primer período de radicalización de las masas, en la momentánea depresión del movimiento revolucionario y en el nuevo ascenso que vivimos. Cualesquiera que sean las etapas de la revolución y los rasgos de la Central Obrera Boliviana, el imperialismo y la reacción nunca han cejado en su empeño de aplastarla, por considerar que es su peor enemigo y que importa el más serio peligro para sus intereses. Tal actitud corresponde a la realidad. La Central Obrera Boliviana, inmediatamente después del 9 de abril de 1952, planteó la dualidad de poderes y abrió la posibilidad del natural desplazamiento de la pequeña burguesía por el proletariado. Aún ahora, si se desburocratiza y aplasta a la tendencia movimientista, puede convertirse en el canal por el cual pase la radicalización de las masas.

Para los revolucionarios la Central Obrera Boliviana constituye una de las conquistas más valiosas de la revolución y la defienden y la cuidan como a la niña de sus ojos, porque consideran que son las masas que forjan dolorosamente sus instrumentos de lucha y no le es permitida a la vanguardia imponerlos por decreto y calcarlos de matrices extranjeras. La Central Obrera Boliviana se ha incorporado a la experiencia de los explotados bolivianos como instrumento de poder y el Partido Obrero Revolucionario no puede ignorar este hecho básico. Bien podemos repetir con Rosa Luxemburgo: "los errores cometidos por un movimiento obrero verdaderamente revolucionario son, histórica e infinitamente, más fecundos y más

preciosos que la infalibilidad del mejor Comité Central” (De la crítica a "Un paso adelante, dos pasos atrás" de Lenin)²⁴.

LA CLASE SOCIAL QUE FORJÓ A LA COB

Los miembros del Centro de Estudios Sociales de La Paz, aunque profundamente impresionados por la revolución rusa de 1917, no pasaban de ser unos social-demócratas y ellos fueron los que impulsaron seriamente el movimiento sindical. Las capas más avanzadas de esta generación (casi toda ella educada en el destierro) se llaman a sí mismas bolcheviques. El stalinismo entroncó en esa experiencia y la ideología del Centro se reducía a repetir las generalidades de las que estaba llena la "Correspondencia Sudamericana". En los medios artesanales -y casi todos los marxistas de la época tenían tal origen social- impresionaba más el rabioso anti-clericalismo de los anarquistas. La tesis de que en Bolivia el proletariado tiene que acaudillar una revolución adquiría los contornos de una utopía inalcanzable. El Partido de la Izquierda Revolucionaria y también el Partido Comunista de Bolivia no han podido emanciparse de esta influencia negativa del pasado. Después de la desaparición del magnífico José Aguirre Gainsborg, los dirigentes del viejo Partido Obrero Revolucionario no pasaban de ser timoratos de mentalidad stalinista y no puede haber nada más lamentable que un stalinista asustado. Después de mucho espigar en sus escasos escritos se llega a la conclusión de que no sabían qué hacer con el proletariado de un país atrasado y se consolaban con la esperanza de que en un futuro remoto se produciría una revolución puramente socialista. Es la "Tesis de Pulacayo" el documento que por primera vez define claramente el carácter de la revolución boliviana y señala el

²⁴ En 1905 el proletariado ruso sorprendió a los teóricos con la creación de los soviets y sobre esta experiencia se consumó en octubre de 1917. La revolución húngara de 1946 actualizó la experiencia de los consejos obreros de 1918.

papel dirigente que jugará dentro de ella el proletariado. Esta sola circunstancia, que constituye un verdadero salto en las concepciones teóricas de la izquierda, sería suficiente para justificar que el mencionado documento se hubiese convertido en el pilar básico de la estrategia revolucionaria en Bolivia. Los stalinistas y los viejos trotskistas rechazaron, víctimas del desprecio y del miedo, las conclusiones de Pulacayo como si fueran simples provocaciones.

En el intento de demostrar la incipencia del proletariado boliviano se esgrime como argumento el analfabetismo de sus capas mayoritarias. Los intelectuales pequeño-burgueses, ignorantes y presuntuosos, que giran alrededor del stalinismo y del Movimiento Nacionalista Revolucionario, gustan despreciar a las masas ignorantes y creen que ellos son los demiurgos creadores de la historia. Nuestra propia experiencia nos aconseja no confundir el abecedario con la política. El inhumano régimen de explotación impuesto por la gran minería determinó que la escuela no pudiese llegar hasta la mayoría nacional y que se convirtiese en un verdadero privilegio de clase. El Movimiento Nacionalista Revolucionario no ha podido superar esta triste realidad y sus ampulosos planes de alfabetización se han sepultado en el fracaso; no existen aún las condiciones económico-sociales que puedan permitir una sensible elevación del nivel cultural de todo el país. Proponer que la doctrina revolucionaria llegue hasta las masas a través de la escuela es sencillamente negar toda posibilidad de que se politicen. Para los obreros son los sindicatos y los partidos las verdaderas escuelas donde realizan su aprendizaje político y lo logran antes de haber conocido las primeras letras del alfabeto. Para los stalinistas es fenómeno incomprensible el que el proletariado boliviano, inculto y analfabeto, inspira sus actos en el trotskismo. Ricardo Anaya -criollo vivaracho y cuya cultura profesora no es otra cosa que la mezcla del socialismo de la Casa del Pueblo con un liberalismo trasnochado- sostuvo muy orondo que la "Tesis de Pulacayo" no podía considerarse como

el programa de los mineros en vista de que éstos no la habían leído y no estaban en la posibilidad de repetirla de memoria. Los obreros desmintieron tesis tan peregrina al demostrar, en el terreno de los hechos, que habían aprehendido sus ideas básicas.

El joven proletariado -joven e incipiente- marcha aceleradamente hacia la madurez de su conciencia. Ha superado el estadio de clase en sí (lo era cuando se movía con el grueso de los diferentes partidos de ideología liberal y de las agrupaciones pequeño-burguesas que irrumpen en el escenario político después de la guerra del Chaco) y se está transformando en clase para sí, es decir, consciente de sus objetivos y de su fuerza. La máxima expresión de este proceso constituye el partido político de la clase obrera, el Partido Obrero Revolucionario. La "Tesis de Pulacayo" es pues un jalón valioso en este camino. En cierta manera la historia boliviana se resume en su proletariado, en sus aspectos negativos y positivos. Esta clase social ha asimilado la explosividad de los campesinos y su secular experiencia de lucha contra la explotación, este fenómeno ha sido posible porque esta última estrata le sirve de fuente diaria de nutrición. Al mismo tiempo, el primitivismo cultural es un obstáculo para la rápida divulgación de las ideas, aunque no evita su definitiva asimilación.

El proletariado refleja las características esenciales que diferencian al país atrasado: avanza ideológicamente a saltos, bajo la presión del movimiento revolucionario latinoamericano y mundial, y no ha tenido necesidad de detenerse a vivir plenamente la experiencia del reformismo social-demócrata. En el presente, la influencia del trotskismo es decisiva para el movimiento obrero. No faltará alguien que sostenga que no hacemos más que actualizar la admonición proudhoniana de Belzu; éste habló para los artesanos que han olvidado las gloriosas tradiciones en medio de su desesperante miseria actual. "Justo es que reconquistéis lo que es vuestro; no hay razón para que vosotros que con los afanes de vuestro sudor habéis

arrancado esas riquezas del seno de la tierra, esas riquezas de que goza y con que os insulta una aristocracia corrompida, estéis privados de ella: os pertenece, tomadla y salid de la postración humillante en que os ha colocado su avaricia y vilantez (seguramente en lugar de vileza, G.L.); ella os mira y os trata como a esclavos, y llegado es el tiempo en que la providencia os manda castigar a esa fementida canalla: marchad pues y cumplid sus designios" ("Belzu y Morales ante la opinión", Agustín Morales, Lima, 1853. El discurso cuya parte se ha transcrito fue pronunciado con motivo del aplastamiento del motín del 12 de marzo de 1849).

El proletariado de los viejos países capitalistas (Inglaterra, Francia, Italia, etc.), cargado de tradiciones, aún no ha podido emanciparse de los prejuicios reformistas y ha estructurado sindicatos que pugnan por obstaculizar la marcha revolucionaria. El MNR gusta presentarnos como modelo al sindicalismo norteamericano, que dice ser su objetivo la lucha puramente económica, que presta su contingente electoral a los partidos de la burguesía y que apoya la política del imperialismo. Los sindicatos, dentro de los cuales se agrupa el proletariado boliviano, han superado el prejuicio del apoliticismo; están prestos a cooperar con los partidos políticos; han roto los moldes del sindicalismo tradicional y funcionan con muchos de los rasgos de los consejos obreros: comprenden a casi la totalidad de los trabajadores de una empresa y pasan naturalmente a cumplir las funciones de órganos de poder obrero.

La corta historia del movimiento proletario boliviano, que no abarca más de medio siglo, es fecunda en realizaciones revolucionarias y confirma plenamente la teoría marxista. Está aún por escribirse la más importante enseñanza de nuestra época sobre el destino de la revolución permanente en la profunda transformación que vive Bolivia.

RASGOS DE LA COB EN LA PRIMERA ÉPOCA

Las masas, que ansiosamente buscaban un polo aglutinador y un comando, estructuraron la Central Obrera Boliviana al calor del triunfo del 9 de abril de 1952. Los explotados reconocieron en la COB a su única dirección y estaban seguros - creencia que fue alimentada desde los primeros días por el lechinismo- que también dirigían al gobierno movimientista de V. Paz. Si alrededor del Palacio Quemado se desencadenaba la lucha entre las fracciones políticas pequeño-burguesas, los explotados demostraron en el llano una admirable voluntad de unidad al dar vida a la Central Obrera. Desde el primer día los trabajadores unidos tenían mucha ventaja sobre el partido pequeño-burgués, siempre en trance de atomización. El nacimiento de la COB demuestra que el proletariado, a través de su actividad diaria, se encaminaba hacia el control estatal. Acaso uno de los graves errores en la organización de la COB consistió en que ésta partió de las altas cumbres dirigentes, que bien pronto resultaron completamente sometidas al gobierno pequeño-burgués, y se cristalizó a través de los cuadros medios de dirección. Las masas se movilizaban alrededor de la consigna de estructurar una poderosa Central, pero esta movilización no encontró su adecuada expresión organizativa. Lo correcto habría sido proceder de un modo inverso al que se hizo, es decir, de abajo hacia arriba. Los trabajadores ingresaron a la COB por medio de sus direcciones sindicales, éstas llevaban, junto a sus tendencias políticas, las más diversas formas de organización. Los fundadores de la COB llamaron a los viejos dirigentes y no a los delegados de las bases elegidas democráticamente. Esta falla organizativa llevaba ya en germen la causa de su debilidad, que facilitó su burocratización, su aislamiento de las masas y el control artificioso del gobierno. El poderoso empuje de la mayoría nacional no permitió que estos defectos saltasen a primer plano.

A la COB no se le puede aplicar el concepto tradicional del sindicalismo. En la primera etapa de la revolución, bajo el

acicate de los acontecimientos, rompe el marco puramente sindical e incursiona, con osadía, en el político. Con todo, sus actividades como órgano de poder obrero no alcanzan un alto nivel de desarrollo y concentra sus energías en presionar al gobierno pequeño-burgués, en el que confía plenamente. Los intentos de resolver la cuestión del destino del Estado, problema central de la revolución, se ven desbaratados con la inclusión de los ministros obreros en el gabinete y la creación de la teoría del co-gobierno, que no es otra cosa que la versión boliviana de colaboracionismo de la capa superior de las direcciones sindicales con el gobierno pequeño-burgués. El equipo movimientista de la COB logra que esta organización actúe como la extrema izquierda del bloque democrático. Se pudo conseguir este objetivo, a pesar de la fuerte brigada porista, porque el sector movimientista canalizó el sentimiento predominante en las capas mayoritarias de la clase media y de los trabajadores y que no era otro que el apoyo entusiasta al gobierno Paz Estenssoro. En el primer período de la revolución este sentimiento tiende a acentuarse (fenómeno que se expresa mediante el fortalecimiento del "centro" movimientista a costa del ala izquierda), sobre todo a causa de los errores que comete la dirección del POR, constituida en su gran parte por los actuales "entristas" y pablistas, que se resistían a señalar las limitaciones del MNR y contribuía a acrecentar las esperanzas populares sobre la capacidad revolucionaria del lechinismo.

La COB comprendía una asamblea formada por delegados de las organizaciones nacionales y un Comité Ejecutivo. Generalmente las reuniones de delegados se distinguían por su radicalismo y tendían a resolver los problemas nacionales más importantes, además de los que tenían directa relación con la vida de los trabajadores. El hecho fundamental no era el radicalismo de las resoluciones sino que éstas, gracias a la acción obstruccionista del Comité Ejecutivo y al mecanismo interno de la Central, eran desvirtuadas. Las resoluciones se convert-

ían, invariablemente, en simples sugerencias dirigidas al Poder Ejecutivo.

El gobierno movimientista, desde el primer día de su existencia, puso todo su empeño en estrangular la voluntad de los trabajadores y en controlar burocráticamente a los organismos sindicales. Y no podía ser de otro modo. La alta dirección movimientista desarrollaba, en los días inmediatamente posteriores al 9 de abril y disimulada en poses contradictorias, una política adversa a los intereses de la revolución y del proletariado. Hemos ya señalado que la revolución se desarrolla alrededor de la contradicción proletariado-imperialismo. El MNR en el poder se ha convertido en la correa de transmisión de la voluntad norteamericana. El Departamento de Estado empleó la amenaza del "no reconocimiento" diplomático para someter a sus despóticas decisiones a los líderes "anti-imperialistas" del MNR. En ese período no es el apoyo yanqui el que determina la fortaleza del gobierno movimientista (actualmente esto es lo que ocurre), sino la movilización obrera y campesina que estuvo detrás de él; lo importante para el imperialismo era encontrar el medio de impedir que la movilización rebasase a la plana mayor pequeño-burguesa. El rápido fortalecimiento del centro pazestensorista se explica porque, simultáneamente, concluye un acuerdo con el imperialismo y despierta verdadero fanatismo en los obreros, lo que le permite controlar en cierta medida la movilización masiva. Conscientemente o no, toda vez que la contradicción proletariado-imperialismo se agudiza, las organizaciones sindicales, principalmente las bases, amenazan seriamente con romper el control gubernamental. En estas circunstancias excepcionales las federaciones y la COB llevan la dualidad de poderes a su punto alto, tomando en sus manos la solución de todos los problemas de la vida obrera. En estos conflictos se habría justificado, desde todo punto de vista, la consigna de "todo el poder a la COB". Para que no se generalizasen los brotes episódicos ha sido decisivo el bloque del centro movimientista con el lechinismo, que

domina todo este período. Este bloque permitió a Paz dominar la situación política y a la alta dirección sindical, partiendo de una situación de inferioridad y hasta de cierto aislamiento. El que el lechinismo formase filas detrás de Paz Estenssoro demuestra que renunció, antes de haber librado ninguna batalla decisiva, el poder. El Secretario Ejecutivo de la COB se limitaba a sostener que el Presidente era hombre de izquierda y que estaba en su misma posición. Ahora, después de haber observado toda la incapacidad de la izquierda movimientista, podemos estar seguros de que el ala izquierda tampoco se habría lanzado a la conquista del poder, violentando los deseos del imperialismo, en caso de haberse materializado la ansiada alianza de la derecha con V. Paz. De esta manera, debido a la incapacidad de la alta dirección cobista, el Jefe del MNR se convirtió en director político y Lechín el freno del movimiento obrero y campesino. Así se inició el proceso de corrupción de la izquierda movimientista.

Alfredo Candia y todos los representantes de la reacción, están equivocados cuando sostienen que el bloque Paz-Lechín importó el triunfo del comunismo a la transformación del Presidente en corifeo marxista. "El nacionalismo notando que Lechín tomaba rápida preponderancia, que se llamaba a muchos comunistas al gobierno, y descubriendo que el Presidente apoyaba la maniobra, resolvió dar batalla... Y así fuimos derrotados por la opinión decisoria del Presidente..." ("Una revolución nacionalista usurpada por el comunismo"). Esa maniobra, contrariamente, pudo contener la marcha ascendente de las masas y, por tanto a las fuerzas calificadas como "comunistas". Hubiera sido absurdo pedirle a V. Paz que se alié con los Candia, los Peñaloza, los Barrenechea, los Ríos Gamarra, etc, invocando únicamente el mérito de haber formado el Comité Central Revolucionario que dicen dirigió las operaciones del 9 de abril; pues esto habría importado que el jefe del MNR diese las espaldas a los sindicatos obreros que en ese momento escapaban a su control y amenazaban convertirse en un movi-

miento independiente. Lechín fue el que se postró ante Paz y no a la inversa.

"Paz Estenssoro -dice Candia- como todo 'marxista ortodoxo', según propia declaración, quedó muy impresionado por la creación de la Central Obrera Boliviana, que cristalizaba una consigna táctica comunista: la formación de una sola y vigorosa organización sindical de trabajadores. He creído descubrir mucho después que Víctor Paz Estenssoro, como todo político de mentalidad marxista, daba extraordinaria importancia a la opinión y al apoyo de los obreros, y aún más, pensaba que el proletariado era la única y más firme base de sustentación de su gobierno". El presidente estaba en lo cierto, si el movimiento obrero le retiraba su apoyo su gobierno se habría desmoronado como un castillo de naipes. Se trataba de maniatar a un gigante y esto logró Víctor Paz con sus maniobras. En los primeros momentos es Lechín quien representa a los obreros y campesinos en el equipo ministerial y en el propio Movimiento Nacionalista Revolucionario, en otras palabras, era el único que poseía fuerza y de él dependía la estabilidad gubernamental. La habilidad de Paz Estenssoro consistió en darse cuenta de esta realidad y en desarmar paulatinamente a su aliado. El presidente daba la impresión, a propios y extraños, de ser un simple prisionero de la Central Obrera Boliviana y si en los problemas más importantes pudo imponer los deseos del imperialismo fue solamente gracias a los servicios del lechismo que, más por incapacidad política que por ignorancia, repetía y defendía las tesis anti-obreras que orientaban la acción gubernamental. Con todo, Paz Estenssoro estaba obligado en esa época a prestar mucha atención a los pronunciamientos de la Central Obrera Boliviana y de los sindicatos y en lo posible se esforzaba en satisfacerlos. "La Central Obrera Boliviana -dijo en el Primer Congreso de Trabajadores- es una organización cuyas decisiones pesan en la conducción gubernamental". Esta declaración llenó de estupor a los redactores del informe titulado "El marxismo en Bolivia", aunque, con-

forme a la doctrina del co-gobierno, Víctor Paz estaba obligado a decir que las decisiones de la Central Obrera Boliviana eran decisiones gubernamentales.

Se debe descontar que Lechín aprovechó su poderío para imponer sus deseos dentro del gobierno y del Movimiento Nacionalista Revolucionario, desgraciadamente esos deseos se limitaban a mover, desde las sombras, algunos resortes de importancia del aparato estatal, especialmente los que tenían directa relación con los recursos fiscales o de las entidades autárquicas. Las pugnas internas del bloque gobernante fueron numerosas. La brigada porista en la COB aprovechó estas coyunturas para lanzar la consigna de "control total del gobierno por la izquierda". Esta actitud se justificaba únicamente como medida pedagógica, que pudiese demostrar a las masas, enceguecidas por la pasión movimientista, que la izquierda del Movimiento Nacionalista Revolucionario no tenía capacidad para tomar el poder contra el imperialismo. La consigna llevaba, sin embargo, las huellas de un enorme error ideológico: creer que los trabajadores llegarían al poder a través del lechimismo. Había sido más exacto canalizar la movilización de las masas tras la consigna de "todo el poder a la COB" (aunque ésta estaba controlada por el movimientismo de izquierda. Editores, 1996).

La derecha movimientista (Barrenechea, Peñaloza, etc.) pretendió trastocar dicha correlación de fuerzas con un golpe palaciego anti-comunista, utilizando al efecto los núcleos militares que había dejado en pie o reconstituido el gobierno de Víctor Paz Estenssoro con la esperanza de que en casos extremos podrían jugar el papel de neutralizadores de las entonces pujantes milicias armadas de obreros y campesinos. Eso fue el motín del 6 de enero de 1953, que buscaba atrapar a Paz Estenssoro e inclinarlo hacia la derecha, previa y total limpieza de los comunistas. Los militantes del "Movimiento Nacionalista Revolucionario, que apreciaban el peligrosísimo camino que tomaba la revolución, quisieron liberar al presidente Paz Es-

tenssoro del cerco e influencia a que lo tenían sometido el comunismo y sus huestes". Entre estos últimos se destacaban el coronel Milton Delfín Catalde, Jefe del Estado Mayor; el mayor Israel Téllez, Jefe de Casa Militar del presidente; Jorge Ríos Gamarra, Alcalde Municipal de La Paz; Luis Peñaloza, Alfredo Candia y otros no menos vinculados al régimen" ("El marxismo en Bolivia", Pág. 196). Candia, uno de los actores del 6 de enero, nos informa que el golpe fue precipitado por haber el presidente obligado a renunciar a los llamados ministros "nacionalistas": "De esta manera precipitó su primera crisis de gabinete y 'purgó' a Hugo Roberts, por haber tenido la valentía de enfrentar a la izquierda en la consecución del 'control obrero', al general Froilán Calleja, ministro de Defensa y al coronel César Aliaga Carrasco, ministro de Gobierno, porque estos dos últimos eran obstáculo para destrozarse al Ejército Nacional y al Cuerpo Nacional de Carabineros, consigna comunista que estaba en sus preconcebidos planes.

"Con su nuevo gabinete, en el que logró introducir más izquierdistas e incondicionales, preparó la Orden General del Ejército y la Orden General de Carabineros, que iban a salir, como de costumbre, entre los días 6 y 8 de enero de 1953, diezmado a las dos instituciones armadas.

"Todo lo relatado hasta ahora, nos llevó al convencimiento de que el gobierno de Paz Estenssoro, estaba realizando un gran plan comunista, y que esto no se podía cambiar sino mediante un golpe de Estado...

"Para rectificar el curso de la historia de la revolución, yo pensé que era necesario conjuncionar todas las fuerzas vivas del gobierno mismo, e ir a un pronunciamiento que excluyera completamente la influencia perniciosa de los comunistas en el régimen. De esta manera se formó un comité que contaba con la participación de las personas (excluyendo a las ya citadas más arriba, G. L.): coronel Claudio López, Jefe del Estado Mayor de Aviación; coronel Gualberto Olmos, Jefe del Regimiento Escolta Presidencial; mayor José Ibañez Vaca, Sub-

director General de Policías en representación del Cuerpo Nacional de Carabineros; Hugo Roberts, Daniel Meruvia... y otros que no creo oportuno mencionar.

"Reunidos la noche del 5 de enero en la casa del coronel Claudio López, los conjurados analizamos todas las razones que nos movían a tan extrema determinación como era levantarnos en armas. Todos abundaron en consideraciones de orden político contra el comunismo y estuvieron de acuerdo en ir al golpe de Estado, aunque previamente declararon que este pronunciamiento no era contra Víctor Paz Estenssoro..." ("Una revolución nacionalista...", "El Diario", La Paz, 13 de octubre de 1957).

Se dice que el golpe derechista fracasó gracias a la traición del coronel Olmos, más tarde designado como ministro de Defensa por Paz Estenssoro. La frustración de los planes de los "anticomunistas" del Movimiento Nacionalista Revolucionario acentuó la inclinación hacia la izquierda de la balanza política. Una poderosa movilización de masas levantó la bandera de "destrozar a la derecha del Movimiento Nacionalista Revolucionario". La Central Obrera Boliviana no discutió sobre la mejor forma de "destrozar a la derecha" movimientista y todo se limitó a componendas palaciegas, mediante las cuales Lechín logró incrustar en el gobierno a los arribistas pequeño-burgueses que se habían convertido en sus amigos. Nuevamente fue lanzada la consigna de "más ministros obreros" cuyo efecto narcotizador sobre los obreros ya se había constatado anteriormente. Lechín el 6 de enero tuvo la oportunidad de modificar la estructura del gobierno; su actual derrota política se debe a no haberlo hecho.

La voz de orden de "todo el poder a la Central Obrera Boliviana", podía haber llevado a la victoria a los trabajadores en dos oportunidades excepcionalmente favorables. La primera fue cuando la agitación alrededor de la inmediata nacionalización de las minas sin indemnización y bajo control obrero llegó a su punto culminante (primera mitad de 1952). La se-

gunda se presentó con el fracaso del golpe de Estado del 6 de enero de 1953. El no haber aprovechado debidamente estas oportunidades y el haberse conformado con marchar coreando las consignas de la izquierda movimientista, constituyen los mayores errores del Partido Obrero Revolucionario y deben ser imputados a pablistas y "entristas", que entonces monopolizaban la dirección.

Si ya los sindicatos son el ejemplo más simple del frente único de la clase trabajadora, la Central Obrera Boliviana de la primera época de la revolución eleva a un plano político y organizativo superior el frente único del proletariado y concretiza la alianza de los explotados y oprimidos de la ciudad (proletariado, artesanado, amplias capas de la pequeña burguesía) con los oprimidos del campo. La Central Obrera Boliviana cobijaba en su seno a sectores afiliados a diferentes partidos de izquierda, a elementos que seguían diversos planteamientos programáticos frente a la realidad nacional e inclusive a grandes capas que se resistían a emprender una labor política. Este hecho objetivo impuso la necesidad de ajustar la existencia de la Central Obrera Boliviana dentro de la más amplia democracia. Cualquier obrero de base podía asistir a la asamblea cobista a intervenir en los debates.

El resultado no se dejó esperar: la influencia de la brigada porista creció desmesuradamente y se colocó muy por encima de su número; sus planteamientos casi siempre eran adoptados en su integridad y era el Comité Ejecutivo cobista el encargado de desvirtuarlos. Esta enorme influencia trotskysta, a pesar de los errores del POR y de su rudimentario aparato propagandístico, se debía a que era la corriente política que mejor expresaba los intereses de la revolución. Este hecho alarmó en extremo al gobierno, que comenzó a concentrar todos sus esfuerzos alrededor del objetivo de aplastar a la Central Obrera

Boliviana y de eliminar a los trotskistas de su seno. La amplia democracia sindical solamente imperó en los primeros meses de vida de la COB, bien pronto ella fue disminuida en favor del Comité Ejecutivo, modificación que contó con la criminal complicidad del stalinismo.

* * *

En los primeros meses de la revolución únicamente la Central Obrera Boliviana contaba con fuerzas armadas, las milicias con armas de fuego de obreros y campesinos. El armamento de los trabajadores se inició con las milicias sindicales y cuando no existían condiciones favorables para la formación de iguales fuerzas propias del Movimiento Nacionalista Revolucionario. Los mítines eran imponentes desfiles de obreros y campesinos armados. Los obreros descontaban de que las fábricas y las minas debían convertirse en trincheras de la revolución; ellos que en su heroica lucha aprendieron a identificar al ejército y carabineros como instrumentos de represión al servicio de la rosca, estaban seguros de que sus milicias debían convertirse en la única fuerza armada.

En sus primeras reuniones la Central Obrera Boliviana designó un secretario de milicias y, desde entonces, este cargo adquirió carta de ciudadanía dentro de la estructura de los sindicatos, aunque ahora no tiene más que una función decorativa. Tanto la asamblea de la Central Obrera Boliviana como las organizaciones de base tomaron en serio, a diferencia del Comité Ejecutivo, la tarea de consolidar las milicias, mejorando su armamento, disciplinándolas y creando un comando único. Víctor Paz Estenssoro y Lechín instruyeron a sus parciales que obstaculizasen los trabajos encaminados al fortalecimiento de los núcleos obreros armados pues éstos constituían la más grande amenaza para el gobierno.

Fiel a esta línea de conducta, desde el Palacio de Gobierno se comenzó a organizar, aprovechando los recursos que pro-

porciona el monopolio del poder, milicias en los Comandos Zonales del Movimiento Nacionalista Revolucionario, independientes de las sindicales y a las que se encargaba la vigilancia de los centros principales; los dirigentes movimientistas, cooperados de cerca por el stalinismo, se dieron modos para sabotear la consolidación de las milicias cobistas; y, esto es lo más significativo, Víctor Paz Estenssoro se apresuró en reorganizar al ejército, dándole el pomposo nombre de "Ejército de la revolución nacional", e inmediatamente reabrió sus puertas el Colegio Militar, que fue nominado "Gualberto Villarroel". Lechín hizo todo lo posible para aparecer como campeón del ejército pro-yanqui; mostró más confianza en los militares que en el proletariado. En esta inconducta se percibe tanto la presión imperialista como la desconfianza da la alta cúpula movimientista frente a los obreros armados.

El Partido Obrero Revolucionario fue el primero en referirse a la inminente necesidad de que los trabajadores se armasen para luchar con éxito contra la rosca y les enseñó cómo hacerlo. En la "Tesis de Pulacayo" el armamento de los trabajadores ocupa un lugar de importancia: "Hemos dicho que mientras exista el capitalismo, la represión violenta del movimiento obrero es un peligro latente. Si queremos que la sangre de Catavi (se refiere a la masacre minera de 1942, G. L.) se repita, tenemos que armar a los trabajadores; para rechazar a las bandas fascistas y a los rompehuelgas, formemos piquetes de obreros debidamente armados. ¿De dónde sacar las armas? Lo fundamental es enseñar a los trabajadores de base que deben armarse contra la burguesía, armada hasta los dientes; los medios se encontrarán. ¿Hemos olvidado acaso que diariamente trabajamos con poderosos explosivos? Toda huelga es el comienzo potencial de la guerra civil y a ella debemos ir debidamente armados. Nuestro objetivo es vencer y para ello no debemos olvidar que la burguesía cuenta con ejércitos, policías y bandas fascistas. Nos corresponde, pues, organizar las primeras células del ejército proletario. Todos los sindicatos están

obligados a formar piquetes armados con los elementos jóvenes y más combativos.

Los piquetes sindicales deben organizarse militarmente y a la brevedad posible. Contra futuras masacres: ¡Cuadros obreros armados!"

Antes del 9 de abril de 1952 era ya una tradición proletaria el procurar armas asaltando a las fuerzas del ejército y de la policía y, también, lo era el constituir arsenales en los sindicatos. Las primeras milicias recibieron el nombre impropio de policías sindicales. Tampoco se puede olvidar que los sectores más combativos del campo ya poseían la técnica de desarmar a las expediciones militares punitivas. Las masas han incorporado a su experiencia la certeza de que necesariamente tienen que armarse y esto es lo más valioso en lo que se refiere al porvenir de la lucha revolucionaria. Esta experiencia saldrá a primer plano en las futuras batallas.

LA COB Y LA REORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO

Víctor Paz Estenssoro decidió neutralizar a las milicias desde el instante mismo que entró de acuerdo con el imperia-lismo y capituló ante él. A primera vista es inexplicable que el gobernante salido de la victoria de abril se hubiese empeñado tan tercamente en reorganizar el ejército, sabiendo que no podía menos que convertirse en el semillero de las futuras conspiraciones derechistas y rosqueras. Ahora, Víctor Paz corre el riesgo de acabar como simple títere de los militares. En realidad, no hizo otra cosa que acatar una imposición del imperia-lismo norteamericano; éste consideró, en ese entonces, que era vital la disolución de las milicias y la restauración del ejército tradicional.

Lo monstruoso está en que el Secretario Ejecutivo de la Central Obrera Boliviana, que no podía ignorar el sentimiento de los trabajadores, se hubiese prestado al juego de Víctor Paz Estenssoro. Violentando los discursos que había leído y las

resoluciones de la COB en sentido de ser necesario extirpar de raíz al ejército masacrador, Juan Lechín coadyuvó en la reapertura del Colegio Militar y se complicó en los trajines de reorganización del ejército. A las masas se les arrojó, como pueril justificativo, la promesa de que a dicha academia ingresarían los hijos de obreros, que en la época de los "nuevos ricos" se convirtió en una descomunal impostura. No hay más remedio que concluir que también el Secretario Ejecutivo de la radical Central Obrera Boliviana se sometió a las imposiciones del Departamento de Estado de Estados Unidos. Durante el primer gobierno de Víctor Paz se logra llenar la planta de oficiales y jefes, se crea el Departamento de Planificación y se destinan recursos para las actividades del Ejército.

Hernán Siles y, más tarde, Víctor Paz Estenssoro, consecuentes con su servilismo hacia los yanquis, llevan hasta extremos inexplicables la destrucción de las milicias y el fortalecimiento del ejército. El imperialismo envía nutridas comisiones técnicas de las diferentes especialidades para poner en pie, en el menor tiempo posible, a las fuerzas armadas, que confía serán las encargadas de desarmar al pueblo. La alta dirección movimientista (derecha e izquierda) ha permitido que los norteamericanos introduzcan al país e impongan, tanto a la policía como al ejército, el uso de armas de nuevo calibre, a fin de inutilizar las que quedan en poder de los obreros y campesinos. Muchos creen que todas estas maniobras han comprometido definitivamente el porvenir de la revolución. Nosotros pensamos que no. Los explotados volverán a desarmar al ejército puesto en pie por el imperialismo y sabrán, en el momento oportuno, incautar las armas y municiones nuevas. Ni Siles, ni Paz, ni Lechín y mucho menos sus amos de Wall Street han descubierto la receta que permita evitar que los explotados actúen en el futuro conforme a la experiencia que han acumulado en su lucha diaria. Ciertas capas de jefes y oficiales pueden a servir de instrumentos de la reacción, pero su acción será por demás limitada si no cuentan con la tropa, parte del pueblo

revolucionario. El nuevo ascenso de masas debe permitir, al mismo tiempo que consolidar las milicias y someterlas a un comando único nacional, ganar políticamente al ejército.

Los sindicatos de los sectores básicos del proletariado (mineros, fabriles, ferroviarios, etc.) han perdido casi todo su armamento. Cuando la agitación en el campo se reanima, las armas abandonan sus escondites. Sobre estos elementos se estructurarán las poderosas milicias del futuro y se verán obligadas a sustituir al ejército que tan empeñosamente reorganiza la alta dirección movimientista.

El nuevo ejército, armado, inspirado y dirigido por los norteamericanos, ha sido convertido, por decisión de la jerarquía movimientista, en el árbitro de los conflictos sociales y de la vida misma de vastas regiones. Este ejército aprovecha la menor oportunidad para desarmar a las masas, incluyendo a los movimientistas de base. Se pretende solucionar muchos problemas declarando zona militar a toda región convulsionada.

En determinado momento de la revolución las milicias obreras se confundieron con el mismo Movimiento Nacionalista Revolucionario; pero este episodio ha sido totalmente superado y pertenece al pasado. La diferenciación política entre las bases y el comando pequeño-burgués ha generado una completa separación entre las milicias sindicales y las movimientistas. Algo más importante, los sindicatos en su lucha contra los Comandos Especiales del Movimiento Nacionalista Revolucionario se vieron obligados a pedir la cancelación de las milicias emeeneristas y la concentración de las armas en las organizaciones obreras. (Resoluciones de las Conferencias de Fabriles de La paz y de Tarija, abril de 1958). Este hecho no es otra cosa que una consecuencia de la desconfianza política de los obreros hacia el gobierno movimientista.

El Movimiento Nacionalista Revolucionario en el período de su disgregación -que se caracteriza por el abandono de las masas de sus filas- reclutó a sus milicianos entre quienes estaban dispuestos a cumplir esa función a cambio de un salario,

entre elementos desocupados o del hampa. La convicción política, base en la que debe asentarse la milicia obrera, fue sustituida por la paga y por el alcohol. Los excesos que cometieron estos grupos armados, que no tienen por qué llamarse milicias obreras, fue el producto de su condición de mercenarios y de la desesperación del Movimiento Nacionalista Revolucionario. La reacción aprovechó tales abusos para acentuar su campaña contra las milicias (los estudiantes de Sucre pidieron el 13 de junio de 1958, bajo amenaza de huelga, que los grupos armados de obreros y campesinos sean disueltos). Cualesquiera que sean los errores que hubiesen cometido o que cometan las milicias armadas, éstas tienen que ser defendidas por constituir uno de los principales pilares de la revolución.

El gobierno movimientista no se ha visto obligado a destruir a sus propias milicias prostituidas, para así complacer al floreciente ejército y al imperialismo. El programa movimientista inmediato en el agro no es otro que desarmar totalmente a los campesinos, tarea que ha sido encomendada a las fuerzas armadas regulares. Se ha dado el extraño caso de que los generales, entre ellos el que se afana por llegar a la vicepresidencia (general Barrientos), oficien de "pacificadores" del campo.

* * *

El Partido Obrero Revolucionario comprendió, muy acertadamente, que la Central Obrera Boliviana era algo más que una central sindical, "una forma particular de organización de las masas en un período de ascenso revolucionario" (Tesis de la Décima Conferencia). En su seno se agitaban en forma embrionaria los elementos del poder obrero; los únicos que podían expresarlo conscientemente eran los poristas y su deficiente actuación no permitió que la dualidad de poderes alcanzase un alto nivel. La Central Obrera Boliviana demuestra que la insurrección del 9 de abril abrió la perspectiva de la toma del poder por la clase obrera y, por esto mismo, el organismo

creado como expresión de la unidad de las masas que lucha, resultó algo más que una simple central sindical que se limite a la lucha por reivindicaciones estrictamente económicas. La depresión del proceso revolucionario y la burocratización relegaron los elementos de la poderes a un segundo plano, que permanecen en estado larvario y que han sido transferidos a los sindicatos de base.

Ni siquiera en el primer período de la revolución puede confundirse a la Central Obrera Boliviana, principalmente a su Comité Ejecutivo, con los sindicatos de base. Las masas son siempre más radicales que sus direcciones; pero, en este caso la presión de los cuadros de base se desvirtúa totalmente al llegar a las cumbres.

A partir del 9 de abril, los sindicatos de los distritos más importantes tomaron sencillamente en sus manos la solución de los problemas vitales y las autoridades, si no eran destituidas, no tenían más remedio que someterse a sus decisiones. Son estos sindicatos los que actuaron como órganos de poder obrero y plantearon el problema de la dualidad a las autoridades locales y nacionales. Directores de la vida diaria de las masas, se rodearon de atribuciones legislativas y ejecutivas (poseer fuerza compulsiva para ejecutar sus decisiones) e inclusive llegaron a administrar justicia. La asamblea sindical se convirtió en la suprema ley, en la suprema autoridad. Este fenómeno fue casi general en las minas y se presentó excepcionalmente en los sectores fabriles. Lamentablemente esta realidad no fue comprendida en todo su alcance por la vanguardia del proletariado y se desperdició una coyuntura favorable para materializar la consigna de la ocupación inmediata de las minas, que habría obligado al proletariado a librar la batalla para solucionar la dualidad de poderes en su favor. En esta primera época son la asamblea y la dirección sindicales las que actúan como órganos del poder obrero, solamente más tarde, cuando se inicia el período de reflujo, tales funciones

son transferidas, en forma disminuida o atenuada, al control obrero.

Hemos tenido que pagar muy caro el que el sector básico del proletariado se encuentre alejado de los centros urbanos principales. Si bien las minas se han convertido en el eje político de la revolución, muchas de las batallas decisivas, principalmente las que tienen relación con el destino del poder, tienen que librarse en la capital política, es decir, en la sede del gobierno. En el pasado, cuando predominaban los elementos artesanales y campesinos, la sede del gobierno podía ser establecida en la cabalgadura de algún Presidente andariego; hoy tiene que hacerse en la ciudad estratégica, en la ciudad clave desde el punto de vista político y económico. No es casual que la guerra civil de 1949 y los múltiples conatos subversivos posteriores a 1952, hubiesen fracasado por no haber tenido la debida repercusión en la ciudad de La Paz. La trascendental conducta de los sindicatos mineros después del 9 de abril se ha visto reducida a zonas aisladas del país y neutralizada por no haber actuado directamente sobre las autoridades centrales. El Comité Ejecutivo de la COB en ningún momento expresó las tendencias singulares de los sindicatos de base y sí, más bien, se empeñó invariablemente en sepultarlas.

Los sindicatos campesinos -sindicatos solamente por no haber encontrado un mejor nombre para designarlos en la vorágine revolucionaria- presentan, siempre en la primera época de la revolución, las características esenciales de un consejo y actúan como la única autoridad (legislativa, ejecutiva y judicial) de su comarca. Las milicias armadas de campesinos imponían sencillamente las decisiones de los comandos sindicales, que reglaban inclusive la vida diaria de los habitantes. Cuando se trató del problema vital de la tierra, los campesinos, que aprendieron bajo la dirección del POR a confiar solamente en sus propias fuerzas, decidieron ocupar los latifundios y así lo hicieron, encabezados por sus milicias.

Sería inútil tomarse la molestia de averiguar cuáles fueron las normas generales que en materia organizativa observaron los sindicatos campesinos a lo largo del país. Producto de la espontaneidad, los sindicatos campesinos arrancaban su omnipotencia de las monstruosas asambleas de los moradores de una región, sólo mucho más tarde creyeron oportuno confirmar su legitimidad mediante el reconocimiento de las autoridades del Ministerio de Asuntos Campesinos, que había sido creado como emergencia de la victoria del 9 de abril. De una manera natural, el movimiento campesino se convirtió en terreno abonado para el surgimiento de caudillos locales, que en el período de depresión se convirtieron en algo así como en la lacra del sindicalismo del agro. El caudillismo es alentado por los diversos sectores del oficialismo. La idea de los sindicatos fue llevada de los centros obreros por los semi-proletarios, que periódicamente se trasladan a sus parcelas de laboreo. A diferencia de lo que era norma en el pasado, los explotados del campo, después de abril de 1952, se orientaron firmemente a buscar la alianza con el proletariado y concluyeron reconociendo su autoridad política. La Central Obrera Boliviana al incorporar al sindicalismo campesino en su seno no hizo otra cosa que dar expresión organizativa a la alianza de las dos clases, piedra angular de la revolución. A pesar de todo, el Comité Ejecutivo se mostró extraño a la incomparable explosividad y pujanza del movimiento campesino y la misión que cumplió no fue de dirigente sino de amortiguador de los "excesos".

Los sindicatos constituyen una forma moderna de organización del proletariado, producto del sistema capitalista. Nuestros sui generis sindicatos campesinos elevaron al más alto nivel las tradiciones de una clase que aguzó sus armas en la secular lucha contra los explotadores. El caudillaje localista tiene tal filiación. La recolección de "ramas", costumbre difundida que permitía subvenir el sustento del "cabecilla" de los levantamientos y los gastos que importaban las interminables

reclamaciones ante las autoridades, ensombreció la vida de los sindicatos, especialmente en su período de declinación. Estas circunstancias explican por qué muchos luchadores obreros, cansados de las batallas libradas durante el sexenio, se trasladaron al campo en busca de fortuna y de fácil notoriedad. Las milicias armadas del agro, que proliferaron con una facilidad asombrosa, se basaron en la experiencia adquirida en las luchas de los campesinos contra el ejército regular y durante la permanencia en los cuarteles. El comité Ejecutivo de la COB no demostró el menor interés por llevar los principios organizativos de los sindicatos obreros al campo. Se limitó a medrar con el apoyo multitudinario y entusiasta de la gleba boliviana. El análisis de todos estos hechos explica la rápida burocratización de los sindicatos campesinos y su envilecimiento, por la acción combinada de las autoridades y de la alta dirección cobista.

A pesar de su pujanza, los sindicatos campesinos no pudieron superar el localismo y vieron en las federaciones locales la última autoridad. Como consecuencia también del localismo, las luchas campesinas, en el período de su mayor florecimiento, no mostraron su tendencia a generalizarse y se redujeron a explosiones aisladas. Es claro que una dirección revolucionaria podía, desde la COB, superar todas estas fallas, productos en gran medida de las características de clase del campesinado.

LOS SINDICATOS EN LA ÉPOCA DE DEPRESIÓN

Es la Central Obrera Boliviana la que, como consecuencia de su debilidad organizativa, de su falta de estrecha vinculación con las masas y el control de su Comité Ejecutivo por el Comité Político Nacional del MNR, primero refleja la depresión del movimiento revolucionario. La alta dirección cobista se quiebra al entregarse y al entregar a la propia Central al Comité Político del partido de gobierno. Y en la segunda mi-

tad de 1952, Paz Estenssoro, aprovechando la actitud meramente expectante de los obreros frente al anunciado decreto de nacionalización de las minas, realiza sus primeros trabajos encaminados a controlar los sindicatos, siempre a través de sus direcciones. En esta época la brigada sindical movimientista de la COB, ubicó su cuartel general en la Secretaría de Prensa y Propaganda del Palacio de Gobierno y se señaló la tarea, impuesta por el CPN, de expulsar a los trotskystas de las organizaciones sindicales. Seguramente las únicas delegaciones que eran expresión directa de la voluntad de las masas y de su estado de conciencia eran los poristas y gracias a esta circunstancia pudieron mantenerse en la COB, venciendo la sañuda campaña del oficialismo. El MNR comenzó por inflar su representación artificialmente, suplantando la voluntad de los sindicatos, creando organizaciones fantasmas. Así logró introducir en la COB un "equipo de funcionarios públicos" que servía "como eje de una maquinaria de votaciones" (Tesis de la conferencia del POR). En la primera época de la revolución, los movimientistas que habían sido efectivamente elegidos por las bases sindicales y cuyas opiniones no estaban subordinadas a estipendio de ninguna naturaleza, pues ganaban su sustento diario en las fábricas, formaban generalmente filas junto a los poristas, frente a los excesos del Comité Ejecutivo o al "democratismo" servil de los stalinistas. La nueva camada de delegados gobiernistas estaba formada por burócratas bien rentados, que no intervenían ni escuchaban las discusiones de las bases y se limitaban a votar conforme a la consigna palaciega. El primer paso dado en el camino de la destrucción de la COB consistió en acallar a la oposición trotskysta mediante un rodaje plebiscitario, debidamente lubricado con dinero y con privilegios de toda naturaleza. El stalinista se presentó gustoso al juego gubernamental porque pensaba que así combatía a su peor enemigo; lo cierto es que, fiel a su tradición, empleaba todos los medios para oponerse al movimiento revolucionario.

La segunda e inmediata providencia puesta en práctica consistió en purgar a los poristas de las direcciones sindicales. Dado el primitivismo ideológico de la dirección movimientista, no es posible establecer si ésta alguna vez tuvo una idea exacta sobre la función de los sindicatos. Lo cierto es que, principalmente en el período de depresión, el partido de gobierno se guió por el más estrecho sectarismo, marginando a todos los opositores. El Partido Obrero Revolucionario siempre sostuvo en materia sindical un criterio unitario, dentro de la más amplia democracia.

El MNR, para cumplir sus planes, fue destruyendo sistemáticamente todos los elementos de la democracia sindical y se encaminó a estatizar a las organizaciones obreras. Las elecciones periódicas de dirigentes y de delegados ante la COB fueron sustituidas por las imposiciones del Presidente de la República o de los ministros "obreros". Los trotskystas comenzaron a ser enconadamente perseguidos -persecución que se ha prolongado hasta nuestros días- por el delito de ser opositores. Los sindicalistas revolucionarios fueron colocados ante el dilema de callarse o de ir a la cárcel. Se llegó al extremo de que el Comando movimientista de Santa Cruz disolvió a bala la Central Obrera Departamental con la única finalidad de lograr el reemplazo del delegado ante la COB, que era militante porista.

La situación política estaba dando un espectacular vuelco. La Central Obrera Boliviana de institución fuertemente influenciada por los trotskystas, que no daba un solo paso sin previamente consultar su criterio, se transformaba en instrumento en manos del gobierno para aplastar al POR y extirparlo de raíz -tales eran las intenciones de los "marxistas y anti-imperialistas" V. Paz y Lechín- de los medios sindicales. Maniobra tan espectacular y visiblemente dirigida contra el sector de izquierda más consecuente del frente revolucionario, únicamente podía realizarse con fortuna aprovechando la momentánea depresión del movimiento obrero y contando con la

complicidad del stalinismo. La prensa porista era bastante leída, los discursos de los trotskystas se escuchaban y seguramente los más importantes sectores de la población estaban convencidos de su honestidad a toda prueba; pero, dejaban que las autoridades gubernamentales operasen libremente contra ellos. El distrito de Siglo XX fue el escenario de monstruosas falsificaciones del comando del MNR contra los poristas, con la única finalidad de apresarlos; no pocas veces se les acusó de pretender hacer volar los ingenios, de libertar a los presos falangistas, etc. Es posible que el gran aparato publicitario oficialista hiciese alguna huella en los sectores obreros que había sido ganados por el escepticismo. En ese entonces aconsejamos que no se pretendiese disimular la realidad con teorizaciones estériles. Colocados en el punto depresivo más bajo, el MNR nos había arrinconado en los sindicatos y corríamos el riesgo de vernos totalmente aislados y hasta excluidos físicamente de su seno. Esta situación, grave por sí misma, se vio empeorada en gran manera por las crisis partidistas provocadas por el pablismo y sus posturas aventureras.

Era claro que el estado en que se encontraba el movimiento obrero en la época de depresión imponía al partido revolucionario el trabajo concreto de evitar el ser arrancado del seno de las masas. No había más remedio que pasar revista a los cuadros existentes, educarlos y evitar que fuesen ganados por la desmoralización y el miedo, abandonar por el momento las esperanzas de que se produjese una afluencia masiva de militantes y pasar a la captación individual, manteniendo en el más severo secreto a todo nuevo trotskysta. Otra de las tareas importantes consistía en alentar una tendencia revolucionaria dentro del MNR, que sirviese de polo de atracción de los obreros y que pudiese en el futuro facilitar su paso hacia el POR, lo que es diferente a disolver los núcleos trotskystas en el partido oficial. La táctica sindical no podía menos que basarse en la defensa de todas las conquistas logradas, en la lucha por mejores condiciones de vida y por el retorno a las normas de la

democracia. El pablismo, violentando, como siempre, la realidad, lanzó la consigna de tomar el poder. El desatino pasó al campo del ridículo y nadie dio crédito a sus oídos.

Todos los elementos opositores fueron eliminados de las direcciones, por medio de la violencia o de la corrupción, y reemplazados por burócratas serviles. La pobreza doctrinal del MNR explica que, al mismo tiempo, no se hubiese hecho nada para revisar las ideas que inspiraron a los sindicatos en el primer período de la revolución. El gobierno se limitó a ejercer un control burocrático sobre el movimiento sindical, que para sus meneguados fines era suficiente. Fue preciso que llegue la hora de los "entristas" para que, utilizando el contrabando ideológico, se pretendiese destruir el programa trotskysta del movimiento obrero. Nuevamente se actualizó el viejo sueño movimientista y stalinista de destrozar la Tesis de Pulacayo. El Primer Congreso de la Central Obrera Boliviana -no del movimiento obrero, como intencionadamente se sostiene- fue sistemáticamente aplazado por el Comité Ejecutivo hasta el momento en que el MNR logró purgar a los trotskystas de las direcciones sindicales. Se llevó a efecto en plena depresión, el 31 de octubre de 1954. El objetivo de la reunión no fue otro que legalizar el control burocrático de los sindicatos por el gobierno movimientista. Denunció "Masas" (ver edición de diciembre de 1954, N° 2) que "una cuidadosa selección de delegados, el soborno de quienes vinieron distinguiéndose por su posición anti gubernamental, la designación desde los ministerios de representantes de varias federaciones, etc., obedeció al afán de convertir al congreso en una valla de contención del descontento de las masas. Acallar a los obreros, campesinos y sectores empobrecidos de la clase media, evitar las peticiones de mejores salarios, la legalización inmediata de las tierras ocupadas, burlar el derecho de inamovilidad de los empleados públicos, tales fueron las finalidades ocultas de los "líderes movimientistas". Contrariamente, los obreros cifraron muchas esperanzas en el congreso de la COB, estaban seguros

que de él saldrían soluciones a su situación de miseria y que pondría punto final a las persecuciones desencadenadas por el gobierno contra los mejores luchadores. La decepción que siguió a las deliberaciones impulsó la tendencia ausentista alrededor de los sindicatos. Las masas, confiadas en que había llegado el momento de las rectificaciones cerraron los ojos ante todas las arbitrariedades -oportunamente denunciadas por los trotskystas- que se cometieron en los trabajos preparatorios.

La brigada porista llegó al Primer Congreso diezmada, por la acción policial, por las crisis internas y por la traición de los "entristas", que ya trabajaban como confidentes del CPN y confiaban poder realizar una severa crítica del Comité Ejecutivo, que se había apartado totalmente de la línea revolucionaria y de la defensa de los intereses del proletariado, y tal vez, sobre esa base, lograr una rectificación de la conducta de la Central. Los pocos delegados militantes del Partido Obrero Revolucionario no coordinaron debidamente su acción y menos pudieron sobreponerse al temor que había invadido a la mayoría de las representaciones. El Comité Ejecutivo cerró cuidadosamente todas las posibilidades -la época de depresión le favorecía para que prosperasen todas sus triquiñuelas- de ingreso de los elementos catalogados como peligrosos políticamente. "El control político en la selección de delegados ha correspondido, en último término, al Comité Político del MNR. El criterio ha sido evitar el ingreso de quienes podían políticamente denunciar la conducta pro-imperialista gubernamental, las medidas económicas dictadas en detrimento del pueblo boliviano... y que hubiesen indicado el camino justo para que la COB se transforme en el auténtico instrumento revolucionario de las masas. Se ha rechazado, entre otros muchos casos, por tres veces el ingreso de G. Lora. Parece increíble que se hubiese puesto en duda el derecho de intervención de quienes participaron -no importa si bien o mal- en la conducción de las masas durante el período que se cierra con el

propio congreso. Pero tampoco se le permitió concurrir con credencial de una Federación. Más de cincuenta delegados enviados por las bases campesinas no han tenido oportunidad de hacer escuchar su opinión y fueron suplantados por elementos designados por el Ministerio de Asuntos Campesinos. Abogados del Ministerio hablaron en nombre de la Federación Campesina de Santa Cruz y los auténticos delegados tuvieron que retornar a sus bases, unas veces engañados por las autoridades y otras por su difícil situación económica. "Última Hora" ha publicado el pedido a la COB de los dirigentes campesinos cruceños para poder participar en el congreso..." ("Masas, N° 2).

Atentados de tal magnitud pudieron consumarse porque el Comité Ejecutivo tuvo la ocurrencia de nombrar anticipadamente a la comisión de poderes. De esta manera todos los resortes de la preparación del congreso, indirectamente se convirtió en el calificador de las credenciales.

El período de represión marcó su huella en todo el desarrollo del congreso. "Numerosos delegados obreros -constata "Masas"- nos han manifestado su acuerdo con el análisis político que hemos hecho del Congreso. Ninguno rectificó la evidencia de que los delegados fueron elegidos desde arriba y de que el Congreso fue dirigido desde el Palacio y de los ministerios. Es unánime el criterio de que solamente un nuevo empuje de las masas y el consiguiente reenderezamiento de la política obrera, permitirán la marcha ascendente de la revolución. Sin embargo de este notable acuerdo, los obreros no han tenido el valor de denunciar las anormalidades del Congreso y de ni siquiera poner el suficiente énfasis en exigir la discusión de sus proposiciones. Sería el peor de los errores atribuir esta actitud a una especie de cobardía personal. Bien sabemos que muchos de ellos pelearon abnegadamente -demostrando sacrificio y ninguna ambición- durante el sexenio. La causa hay que buscarla en la situación política, en la momentánea depresión del movimiento obrero, en el control burocrático de los

sindicatos por parte de la dirección movimientista. De este hecho se desprende que las masas están animadas de una actitud de indiferencia frente a la dirección pequeño-burguesa, indiferencia que ha llegado inclusive hasta los sindicatos. Los obreros que no sienten el respaldo del empuje de las masas, saben que la publicidad de su disconformidad con los altos dirigentes tendría como consecuencia su desplazamiento de las filas sindicales e inclusive la pérdida de trabajo. Los obreros revolucionarios agachan la cabeza, callan su crítica, mientras pase la tormenta desencadenada por los burócratas. No es ninguna arbitrariedad decir que la característica principal del movimiento obrero (se supone que de esa época, G.L.) y que de manera directa se ha reflejado en el Congreso de la COB, es el miedo de realizar la crítica franca y de luchar por la bandera genuinamente revolucionaria. Solamente teniendo en cuenta este hecho es que se explican las conclusiones del Congreso".

Los pablistas lanzaron a los cuatro vientos su impostura. Según ellos el Primer Congreso de la COB, sería por lo menos la constituyente del gobierno obrero-campesino y el parlamento obrero. En realidad el congreso confirmó y consolidó el control burocrático del gobierno pequeño-burgués sobre la COB. Dadas las condiciones desfavorables en las que actuaron los pocos delegados poristas, no se podía esperar que el Congreso aprobase un programa cien por cien revolucionario. La Declaración de Principios hizo lo imposible por justificar con fraseología marxistizante la entrega del Comité Ejecutivo a la voluntad de Víctor Paz Estenssoro.

Si comparamos la Declaración de Principios de la COB (1954) con la "Tesis de Pulacayo" se constata una vertical caída política y teórica. El documento de la COB ni siquiera es coherente, hace una abigarrada mezcla de terminología trotskysta -empleada al tuntún- con la fraseología creada por los llamados teóricos del MNR. Con todo, este documento no pudo borrar del todo, como se pretenderá hacer en el Segundo congreso (1957), las conquistas de los trabajadores y, en as-

pectos considerados no actuales, se hicieron verdaderas concesiones. No es pues desacertado decir que la Declaración de Principios tiene algunos aspectos positivos, que podían haber servido de punto de apoyo al movimiento obrero y al partido revolucionario. Debemos subrayar que el internacionalismo proletario fue colocado en primer plano: "El proletariado tiene la tarea de conquistar una férrea unidad internacional para imponer la paz socialista y su victoria, con la supresión de toda explotación del hombre por el hombre". Otro aspecto positivo fue el marcado matiz anti-stalinista del Congreso.

Si el Primer Congreso no fuera parte de la historia de la revolución no tendríamos por qué detenernos en el análisis de sus conclusiones. El documento programático aprobado fue sencillamente relegado al olvido y se acordaron de él sus autores solamente para proponer su radical enmienda.

El vuelco trascendental de la Declaración de Principios consiste en que al proletariado, pese a la fraseología en contrario, se le despoja de su condición de caudillo del proceso revolucionario y no se le abre más perspectivas que el seguidismo al partido pequeño-burgués. El capítulo dedicado a la caracterización del país es uno de los más flojos y se distingue por no dar ninguna solución al problema boliviano y por no establecer con la debida claridad, finalidad estratégica alguna.

El análisis de las clases sociales no supera el marco del mecanicismo fatalista y se sintetiza en la siguiente frase: "Los trabajadores mineros constituyen la vanguardia del movimiento sindical de los explotados porque la economía del país se halla determinada por la explotación de las materias primas y entre ellas -fundamentalmente- por los minerales" ¿Y la evolución de la conciencia de las masas? ¿Y la experiencia adquirida en la lucha durante el sexenio y en la misma revolución? Un programa que no haga el balance crítico de estos fenómenos y no se base en él no merece el nombre de tal. Ya el "Manifiesto Comunista" establece que el punto culminante de la organización del proletariado como clase es el partido político.

Este representa, en último término, la expresión organizada de la experiencia acumulada en el desarrollo de las luchas de clase. En la historia boliviana hemos conocido etapas en las que gráficos, ferroviarios, constructores o fabriles, han ocupado, momentáneamente, el puesto de vanguardia en la lucha sindical y política. Es evidente que la producción de tipo capitalista determina la posibilidad -solamente la posibilidad- de que el proletariado se convierta en el caudillo de la nación oprimida. El que determinado sector de los trabajadores se convierta en vanguardia de la lucha sindical y política es consecuencia de múltiples circunstancias (grado de penetración del partido revolucionario, condiciones económicas de explotación, presión gubernamental, adecuada estructuración sindical, etc.).

En dos aspectos se denuncia la influencia stalinista. El oportunismo sin principios es proclive a las desviaciones de los llamados partidos comunistas, pues en ellas puede encontrar la burocracia argumentos pretendidamente teóricos para justificar sus innumerables volteretas. "En el presente período -dice el documento-, conviene señalar únicamente que dentro del conglomerado campesino existen diferentes clases sociales interesadas en el proceso revolucionario..." El objetivo de este "descubrimiento" no es otro que encubrir la verdadera naturaleza de la Ley de Reforma Agraria, como instrumento destinado a salvaguardar parte de los privilegios del gamonalismo. El campesinado siempre había sido considerado como una clase formada por numerosas estratas. Sin embargo, en 1954 y ahora, los roces entre esas estratas no ocupan, políticamente hablando, un primer lugar y es de interés de la revolución que el campesinado siga siendo considerado como una unidad.

Se habla desaprensivamente de la "llamada burguesía nacional", sin decir qué es ella, cuál es su fuerza con relación a los capitales foráneos, etc., con la sola finalidad de sentar la conclusión de que "se halla interesada en el proceso revolucionario actual". Se omite señalar en qué consiste ese interés y

dónde comienza y cuál es su límite. ¿Cuál es el proceso revolucionario que interesaba e interesa a la "burguesía nacional"? En 1954 existían ya en el país las dos tendencias que, posteriormente, no han hecho más que acentuarse: 1) la dirección proletaria de la revolución que tiende a llevarla hasta sus últimas consecuencias, es decir, hasta el gobierno obrero-campesino y hasta la supresión de toda forma de opresión clasista; 2) la tendencia burguesa de la revolución, que busca contenerla en el marco capitalista para estrangular todo el proceso y fortificar las posiciones del gobierno pequeño-burgués. Los obreros tienen que saber en qué campo está ubicada la "burguesía nacional" antes de definir su actitud frente a ella. Lechinismo y "entristas" -estos últimos autores del programa de la Central Obrera Boliviana- han recibido el más serio revés de parte de la mal llamada burguesía nacional (así se llama abusivamente a los débiles núcleos industriales y a los nuevos ricos) en el curso de la lucha fraccional movimientista de los últimos años. Desde dentro y desde fuera del Movimiento Nacionalista Revolucionario, la burguesía hizo causa común con el descarado agente del imperialismo llamado Siles y combatió sañudamente a los "comunistas" de la Central Obrera Boliviana.

En el capítulo segundo la ignorancia prostituye al trotskismo. Uno de los vicios de la propaganda política realizada por la burocracia cobista radica en el abuso de la terminología trotskysta, casi siempre tomada de segunda mano. Parece absurdo tener que recordar que la yuxtaposición de diversas formas económicas se llama "desarrollo combinado" y no desigual como dice la "Declaración de Principios". No deja de causar extrañeza que para resolver todos los misterios hubiesen recurrido los burócratas a la varita mágica del "desarrollo desigual", puesta de moda por el stalinismo. La sabiduría de los "entristas" no ha sido suficiente para comprender lo que es Bolivia y todas las lagunas han sido llenadas con una sola y misma frase: "Bolivia es un país complejo". Bien se compren-

de que la "complejidad" no puede ser considerada como una caracterización sociológica. Contrariamente a lo que creen los "líderes" movimientistas, la "complejidad" boliviana se simplifica en gran manera por presentar el país características de semi-colonia y porque el fenómeno político de los últimos años se tipifica como el afán de las masas revolucionarias por emanciparse de su dirección pequeño-burguesa.

No siendo el desarrollo "desigual" de la economía sinónimo del desarrollo combinado, falta establecer esa desigualdad con relación a la economía de los otros países. Hay un ritmo desigual para Bolivia con referencia a Latinoamérica y otro para este continente con relación a otros bloques continentales. La realidad boliviana -a diferencia de lo que sostiene la Declaración- es una peculiar refracción de las leyes generales de la economía mundial. Por esta razón no podemos ser ajenos a la pugna entre el bloque imperialista y los países soviéticos y no podemos darnos el lujo de crear un tipo de revolución que nada tenga que ver con la lucha fundamental entre imperialismo y proletariado.

La fraseología trotskysta se emplea en el documento como consecuencia de la indiscutible influencia porista en el campo sindical. Los "entristas" se vieron imposibilitados de liquidar todo su pasado. Ellos mismos necesitaban hablar un lenguaje "revolucionario" para poder impresionar a los obreros que antes los conocieron como militantes del Partido Obrero Revolucionario. El lechinismo quiso aprovechar esta coyuntura para desprestigiar al trotskysmo y para capitalizar todo el trabajo que había hecho en los sindicatos.

La Declaración de Principios se ve obligada a repetir la tipificación del 9 de abril de 1952 hecha por el Partido Obrero Revolucionario: "Este movimiento, que comenzó como un simple golpe de Estado, fue transformado rápidamente en una insurrección victoriosa por la presencia revolucionario de los grupos sociales señalados antes, especialmente la clase obrera". Este planteamiento, aparentemente justo, resulta desvir-

tuado con la tesis de que "Son los grupos sociales de la pequeña burguesía (dependiente e independiente) -¡disculpemos este barbarismo!-, clase media y obreros aglutinados en el Movimiento Nacionalista Revolucionario los que motorizaron el gran movimiento de liberación nacional y social del 9 de abril de 1952". Lo anterior significa que la clase social que verdaderamente dirige el proceso revolucionario es la pequeña burguesía.

El "entrismo", al faccionar el documento programático de la Central Obrera Boliviana, cumplió la tarea de introducir de contrabando ideas stalinistas y las que sirven de eje al Movimiento Nacionalista Revolucionario. Dice que la revolución boliviana es "popular... antes que democrática burguesa o proletaria". Toda revolución (burguesa o proletaria) es popular por el hecho de que los sectores mayoritarios del país intervienen activamente en la vida política. Lo básico es saber cuáles son las clases fundamentales del proceso revolucionaria y la fraseología sobre lo "popular" no hace más que obstaculizar toda comprensión. La revolución popular como etapa histórica independiente y anterior a la revolución proletaria -tal es la esencia del párrafo que comentamos- no es otra cosa que la versión "popular" de la revolución democrático burguesa. Por otra parte, la división del proceso revolucionario en etapas independientes y separadas entre sí por magnitudes considerables de tiempo, es fundamentalmente anti-marxista y se confunde con el stalinismo.

El documento que comentamos se encuentra íntegramente dentro de la teoría del co-gobierno. Sufrieron un desengaño los que esperaban que la burocracia cobista dijese que la clase obrera no detenta, junto a otras, el poder. "La labor cogobernante -se lee- del proletariado y del campesinado no es una consecuencia social (ojalá alguien pueda entender este galimatías), sino que su papel ha sido -y es- de impulsor de las medidas estatales, venciendo los temores de la inhibiciones de la pequeña burguesía... los trabajadores deben participar en el

gobierno de la revolución nacional; y su acción respecto a él debe ser de fiscalización y control para evitar que se desvirtúe o detenga la revolución y para impedir que se hagan manobras contrarrevolucionarias desde dentro o fuera de él". De lo anterior se desprende que es arbitrario y absurdo calificar al actual gobierno de "dictadura de tres clases" o bien de "gobierno de obreros y de campesinos". Tal planteamiento constituye la mayor de las concesiones hechas al Movimiento Nacionalista Revolucionario, pues consagra la teoría del co-gobierno que le ha permitido al partido pequeño-burgués obstaculizar la marcha de los trabajadores hacia el poder.

Dos acontecimientos posteriores definen el porvenir de la Central Obrera Boliviana: la convención movimientista de principios de 1956 y el decreto de estabilización monetaria (diciembre de 1956).

La convención del Movimiento Nacionalista Revolucionario, en la que el lechinismo logró controlar a la mayoría de los delegados, puso en evidencia la incapacidad política de la burocracia cobista. La derecha, representada por Wálter Guevara Arze, fue derrotada y el centro de vio obligado a marchar a la zaga de la izquierda; sin embargo, el lechinismo no tuvo el valor suficiente para luchar por sus propios hombres y por su bandera. Es en esta convención que Lechín, a nombre de la Central Obrera Boliviana, propugna la candidatura presidencial de Hernán Siles y de Ñuflo Chávez. Desde este momento la derrota de la izquierda estaba descontada. Por voluntad de la burocracia sindical el co-gobierno quedó consagrado y aquella juró seguir cumpliendo el papel de freno del movimiento obrero.

Ya se ha señalado que la dirección de la izquierda del Movimiento Nacionalista Revolucionario defendió, contra las bases sindicales, el programa económico de la derecha en sus dos aspectos: el comercio libre y el plan de estabilización monetaria. El lechinismo habiéndose señalado como objetivo la defensa de la estabilidad gubernamental, no pudo menos que

chocar con los obreros que, desde el primer momento, repudiaron la política económica que servía exclusivamente los intereses del imperialismo y de los sectores industriales del país.

La Central Obrera Boliviana utilizó todo su aparato burocrático para acallar el descontento de las masas. Es por esta razón que la lucha contra Hernán Siles se presentó, en los primeros momentos, como el repudio a la corrompida burocracia sindical. Cuando la derecha del Movimiento Nacionalista Revolucionario emprendió su tenaz campaña contra la izquierda de su partido, después de haberla utilizado en favor de sus planes, especuló con el creciente odio contra los que detentaban la dirección de la Central Obrera Boliviana. En los sectores más atrasados la lucha anti-burocrática tomó la forma de apoyo al gobierno; pero solamente fue consecuencia de una confusión momentánea. Las masas al desprenderse de la burocracia siguieron un movimiento de péndulo y en uno de sus extremos chocaron con la activa campaña de los agentes gubernamentales, casi todos militantes stalinistas. El observador superficial se dejó sorprender por las apariencias y sostuvo que se había abierto la época del predominio del stalinismo en el movimiento obrero.

En realidad, el señor Siles, limitado en sus ambiciones y en su perspectiva, no hacía más que ejecutar los planes elaborados por el imperialismo, que estaba seguro de haber llegado el momento de destruir a la Central Obrera Boliviana y de poder domesticar a los sindicatos, todo previa la expulsión de los trotskistas. Se explica que la campaña hubiese estado dirigida contra los "trotskobitas", pues así se encubría perfectamente el ataque contra todo el frente revolucionario.

La quiebra de la burocracia sindical coincide y es acentuada por los primeros pasos del nuevo ascenso revolucionario de las masas. Es dentro de esta realidad que se lleva a cabo el segundo Congreso de la COB (junio de 1957), que marca el punto culminante del choque del lechinismo con fuerzas del MNR.

Algunos días antes, Pulacayo fue el escenario de un trascendental encuentro de delegaciones mineras, que señala la pauta por la que se orienta, de un modo paulatino y gradual, el proletariado. Esta línea política puede ser caracterizada como el rechazo de los planes económicos del gobierno y la emancipación del control pequeño-burgués. El sector políticamente más evolucionado no tuvo más remedio que defender a elementos lechinistas frente a la descomedida campaña dirigida por el Ministro de Gobierno Cuadros Quiroga. Esta actitud se explica por el imperativo de poner a salvo a las organizaciones obreras y la conquista del fuero sindical. La orientación dada por los trotskystas se justifica plenamente. El stalinismo se perdió en medio de su desesperado afán de liquidar al trotskismo, liquidando a Lechín; por este camino llegó a convertirse en instrumento del anti-obrero y pro-imperialista Siles.

La burocracia cobista que había peleado incansablemente porque los sindicatos adoptasen el plan de estabilización y que había ordenado a los parlamentarios que le obedecían votar por los poderes extraordinarios en favor de Siles, modificó su conducta al constatar que la resistencia de las bases no podría ser vencida. Lechín y compañía iniciaron el ataque contra Siles y descubrieron que era -como había indicado el POR desde la época de la convención del MNR- un genuino representante de los intereses anti-obreros. Hemos sostenido que esta nueva voltereta de la burocracia sindical lejos de recomendarla no hace más que denunciar su oportunismo sin principios. Es la propia historia del lechinismo la que nos permite afirmar que constituye un peligro como dirección obrera.

Aunque la tónica del Segundo Congreso obrero la dio la nueva situación política, estuvo muy lejos de reflejar fielmente lo que venía ocurriendo en las bases. Un poderoso aparato manejado inescrupulosamente por la burocracia permitió e hizo aprobar sugerencias que no tenían nada que ver con el movimiento obrero. Se comprende que fuese más moderado que la reunión minera, la influencia de la burocracia se dejó

sentir mucho más, fue menor la representación directa de los obreros y gran número de delegados se designaron directamente desde los ministerios. Los delegados "campesinos" -casi en su integridad burócratas del Ministerio de Asuntos Campesinos y del Servicio de Reforma Agraria- expresaron fielmente las bellaquerías de la burocracia. Empleando métodos tortuosos el Comité Ejecutivo logró una mayoría de votos. Al respecto, el N° 31 de "Masas" (julio de 1957) hizo la siguiente denuncia: "La delegación de sirringueros -los auténticos anunciaron que no se harían presentes debido a dificultades económicas- se formó en base de Pedro Pérez, especialmente traído desde el Consulado en Arica, de Edwin Rodríguez, alto funcionario público, y de un diminuto abogadillo, especialista en trabajos de celestinaje. Este es un ejemplo del método empleado por la burocracia para conseguir mayoría en el Congreso. ¿Y la delegación campesina? Los doctores que la componían salieron de las oficinas del Ministerio de Asuntos Campesinos. Se dio el caso de que un delegado de las bases de Camargo fue despojado de su credencial y enviado a la barra a escuchar lo que en su nombre decía un "doctor".

Stalinistas y pablistas pretendieron inútilmente acallar la voz del sector trotskysta, formado por más de veinte delegados.

La novedad del Congreso fue la lucha de Siles contra el lechinismo. Lo que hasta entonces se conoció como burocracia cobista se presentó escindida en dos fracciones: la del Comité Ejecutivo y la acaudillada por el ferroviario Sanjinés Ovando. El stalinista, fiel a su historia de traición y felonía, defendió empecinadamente las proposiciones silistas.

Las conversaciones de conciliación en las cumbres burocráticas fracasaron una tras otra. Deliberadamente se hizo perder el tiempo a los congresales en discusiones tontas con la esperanza de que la falta de tiempo no diese lugar a discutir el problema vital de los salarios.

Los acontecimientos posteriores al Congreso han demostrado que la tesis trotskysta de unificar a los explotados alrededor de una plataforma de reivindicaciones inmediatas era la única justa. Los silistas, los stalinistas, los burócratas cobistas y los pablistas, muchos de ellos de mala fe y otros ingenuamente, se empeñaron en desorientar a los delegados con discusiones académicas acerca del carácter de la revolución latinoamericana o del contenido de los discursos del XX Congreso del PC ruso. De esta manera se facilitó la maniobra divisionista de Siles.

Los marxistas comprendemos que el sindicato no debe confundirse con el partido y que el sectarismo ultimatista es contrario a los intereses de la revolución. Los documentos sindicales se diferencian porque colocan en primer plano los puntos comunes a todas las tendencias y capaces de unificarlas. No pueden limitarse a ser la versión gremial de todo el programa del Partido; los que así no creen pecan de sectarismo. Algo más, la presentación de documentos principistas en los sindicatos se justifica solamente si contribuyen a impulsar al movimiento de masas y a fortificar su unidad y no si precipita la escisión. Los sindicatos adoptan programas revolucionarios en el momento en que el ascenso de las masas ha recorrido ya un gran trecho. El Segundo Congreso de trabajadores y las reuniones anteriores, se realizaron en momentos en que el ascenso recorría los primeros escalones y en los que la unidad de la clase tenía una importancia primordial. Siles y la reacción recurrieron a las cuestiones programáticas para consumir su atentado contra la COB y la burocracia se prestó afanosamente al juego.

El programa que fue aprobado -obra de los tráfugas que se agrupaban alrededor del Comité Ejecutivo-, sumamente ampuloso y contradictorio, no se refiere para nada a los problemas fundamentales del movimiento obrero. Una gran parte de las treinta y cuatro páginas está dedicada a describir deficiientemente lo que ocurre en la Costa de Oro o en cualquier

otra parte. Los delegados estupefactos se preguntaban: ¿no ha ocurrido nada en Bolivia? La incontrolada palabrería no tiene más objetivo que encubrir la deificación del MNR, la capitulación ante el gobierno derechista de Siles y consagrar el "co-gobierno", como máxima expresión revolucionaria. A pesar de su carácter capitulador, el documento fue calificado como ultra-radical y trotskysta por los sirvientes de Siles.

El bloque encabezado por los ferroviarios presentó un documento indigno de ser conocido por una asamblea sindical.

En él se sostiene que Bolivia puede mantener relaciones favorables con los Estados Unidos, en vista de que ya no es el viejo imperialismo opresor; que debe liquidarse toda injerencia "arbitraria" en las empresas nacionalizadas y que debe darse por superado el "co-gobierno". Por paradójico que parezca, fueron los dirigentes del PC los que defendieron a rabiar esta tesis pro-imperialista redactada por el stalinista Amado Canelas.

El poderoso empuje de las bases no pudo menos que hacerse sentir en el seno del Congreso. Los mineros habían aprobado en Pulacayo que debía lucharse por el salario de Bs. 27.000.- diarios, iguales pronunciamientos emanaron de otros sectores. El POR inscribió esta consigna en su bandera de combate. Los burócratas de todos los matices se cuidaron de dejar abierta la posibilidad de maniobra de Siles al sustituir el pedido concreto de los mineros con la frase vacía de "justa compensación". Esta pequeña victoria de las masas no podía menos que concluir en una gran batalla, en la huelga general por mejores salarios. Sin embargo, correspondió a la burocracia agrupada alrededor del Comité Ejecutivo preparar cuidadosamente la derrota de la clase obrera mucho antes del combate.

Lechín agotó todos los recursos para lograr un entendimiento con el grupo filo-stalinista capitaneado por Sanjinés y virtualmente dirigido, desde las bambalinas, por Hernán Siles. El "líder máximo" anunció su deseo de abandonar el país y dedicarse a administrar su fabulosa fortuna. Entre los sucesos

res (Ñuflo Chávez y Sanjinés Ovando) se desencadenó una lucha fratricida. La vieja dirección cobista se había conquistado el repudio unánime de los trabajadores y los acólitos de Hernán Siles Zuazo capitalizaron en cierta medida este sentimiento.

La lucha fraccional dentro de la burocracia movimientista determinó que se designara un Comité Ejecutivo que no representaba a ningún sector considerable de explotados. Los mineros estaban representados por el odiado Torres, los ferroviarios, los constructores estuvieron ausentes de la dirección. El marcado sectarismo de los "entristas" dio alas al plan provocador de los silistas. Los ferroviarios se dieron el lujo de declarar que ellos no se conformaban con integrar un organismo burocratizado. La burocracia salió del Segundo Congreso totalmente maltrecha; pero, desgraciadamente, los líderes no tuvieron el menor reparo en fracturar al frente obrero en su afán de defender sus privilegios.

Aun dentro de la lucha interna de la burocracia, lo lógico era que en el Comité Ejecutivo estuviesen proporcionalmente representadas todas las tendencias que actuaron dentro del Congreso, así lo impone la concepción del sindicato como frente único de clase. Los burócratas, después de barrer a sus opositores de todos los puestos directivos, pretendieron controlar la Central únicamente mediante sus amigos. Esta absurda conducta permitió que Siles dividiese a la clase obrera con toda facilidad. El ministro "obrero" Ayoroa (fabril) comenzó amenazando con su renuncia si no se procedía a la reestructuración del Comité Ejecutivo.

En tales condiciones, la proyectada huelga general para el 1° de julio de 1957 nació virtualmente muerta. Antes de aprobarla los burócratas tuvieron el cuidado de dividir a la clase obrera. El bloque encabezado por los ferroviarios desconoció al Comité Ejecutivo elegido en el Congreso, por sectario y por inspirarse en un documento programático que los consideraban ajeno a la clase obrera.

CARACTERÍSTICAS DE LA BUROCRATIZACIÓN DE LAS DIRECCIONES SINDICALES

En Bolivia, el intento de asimilación burocrática de los sindicatos al aparato estatal tiene más semejanza con los ensayos que sobre la materia realizó el Estado fascista (¡no estamos caracterizando al gobierno como fascista!) que con los argumentos que se esgrimen en la polémica librada en Rusia acerca de las relaciones de los sindicatos con el gobierno de la dictadura proletaria, en 1920-21 (X Congreso del PC). Trotsky sostuvo equivocadamente, error que fue reconocido más tarde por él mismo que no había lugar para la autonomía de los sindicatos dentro del Estado proletario y en las condiciones que entonces se daban: "Dentro de los cuadros del sistema de comunismo de guerra que mantenía nacionalizados, a lo menos en principio, todos los recursos del país para distribuirlos con arreglo a las necesidades del Estado, a mí me parecía que no quedaba margen para que actuasen autónomamente los sindicatos. Si la industria descansaba sobre el suministro a los obreros por el Estado de todo lo que necesitaban, era lógico que los sindicatos se sometiesen a aquella red del Estado en que estaban prendidos la industria de distribución. Tal era la sustancia del problema planteado en cuanto a la nacionalización de los sindicatos que a mí me parecía desprenderse lógicamente, y en este sentido defendía la medida del régimen de comunismo imperante" ("Mi vida"). El criterio de Lenin fue opuesto y Trotsky señala el origen de las divergencias: "Poco a poco la masa obrera, que había pasado por tres años de guerra civil, iba resistiéndose, cada vez más abiertamente a someterse a los métodos del mando militar. Lenin, con su instinto político infalible, presintió que se acercaba el momento crítico. Mientras que yo, partiendo de consideraciones puramente económicas y operando sobre la base del comunismo de guerra, me esforzaba por sacar en los sindicatos el mayor rendimiento posible, Lenin, inspirándose en razones políticas, tendía a ir atenuando la presión militar... Lo que el Partido discutía era el

ritmo a que debía irse para nacionalizar los sindicatos; pero lo que demandaba imperiosamente la realidad era el pan de cada día, el combustible y las materias primas para la industria" ("Mi vida"). Cuando se adopta la NEP, Lenin y Trotsky coinciden sobre el problema sindical. El primero en su "Testamento" se refiere a la actitud de Trotsky frente a la cuestión sindical en el período de su Comisariado de los Transportes, como una "inclinación puramente administrativa" ("La revolución desfigurada", "El Testamento de Lenin"). En verdad, la crisis de los sindicatos fue solamente una manifestación de la crisis de todo el sistema del comunismo de guerra. El X Congreso del PC aprobó las primeras bases de la NEP y la resolución adoptada sobre los sindicatos no armoniza con esas bases. Así lo demostró la experiencia y fue necesario que el XI Congreso discutiese un nuevo proyecto redactado por Lenin, y lo aprobase por unanimidad... La resolución de Lenin, aprobada en enero de 1922, decía en síntesis: "El Estado proletario, sin variar su esencia, puede admitir la libertad de comercio y el desarrollo del capitalismo sólo hasta cierto límite y únicamente a condición de una regulación por parte del Estado... Pero incluso bajo el completo éxito de tal regulación, subsiste indiscutiblemente la contradicción de los intereses de clase entre el trabajador y el capital. Por eso, una de las tareas más importantes de los sindicatos es desde este momento la defensa, en todos los aspectos y por todos los medios, de los intereses de clase del proletariado en su lucha contra el capital... Dentro de la NEP las empresas estatales no podía menos que basarse en el principio comercial. Esta circunstancia junto a la apremiante necesidad de elevar la productividad del trabajo, de lograr que cada empresa del Estado trabaje sin pérdida y sea rentable... engendra imprescindiblemente cierta contradicción de intereses en las cuestiones referentes a las condiciones de trabajo de las empresas, entre las masas obreras y los directores, administradores de las empresas del Estado... Por eso, en lo que respecta a las empresas socializadas recae incondicionalmente

sobre los sindicatos la obligación de defender los intereses de los trabajadores... corrigiéndose constantemente los errores y los excesos en las organizaciones económicas, por cuanto estos errores y excesos se derivan de la 'tergiversación burocrática del aparato del Estado'". La resolución sostiene que siendo, en general, escuela de comunismo, los sindicatos deben en particular ser la escuela de administración de la industria socialista... para todas las ramas de obreros.

El bolchevismo partiendo de la idea de que un Partido fuertemente disciplinado y centralizado es el requisito indispensable de la emancipación del proletariado, se empeña en arrancar a las organizaciones obreras del espíritu corporativista y tradeunionista, para elevarlas a la concepción de los objetivos finales de la clase. La idea central es que los sindicatos deben estar impregnados de ideología revolucionaria y seguir la línea política trazada por su vanguardia. A. Nin escribe al respecto: "La concepción de Lenin no tenía, empero, nada de común con la de los stalinistas, que la han interpretado en el sentido de la subordinación mecánica de los sindicatos al Partido, el cual, a su juicio, debe pertenecer la hegemonía por una especie de derecho divino. Lenin se pronunció siempre por la aproximación entre el Partido y el sindicato nunca por una fusión, pero sin expulsar del seno de los mismos a los que no estuvieran de acuerdo con aquel. Su posición podría resumirse así: en principio, los intereses supremos del proletariado exigen la hegemonía del partido revolucionario sobre la totalidad del movimiento obrero y por consiguiente de los sindicatos; pero esta hegemonía no debe ni puede ser el resultado de una imposición mecánica, sino de la superioridad del Partido, demostrada en la lucha de una manera potente que impulsa a la mayoría de los sindicatos a otorgarle su confianza" ("Crítica del Sindicalismo", Plejanov).

La discusión en Bolivia no puede repetirse en el mismo plano que en Rusia. La situación es otra. La diferencia radica en la naturaleza de clase del Estado: gobierno pequeño-

burgués y dictadura del proletariado. Lenin ubicó el problema en su debido lugar: los sindicatos deben conservar su autonomía, incluso frente al aparato estatal de la dictadura del proletariado, la concepción de "gobierno de los sindicatos", si no es una artimaña demagógica, pone en claro una desviación anarco-sindicalista. Es una lástima que los que se reclaman del marxleninismo no hubiesen asimilado y menos aplicado las enseñanzas de los bolcheviques.

LA BUROCRACIA COBISTA, UN OBSTÁCULO PARA LA REVOLUCIÓN

La COB prostituida y extremadamente debilitada ha llegado a convertirse en dócil instrumento del desgobierno moviementista. No deja de tener importancia que su Secretario Ejecutivo, Juan Lechín, ocupe la Vicepresidencia de la República. El movimiento obrero, en su etapa de nuevo ascenso, acentúa la ruptura entre las bases y la burocracia, ruptura que se manifiesta como la desconfianza hacia el equipo dirigente actual de la otrora heroica Central Obrera Boliviana.

La Central Obrera Boliviana es un enorme cascarón, sin milicias, sin prensa y sin dinero. Vive gracias al apoyo financiero y organizativo que le presta el Poder Ejecutivo. Sus cuadros dirigentes han sido prostituidos por el señor Lechín, que los ha forjado a su imagen y semejanza. No podía esperarse mayor caída del movimiento sindical en el charco de una descomunal corrupción.

El problema central que se plantea ahora es la superación del escollo que importa la alta burocracia cobista, formada por negociantes que utilizan su influencia sindical para enriquecerse personalmente. Esa superación sólo podrá realizarse si se logra sacar a flote una nueva dirección, que sea todo lo contrario de la burocracia, que se caracteriza por su deshonestidad, por su ineptitud y por su total entrega al gobierno.

La experiencia ha demostrado que sin unidad es imposible la victoria. Al mismo tiempo, la estructuración de una poderosa dirección nacional se convierte en uno de los requisitos para la liberación de la clase obrera y para la misma defensa de la revolución. Esta unidad y este remozamiento de la central no puede menos que suponer la lucha a muerte contra la burocracia.

Las bases se vienen movilizando animadas de un profundo sentimiento anti-burocrático; pero hasta ahora, sus arremetidas nada han podido contra el aparato burocrático, organizado con los recursos y el poderío oficialistas. Como quiera que la unidad y el comando único se han transformado en los puntos claves del problema obrero, se tiene que concluir que para resolverlos no importará, en último término, dar las espaldas a la dirección corrupta de la Central Obrera Boliviana -sino sustituirla por otra revolucionaria- y ayudar a los explotados a organizar un nuevo organismo que los represente como clase. No podemos imponer desde arriba normas organizativas a las masas, son ellas las que tienen que dotarse, gracias a su lucha, de sus instrumentos de lucha según las circunstancias y el grado de madurez alcanzado por los explotados y oprimidos.

IX ESTRUCTURACIÓN DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO

El 9 de abril de 1952 puede considerarse, salvadas todas las diferencias que imponen las circunstancias, el febrero boliviano. La analogía más notable radica en que los obreros hacen la revolución y el poder es tomado por el partido político de una otra clase social. La pequeña burguesía boliviana jugó, en cierta medida, el papel de la burguesía liberal rusa. Nuestro "octubre" tarda demasiado en llegar, esta es la diferencia que salta a primera vista. La depresión del movimiento revolucionario -calificada por nosotros como momentánea- se ha prolongado excesivamente.

¿Dónde buscar la causa de fenómeno tan extraordinario? Fundamentalmente en el hecho de que la vanguardia revolucionaria del proletariado no ha podido estructurarse con la celeridad requerida. Por otra parte, tal es la clave de la revolución boliviana.

Indicado está que la idealización de la capacidad política de la pequeña burguesía se ha convertido en uno de los mayores obstáculos para la construcción del partido revolucionario. Algunos "trotskystas" han agotado todos sus recursos en alimentar el mito del lechinismo. Por este camino se evitó, hasta lo imposible, que las masas superasen su dirección movimientista.

Nuestra tesis dice, antes y después del 9 de abril, que el paso de los trabajadores por las filas del MNR constituía un simple accidente en su terco empeño por encontrar su propia dirección; consecuencia directa de la certidumbre de que el proletariado es la única clase capaz de llevar a la revolución hasta su victoria final y que justifica la orientación de estructurar, de un modo imprescindible e inaplazable, el Partido Obrero Revolucionario. Tal planteamiento, por su claridad, no da lugar a ningún mal entendido: si el partido político de la clase obrera

no alcanza, en breve plazo, a poner en pie sus cuadros, la revolución corre el riesgo inminente de ser aplastada por el imperialismo y por la reacción criolla. La contra-revolución está utilizando como su instrumento al MNR en su conjunto.

Si la caracterización del MNR -vale decir del papel de la pequeña burguesía en la revolución- nos ha permitido diferenciarnos de todos los otros sectores políticos, incluyendo a los pseudo trotskistas, la justificación histórica del POR nos ha ubicado en un campo diferente al de las otras agrupaciones.

Nuestros adversarios, cualquiera que sea su matiz, tienen como rasgo común el negar la necesidad del partido político del proletariado. Unos han caído en la desviación sindicalista y otros han adoptado como línea los planteamientos stalinsitas en sentido de que el proletariado en un país atrasado no puede convertirse en el caudillo de la nación. Estas desviaciones, convertidas en normas de la acción en el período de depresión, han precipitado una grave crisis en la vanguardia, al extremo de que casi quedó eliminada como organización.

La exitosa reestructuración de la vanguardia exige la superación crítica de todas las desviaciones en las que se ha incurrido. Analicemos las más importantes.

LA IZQUIERDA DEL MNR Y EL PARTIDO DEL PROLETARIADO

La idealización de la izquierda del MNR no es otra cosa que el reflejo de la capitulación frente a la pequeña-burguesía. La izquierda movimientista no es una expresión consciente del proletariado sino una fracción, con veleidades extremistas, del partido pequeño-burgués. Esta izquierda, particularmente en su alta dirección, se ha emancipado del proletariado y se ha asimilado a los intereses, a la ideología, al modo de vida y hasta a la psicología de los núcleos arribistas del MNR. De esta manera, los "izquierdistas" lejos de actuar como los portavoces del proletariado lo hacen como la quinta columna del

partido pequeño burgués en el seno del movimiento sindical. Los líderes obreros más conocidos -grandes por su sinvergüenzura y por su ineptitud- se han convertido en desclasados que se empeñan, por todos los medios, en asimilarse a la chata aristocracia obrera de las metrópolis imperialistas. "Los jefes de esta aristocracia obrera se pasaban siempre al lado de la burguesía y eran mantenidos por ella directa o indirectamente. Marx mereció el odio, que le honra, de estos canallas, porque los tildó públicamente de traidores" (Lenin).

Si teóricamente no se podía excluir la posibilidad de que el MNR se escindiese y que su izquierda, después de haber roto con la dirección movimientista, se transformase en la vanguardia revolucionaria, la experiencia ha demostrado que tal posibilidad era una ilusión vana y perjudicial. Por encima de todas las rencillas personales, los altos dirigentes movimientistas están unidos por intereses comunes y mezquinos. El hecho de que la izquierda en ningún momento se hubiese empeñado a fondo en su lucha contra la derecha se debe a la sencilla razón de que siempre se ha negado a plantearse revolucionariamente (no como dádiva yanqui) la cuestión del poder. Su objetivo es mucho más limitado: se conforma con presionar al Ejecutivo para poder recobrar parte de sus viejos privilegios perdidos. La derecha, obedeciendo principalmente instrucciones del imperialismo, no cesará en su empeño de barrer con toda la burocracia sindical, dentro de su plan de destrucción de las organizaciones obreras. La desconfianza de los gobiernos movimientistas hacia los sindicalistas del MNR se debe a la creencia de que éstos pueden, en una situación crítica y bajo la presión de las bases, radicalizarse. No es casual que los trabajadores tendientes a destruir a carreristas del estilo de Lechín vayan acompañados de ataques contra la vanguardia revolucionaria. Temeroso del potente avance de las masas, el gobierno del MNR se ha aliado con el imperialismo y con la reacción criolla para poder materializar sus siniestros planes.

Los que sostenían -parece que por ahí deambulan ingenuos que aún lo hacen- que la izquierda del MNR podía evolucionar hasta convertirse en partido obrero estaban seguros de que alcanzaría un elevado nivel teórico y de que formularía un homogéneo programa marxista. Este extremo sólo se les podía ocurrir a quienes creían que únicamente la izquierda movimientista tenía posibilidades de transformarse en la vanguardia del proletariado. Los que se empeñaron en seguir este mal llamado "método de construcción del partido" no hacían otra cosa que denunciar su mentalidad capituladora típicamente pequeño-burguesa. Es absolutamente inexacto que el marxismo pueda ser utilizado sistemáticamente como método por cualquier grupo político. El desarrollo de esta doctrina hasta convertirse en norma de la acción sólo puede ser realizado por un partido auténticamente revolucionario que encarne las aspiraciones básicas del proletariado. Es cierto que los fundamentos de la doctrina marxista pueden llegar hasta el conocimiento de la burocracia sindical, pero ésta no los asimila ni desarrolla, porque está imposibilitada de aplicarlos de manera consecuente. El marxismo como conocimiento doctrinario está al alcance de todo el mundo, pero solamente al proletariado le sirve como norma política liberadora. No puede llamarse marxismo la mecánica repetición de consignas aisladas en los días festivos. Por todo esto los que lanzaron la voz de orden de volcar todos los esfuerzos para ayudar a la izquierda movimientista a estructurar sus cuadros y su programa, no hacían otra cosa que negar la necesidad del partido político del proletariado.

A esta altura de los acontecimientos la discusión sobre este tema está ya totalmente superada. Se ha demostrado en el terreno de los hechos que la izquierda movimientista no tiene ninguna posibilidad para transformarse en el partido obrero. Lo único que aún puede esperarse es una ruptura interna de ese sector y que permita la radicalización de una de sus capas y su ingreso al POR. El ala izquierda en su integridad no ha podido ni siquiera desprenderse del MNR, a pesar de las vergonzosas

expulsiones de muchos de sus más visibles miembros. Por paradójico que parezca, la alta burocracia cobista no ha logrado proletarizarse en su forma de vida ni, mucho menos, en su pensamiento.

En la lucha fraccional del POR éste fue uno de los temas que mereció mayor atención. Transcribimos parte de un artículo polémico publicado en "Masas" (14 de octubre de 1956): "También se escucha por ahí que, a pesar de que la táctica del Frente Único Anti-imperialista es justa como generalidad, no es posible maniobrar frente a las masas obrero-campesinas que aún permanecen dentro del marco organizativo del MNR, porque el ala izquierda de este partido no existe virtualmente y si sólo como una posibilidad potencial. Se agrega que en tales circunstancias el POR tiene como tarea el ayudar a estructurar esa ala izquierda, fisonomizarla, organizarla debidamente: posteriormente, cuando haya evolucionado la izquierda movimientista conforme al esquema anterior, se tendrá el deber de concluir pactos con ella. Esta postura es completamente falsa. Las discrepancias internas de los partidos generan tendencias de derecha e izquierda, cuya innumerable gama varía de acuerdo con la naturaleza de clase de las organizaciones y con las soluciones que se plantean frente a los diversos problemas. Se puede hablar de las alas izquierda y derecha en todos los partidos, incluido el POR, con sólo tener presente las posturas más avanzadas o más reaccionarias que dan sus militantes... Hemos sido los primeros en señalar el choque de tendencias dentro del MNR. Antes del 9 de abril de 1952 dijimos que en dicho partido se dibujaba una tendencia de izquierda, esto porque, en forma larvaria y muy confusa, las bases obreras entraban en colisión con los cuadros dirigentes. La lucha contra el gobierno rosquero unificaba al Movimiento, al extremo de hacer perder los contornos de los diferentes grupos. Los nuevos problemas que se le plantearon en el poder precipitaron la diferenciación clasista y la consiguiente formulación de soluciones contrapuestas. La existencia de un ala de derecha y

de un ala de izquierda es el resultado inevitable de la yuxtaposición de la dirección pequeño-burguesa y de las bases obrero-campesinas. La variedad de expresión de esta lucha fraccional va desde el choque franco y violento (no pocas veces armado) hasta las simples protestas contra la dirección. La evolución sindical y partidista ha formado el equipo dirigente del ala izquierda; equipo que está a la altura y medida del MNR, formado por aventureros y arribistas, y cuyos actos ponen de manifiesto su desprecio por la teoría política. Sabemos, tras una amarga experiencia, que a los dirigentes movimientistas del ala izquierda no se les puede aplicar la sentencia volteriana de que "la fisonomía descubre el alma" ("Cándido"). La dirección del ala izquierda sufre la presión tanto de las bases de su partido como del sector de derecha, que es la correa de transmisión de los intereses de la reacción boliviana y del imperialismo. Su constante fluctuación desde el radicalismo hasta la reacción se entronca en este hecho básico. Sólo los ilusos esperan una política consecuente y revolucionaria y únicamente ellos pueden abrigar la ilusión de que el ala izquierda pueda estructurarse en escala nacional de acuerdo a las normas del bolchevismo, con un programa cien por cien marxista, con un equipo dirigente que sea consecuente en todo momento con los intereses históricos del proletariado. Si esta bella hipótesis fuera realizable no hablaríamos de una maniobra táctica para llevar a las masas hacia nuestro Partido, sino de fusionar ambos sectores..."²⁵.

En 1954 el pablismo sostuvo el extremo de que lo correcto era presionar sobre la izquierda del MNR para lograr se transformase en un nuevo partido obrero. Se partía del supuesto de que la veloz radicalización de las masas (esto cuando se vivía un periodo inconfundible de momentánea depresión del proce-

²⁵ "Defensa del POR (lucha contra la oposición pequeño-burguesa anarco sindicalista)", G. Lora.

so revolucionario) no permitiría, por falta de tiempo, convertirse al POR en un partido de masas. Nuestra respuesta fue categórica.

"Decir que se debe trabajar para que la izquierda del MNR forme un nuevo Partido es políticamente absurdo. Si fuera inevitable, y no lo es, habría que trabajar en sentido de que se convierta en el más corto camino para que las masas lleguen hasta nosotros. Pero resulta que el Buró Latinoamericano (el comando supremo del pablismo para la América del Sur) se ha fijado una tarea artificial, que de manera alguna puede favorecernos en un período revolucionario en que tenemos posibilidades de convertirnos, en un futuro inmediato, en el único partido capaz de tomar el poder. Las masas agrupadas alrededor de otro partido que no sea el POR, en el caso de que llegase al poder, tendrían que vivir esta nueva experiencia".

Para encubrir sus continuos errores el pablismo se apresuró en rectificar sus "tesis" sobre Bolivia y planteó la posibilidad, entre otras muchas, de que pudiera organizarse un gobierno POR-MNR. Cuando un documento político se limita a enumerar todas las salidas concebibles para una situación dada demuestra que no ha podido descubrir cuáles son las tendencias dominantes de un proceso. La adecuada aplicación del método dialéctico no consiste en enumerar las numerosas contradicciones de un fenómeno, sino en determinar cuál es la básica que determina las demás.

La variante gobierno POR-MNR, dentro de la concepción global del pablismo, era otra forma de capitulación frente al partido pequeño-burgués. Escribimos en abril de 1954: "El Buró Latinoamericano también habla, como una posibilidad próxima, del gobierno del POR en alianza con el ala izquierda del MNR. Dentro de la argumentación que analizamos se trataría propiamente del gobierno del ala izquierda del MNR con el apéndice del POR. Este último extremo deberá ser rechazado". El pablismo puso de manifiesto toda su pobreza teórica y política al no haber podido comprender que el carácter esen-

cial del ala izquierda movimientista no le permite tomar revolucionariamente el poder en lucha contra el MNR en su integridad e instaurar un régimen anti-imperialista y obrero.

CARACTERÍSTICAS ESENCIALES DEL LECHINISMO

El POR discutió acerca de si el MNR en su conjunto y su izquierda en particular, podían desarrollar consecuentemente la política independiente de la clase obrera. ¿Podía el MNR a la cabeza del proletariado transformarse en caudillo nacional? Los hechos, de manera elocuente han dicho su palabra definitiva.

La quiebra total del partido de gobierno es al mismo tiempo, la quiebra de su ala izquierda. Este último sector -metido por la historia en un callejón sin salida- para convertirse en dirección revolucionaria tendría que romper, total y definitivamente, con el imperialismo y con su propio partido. Si inmediatamente después del 9 de abril de 1952 había algunas razones para esperar que este paso fuera dado, a la fecha éstas se han esfumado.

La dirección de la izquierda movimientista es una burocracia que se ha emancipado completamente del control de bases que dice representar y cuya carencia total de principios está íntimamente ligada a su oportunismo. La relación entre las bases obrero-campesinas y su dirección burocratizada es de permanente fricción, unas veces franca y aguda y otras encubierta. La razón es que los intereses inmediatos, y con mayor razón los históricos, no encuentran su expresión política en los líderes sindicales; más bien, éstos cumplen la función de agentes gubernamentales dentro de las organizaciones populares. La contradicción se torna violenta porque el nuevo ascenso revolucionario choca con la orientación pro-imperialista del gobierno.

Los "izquierdistas" sostienen que para realizar la revolución se debe contar previamente con la venia del imperialismo norteamericano. Así demuestran los burócratas su desconfianza hacia la capacidad revolucionaria de la clase obrera y hacia las posibilidades de resistencia del pueblo. Estos dirigentes están por encima de la disciplina partidista y se burlan de la teoría. Para ellos la revolución es sinónimo de anarquía y caos. No han tomado el poder en el pasado, pudiendo haberlo hecho en cualquier momento, no se atreverán en el futuro, porque sostienen que el gobierno obrero de la burocracia cobista sería rápidamente barrido por los yanquis y no podría materializar ninguna de las aspiraciones fundamentales de los explotados. Este temor se disfraza con argumentaciones acerca de la carencia de un equipo capaz de gobernar y sobre la desfavorable (?) situación internacional.

La izquierda del MNR lo que desea es ganarse la confianza del imperialismo y por eso ha visto con simpatía que su jefe hubiese ido a la de Chang-Kai-Shek a besarle las manos. El control total del poder se subordina al visto bueno del Departamento de Estado. Fácil es concluir que el lechinismo no tiene porqué llamarse revolucionario.

Los burócratas se conforman -no existen razones para esperar que sus aspiraciones se modifiquen en el futuro- con el control de puestos de segundo orden, que les permite defender sus mezquinos intereses y ejercitar su "influencia" dentro del gobierno. La constante pugna entre las alas derecha e izquierda y toda vez que se plantea la cuestión del poder, se resuelve con la derrota de esta última fracción por el abandono del campo de batalla. Los argumentos de Siles y de Paz en sentido de ceder la Presidencia al Secretario Ejecutivo de la COB para que éste resuelva los problemas económico-sociales, han resultado irrefutables.

La burocracia sindical, donde se han refugiado los transfugas políticos, constituye el contingente más considerable de la izquierda del MNR y ambas capas se identifican. La "izquier-

da", además de encontrarse dentro del marco organizativo del MNR, piensa y actúa como segmento de este partido. Los altos jefes sindicales hablan a nombre del gobierno y no presentan a las masas descontentas el plan de uno nuevo. Se ha confirmado la tesis del X Congreso del POR en sentido de que la mayoría nacional adquiere conciencia de que sufre las consecuencias del MNR en el poder, incluida su ala izquierda. Formular la perspectiva de que el régimen de la izquierda del MNR o de la burocracia cobista [podría desarrollar la política independiente de la clase obrera], es absurdo y desmiente los hechos y la teoría. La frase sonora del co-gobierno de obreros y campesinos sirvió para cubrir la cooperación de la burocracia cobista a la derecha en las tareas gubernamentales.

Por primera vez las contradicciones del MNR se hicieron públicas y con una inesperada violencia, en su Séptima Convención, cónclave que demostró, al mismo tiempo, las limitaciones orgánicas de la dirección del ala izquierda. Este último sector, contando con una mayoría considerable, fue el propiciador de la candidatura del derechista y agente del imperalismo Siles, todo en aras de la integridad del MNR, es decir, de la unidad del partido pequeño-burgués a costa del destino de la revolución.

Cuando nos referimos a los sectores movimientistas, no olvidamos que la dirección de izquierda está condenada a expresar, de manera deformada, la presión de las bases obrero-campesinas.

La actitud frente a la lucha fraccional del MNR debe inspirarse no solamente en la necesidad de demostrar que los intereses de obreros, campesinos, sectores mayoritarios de la clase media, son irreconciliables con los de la derecha del partido gobernante, sino también y esto será preciso no olvidar, en la urgencia de llevar a las masas al convencimiento de que las limitaciones y la inconsecuencia de la dirección de la izquierda pueden empujarlas a la derrota y a la capitulación ante el enemigo de clase. No faltan ingenuos que se entusiasman, hasta

perder los estribos, porque de tarde en tarde los burócratas hacen algunas concesiones a los obreros. Aun en el caso de que estos virajes fuesen más profundos y sinceros, quedaría en pie el peligro que significa para la revolución un comando inseguro e inconsecuente, cuyo ocasional radicalismo es la válvula de seguridad del régimen imperante. ¿Qué función concreta cumple la burocracia izquierdista con referencia al movimiento sindical? Deben rechazarse de plano las insinuaciones en sentido de que se trata de una efectiva o potencial dirección revolucionaria. Las especulaciones acerca de la posibilidad de evolución independiente de la "izquierda", hasta convertirse en el partido del proletariado, hoy ya no tienen razón de ser.

La dirección de la izquierda del MNR -según propia confesión- ha tomado para sí la función de freno del movimiento obrero, que pugna, cada día más, por sobrepasar al partido político pequeño-burgués. Hasta ahora no se ha tomado en serio tan trascendental declaración.

Frenar a las masas, que desencadenan conflictos y que plantean reivindicaciones atrevidas, quiere decir políticamente estabilizar la situación en favor de la derecha del MNR, que es prácticamente la dueña del Palacio Quemado. El freno burocrático tiende a evitar que la tendencia elemental e instintiva del proletariado rompa los límites capitalistas, dentro de los cuales pretende el imperialismo estrangular a la revolución. No es casual que el ala izquierda sostenga los planteamientos fundamentales de la derecha (frente al imperialismo, a la solución de la crisis económica, al problema de saber qué clase social debe hacerse cargo del poder, etc.). El sostén principal del régimen movimientista (en el presente caso del derechista y antipopular Paz) es la dirección del ala izquierda. Si el jefe derechista puede mantenerse en el poder, por encima de todas las dificultades, es sólo gracias al apoyo de la burocracia izquierdizante. Medidas anti nacionales y pro-imperialistas como los planes de estabilización monetaria, decenal y triangu-

lar, pueden imponerse, violentando la voluntad popular, gracias a la decidida actuación de los líderes sindicales en favor de ellas. La política gubernamental de control de los sindicatos, que está siendo liquidada por voluntad de los obreros, es concebible porque la izquierda del MNR concluye por someterse a la derecha.

La burocracia cobista constituye uno de los más serios obstáculos que las masas tienen que vencer en su marcha revolucionaria. Los mineros, ferroviarios, fabriles, constructores, artesanos, se movilizan dentro de tal perspectiva.

Los primeros indicios del abandono de las masas del MNR se presentan a fines de 1955 y al presente se generaliza esta tendencia. Sin embargo, como todos los aspectos de la revolución, no sigue una línea uniforme y siempre ascendente, sino que se trata de un proceso sinuoso, con constantes altas y bajas. A partir de las elecciones de 1956, que aceleró el desprendimiento de grandes capas de la clase media del partido pequeño-burgués y concentró a la clase obrera alrededor de la izquierda del MNR (el cambio de la relación de fuerzas políticas favoreció a la rosca (FSB), que acrecentó su caudal electoral a costa de la pequeña-burguesía desengañada del oficialismo), una serie de hechos jalonan esta evolución. La nueva acentuación de la lucha de clases se fisonomiza por la batalla que libran amplias capas obreras contra su dirección burocratizada.

Los primeros pasos de la oposición de las masas al régimen movimientista siguen el canal del lechinismo y concluyen, paradójicamente, por fortalecerlo. Sólo más tarde, cuando el divorcio entre la mayoría nacional y el MNR se convierte en el fenómeno dominante, las masas arremeten contra el ala izquierda, como fenómeno inseparable de su radicalización. El lechinismo como organización masiva es inconcebible en nuestros días.

¿La burocracia sindical será rápida y fácilmente barrida? No, los jerarcas movimientistas pierden la confianza de las

masas, confianza que se transforma en repudio violento, pero siguen conservando el aparato de los sindicatos y del Estado. Los burócratas pueden todavía imponer dirigentes y resoluciones. La crisis económica aguda y el sometimiento servil al imperialismo, convierten los conflictos sociales en insolubles para el gobierno contra-revolucionario de Paz. La burocracia, a fin de no perder su situación privilegiada, tiene que tomar en cuenta la presión de las bases e inclusive hacer algunas concesiones. Así se explican los pequeños choques entre los líderes sindicales y el gobierno, choques que, dada la precaria situación política, tienden a comprometer la estabilidad del régimen. Por su lado, Paz está interesado en eliminar a la fuerza que obstaculiza su franca marcha derechista y antipopular. Sirvan de ejemplo las emergencias del conflicto minero último.

El gobierno, aprovechando la momentánea depresión del movimiento revolucionario, logró controlar a las organizaciones obreras, a través de sus burocracias. Si bien la estatización sindical es oficialmente rechazada por el MNR, en la práctica se ha consumado una semiestatización. La burocracia cobista denuncia su afán de convertir a los sindicatos en agencias gubernamentales al aplicarles el centralismo democrático (Estatuto de la COB) que, como se sabe, sólo rige en los partidos políticos, pues supone la unidad teórica alrededor de un programa. La siguiente es una síntesis de lo ocurrido en los sindicatos: a) la poderosa presión gubernamental sobre los sindicatos desea aminorar y hasta suprimir su capacidad de lucha y de defensa de los intereses obreros; b) el control gubernamental es burocrático, a través de la alta dirección sindical y no ideológico; c) el objetivo del gobierno y de la burocracia cobista es el de convertir a los sindicatos en agencias del CPN del MNR (se da el caso de cobistas que reciben sueldo como milicianos del MNR o como miembros de la policía de la Corporación Minera de Bolivia; estos empleados no pueden defender consecuentemente los intereses obreros frente al gobierno o a

la COMIBOL); d) temporalmente se logró colocar algunos centros obreros bajo el directo control de los Comandos Especiales, norma que se pretendía extender inclusive a fabriles; e) las cumbres de la burocracia han elaborado toda una "teoría" para justificar la especie de que los sindicatos y el MNR son una sola y misma cosa y que existe un indestructible bloque MNR-COB; f) la propaganda oficial desvirtuó el efectivo sometimiento de la burocracia sindical al gobierno con la palabrería del "cogobierno" y de su bloque político con el MNR; g) el oficialismo, en su afán de controlar a los sindicatos, ha logrado asimilar a la burocracia obrera por medio de concesiones económicas y de privilegios personales; h) la terrible corrupción de la alta dirección de la izquierda, realizada con la complacencia de la derecha, la convierte en subordinada del gobierno y del MNR.

La burocracia al defender sus privilegios coincide con los trabajos del pazestensorismo por controlar a los sindicatos, que se están convirtiendo en muralla infranqueable opuesta a su política anti-nacional. Son muchos los casos en que estos dos sectores, por encima de sus divergencias, se confunden en sus ataques contra las direcciones revolucionarias de los sindicatos. Menudean los ataques terroristas contra directivas sindicales para imponer otras apócrifas formadas por conocidos traficantes y aventureros dirigidos por la burocracia izquierdizante. El lechinismo no se opone a que el ejército tome en sus manos la solución de los problemas sindicales.

RETRATO DE LECHÍN

Y contra nuestra voluntad y nuestra costumbre, no tenemos más remedio que emprender la enojosa tarea de hacer el retrato del dirigente obrero número uno del país. La figura no es nada atrayente y su manifiesta mediocridad torna monótona la tarea. Nuestra desgracia radica en haber conocido de cerca a este elemento, pues esta circunstancia nos obliga a comunicar

al lector ciertos aspectos desconocidos de su orientación "ideológica" y de su conducta política. Desde el poder el señor Lechín se ha preocupado, agotando ingentes recursos económicos que no le pertenecían, por rodearse de una falsa aureola de "teórico marxista". Por ahí circula un libro, editado a costa del Estado, en el que con toda naturalidad se lo presenta como a un personaje de mayor volumen que Lenin y como el creador del movimiento sindical boliviano. Es claro que no nos molestaremos en derribar estas supercherías sobre las que se levanta la falsa personalidad del "maestro" -la pluma se resiste a escribir esta palabra con mayúscula-; intentaremos, más bien, explicar con benevolencia el papel que ocupa dentro del proceso revolucionario. No nos habríamos tomado esta molestia si no constituyera el centro de la burocracia sindical movimientista, que indiscutiblemente ocupa un lugar de importancia en la transformación que vivimos.

El estudioso de la historia del movimiento obrero boliviano comenzará por admirarse de que tan inesperadamente el nombre de Lechín aparezca figurando en la dirección de la recién formada Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia. El repliegue de las huestes stalinistas del campo sindical, como consecuencia de la repulsa de los trabajadores, dejó libre campo para las correrías de los aventureros y de los impostores de toda ralea.

El gobierno Villarroel, más concretamente, su sector movimientista, deseoso de organizar y controlar a los obreros como un factor de su propia estabilidad, sacó al actual líder obrero de su anonimato y lo impuso como dirigente. El origen espurio de su liderato, junto a su completa desvinculación con la historia del movimiento obrero y su desconocimiento de la teoría marxista, nos permitieron asegurar, ya en la época del sexenio, que no poseía las condiciones indispensables para llegar a ser un caudillo revolucionario, a pesar de haber llegado a la cabeza de los trabajadores. No creíamos que el señor Lechín estaba animado de intenciones malévolas, mas nos

parecía una víctima de su propia incapacidad y de su filiación política. El último decenio de luchas del proletariado, pletórico de trascendentales acontecimientos, ha dado relieve a quien no lo merecen. Las poderosas e instintivas fuerzas de la historia encontraron en Lechín un instrumento inconsciente y de capacidad-limitadísima. Con seguridad que el actor aún no se ha dado cabal cuenta del grandioso escenario en el que le ha tocado actuar.

Los factores que determinan el encumbramiento del señor Lechín pueden ser resumidos del modo siguiente: 1) la bancarrota del stalinismo como dirección sindical; 2) la carencia de un partido de la clase obrera; 3) la propaganda y el aparato estatales puestos al servicio del nuevo dirigente. En las postimerías del primer gobierno emeenerrista se inicia la radicalización de masas con un contenido anti-gubernamental y que el 21 de julio de 1946 es arrancado de su curso. El Secretario Ejecutivo de los mineros hace su aprendizaje en esta escuela, que es la escuela del radicalismo.

El dirigente sindical que no es educado por un partido revolucionario y que no maneja los elementos de la teoría, se convierte en un empírico que para orientarse no cuenta más que con los modestos recursos de su instinto; lo normal es que este "dirigente", en el mejor de los casos sea apenas un seguidista de las masas. Sin embargo, un elemento virgen de conocimientos políticos y de experiencia, recibe de manera más directa la influencia de las masas y, de manera inevitable, la deforma al reflejarla. Víctima de este proceso y es de suponer que honestamente, Lechín decidió relacionarse con el Partido Obrero Revolucionario y romper con el MNR, por considerar -como él dijo textualmente- que esta organización estaba incapacitada de libertar a los explotados. El autor de estas líneas recuerda que el mencionado dirigente obrero asistió aplicadamente, ya en plena madurez, a un círculo de lectura para deletrear el "Manifiesto Comunista". El esfuerzo no dio frutos. Ni siquiera este aprendizaje elemental pudo ser llevado a buen término,

porque el alumno demostró muy pronto uno de sus defectos, que contribuyen a definir toda su vida política: no teniendo la práctica del estudio le era sumamente doloroso asimilar los textos. Es posible que este resultado negativo hubiese sido, en parte, la consecuencia de los errores pedagógicos de los jóvenes profesores. Se sostiene que para alfabetizar a los adultos debe seguirse un método diferente al empleado con los niños.

El Partido Obrero Revolucionario criticaba y combatía al régimen movimientista, siendo en ese período que realizó un trabajo sistemático para echar los cimientos de su labor proselitista en las minas, cuyas huellas aún pueden reconocerse en las actuales y poderosas células. El contacto con un connotado miembro del partido oficial que, equivocadamente, era calificado como nazifascista y ocupaba una alta jerarquía en el aparato sindical controlado por el Estado, no podía menos que ocasionar discrepancias internas dentro del POR, entonces más cenáculo de estudio que verdadero partido. Para justificar nuestra posición, de asimilar en lo posible al señor Lechín a la doctrina marxista, recurrimos a los ejemplos de Carlos Marx, que empleó mucha energía en influenciar a algunos jefes del tradeunionismo y del cartismo ingleses, y de Trotsky, que tanto empeño puso en ganar a los mejores elementos del sindicalismo revolucionario francés. Por otro lado, estábamos seguros que la situación que ocupaba el dirigente minero le permitiría, a través de la educación política y del control del Partido convertirse en un gran caudillo obrero. Los hechos nos demuestran que la premisa básica no se cumplió, nuestro pupilo no abandonó el empirismo y demostró total incapacidad para llegar a ser un político revolucionario; pero, seguimos creyendo que nuestra posición era justa, no se debe desperdiciar ninguna coyuntura que permita ganar a un dirigente obrero. Es después del golpe contra-revolucionario del 21 de julio de 1946, debido a la momentánea desaparición del MNR del escenario político, que Lechín busca una relación más estrecha con el Partido Obrero Revolucionario y se inscribe secreta-

mente como militante. Equivocadamente la dirección porista pretendió, por medio de una ficción, someter a la disciplina partidista a quien no se había asimilado a su programa.

En esta época ya se puso de manifiesto uno de los rasgos predominantes en toda la actuación sindical y política del que más tarde llegó a ser amo y señor de la COB: doblez en el trato con los partidos y con las personas. Los coqueteos simultáneos con la izquierda y con la derecha fueron presentados por él como habilidad política y, al respecto, ha sentado las bases de toda una escuela de simulación. Más tarde, como quien hubiese descubierto un nuevo principio, dijo que estaba orgulloso de ser oportunista. Pasemos a ilustrar esta carrera de cinismo oportunista.

Durante el régimen Villarroel, mientras por un lado, se aproximó espontáneamente a nuestras filas y declaraba su voluntad de romper con el MNR, por otro, recibía y cumplía en lo fundamental las instrucciones del gobierno, impartidas por mediación del Ministro de Trabajo. Después del 21 de julio, se adhirió al POR y, sin embargo, mantenía relaciones con el PIR y con el propio PURS. Durante la campaña electoral de 1947, un delegado pursista se presentó en Llalagua exigiendo el apoyo de Lechín para la fórmula encabezada por Hertzog, la intervención del que esto escribe impuso el rechazo. Los diputados mineros Aníbal Vargas y G. Lora fueron testigos de la siguiente escena en el Palacio de Gobierno: en una entrevista concedida para discutir la política oficial frente al movimiento obrero, el Presidente Hertzog increpó a Lechín y le dijo que le "había jugado sucio al no cumplir su promesa de apoyar a su gobierno"; éste se limitó a responder que no hubo tal promesa. El POR formó un bloque político con la FSTMB, representada por su Secretario Ejecutivo, bloque que tomó el nombre de Frente Único Proletario, su consecuencia fue el Bloque Minero Parlamentario. El frente con los trotskistas no había sido roto y ya Lechín estaba de acuerdo con el Ministro de Trabajo del PURS; para cumplir esta tarea de des-

lealtad política no tuvo el menor reparo en solicitar la ayuda de los falangistas y trasladó a Llalagua a Gustavo Stupmf. El Congreso de Telamayu puso al desnudo toda la maquinaria que, con ayuda del gobierno rosquero y del fascismo, había montado el líder contra sus aliados. A partir de este momento se produce un marcado distanciamiento, aunque no la franca ruptura, entre el POR y Lechín, quien vuelve a orientarse hacia el MNR, seguro de que el golpe de Estado iba a producirse por este lado. Los ejemplos de la misma naturaleza pueden citarse hasta el infinito, por nuestra parte nos limitaremos a señalar, como último, un caso ocurrido ya después del 9 de abril de 1952: la organización de la Central Obrera fue obra de los trotskystas. Lechín que cooperó con ellos, bien pronto tomó para sí la tarea, a fin de mantener intocado su liderato y servir mejor al gobierno movimientista, de eliminar a los poristas de la COB, con tal finalidad introdujo arteramente a delegados stalinistas y aconsejó incluso la destrucción violenta de las organizaciones sindicales que habían acreditado representaciones revolucionarias (caso Santa Cruz, por ejemplo).

El fortalecimiento de la Federación de Mineros, identificada como una central revolucionaria e inspirada en el marxismo; la lucha del pueblo todo y principalmente del proletariado, contra el régimen oligárquico del sexenio; la identificación del MNR como caudillo de esta lucha, consecuencia de la extrema debilidad del partido del proletariado, etc., contribuyeron a elevar la popularidad del líder minero a alturas antes desconocidas en nuestra historia. La vorágine de los acontecimientos ayudó al oportunista a disfrazarse de revolucionario. Es entonces que los pablistas descubren que Lechín puede cumplir las tareas de un verdadero dirigente político revolucionario y se lanzan a adularlo y servirlo. Se olvidó que si en determinado momento este elemento se limitaba a deformar la presión de las masas, en el momento cenital de su influencia actúa como agente del partido y del gobierno pequeño-burgués en el seno del movimiento obrero. Habiendo comenzado por ser el repre-

sentante pequeño-burgués de los trabajadores se convirtió, inmediatamente que pudo emanciparse de la directa influencia de los cuadros de base, en freno al servicio de una clase social ajena al proletariado. Su posición privilegiada le permitió aglutinar a un sector movimientista, al ala izquierda, y actuar como uno de los principales polos del partido de gobierno. Por encima de todo, en ningún momento dejó de ser una parte del MNR, reflejando su ideología y su naturaleza clasista.

Dos cualidades personales contribuyen a abultar su figura. Ha demostrado poseer un instinto de orientación -casi siempre puede percatarse de la proximidad de la tormenta para cambiar de tienda política o para tomar contactos amigables con el enemigo- digno de un beduino. Su cerebro intocado por estudios sistematizados acumula fácilmente una limitada cantidad de conocimientos en las charlas de café, a eso se reduce su cultura de "maestro". Estos dos elementos le eran suficientes para actuar con éxito en épocas en que los vientos le fueron favorables y en las que aún no se produjo la quiebra del MNR. Su actuación en la mejor época dejó en claro que no tiene capacidad para romper con su partido, para colocarse a la cabeza del país y tomar el poder, a la cabeza de las masas, esto, principalmente, por no inspirarse en un programa revolucionario. El marxismo sigue siendo para él un arcano inviolado y la revolución se le antoja un caos capaz de destrozar a todas las fuerzas. No es pues casual que sea el animador de la "teoría" de qué la revolución sólo puede marchar si cuenta con el visto bueno del imperialismo, también en este aspecto es un movimientista cien por cien.

Si al comenzar su carrera político-sindical Lechín podía convertirse en un elemento valioso para la marcha de la revolución, desde el momento en que se entrega en cuerpo y alma al MNR y actúa como quinta columna de este partido dentro del movimiento obrero, conviértese en uno de los mayores obstáculos para la liberación de los explotados. La estructura-

ción del Partido de la clase obrera se realiza a través de la lucha contra el lechinismo.

El nuevo ascenso revolucionario, al plantear como problema de primer orden la clarificación política, pone de relieve el empirismo de Lechín y su carencia total de ideología revolucionaria. La crisis del MNR se manifiesta como la quiebra del lechinismo. La bancarrota de la burocracia sindical aproxima al "líder" minero a su fin.

¿Y sus discursos de subido tono rojo? Aunque son cosa del pasado merecen que se diga dos palabras sobre ellos. Lechín no es escritor ni orador, es un simple artesano de la actividad sindical, preocupado y absorbido por los problemas diarios, incapaz de preocuparse de los problemas generales y de dar soluciones también generales. Casi todos los discursos que ha leído -cierto que pésimamente leídos- han sido invariablemente obra de personas ajenas. Es por esta razón que es imposible encontrar una línea política consecuente en sus numerosas greguerías dichas en público. En los primeros tiempos, Lechín transmitía las consignas revolucionarias, porque sus discursos se elaboraban dentro del Partido Obrero Revolucionario. Después, cuando se convirtió en jerarca movimientista, contrató a aventureros encargados de dar forma literaria a sus desplantes oportunistas.

Se dice que el estilo es el hombre. Si intentamos definir a Lechín desde este punto de vista estamos lucidos, pues carece de todo estilo y se mueve con traje prestado, a pesar de su atildado dandismo en el vestir.

El radicalismo de Lechín se ha trocado en servilismo frente a los yanquis y a la reacción criolla. En este período pre-electoral se lanzó desesperadamente a ganar la confianza del imperialismo, para así poder llegar a la Presidencia. Los intereses subalternos de los que componen su sector le obligan a realizar tal maniobra. La batalla ha sido perdida por los izquierdistas. Paz ha visto fortalecidas sus posiciones y diariamente está destruyendo los reductos lechinistas.

Lechín en el poder no tendría más remedio, que realizar un gobierno mucho más derechista, más anti-obrero y más entreguista que el mismo Paz. Sólo circunstancias sumamente extraordinarias podrían determinar que Lechín se convierta en Presidente. Si este extremo se materializa muy pronto las masas pasarían por encima de su cadáver.

La reedición de la fórmula Paz-Lechín constituiría una derrota para este último, que tantas veces ha repetido que la Vicepresidencia es más un cargo decorativo que una coparticipación dentro del gobierno. La pérdida de poder significa la disolución material del sector de izquierda, que aglutina a elementos no alrededor de principios programáticos sino de mezquinas ambiciones personales.

Lechín no ha utilizado la política para realizar grandes ideales ni para servir al país o a la clase obrera, sino para su carrerismo social y económico. Hijo de un humildísimo hogar, hace lo indecible para pasar por aristócrata y consume su existencia en los vicios y las taras de una corrupta burguesía. Su primera compañera fue una cholita que se ganaba la vida sirviendo a los gringos de Catavi, ahora solamente alterna con altas damas de la aristocracia boliviana, si ésta existe. Consumió su juventud girando alrededor del lumpen y ahora no quiere ser más que un caballero elegante. La vida principesca de este "obrero" no puede menos que empujarnos a poner en duda su honestidad personal. ¿De dónde saca tanto dinero? Ciertamente que no de su salario, si es que lo gana.

Llegamos agotados al final de un bosquejo que nos hemos visto obligados a hacer; hasta ahora, al igual que L. Mendoza de la Tapia, solíamos decir "no gusto escudriñar las flaquezas de los mortales, menos aún divulgarlas". Lástima que nuestra regla se hubiese roto al hacer el retrato de una persona tan insignificante, pues ni siquiera podemos repetir con el Barón Stassart: "Una estatua de mediano tamaño sobre un enorme pedestal".

LA DESVIACIÓN SINDICALISTA

La postura más risueña es aquella que pretende impresionar a la opinión pública, buscando notoriedad política para el pablismo, con la consigna de "todo el poder a la COB". Este descubrimiento de los teóricos de Francia se realiza muy tardíamente, en 1955, es decir cuando la Central Obrera cayó totalmente en manos de la burocracia movimientista, aprovechando la depresión momentánea. La consigna fue lanzada artificial e inesperadamente, con la finalidad única que ganar una batalla verbal contra el sector marxista revolucionario (trotskysta) del POR. En Bolivia, antes a nadie se le hubiera ocurrido recurrir a esta especie de aberración sindicalista, pues nos encontrábamos ante la evidencia de que la COB concluyó controlada y estrangulada por el MNR. Lechín ideó, juntamente con Paz Estenssoro, la teoría del co-gobierno obrero y campesino para justificar, precisamente, su permanencia en el gobierno. En último término, la experiencia de las masas frente al régimen movimientista, es también la experiencia frente a la incapacidad de su sector de izquierda.

En tales circunstancias la consigna de "todo el poder a la COB" no podía interpretarse más que como el deseo de que el ala izquierda del MNR -izquierda de un partido pequeño-burgués- monopolizase el poder. ¿Acaso otra cosa se les podía ocurrir a los pablistas capituladores? Si se pensaba que la Central se había emancipado en ese entonces de la férula lechinista (la participación del pablismo en la alta dirección sindical era igual a cero) se llegaba al extremo de creer que los sindicatos como tales podían tomar el poder. La argumentación era falsa porque no planteaba la cuestión esencial de saber quién controlaba políticamente a la Central Obrera. Nuestra impugnación no debe confundirse con la crítica en sentido de que el POR se equivocó al no exigir todo el poder para la COB inmediatamente después del 9 de abril de 1952, cuando el empuje revolucionario de las masas había llegado a su punto culminante y cuando la influencia del Partido era indiscutible en la

orientación de los sindicatos. Cualquiera sea la interpretación que se dé a la consigna pablista, lo evidente es que implicaba la negación de la necesidad histórica del partido proletario. La burocracia cobista ante las insinuaciones, y hasta servilismo, de los pablistas no tuvo más que una actitud de desdén y en cierto momento manifestó que la clase obrera ya estaba en el poder en la única forma posible, a través de su partido político: el MNR.

Por ahí se dice que la consigna fue únicamente utilizada con la finalidad táctica de obligar al lechinismo a tomar el poder y desenmascararlo, así, ante las masas. Se trata de una justificación a posteriori carente de peso. La maniobra no tenía razón de ser desde el momento en que este sector declaró enfáticamente que la Central Obrera co-gobernaba con el MNR. No es casual que nuestros teóricos a la violeta no se hubiesen tomado la molestia de poner en claro la impostura del co-gobierno. La crítica más benévola tendrá que decir que la consigna fue lanzada inoportunamente. No estamos de acuerdo con tal argumento porque, como hemos indicado, encubre el criterio predominante del pablismo: sembrar la desconfianza acerca de la capacidad del POR y capitular ante el MNR.

No cabe la menor duda de que tal consigna no era más que la repetición mecánica de la que esgrimieron los bolcheviques en 1917. Nuevamente demuestra el pablismo su incapacidad para asimilar debidamente una valiosa enseñanza, esta secta habla de Trotsky, pero no ha podido aprender nada del caudillo de Octubre y se limita a desarrollar todos los aspectos negativos que arrastró el trotskismo internacional en el curso de su estructuración. Para los rusos "todo el poder a los soviets" significó en los hechos la consigna de "todo el poder a los bolcheviques". Se olvida deliberadamente que los bolcheviques condicionaron la conquista del poder al control político previo de la mayoría de los soviets. Los presuntos bolcheviques bolivianos se limitaron a presentar una versión encubierta de sus tesis central, predominante en toda su actividad, en

sentido de que las masas podían llegar al poder prescindiendo de su vanguardia y que ésta sería, con posterioridad y cuando los hechos hayan sido totalmente consumados, llamada a cooperar, la poltronería de los ineptos salta a primera vista. Se ha sostenido que "todo el poder a la COB", de igual manera que "todo el poder a los soviets", es una consigna valedera para todas las épocas y para todas las circunstancias y que puede ser lanzada en cualquier momento, no importando la etapa que atraviesa la revolución o la actitud de las masas. Se explica este absurdo si se tiene en cuenta que para esta gente no tiene la menor importancia el sector político que pueda tomar el poder detrás de la COB y que cree firmemente que la revolución no es más que un proceso uniforme de continuo y acentuado ascenso de las masas. El sentido que los bolcheviques dieron a la consigna fue diametralmente opuesto. Lenin, después de haberla lanzado, desahució a los soviets por haber su dirección capitulado ante el gobierno y habló de que serían los soviets del futuro, totalmente renovados, los que podrían llegar al poder. La consigna se actualizó cuando los bolcheviques lograron la mayoría en los sectores fundamentales del proletariado.

Si se argumentase que los pablistas al lanzar la consigna de "todo el poder a la COB" no tenían la intención de hacer el juego a ningún sector el MNR, se tendría que concluir que, dentro de las características de la evolución boliviana, han caído en una desviación sindicalista.

QUIEBRA DE LA DIRECCIÓN SINDICAL

Otro de los factores que contribuyó a obstaculizar la estructuración del partido revolucionario fue la acelerada corrupción de los cuadros de la dirección sindical. El Partido Obrero Revolucionario influyó sobre un considerable sector de caudillos obreros y de la burocracia cobista. Es de conocimiento público que éstos, en su afán de no perder su influencia sobre los obre-

ros, se contentaron con repetir, cierto que deformada e inoportunamente, algunas de las consignas trotskystas. Todo el peso de la depresión del movimiento revolucionario recayó sobre este sector y sus elementos más representativos fueron asimilados al aparato gubernamental. El conjunto de estas circunstancias determinó una peculiar relación entre los sindicatos y el MNR. Este partido, aun en los periodos de su mayor esplendor, no ha podido alcanzar un control doctrinal y político de las direcciones sindicales, se ha limitado a manejarlas por el estómago, convirtiendo a muchos de sus elementos en simples asalariados del gobierno. Uno de los mayores pecados del lechinismo consiste en haber corrompido, mediante la concesión de negociados y coimas, a toda una generación de valiosos dirigentes medios. No desconocemos que, en último término, fue la depresión la que dio origen a las condiciones favorables para la destrucción de dichos cuadros. La experiencia más importante y, al mismo tiempo, vergonzosa a este respecto constituye el llamado "entrismo en el MNR". Un grupo de militantes trotskystas -algunos de gran influencia en los sindicatos y hasta de cierto talento- ingresó al MNR con el pretexto de realizar un trabajo revolucionario desde dentro de un partido de masas. En los hechos los "entristas" se convirtieron en descarados entreguistas y en eficaces instrumentos del partido de gobierno. De una manera general, no puede negarse la importancia del entrismo, pero en las condiciones realizadas por los desertores del POR no puede tener justificación alguna. El error básico de tal trabajo consistió en haberse abandonado totalmente la estrategia del partido del proletariado y en haberla sustituido -sustitución que se la pretendió justificar con el argumento de que era un sacrificio en aras de la indispensable mimetización- con la línea política movimientista. No se debe perder de vista el hecho de que han sido el arribismo social-político y la ilimitada sed de dinero, los que han empujado a los entristas a dar semejante traspié. Que el MNR arroje de su

seno a los entristas, después de haberlos quemado totalmente, es una labor prolífica normal.

En realidad, no se trata de un equipo revolucionario que se lanza a un trabajo de sacrificio, sino de un grupo de elementos quebrados por el largo período de depresión que busca refugio en la sombra del partido que está en el poder.

CRISIS DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO

La momentánea depresión del movimiento revolucionario tuvo como consecuencia inmediata la quiebra del partido del proletariado y dio oportunidad para que el MNR pudiera barrerlo, prácticamente, del campo sindical. La enseñanza más importante de estos catastróficos acontecimientos dice que los cuadros pequeño-burgueses no pudieron resistir la poderosa presión gubernamental. Así se puso de manifiesto una de las debilidades organizativas del POR: una parte de su dirección no había sido debidamente asimilada al programa del proletariado. El programa del Partido trasunta los intereses fundamentales del proletariado, pero no es tarea sencilla que su militancia pequeño-burguesa se asimile íntegramente a él. Ahora, a posteriori, no se necesita esfuerzo alguno para constatar que la ruptura del POR se produjo por su segmento pequeño-burgués. La crisis adquirió caracteres alarmantes porque la defección arrastró a una parte de los dirigentes nacionales. Esta vil traición actuó como un poderoso factor de desaliento sobre los cuadros medios y de base. No se debe al azar que el Partido Obrero Revolucionario hubiese surgido de la catástrofe como un partido nuevo, con una aplastante mayoría obrera en su militancia y con un alto nivel político. Están muy lejos los tiempos en los que toda la historia del Partido no era otra cosa que la historia de la inteligencia universitaria. El hecho indiscutible más importante radica en que el nuevo POR se ha estructurado sobre principios políticos y no sobre componendas de tipo burocrático. Se ha precisado la despiadada crítica polí-

tica de todos los errores del pasado para reagrupar a los militantes, devolverles la fe y captar nuevos y valiosos cuadros.

El POR demostró su debilidad al no poder soportar la prueba de los acontecimientos. Esta debilidad es la consecuencia de errores teóricos que no pudieron ser debidamente superados, pese a la acción constante de la crítica. El más importante de esos errores consistió en la idealización del MNR como dirección del proceso revolucionario. Aquí tiene que buscarse el antecedente inmediato de la quiebra partidista. Si el MNR, además de ser una organización de masas, es capaz de realizar los puntos fundamentales del programa del POR, nada más lógico que apoyarlo -incondicional o críticamente- e inclusive ingresar a sus filas. En este aspecto no existe diferencia apreciable entre las proposiciones de los pablistas y las de los "entristas".

El observador ha debido quedar pasmado ante la naturalidad con la que los entristas cambiaron de cuartel. Justificaron su traición con el ingenuo argumento de que no hacían más que llevar el programa trotskysta hasta las masas. Como si nuestra lucha dentro del Partido no se hubiese inspirado en esta necesidad. El ruidoso fracaso de los "entristas" -varios dirigentes sindicales y políticos han desaparecido después de una tortuosa experiencia- justifica la acre crítica hecha por el POR. Los "entristas" no alcanzaron siquiera a estructurar su propio sector dentro del partido enemigo y se limitaron a disolverse dentro del lechinismo o a postrarse ante Siles y Paz. Con todo, el "entrismo" es sólo uno de los aspectos de la crisis del POR.

Podríamos hacer referencia a la funesta experiencia internacional de la táctica "entrista", a su fracaso dentro de los partidos stalinistas e inclusive del Partido Socialista Popular chileno. Ha resultado criminal la liquidación del Partido Revolucionario con el pretexto de realizar trabajos de zapa dentro de las bases de otras organizaciones. El "entrismo" tampoco es una novedad, ni siquiera por su bochornosa bancarrota, en

escala nacional. Algunos militantes del viejo POR ya lo habían realizado dentro del Partido Socialista de Toro; cobran interés las observaciones que al respecto hizo José Aguirre Gainsborg y que los sintetizamos a continuación; "Pensamos que de todas maneras, la permanencia de ustedes (dice dirigiéndose a los marxistas que habían ingresado al Partido Socialista) en el país es muy desfavorable para nuestro trabajo.

"Y salvo los graves compromisos políticos en que venimos incurriendo creo que debe permanecer todo el tiempo posible en Bolivia. Debemos admitir que todo, menos los compromisos políticos, sería lo mejor que podía haber ocurrido²⁶, siempre que se esté desarrollando allí un trabajo serio, responsable, profundo; creando nuestros cuadros en contacto estrecho con la clase obrera que se organiza, quitándoles a los trabajadores la venda de los ojos. Comenzando por quitárnosla nosotros; no abandonando la capacitación. Pero todo esto exige previamente nuestro esfuerzo por comprender la realidad que vivimos.

"Nuestra permanencia en los puestos de gobierno se tornó hace bastante tiempo liquidadora de toda teoría y práctica revolucionarias. Si tratamos de invocar las ventajas que importa para nuestra actuación mostrándonos a los obreros desde la ubicación burocrática en el Estado burgués no hacemos más que llevarles a la misma concepción echando por la borda nuestra autoridad para llamarles después a la lucha independiente del proletariado contra sus explotadores. Si estas son ventajas, que por otra parte no hacen más que arrojar un tremendo cero en el balance, el problema se convierte en una dolorosa y desfavorable lección.

"Nuestra vida política depende de la rapidez con que podamos rectificar nuestra situación falsa.

²⁶ Se refiere a las persecuciones desatadas por Toro a sus colaboradores "socialistas", después de haberlos aprovechado para engatusar a los obreros que despertaban a la vida política.

"La demagogia que corresponde a un gobierno que trata de buscar un sostén y de provocar la simpatía popular ha ido hasta donde podía ir. Nos ha permitido una agitación limitada, y, luego no admitiéndola ni así, nos larga... Y no podía ser de otro modo. El error esencial estuvo en atribuir la importancia de una crisis revolucionaria a una mera crisis política en la superestructura.

"Toro eliminando a Saavedra no nos daba, prácticamente, un mayor espacio para actuar... Nuestro ingreso finalmente en el Partido Socialista en momento de su desbarajuste interno, se traducía en una cruz y raya sobre nuestra teoría y nuestro prestigio ante los obreros. Día que pasa el Partido Socialista, por vía activa o pasiva, no es más que el partido 'Torista', y así pasará a la historia en pocos meses más. La prueba de que no puede esperarse nada de él es que ni siquiera se ha deshecho de los aventureros y negociantes Montenegro y Cía. (se refiere a Carlos, G.L.). Nada hemos obtenido. Natural y desgraciadamente, todo esto se demuestra a posteriori, por los resultados y hechos que tenemos entre manos.

"Es preciso buscarle una salida a nuestra organización y a nuestra teoría al margen de todos los compromisos. Ustedes (al decir ustedes, me refiero a los grupos de Sucre, Cochabamba y las bases que tenemos en La Paz y Oruro), deben convocar a una conferencia... En cuanto a las consecuencias que se desprendan, tendrán que caracterizarse por mantener su propia fisonomía, por no abandonar lo conquistado, influencia en los sindicatos, en la granja, en las universidades, la influencia sobre algunos miembros del Partido Socialista; todo esto junto a la integridad de nuestros cuadros.

"Quiero ser más claro: en momentos en que todo lo que se crea en Bolivia se desmorona, es preciso volver nuestra fe a la acción lenta pero decisiva del proletariado: cimentar el Partido Obrero Revolucionario aunque no pueda aflorar a la superficie de la consideración política hasta dentro de bastante tiempo"

(José Aguirre Gainsborg, Santiago de Chile, 16 de noviembre de 1936).

Así escribía el fundador del POR y cuyas principales conclusiones pueden aplicarse, sin mayor enmienda, a los resultados alcanzados por los "entristas". Mientras tanto los stalinistas (Arce y Anaya principalmente) colaboraban y quemaban incienso al "socialista" Toro.

El pablismo -la tendencia que de la manera más consecuen- te ha revisado el trotskismo- ha creído que sus bastardos intereses serían satisfechos sólo cuando lograsen fracturar al Partido Obrero Revolucionario. Tan concienzudamente fue realizada esta nefasta tarea que el Partido estuvo frente al riesgo de desaparecer. La burocracia que obedece al llamado Comité Ejecutivo Internacional de la IV Internacional empleó todos los medios, desde las expulsiones fraudulentas hasta el soborno de los opositores (repetiendo así las prácticas stalinistas), para dividir al Partido y poder contar con un sector totalmente dócil a sus decisiones. Los pablistas en Bolivia creyeron de su deber convertirse en sirvientes de tal o cual sector del MNR. En todo momento, directa o indirectamente alquilaron sus servicios al lechinismo, que los utilizó para el cumplimiento de sus planes encaminados a obstaculizar la estructuración de una auténtica vanguardia revolucionaria. Cuando la izquierda del MNR resolvió evitar el ingreso del Partido al parlamento aprovechó a los pablistas para sus maniobras.

El pablismo en escala internacional se orienta seguro de no poder construir la vanguardia revolucionaria fuera de los partidos stalinistas y socialistas. En Bolivia, dicha táctica se ha traducido en el afán de ocultar la propia orfandad con maniobras de aproximación a otros partidos. Es explicable que el pablismo hubiese reclutado a sus elementos entre quienes cometieron el pecado de apoyar los trajines piristas ("comités tripartitos") durante el 21 de julio de 1946 y que, luego, antes del 9 de abril de 1952, desarrollaron la tesis de que el MNR

tenía la suficiente capacidad para llevar a la realidad el programa del POR.

El pablismo actúa gracias a la dadivosa ayuda financiera que le prestan organismos internacionales. A sus dirigentes no les interesa en absoluto el problema de los principios políticos, están empeñados en aparentar fortaleza ante sus amos, para así justificar los sueldos que perciben. En cierto momento, después de la ruptura del Partido y con ocasión de las elecciones generales de 1955, pudieron aprovechar la confusión e inflar sus filas. La clarificación política les es fatal y prácticamente han desaparecido como tendencia. Con todo, mientras llegue la ayuda del Buró Latinoamericano y los "técnicos" en propaganda y en "insurrecciones" seguirán infestando el ambiente con su periodiquito.

Citemos un ejemplo, que, aunque cómico, retrata de cuerpo entero al pablismo. Se contrató los servicios, con sesenta días de anticipación, de un técnico en captura del poder para desencadenar la insurrección a plazo fijo. La fecha del histórico acontecimiento fue señalada para el 1° de julio de 1957, coincidente con la anunciada huelga general. Los pablistas decidieron tomar el poder por medio de terceras personas, lo harían los ministros "obreros" y algunos altos dirigentes de la COB, con la advertencia de que ninguno de ellos militaba en sus filas. Lo que hasta ahora no está aclarado -y acaso jamás se lo haga- es si estos señores, dueños del aparato estatal, habrían tenido la gentileza de llamar a los promotores de tan pintoresca "insurrección". ¿Se trata de un juego a la revolución o simplemente de proyectos de algunos retardados mentales? Lo cierto es que el "técnico" uruguayo dio a luz a un feto exclusivamente literario. No se produjo la toma del poder y el curso de la historia no sufrió la menor alteración. Todos sonrieron piadosamente de las ocurrencias de los pablistas. Los terroristas estaban equivocados en su táctica, pero tenían el suficiente coraje para jugarse la vida al ponerla en práctica. Los pablistas idean golpes y encomiendan -sin tener la ocurrencia de hacer

conocer la decisión "histórica" a los presuntos actores- su ejecución a otras personas. Así es muy fácil ser revolucionario: no se pone en peligro la existencia y se tiene asegurada la ayuda financiera del ya tan famoso Buró.

La impotencia y desesperación pequeño-burguesa generalmente se expresan a través de un inocuo terrorismo verbal. Se pretende hacer asustar al adversario con un lenguaje demasiado rojo y con adjetivos de grueso calibre. Será difícil encontrar terroristas verbales más temibles que los pablistas. Ellos no tienen más respuesta, a todas las situaciones y a todas las provocaciones, por insignificantes que sean, que la toma inmediata del poder, no importa por quién y ni en qué forma. Esto agrada a los teóricos de París, pues estas tonterías sirven para impresionar a sus escasos adeptos. Hace siete años que estos señores han dado para Bolivia la terrible consigna de "captura inmediata del poder" y hace siete años que la vienen repitiendo todos los días y señalando que ahora y no mañana, la situación se encuentra madura para cumplir el encargo del Comité Ejecutivo Internacional. La ira de Pablo se descargó en el preciso momento en que el movimiento obrero había sido ganado por la indiferencia y los poristas eran expulsados de los sindicatos. Pero como nada nuevo ocurre bajo el sol, se ha venido repitiendo la consigna, sin variación alguna, hasta nuestros días. Esta conducta puede comprometer seriamente el prestigio y seriedad de una organización revolucionaria. Por suerte, el pueblo boliviano sabe lo poco que significan estos señores.

La desesperación ha llevado a los pablistas a posiciones realmente absurdas. No tienen más interés que demostrar alguna influencia en los medios sindicales, aunque con tal denuncia destruyan a sus militantes. Si no los conociéramos estaríamos inclinados a suponer que entre ellos son los provocadores los que tienen el timón en las manos. Consignemos algunos ejemplos ilustrativos:

1) El n° 7 de la "Revista Marxista", editada por el Buró Latinoamericano, está íntegramente dedicado a demostrar que

los pablistas son los amos de Bolivia y el resto de los habitantes un hato de imbéciles que repiten sus tonterías. Se consiguen documentos sindicales (presentados en las organizaciones obreras) como producciones de la IV Internacional. Se recurre a la falsificación para demostrar que todo el movimiento obrero está controlado desde París, con manifiesta mala fe se presentan como aprobadas por congresos de trabajadores tesis que no lo han sido. Está demás decir que las producciones de Pablo se caracterizan por su marcado e infantil sectarismo y por ignorar que el sindicato es un frente único de clase. Estos documentos no pueden convencer a nadie y menos servir de vehículo de movilización de amplios sectores de explotados. Un documento sindical tiene que ser un balance crítico de la experiencia de los trabajadores y debe corresponder a un determinado estadio de evolución de la conciencia de las masas; es por esto que cualquier imposición del CEI no puede menos que caer en el ridículo. El Partido en forma colectiva debe elaborar la táctica sindical, táctica que no puede ignorar a los sectores más atrasados y a la enorme masa de obreros sin partido; la misma que será llevada hasta los sindicatos por los militantes que trabajan en las fábricas o en las minas. Un elemental principio de ductilidad aconseja que el militante presente las soluciones en su condición de obrero y por considerar que son las mejores a los diversos problemas. No hay ninguna razón para volcar a los trabajadores atrasados y sin partido en contra de las posiciones del partido con una actitud ultimativista: ¿este planteamiento emana de la IV Internacional! Puede ser que en un momento excepcional haga falta tal identificación, pero por ahora en Bolivia esa conducta equivale sencillamente a una provocación. La experiencia ha demostrado que toda identificación de buenos luchadores como instrumentos pasivos de organismos internacionales ha concluido por aislarlos del grueso de su clase. El que el número de la revista que comentamos no haya circulado en Bolivia demuestra que las

imposturas fueron ideadas para impresionar a los adeptos del exterior.

2) En una publicación de los pablistas se lee que la "Tesis de Pulacayo" es un documento de la IV Internacional y se nos ha informado que en Buenos Aires se sostiene que ha sido redactada por Pablo. El origen de esta provocación es el siguiente: un dirigente minero de Potosí señaló enfáticamente - cosa que lo habíamos hecho muchas veces con anterioridad - que el MNR saqueó el arsenal doctrinario de la "Tesis de Pulacayo" para llegar al poder. Los pablistas decidieron, con el cinismo que ya es tradicional en ellos, aprovechar tales declaraciones y hacer consentir que el minero y el documento citados eran obra de ellos.

Constituye una inexactitud histórica sostener que la "Tesis de Pulacayo" es un documento de la IV Internacional. En la época en que fue redactado el POR no mantenía relaciones organizativas con dicho organismos internacional y el Partido no intervino oficialmente en el congreso minero. Es cierto que fue redactado por un militante del POR y presentado al Congreso de Pulacayo por elementos simpatizantes. Es por demás extraña la actitud de los pablistas si se considera que fueron ellos precisamente los que impugnaron la "Tesis de Pulacayo" por insuficiente y agotaron todos sus esfuerzos para poder sustituirla con otro documento en numerosas reuniones obreras.

Aun en el caso de que el extremo sostenido por los pablistas fuese evidente, lo correcto sería cuidarse de decirlo enfáticamente a los cuatro vientos, porque, lejos de reportar algún beneficio, puede facilitar el ataque de los adversarios. Las constantes provocaciones en que incurren los pablistas condenan a sus escasos militantes obreros a un total aislamiento y, a la larga, concluyen por desclararlos.

Las pocas veces que los pablistas no han actuado como agentes del MNR o del lechinismo han cumplido el triste papel de mandaderos del stalinismo. En mayo de 1950 fueron ellos

los que les prestaron los mejores servicios. Ahora, agotan todas sus energías para consumir un frente político con los pevistas y otras sectas filo-stalinistas, totalmente ajenas a las masas. Hasta el momento no han explicado por qué y para qué quieren semejante contubernio.

Nos diferenciamos de los pablistas por fundamentales razones políticas y no tenemos por qué cerrar los ojos antes sus tremendos errores y ante los crímenes que han cometido contra la revolución boliviana. Estamos informados que merodean por el Partido ofreciendo un pacto de unidad o, por lo menos, de trabajo común. Si ellos hubiesen logrado con su indigna conducta acaudillar a la clase obrera acaso nos hubiéramos visto obligados -venciendo la repugnancia que nos producen estos sujetos- a escuchar su canto.

La quiebra del POR por su sector dirigente pequeño-burgués ("entristas" y "pablistas"), demuestra la poderosa presión del gobierno movimientista que, como todos saben, es un gobierno reaccionario.

La lucha entre la Fracción Obrera Leninista y la Fracción Proletaria Internacionalista no es otra cosa que la lucha entre las tendencias proletaria y pequeño-burguesa del Partido Obrero Revolucionario. Considerado el problema desde este punto de vista, lo único fundamental son los planteamientos ideológicos y no el número de militantes de cada sector. Los trotskystas eran conscientes de la importancia de la batalla que libraron y defendían tercamente el problema del Partido, sus tradiciones, sus métodos organizativos. La FOL se llamó a sí misma "minoría".

La tendencia pequeño-burguesa, consecuente con su estructura clasista, se convirtió en la izquierda del MNR y declaró que su tarea no era otra que cooperar con la oposición que había surgido dentro del Partido de gobierno.

La ruptura con la tendencia pequeño-burguesa, en el momento en que las diferencias ideológicas alcanzaron una gran profundidad, ha fortificado en definitiva al Partido, porque ha

consolidado las posiciones de la tendencia proletaria. Cuando comenzó la discusión a nadie se le ocurrió que se estaba marchando hacia la escisión y todos, menos los pablistas, hicieron lo imposible por evitarla. Parecía que los motivos de la lucha eran por demás secundarios. "Un error comienza siempre por ser pequeño, para crecer y hacerse mayor. Las divergencias comienzan siempre por bagatelas. Todo el mundo ha sufrido alguna vez pequeñas heridas; pero si la pequeña herida se hubiera infectado podría haberse producido una enfermedad mortal" (Lenin el 23 de enero de 1921, citado por Trotsky "En Defensa del Marxismo").

¿Por qué el Secretariado Internacional se solidarizó con la tendencia pequeño-burguesa? Al hacerlo no hizo más que mostrarse de cuerpo entero. Ese organismo burocrático es, por sus ideas, por su composición social, un minúsculo grupo de pequeño-burgueses, unidos, no por un programa, sino por vínculos de amistad y por su desmedido afán carreristas. Los trotskystas bolivianos comenzaron a diferenciarse de los organismos internacionales burocratizados y a luchar contra ellos. Sólo más tarde, cuando el Secretariado Unificado aglutinó alrededor suyo a los pequeños burgueses quebrados del POR, la lucha se tornó nacional.

PROBLEMAS DE LA CONSTRUCCIÓN DEL PARTIDO

La discusión de los trotskystas con los pablistas se inició alrededor de la naturaleza de la revolución y de su porvenir. Bien pronto el choque de posiciones se reflejó en el terreno organizativo. La orientación política determina el tipo de organización. Trotsky decía que "el programa hace al Partido". Un Partido llega a ser bolchevique si logra llevar a la práctica el centralismo democrático, norma organizativa básica. La verdadera fusión entre centralismo y democracia de que hablan las resoluciones del Tercer Congreso de la Tercera

Internacional, se convierte en realidad siempre que se logre que la línea política sea el producto de la elaboración colectiva de todo el Partido. No existe ninguna otra posibilidad para asimilar críticamente la experiencia vivida por una organización. Sería ideal que no existiesen divergencias dentro del Partido, pero la naturaleza misma de la lucha política convierte la historia partidaria en la historia de las tendencias y de las fracciones. La cuestión crucial de la actitud que debía asumirse frente a la pequeña-burguesía en el poder agudizó la lucha fraccional y precipitó la división del Partido. El monolitismo organizativo stalinista, que significa la destrucción práctica del bolchevismo, no ha podido evitar la existencia de fracciones, las ha arrojado simplemente a la clandestinidad. La elaboración colectiva de la línea política es la piedra angular de la disciplina bolchevique, pues debe basarse en la convicción y en la confianza políticas. Si uno está seguro que la dirección de su Partido lleva a la organización contra los intereses fundamentales de la revolución tiene la obligación y el derecho de romper la disciplina para no traicionar al marxismo. Lenin sostuvo este criterio en sus escritos y se inspiró en él en la práctica. Trotsky, que nunca pudo sobreponerse a la tonta acusación de "su pasado no bolchevique", cometió el error de declarar que el Partido siempre tiene razón.

Tal elaboración colectiva (es decir, a través de un constante conflicto de ideas), de la política partidista no podrá realizarse a menos que se garantice la más amplia democracia interna y el funcionamiento celular. Si los cuadros de base no controlan cotidianamente a la dirección, a través de una constante y ágil crítica, no puede decirse que el Partido es bolchevique. La centralización es indispensable para la actuación política exterior del Partido, pero, para ser eficaz debe estar completamente con la democracia interna. No se debe olvidar que para nosotros el Partido es, por sobre todas las cosas, instrumento de la revolución. Trotsky sienta este principio al comenzar su crítica a Calverton (1932).

Nosotros comprendíamos que el POR sólo podía fortificarse y superar toda su herencia de errores del pasado a través de una amplia discusión interna. La asimilación de la experiencia internacional no puede realizarse por ningún otro canal. El pablismo y el Buró Latinoamericano nos conminaron a seguir una muy particular forma de organización del Partido: deberíamos concretarnos, según ellos, a obedecer servilmente las órdenes del Secretariado Internacional y rendir pleitesía a Michel Pablo por haber sido declarado heredero oficial del talento de León Trotsky. Nunca habíamos abandonado la actitud crítica frente a los clásicos del marxismo y a Trotsky y mal podíamos adorar a un pelele. Según la peregrina teoría de los burócratas -ineptos, además de burócratas- del Buró, el POR boliviano no tenía más misión que difundir los documentos redactados en Buenos Aires y para que tan "trascendental" tarea fuese debidamente cumplida se conminó a no formar fracciones o tendencias. De esta manera los "herederos" de Trotsky demostraron haber adoptado como norma organizativa los peores vicios de la burocracia stalinista. Según el marxismo la Internacional es un partido mundial único y no una organización federativa de partidos nacionales. Es este principio básico el que nos impide reducir a la sección boliviana en un pasivo receptor de las órdenes emanadas de París y/o de Buenos Aires. Tenemos absoluto derecho y hasta la obligación de no reconocer disciplina internacional si no se nos permite participar activamente en la elaboración de su línea política.

Es absurdo sostener que la revolución de un determinado país pueda ser planeada y ejecutada de acuerdo a las instrucciones emanadas de un Buró ubicado en el exterior a miles de kilómetros de distancia. Toda revolución está profundamente enraizada en la historia y el partido que alcance a convertirse en su instrumento basará su táctica en su propia tradición y en el atento estudio de la evolución del proletariado nacional. La experiencia internacional debe permitir la mejor comprensión de la realidad nacional. Las publicaciones pablistas no genera-

lizan la experiencia que adquiere el proletariado de los diversos países en su lucha cotidiana, se limitan a consignar una falsa erudición. El marxismo además de interpretar el mundo, enseña cómo transformarlo. ¿Negamos la importancia de la Internacional? De ninguna manera. La lucha por la liberación nacional y social precisa de este instrumento. Pero creemos que es nuestro deber denunciar la caricatura del internacionalismo que significa la pretendida internacional trotskysta. Somos conscientes de que la debilidad de la revolución boliviana tiene como una de sus causas la incipiencia de la vanguardia revolucionaria latinoamericana e internacional. Para superar este estado crítico se tiene que comenzar por desenmascarar a los impostores que medran bajo la bandera de la Cuarta Internacional. El POR boliviano tiene que volcar su actividad hacia el escenario continental. Si queremos salvar a la revolución boliviana debemos comenzar por estructurar una poderosa vanguardia en Latinoamérica, tarea que impone la necesidad de acentuar la lucha contra los traficantes de toda laya.

Pablistas y canonistas nos acusan de desviación nacionalista por la sencilla razón de que nos negamos a reconocer su autoridad, por considerar que constituyen la negación misma de la Internacional. Convendría que estas gentes no olviden que Trotsky escribió lo siguiente acerca de la vanguardia revolucionaria norteamericana: "De acuerdo con que la vanguardia del proletariado norteamericano debe también aprender a basarse a sí misma en las tradiciones revolucionarias de su propio país. En un cierto sentido podemos aceptar nosotros el slogan: 'Americanizar el marxismo'. Esto no significa, por supuesto, el someter a revisión sus principios y su método. La tentativa de Max Eastman de echar por la borda el materialismo dialéctico en beneficio del 'arte técnico de la revolución' representa una aventura retrógrada... El americanizar el marxismo significa enraizarlo en suelo americano, el verificarlo contra los eventos de la historia americana, el elaborar con sus métodos los problemas de la economía y la política ameri-

cana, el asimilar la experiencia revolucionaria americana. ¡Una labor gigante!" ("El Partido, problema central", L. Trotsky, "Masas", N° 5, marzo de 1955, páginas 15 y siguientes).

El primer choque con el pablismo se produjo cuando el Secretariado Internacional ordenó que la tesis política del POR, aprobada en su X Conferencia nacional (junio de 1953), fuese sustituida por otro documento que había redactado dicho organismo. La proposición fue rechazada por considerar que atentaba contra el centralismo democrático y contra la vida misma del Partido. Es entonces que el Buró Latino Americano envía agentes confidenciales para organizar lo que dio en llamarse "Fracción Proletaria Internacionalista" -este último término para subrayar su obsecuencia hacia el SI-, a fin de llevar una lucha a fondo contra la mayoría trotskysta del Partido. Los pablistas comienzan desarrollando una teoría mucho más cínica que la stalinista alrededor del centralismo democrático. "La lucha fraccional comenzó sobre la caracterización de la revolución boliviana, sobre la evolución de la conciencia de las masas y sobre la actitud que debería asumirse frente al MNR, el único partido de masas en Bolivia. Sobre la base de divergencias alrededor de estos puntos capitales de la política revolucionaria, se elaboraron dos criterios de estructuración del Partido. Al calor de la lucha enconada se puso de manifiesto que la Fracción Proletaria Internacional había llegado a la concepción stalinista del partido" ("La lucha fraccional dentro del POR", "Masas", 30 de octubre de 1956, página 6).

La discusión se llevó a cabo con el delegado del BLA: "Según Arroyo, delegado del BLA, la tesis esencial organizativa del bolchevismo radica en que el centralismo debe ser colocado en primer plano y sólo en segundo lugar la democracia. Este nuevo régimen dentro del Partido -que sepamos hasta ahora a nadie se le había ocurrido lanzar como leninismo semejante barbaridad- es caldo propicio para el desarrollo de los métodos stalinistas y no puede menos que llegar a sustituir el verdadero centralismo democrático con su caricatura: el cen-

tralismo burocrático". Frente a esta tesis de la democracia disminuida se reivindicó el concepto clásico del centralismo democrático: a) La Internacional de Lenin y Trotsky.- El Congreso de la Internacional Comunista y en las tesis respectivas se dice sobre el centralismo democrático. "La centralización democrática en la organización del Partido Comunista debe ser una verdadera síntesis, una fusión de la centralización y la democracia proletaria. Esta fusión sólo puede obtenerse por una actividad común permanente, por una lucha igualmente común y permanente del conjunto del Partido.

"La centralización en el Partido Comunista no debe ser formal ni mecánica; debe ser una centralización de la actividad comunista, es decir, la formación de una dirección potente, lista al ataque y al mismo tiempo capaz de adaptación.

"Una centralización formal o mecánica no sería más que la centralización del 'poder' entre las manos de una burocracia empeñada en dominar a los otros miembros del Partido o a las masas del proletariado revolucionario, la lucha por la dominación o un antagonismo de autoridades es incompatible con los principios adoptados por la Internacional Comunista, relativos al centralismo democrático" ("Les quatre congrés de l'Internationales Communiste", página 109).

Para la Internacional de Lenin y Trotsky, el centralismo democrático de los partidos revolucionarios consistía en "una verdadera síntesis; una fusión de la centralización y de la democracia proletaria". Esta fórmula es totalmente opuesta a la especie de que el partido debe primar el centralismo sobre la democracia interna. Algo más, se ponía en guardia contra una posible deformación burocrática de la vida interna partidista: "Una centralización formal o mecánica no sería más que la centralización del 'poder' entre las masas de una burocracia".

"b) La Internacional de Trotsky.- La IV Internacional reivindica los conceptos básicos de la estructura bolchevique del Partido y en ningún lugar de sus documentos se sostiene la enormidad de que la democracia interna debe ser relegada a un

lugar secundario con referencia al centralismo. En los Estatutos de nuestra Internacional (ver Preámbulo) se lee al respecto: "En la escala internacional como en la nacional y en la local, el régimen interior de la IV Internacional es determinado por los principios y prácticas del centralismo democrático, es decir, la más grande democracia posible en la discusión interior para la elaboración de una línea política y la más firme disciplina en la aplicación de esa línea una vez que ha sido establecida". En la sección correspondiente a la "estructura y permanencia" se sientan las normas encaminadas a garantizar la democracia interior: "elección de todos los organismos de dirección por la asamblea, conferencias y congresos convocados al efecto. Reelección periódica de aquellos. Informes periódicos de estos organismos superiores. Ejecución inmediata de ellos sin perjuicio de recurrir en apelación ante las superiores instancias. Una disciplina obediente de las minorías y respeto de las decisiones emanadas de las mayorías, combinadas con los incontestables derechos democráticos, tales como ver publicados sus documentos, de extensión prudente, en los boletines interiores del partido dentro de un plazo razonable; permitírseles intervenir en escala nacional en las discusiones preparatorias de los congresos; hallarse representadas, teniendo en cuenta su importancia numérica, en los organismos de dirección incluido el Buró Político; el derecho para los miembros que hubieran de responder de un acto de indisciplina, de conocer las obligaciones de que son objetivo, de sentar su defensa, y, salvo en los casos de imposibilidad por razones geográficas, confrontarse con los acusadores; todos los miembros deben tener una información completa, honesta e imparcial acerca de los problemas y de la actividad de la Internacional y de las direcciones nacionales.

"c) Los estatutos del Partido Obrero Revolucionario.- El POR como organización está sujeta a los principios fundamentales del centralismo democrático de la Cuarta Internacional que son (transcribimos solamente los párrafos principales):

'Todos los órganos del Partido desde los secretariados de célula hasta el Comité Central, son elegidos en reuniones ampliadas, en congresos nacionales o regionales, en los ampliados de barrios, etc.'

"Al final de su primer capítulo, los estatutos del Partido Obrero Revolucionario transcriben el párrafo sobre el centralismo democrático contenido en las tesis organizativas de la Tercera Internacional y que hemos citado más arriba. Como se ve claramente, el Partido Obrero Revolucionario en ningún momento de su historia intentó modificar las normas organizativas bolcheviques y estatuir como modelo de perfección el centralismo burocrático, tan cínicamente pregonado hoy por la 'mayoría' del Buró Político. En nuestra concepción del centralismo democrático asumimos la defensa de la más limpia tradición de nuestro movimiento internacional y nacional. La 'mayoría', también en esta materia, va por el camino del revisionismo. Por todo lo transcrito se llega a la conclusión de que los usurpadores del Buró Político han actuado y actúan violando flagrantemente las normas organizativas fundamentales de la Internacional y del Partido Obrero Revolucionario. Podríamos lanzar contra ellos la acusación por transgredir dichas normas; pero se trata no de casos aislados de carácter disciplinario, sino de todo un sistema de pensamiento y acción que busca estrangular al Partido con ayuda de métodos stalinistas". ("Masas", 18 de agosto de 1956).

Los trotskystas se agruparon en la Fracción Obrera Leninista -llamada así para dar a entender que se partía de las normas organizativas leninistas- y muy pronto tuvieron que enfrentarse con el aparato y con el dinero que el Buró Latino Americano y el Secretariado Internacional volcaron sobre Bolivia.

"La Fracción Obrera Leninista comenzó a estructurarse alrededor de la defensa de la Tesis Política aprobada por la Décima Conferencia, que fue atacada por parte de la dirección, siguiendo las instrucciones del BLA y del propio SI" ("Lucha fraccional dentro del POR").

Los teóricos del centralismo por sobre toda otra consideración demostraron saber utilizar todo los medios para estrangular a los núcleos opositores dentro del Partido. Si los stalinistas emplean las promesas de viajes turísticos a las "democracias populares" o a la URSS para engatusar a algunos pequeño-burgueses arribistas, con igual fin los pablistas hicieron propaganda sobre el poder que tenían para organizar viajes a Buenos Aires y París. Durante la preparación de la Once Conferencia (realizada en 1954) la Fracción Obrera Leninista fue prácticamente acallada y eliminada de todo trabajo partidista. Si persistimos dentro de la agrupación, a pesar de tan monstruosos atentados, se debía a la esperanza de que una reunión rectificaría todas las desviaciones. En la Once Conferencia la FOL resultó contando con la mayoría de votos, los pablistas la sabotearon y, finalmente, denunciaron el carácter fraudulento de muchos delegados, pese de que todo el aparato había pasado a ser monopolio de ellos. Para evitar una ruptura prematura del Partido Obrero Revolucionario los trotskystas propusieron que nuevamente se mita la discusión a las bases y aceptaron el absurdo Comité Central bicéfalo propuesto por Arroyo, delegado del BLA²⁷. El autor de las presentes líneas es el responsable de esta conducta conciliadora que no hizo otra cosa que dar tiempo a las maniobras pablistas. Lo correcto habría sido designar una dirección nacional que corresponda a la tendencia mayoritaria de la Conferencia y no asustarse ante la ruptura del Partido. Puede servir como atenuante el hecho de que los pablistas no habían elaborado totalmente su teoría política sobre la revolución boliviana que los llevó a un campo totalmente opuesto al del trotskismo.

²⁷ Se designaron igual número de miembros de cada fracción ante el Comité Central y dos secretarios generales, como representantes de los grupos en pugna. Como era de esperar, el CC se convirtió en el centro de la más enconada lucha y prácticamente dejó de funcionar. Desde este momento cada fracción actúa como un partido nacional independiente.

En abril de 1954, la FOL, produjo un documento para impugnar los métodos de trabajo del pablismo.

"LA DEMOCRACIA ABSTRACTA"

No pocas veces nuestros adversarios han impugnado nuestras críticas con el argumento de que nosotros andamos pegados a la letra muerta de los estatutos y de los textos y de que defendemos un régimen de "democracia abstracta" en el Partido, por lo tanto impracticable. Toda esta impugnación no tiene más finalidad que encubrir la evidencia de que el sector "mayoritario" destruye, cada día más, el régimen democrático de la vida interna. No se trata de una simple coincidencia que nuestros adversarios utilicen ahora los mismos argumentos empleados por el stalinismo contra la oposición de izquierda.

Escuchemos a Trotsky (ver *¿A dónde va Rusia?*, "Nuevo Rumbo", páginas 179 y siguientes): "En las polémicas y en los artículos de los últimos tiempos se ha subrayado que la 'democracia pura' 'absoluta' 'ideal' es irrealizable y que para nosotros no constituye un fin. Esto es incontestable. Pero con igual razón que el centralismo puro, absoluto, es irrealizable e incompatible con la naturaleza de un Partido de masas, y que tampoco podría representar un fin, la democracia y el centralismo son dos aspectos de la organización del Partido. Se trata de ajustarlos lo más posible; esto es, respondiendo mejor a la situación actual. Durante el último período, el equilibrio se había roto en favor del aparato. La centralización excesiva del aparato a expensas de la iniciativa, engendraba un malestar; malestar que, en un extremo del Partido revestía una forma extraordinariamente mórbida".

Es importante que el Partido sepa qué entendemos por democracia obrera. La caracterización que hacemos de ella es la misma que da Trotsky en base de las resoluciones del octavo congreso del Partido Comunista Ruso: "La democracia obrera significa libertad de juicio para todos los miembros del Partido

sobre las cuestiones importantes de la vida de éste, su libre discusión y la elección del personal dirigente responsable y de los consejos desde la cúspide hasta la base" ("Plataforma de la Oposición", pág. 121).

DISCIPLINA EN EL PARTIDO OBRERO

La "mayoría" de la dirección cree que la disciplina debe consistir en la obediencia ciega y pasiva de las órdenes emanadas de la cúspide del Partido. La consecuencia no puede ser otra que la división del trabajo entre dirigentes que solamente mandan y el grueso de la masa que no tiene más misión que obedecer callada y resignadamente. Esta disciplina solamente puede acomodarse al monolitismo organizativo y jamás a un partido en el que impere el centralismo democrático.

A los burócratas oponemos la definición leninista de la disciplina en el partido obrero: "Unidad en los actos, con la libertad de discusión y crítica, he ahí nuestra definición... El proletariado no admite la unidad de acción allí donde no existe la libertad de discusión y de crítica", (Lenin, T. X de las OO.CC.).

La mayoría quiere convertir a los militantes en simples autómatas silenciosos, carentes de todos los derechos. Nosotros buscamos educarlos para que sean verdaderos bolcheviques.

"La democracia interna es la única que puede permitir que las relaciones entre los dirigentes y las bases se desarrollen en el marco bolchevique cuya síntesis -en oposición a la disciplina stalinista- puede expresarse como la capacidad del partido de dirigir a los cuadros dirigentes.

"La burocratización de tipo stalinista ha surgido en el partido en el momento más difícil de la revolución boliviana, cuando la etapa de depresión está por ser superada, cuando el nuevo empuje de masas plantea el problema de escoger la táctica adecuada que nos permita convertirnos en el partido de masas

que conduzca a éstas al poder. Esta difícil situación se ha complicado con la crisis de la Cuarta Internacional que ayuda a la formación de la "mayoría". Los sectores mayormente influenciados por el miedo a la revolución, acobardados por las dificultades que presenta el trabajo diario y que reciben en mayor medida la presión de las clases enemigas del proletariado, piensan que estrangulando al Partido, concentrando en sus manos todos los resortes de mando, podrán contener a la revolución. Nuestros burócratas se caracterizan por ser, sobre todo, capituladores". ("Masas", 21 de agosto de 1956).

Fueron los pablistas los que precipitaron la ruptura formal del Partido Obrero Revolucionario. Al iniciarse la campaña electoral de 1956 publicaron en su periódico un comunicado informando que los miembros de la Fracción Obrera Leninista no pertenecían al Partido Obrero Revolucionario desde hacía bastante tiempo. El congreso del Partido que se reunió en Oruro (primeros días de mayo de 1956) respondió a la provocación expulsando a la dirección del Fracción Proletaria Internacionalista. El documento histórico dice:

"Que de la información prestada por el secretario general del sub-buró político, residente en La Paz, se constata que Hugo Gonzáles y Víctor Villegas, miembros de la FPI han usurpado cargos de dirección para los que no fueron designados y públicamente han manifestado estar en desacuerdo con las bases programáticas del Partido Obrero Revolucionario y con la línea política que la dirección nacional desarrolla desde "Masas". Esta conducta rompe con las normas del centralismo democrático, que garantiza la existencia de fracciones dentro del Partido, a condición de que éstas no comprometan la acción en el exterior. En las circunstancias actuales, la denuncia de rebelión contra la disciplina partidista equivale a una traición.

"Además, se ha hecho conocer que, de manera indiscutiblemente sospechosa, los mencionados elementos, después de autodesignarse dirigentes, se resistieron a realizar la campaña

pro-liberación de los camaradas que estuvieron presos en el Panóptico Nacional.

"En consecuencia, se resuelve:

"1.- Expúlsase públicamente a Hugo González y Víctor Villegas de las filas del Partido Obrero Revolucionario, por haber manifestado no estar de acuerdo con nuestro programa y por haber roto la disciplina partidista.

"2.- Todos los actos que estos elementos hubiesen realizado a nombre del Partido Obrero Revolucionario, no tienen validez alguna para nuestra organización. El Congreso fijará la táctica a seguir en la cuestión electoral. Por otra parte, el POR, hasta el momento, no tiene pacto alguno con ningún partido político y declara estar llano a entablar conversaciones con quienes se reclaman de la clase obrera

"3.- La Fracción "Masas", antes Obrero-Leninista, ha sido disuelta por voluntad de sus dirigentes, pues consideran que la línea del Partido guarda conformidad con su plataforma. La FPI tiene el derecho de continuar con su organización, mantener sus boletines, designar sus dirigentes, etc., todo dentro del centralismo democrático. Los militantes que deseen defender a los expulsados pueden hacerlo inclusive en las publicaciones internas que mantiene la dirección nacional y pueden apelar a las instancias superiores establecidas por las normas estatutarias" (Oruro, 3 de mayo de 1956).

El mismo congreso conoció una comunicación del Buró Latino Americano conminando a los trotskystas a acatar sus instrucciones y prohibiéndoles persistir en su afán de organizar fracciones. La reunión rechazó el documento por considerarlo atentatorio a la dignidad revolucionaria.

Mientras tanto los pablistas habían acordado actuar en las elecciones, obedeciendo órdenes del sector lechinista del Movimiento Nacionalista Revolucionario, a fin de evitar que los militantes del Partido Obrero Revolucionario pudiesen llegar hasta el parlamento. Este pacto les valió el reconocimiento de la Corte Nacional Electoral, la misma que rechazó la inscrip-

ción del Partido, violando la legislación respectiva. Los pablistas publicaron un periódico durante la campaña electoral con el único objetivo de atacar al Partido, todo dentro del plan movimientista de evitar que aumentase nuestra influencia en los centros obreros.

El Buró Latino Americano, residente en Buenos Aires, sostuvo muy ingenuamente que los trotskystas bolivianos desaparecerían después del reconocimiento legal de los pablistas como partido. Nuestros adversarios pretendieron ganar militancia con el tonto argumento de que ellos contaban con la venia de Michel Pablo, de la Corte Nacional Electoral y del propio Movimiento Nacionalista Revolucionario. (Los hechos posteriores, que se encargaron de fortalecer al POR, pusieron en evidencia que el pablismo seguía una línea política equivocada. Los Editores, 1996).

* * *

NOTA MARGINAL

LA CAMPAÑA CONTRA LA DIRECCIÓN PORISTA. LA DESLEALTAD, MÉTODO STALINISTA

"Elementos que fueron repudiados por el Partido Obrero Revolucionario, vienen utilizando todos los medios para desprestigiar a la dirección nacional del Partido. Después de tratos sospechosos con las cumbres gubernamentales han logrado el "reconocimiento" de la Corte Nacional Electoral. Ahora, están empeñados en recabar el visto bueno de organismos internacionales. La incapacidad y la carencia de militantes se pretenden sustituir con los "reconocimientos" administrativos. Esta conducta es inconfundiblemente burocrática.

"La campaña contra la dirección nacional del Partido Obrero Revolucionario es orientada desde el exterior. Sustancial-

mente va dirigida contra los trotskystas más conocidos del país y pone en evidencia que los 'candidatos' no tienen más intención que destruir a quienes les hacen sombra. Les decimos a estos señores que nos disculpen, pero nosotros no somos responsables de que sean enanos en todos los aspectos y principalmente en el político.

"Circula una carta abierta -que también la esgrimen algunos elementos del Movimiento Nacionalista Revolucionario- del llamado Buró Latino Americano, en que se ataca acremente al camarada G. Lora. No nos hubiéramos ocupado de este documento si no viniese firmado por quienes dicen representar en Latinoamérica a la Cuarta Internacional.

"Con todo, deben saber los burócratas que se mueven en Bolivia y también los del exterior, que los merecimientos del camarada Lora han sido ganados en ruda batalla contra la rosca, contra el imperialismo y contra los propios traficantes de la llamada izquierda.

MÉTODOS STALINISTAS

"Se sabe que siempre caracterizó al stalinismo una deslealtad a toda prueba con los mejores revolucionarios y con la misma doctrina marxista. Los héroes, los caudillos, los semi-dioses de la víspera, son presentados como aventureros, como agentes del imperialismo, como ambiciosos que solamente buscan su bienestar personal, etc. Estos mismos métodos se vienen repitiendo en los círculos que pretenden pasar como trotskystas. Nosotros no nos cansaremos de combatir tales desviaciones, importando poco dónde aparezcan.

"Los enemigos de la dirección del Partido Obrero Revolucionario, que tanto empeño ponen en denigrar a su Secretario General, no deben olvidar que el Tercer Congreso de la Cuarta Internacional, reunido en Europa en agosto-septiembre de 1951, lo designó su Presidente Honorario. "Transcribimos a

continuación la parte concerniente de 'Quatrième Internationale', volumen 9, N° 8-10, agosto-octubre de 1951:

'El Congreso fue colocado bajo la presidencia de honor de los militantes revolucionarios actualmente víctimas de la represión imperialista y stalinista: los camaradas bolivianos, vietnamitas y griegos, particularmente el camarada Guillermo Lora, arrestado..., etc.'

"El mismo Congreso se solidarizó con la conducta política del mencionado camarada, al aconsejar, en la resolución política sobre América Latina, la estructuración del frente único anti-imperialista, sobre la base de la 'Tesis de Pulacayo'". ("Masas", segunda semana de junio de 1956).

* * *

Las diferencias políticas básicas giran alrededor de la discusión de la Tesis Política aprobada por la Décima Conferencia Nacional (elaborada en los primeros meses de 1953). Las ideas centrales de dicho documento son las siguientes:

LAS DOS ETAPAS DE LA REVOLUCIÓN: ASCENSO INSTINTIVO Y DEPRESIÓN MOMENTÁNEA

Mientras se acentuaba la depresión del movimiento obrero, el campesinado atravesaba un período de acentuada radicalización. La ruptura en el ritmo de movimientos de estos dos sectores sociales se observa en todo el curso de la revolución y sólo excepcionalmente coinciden.

"En la presente etapa de la revolución hay tres hechos fundamentales a los que tiene que subordinar el Partido Obrero Revolucionario su política:

1) El control que todavía mantiene la dirección pequeño-burguesa sobre el movimiento obrero-campesino;

2) El ascenso vertiginoso del campesinado que crea sus propias organizaciones;

3) La existencia de organismos de masas que tienden a convertirse en efectivos órganos de poder y presentan, en germen, características propias de un período de dualidad de poderes". (Tesis de la Décima Conferencia del Partido Obrero Revolucionario).

El pablismo creyó encontrar en la caracterización de las dos etapas de la revolución hecha por la mencionada Tesis Política indicios de capitulación ante el Movimiento Nacionalista Revolucionario y de un pesimismo injustificado:

"La Fracción Proletaria Internacionalista aparece intentando una revisión de las posiciones políticas aprobadas en la Décima Conferencia, a las que califica de pesimistas y capituladoras. Su tesis era la siguiente:

'Es erróneo hablar de depresión del movimiento revolucionario, contrariamente, las masas han conservado toda su vitalidad de empuje y marchan velozmente hacia el poder. En consecuencia, la consigna de gobierno obrero-campesino debe transformarse en voz de orden de agitación, pues será realizada de inmediato..." ("La lucha fraccional dentro del Partido Obrero Revolucionario").

La Tesis de la Décima Conferencia señaló que "para el Partido Obrero Revolucionario, antes que la conquista inmediata del poder está por delante la tarea de conquistar a las masas, de educarlas en los combates cotidianos y de enseñarles a confiar enteramente en la dirección de la vanguardia del proletariado. Tal es el difícil camino que tenemos que recorrer. Hay una evidencia que no puede ni debe ser ignorada: las masas están aún bajo el control de la pequeña burguesía. Los progresos en el camino de la diferenciación política que se han operado, por importantes que sean, no son suficientes para que el Partido Obrero Revolucionario pueda decir que controla a las masas... Los sectores más adelantados, más politizados, concentran su atención alrededor del Partido Obrero Revolucionario; las

capas rezagadas, que son las mayoritarias, se mueven fanáticamente tras el gobierno..." (página 15 de la Tesis de la Décima Conferencia).

El Secretariado Internacional y sus testaferros criollos elevaron inmediatamente el grito al cielo; según ellos los trotskistas bolivianos habían perdido los estribos al aferrarse a la consigna totalmente superada como la de "conquistar previamente a las masas".

Se hizo necesario desbaratar esta objeción: "Algunos razonan que la consigna de la conquista del poder a través de la conquista de las masas ha sido superada. ¿Superada por el propio desarrollo de la revolución, por la conquista del poder por el proletariado o por qué? Nadie se ha tomado el trabajo de puntualizar el problema. Si hasta ayer era justa la formulación, ¿por qué ahora ha dejado de serlo? Se dice que las masas galopan -así sostienen textualmente los pablistas- hacia el poder.

Esta nueva situación, de ser correcta, lejos de negar la urgente necesidad de conquistar a las masas, antes de plantearse la inminencia de la toma del poder, la tornaría actual e improporcionable. Lo contrario importaría violentar no al marxismo sino hasta al sentido común. Las posibilidades de arrancar a las masas del control del partido de la pequeña burguesía se tornan mucho más favorables en los períodos en que las masas acentúan su empuje. El control burocrático de los trabajadores, el estrangulamiento de los sindicatos, la consolidación de las posiciones de los sectores de derecha, etc., han sido posibles gracias al momentáneo aflojamiento de la presión de las masas.

"Esta 'teoría' del galope (galope de la palabrería vacía hacia el absurdo) encubre, tras su ridiculez, el peligro más grandes, pues es un esfuerzo que hacen las tendencias liquidadoras del partido para ocupar el primer plano... Hay una sola respuesta a toda la argumentación anterior: un partido que queda rezagado con referencia al movimiento de las masas y es incapaz de arrastrarlas cuando han acentuado su empuje revolucionario,

es decir cuando se le presenta la coyuntura más favorable, está condenado a desaparecer del escenario político. Si en el calor de la lucha, en el clímax de la exacerbación -a esto llaman 'galope' impropriamente los capituladores- no se logra estructurar la vanguardia, la derrota de la revolución boliviana no se hará esperar.

"Si hiciésemos la menor concesión a la 'teoría' del galope, tendríamos que revisar el planteamiento de la revolución permanente en su conjunto.

"Cuando se habla de que el proletariado se convierte en el caudillo de toda la nación empeñada en lograr su liberación, se quiere decir, dentro de la correlación de las fuerzas políticas, que la vanguardia proletaria arrastra tras de sí a esa mayoría nacional y que políticamente ha derrotado a los otros partidos al arrancarles el control de las masas. Nos diferenciamos de los anarcosindicalistas porque para nosotros el arribo de las masas al poder significa la toma de ese poder por el partido político del proletariado.

"No son las masas, como tales, las que se instalan en el poder, es su partido el que lo controla. Cuando se nos dice que las masas tienen que llegar al poder sin el Partido Obrero Revolucionario, como marxistas que somos, tenemos que preguntar: ¿y qué partido político fuera del Movimiento Nacionalista Revolucionario que ya está en el poder, tomará en sus manos el control del aparato estatal? Sí, por razones obvias, descartamos al Partido Comunista de Bolivia de esta posibilidad, no habrá más remedio que esperar que se estructure un nuevo partido de vanguardia. (En este caso o el galope desenfrenado de las masas no existe, como ha demostrado el desarrollo de los acontecimientos, o bien está condenado al descalabro, G. L.).

"No creemos que exista término más exacto que el de liquidadores para calificar a gentes que piensan de tal manera. Si se pide consecuencia a estos camaradas habría que esperar que nos aconsejen a disolver al Partido Obrero Revolucionario.

rio, ingresar al ala izquierda del Movimiento Nacionalista Revolucionario o bien que nos retiremos a nuestras casas a prepararnos técnicamente para servir mejor a la construcción del socialismo en el futuro" ("Dos concepciones de la revolución boliviana", abril de 1954).

Han pasados nueve años desde la fecha en que el pablismo lanzó la teoría del "desenfrenado galope de las masas hacia el poder" y hasta el momento aún no se ha librado la batalla por el poder, con o sin la dirección del Partido Obrero Revolucionario. Sería infantil sostener, como lo han hecho los capituladores, que las masas pudiesen "galopar" hacia el poder continuamente durante una década. Estos señores no se han tomado la molestia de fijar la fecha de la insurrección y creen que en cualquier momento es posible que se desencadene y por eso lanzan diariamente la consigna de que tome el poder cualquier grupo político o cualquier sindicato.

En 1953, en pleno auge de la momentánea depresión, desde París se presionaba para que en Bolivia tomemos el poder y se nos amenazaba, si no lo hacíamos, con excomulgarnos bajo la acusación de capituladores ante el Movimiento Nacionalista Revolucionario. Hablaban así quienes después jugaron el papel de agentes provocadores a órdenes del lechinismo. Los trotskistas bolivianos, respondiendo a los pablistas, establecieron que "no es tarea del momento gritar '¡abajo el gobierno!', sino exigir que éste cumpla los postulados de la revolución (sabiendo que no lo hará, G. L.), es decir, mostrar en la práctica que el gobierno de Víctor Paz Estenssoro es incapaz de cumplir sus propias promesas y las aspiraciones proletarias. De esta manera serán las masas las que, por su propia cuenta, comprendan la necesidad de reemplazar al gobierno actual con un gobierno obrero-campesino (dictadura del proletariado).

"Un golpe blanquista (que es lo que prácticamente insinuaba París, G. L.) ayudaría a la reacción, pues permitiría la destrucción de la vanguardia revolucionaria, que se arremeta contra los cuadros más avanzados del proletariado y acaso se con-

vertiría en el punto de arranque de la reacción. La labor que tiene que cumplir en Partido Obrero Revolucionario en los próximos días es mucho más modesta, tiene que explicar pacientemente a las masas la naturaleza de la política gubernamental, las limitaciones de las conquistas que materializa su actual dirección, las verdaderas raíces de su estado de miseria y la imposibilidad de que puedan ser superadas dentro de los marcos de la democracia burguesa, señalando al gobierno obrero-campesino como la única salida que queda para salvar a la revolución.

"¿Por qué entonces hablamos (en el plano propagandístico, G. L.) de 'gobierno obrero-campesino'? Porque toda nuestra actividad diaria, todo nuestro esfuerzo en materia organizativa, toda nuestra propaganda, tienen que estar dirigidos hacia este objetivo. Porque las reivindicaciones que se conquisten, partiendo de las actuales necesidades de las masas, deben permitirles llegar a esa finalidad..." (Tesis de la X Conferencia, página 15).

Han transcurrido diez años desde que fue publicada la "Tesis Política de la Décima Conferencia", la diferenciación política de las bases obrero-campesinas (proceso en el que el Partido ha jugado un rol de primer orden) del Movimiento Nacionalista Revolucionario y su dirección pequeño burguesa ha progresado enormemente: las masas abandonan al partido pequeño-burgués y una parte de ellas fluye al POR o se polariza alrededor de él; en algunos centros obreros importantes, muy contados por cierto, el Partido se ha convertido en el primero, por su número de militantes, por su cohesión y por su capacidad política, sin embargo de todo este efectivo avance, no se puede decir que sea justo por el momento dar la voz de orden de tomar el poder. Los pablistas la dan con motivo de cualquier manifestación callejera y sin preguntarse quién la organiza.

Comprendemos con claridad que todavía nos falta convertirnos en el partido mayoritario de la clase obrera y arrastrar

detrás de nosotros al pueblo boliviano. Sería insensato no reconocer que este proceso -a pesar de todos los avances que puedan anotarse- ha sido seriamente obstaculizado y la marcha del Partido, sobre todo inmediatamente después de la ruptura, se efectúa con un ritmo sumamente lento. El causante principal de todas estas fallas es el pablismo, enemigo declarado de la revolución y del partido del proletariado, que cínicamente se apropió de todo el aparato partidista, de sus recursos, de sus publicaciones y hasta de su nombre. Los trotskistas tuvimos que comenzar una ardua labor de reagrupamiento político, después de vencer montañas de dificultades económicas, partiendo de un núcleo formado por un escasísimo número de militantes en todo el país, acaso no mayor al de los dedos de la mano. Aparentemente los pablistas parecían tener todas las posibilidades de ganar en la batalla, pues volcaron sobre Bolivia todo su aparato internacional, subvencionaron con largueza a sus agentes criollos y comenzaron por apropiarse de toda nuestra obra.

La firmeza política y el ritmo acelerado que vive el país nos favorecieron; no solamente la vanguardia, sino el grueso de las gentes comprendieron bien pronto, ayudados por las lecciones de los acontecimientos, que nuestro planteamiento era el único justo. Ahora, sería absurdo pararse a puntualizar cuál de los dos sectores cuenta con la mayoría de la militancia, pues la vida diaria es la que se ha encargado de dar la respuesta.

El pablismo se ha hundido tan rápidamente porque su dirección nacional ha convertido a sus mejores militantes en simples agentes a sueldo de alguna de las fracciones movimientistas y porque los han identificado ante los obreros como a simples provocadores.

Con todo, el pablismo seguirá utilizando a Bolivia, cocinando imposturas de toda especie, como un motivo de propaganda internacional.

El POR ha salido victorioso y fortificado de una lucha contra el gobierno movimientista, contra la reacción y el imperia-

lismo y contra esa caricatura de internacional trotskysta que se llama pablismo.

Toda vez que los pablistas constatan su debilidad y su creciente aislamiento de las masas, hablan de la necesidad de unificar a todos los trotskystas del país. Últimamente, llevando al extremo sus insinuaciones, declararon que comenzaban por reconocer que la línea política justa era la señalada por nosotros y que, sobre tal base, debería precipitarse la unidad. En realidad el pablismo carece de una línea política, se mueve como un grupo de empíricos, y está siempre presto a modificar sus consignas y objetivos estratégicos. A pesar de todas estas declaraciones, los aventureros no se han tomado la molestia de realizar una seria autocrítica del cúmulo de errores que han cometido. Con el peculiar desprecio que tienen de los principios, no les cuesta nada cambiar de lenguaje y de programa.

La escisión del Partido Obrero Revolucionario era inevitable porque la lucha fraccional concluyó en la formulación de dos posiciones antagónicas e irreconciliables frente a los siguientes problemas básicos:

- 1) El destino y curso futuro de la revolución.
- 2) Actitud frente al partido de gobierno.
- 3) Estructuración del partido del proletariado.
- 4) Normas organizativas y concepción del centralismo democrático.

Persistiendo en la realidad las divergencias sobre esas cuestiones fundamentales no es posible la unidad con los pablistas. Esta unidad se hace mucho más difícil si consideramos que los portavoces del Secretariado Internacional no pasan de ser unos cuantos arribistas desclasados que no hacen otra cosa que justificar el sueldo que reciben.

El POR ha dicho que no es contrario a la unidad de los trotskystas bolivianos y que, más bien, la propugna y trabaja en ese sentido. Esa unidad debe entenderse como la aglutinación alrededor de un programa revolucionario probado en los acontecimientos. Vemos con simpatía que los mejores elemen-

tos aún controlados por los pablistas se orientan hacia nuestras posiciones. La verdadera unidad se consumará por esta vía.

ALGO MÁS SOBRE "LA COB AL PODER"

Una caricatura de la consigna bolchevique de "todo el poder a los soviets" se presentó en Bolivia bajo la forma de "todo el poder a la COB". La elaboración de la misma y el completo fracaso de quienes la sustentaron a ultranza, constituye el testimonio irrefutable de la bancarrota del pablismo como tendencia internacional. Se puede decir que este grupículo ha causado los peores daños a la revolución boliviana y si no le damos el título de sepultureros es porque su influencia negativa ha sido pequeña, en relación directa a su insignificancia teórica y cuantitativa.

El error básico de los pablistas es ignorar -seguramente por ignorancia y mala fe al mismo tiempo- la verdadera esencia de la consigna bolchevique. Para los pablistas el grito de "todo el poder a la COB" sirve para encubrir la debilidad del partido político del proletariado y para negar la necesidad histórica de estructurarlo. En otras palabras: se pretendía consumir una revolución, ignorando el factor subjetivo, como llama el Programa de Transición de la Cuarta Internacional al partido del proletariado.

Así, estos supuestos trotskystas comenzaron a deslizarse por la pendiente del anarco-sindicalismo al sostener que la Central Obrera Boliviana podía tomar por sí y para sí el poder político. Volvemos a repetir que Lenin subordinaba la consigna que comentamos a la posibilidad de que su partido ganase la mayoría en el seno de los soviets y le daba tanta importancia a este factor que, a comienzos de 1917, no descartaba la posibilidad de que permitiese la transferencia pacífica del poder del gobierno provisional de carácter burgués al del proletariado.

El bajísimo nivel en que se mueven nuestros adversarios nos obliga a presentar una breve síntesis de la actitud de los bolcheviques, durante los meses de abril a octubre del año de 1917, frente a la consigna de "todo el poder a los soviets":

En las Tesis de Abril (4 de abril) se lee: "El gobierno auténtico es el Soviet de delegados de los trabajadores... Nuestro Partido es una minoría en el Soviet... ¡No se puede evitar! A nosotros toca explicar, pacientemente, con persistencia, de un modo sistemático, lo erróneo de su táctica. Mientras no seamos más que una minoría, nuestra tarea consiste en criticar, para desengañar a las masas". El planteamiento bolchevique no se presta al menor equívoco: cuando se es minoría en el seno de los instrumentos de la revolución es preciso trabajar pacientemente hasta conseguir colocarse a la cabeza de las masas, es decir, hasta convertirse en un partido de masas; este trabajo no puede ser reemplazado por ninguna consigna, por muy revolucionaria que sea.

El 14 de mayo el Soviet de Petrogrado votó en favor de un gobierno de coalición. Los bolcheviques respondieron de que los soviets que tomarían el poder serían otros organismos totalmente revolucionarios y al servicio del proletariado, y -corresponde subrayar- no de la burguesía. Como se ve, la clave para una justa ubicación frente a los soviets era saber quién dominaba en su seno.

Durante las jornadas de julio los soviets pierden parte de su poder en favor de la burguesía. (El 15 de julio los cadetes anunciaron su retiro del gobierno. El día 16, los obreros, salen a la calle pidiendo todo el poder para los soviets. Los manifestantes son baleados y éstos responden con sus fusiles. El Comité Ejecutivo Central del Soviet, dominado por social revolucionarios y mencheviques, se negó a tomar el poder. Como consecuencia de estos acontecimientos se abrió un breve período de reacción que se prolonga hasta el aplastamiento del complot de Kornílov, fines de agosto). Trotsky dice que las jornadas de julio habían demostrado que "la conquista pacífica

del poder había dejado de ser cuestión discutible" ("Stalin", página 238). Los soviets se vieron reducidos a simple pantalla de la reacción. Es entonces que el bolchevismo abandona totalmente la consigna de "todo el poder a los soviets".

A fines de agosto se aplasta a Kornilov, como consecuencia el soviets recobra todo el poderío que había perdido y se abre la perspectiva de que sea ganado por el bolchevismo. Es en este período que Lenin vuelva a actualizar la consigna de "todo el poder a los soviets". El caudillo ruso tenía la certeza de que políticamente los soviets serian ganados por su partido, cosa que así ocurrió efectivamente y condujo a la insurrección de Octubre.

El 31 de agosto el soviets de Petrogrado y el 3 de septiembre el de Moscú, aprueban por primera vez resoluciones políticas de los bolcheviques.

El 9 de septiembre, Trotsky, al igual que en 1905, es designado Presidente del Soviet y declara: "El nuevo gobierno entrará en la historia de la revolución como el gobierno de la guerra civil... El gobierno de los soviets de toda Rusia organizará un gobierno genuinamente revolucionario". De esta manera se declaró (en el seno de los soviets) que el partido bolchevique orientaba sus pasos hacia la toma del poder, esto, cuarenta y seis días antes de materializarse la amenaza.

Sólo después de constatar todos los anteriores progresos del Partido, que importaban un sorprendente salto político, Lenin escribe sus famosas "Cartas desde Lejos" ("Los bolcheviques deben tomar el poder" y "El Marxismo y la insurrección"), instando al Comité Central bolchevique a tomar el poder, a sublevar a los regimientos y fábricas, a detener al gobierno provisional y a la Conferencia Democrática.

Esto no tiene nada que ver con la ocurrencia risible de pregonar la captura del Palacio de Gobierno con motivo de la menor huelga o de la más insignificante de las manifestaciones callejeras. Durante las críticas jornadas de julio, los bolcheviques transformaron en pacífica una impetuosa manifestación

de obreros y soldados armados, todo porque consideraban que el momento de tomar el poder aún no había llegado.

El 7 de octubre (18 días antes de la toma del Palacio de Invierno) el bolchevismo predica abiertamente la insurrección. La fracción bolchevique se retira del Parlamento, con la consigna: "Apelamos al pueblo, ¡Todo el poder a los soviets!".

La tendencia del Comité Central contraria a la insurrección, con la firme esperanza de evitarla, propone que la toma del poder sea decidida por el congreso de los soviets de toda Rusia (la fecha de su inauguración fue señalada para el 20 de octubre y luego postergada para el 25). Lenin y Trotsky consideraran que accediendo a tal actitud se correría el más grande riesgo y que se llegaría al extremo de desvirtuar la consigna de "todo el poder a los soviets":

"Si el congreso bolchevique de los soviets se hubiese mostrado incapaz de tomar las riendas del gobierno al instante, hubiera comprometido sencillamente la consigna de "Todo el poder para los soviets", convirtiéndola en una frase hueca" (Trotsky, "Stalin", página 254). No se debe olvidar que los bolcheviques, aun teniendo seguridad de contar con mayoría en el congreso de los soviets, no se animan a correr el riesgo de someter al futuro congreso de estas organizaciones la proposición de tomar el poder, pues comprendían que no se trataba del partido político de los obreros. Lenin y Trotsky se orientaron a informar de los hechos consumados (consumados por el partido bolchevique) al congreso de los soviets.

El 9 de octubre, el soviets organiza el "Comité Militar Revolucionario", bajo la dirección de Trotsky.

Lenin y Trotsky orientaron su actividad en la siguiente forma: "la insurrección tenía que producirse ante del 20 de octubre (fecha que había sido señalada para la inauguración del congreso de los soviets); de otro modo, el congreso no estaría en condiciones de empuñar las riendas del Poder, y corría el riesgo de ser dispersado. Se resolvió en la reunión del

Comité Central comenzar la insurrección en Petrogrado el 15... Quedaba unos quince días para prepararla".

El 25 de octubre, a las 2 de la madrugada comenzó la insurrección. Lenin se presentó a horas 15 ante el soviét de Petrogrado, siendo presentado por León Trotsky. A horas 23 recién se inaugura el congreso de los soviets de toda Rusia.

* * *

Después de las "jornadas de julio", que fueron seguidas del triunfo momentáneo e inestable de la contra-revolución y de medidas represivas contra el proletariado y el partido bolchevique, fue abandonada la consigna de: "todo el poder a los soviets". "De ahí que la consigna: 'Todo el poder para los soviets', no fuese ya práctica. Los soviets transaccionistas habían ayudado a la contra-revolución burguesa militarista a aplastar a los bolcheviques y a desarmar a los obreros y a los soldados, y de ese modo habían perdido su derecho al Poder.

La víspera misma habrían podido apartar al gobierno provisional con un simple decreto; dentro de los soviets, los bolcheviques podrían haberse asegurado el Poder en sencillas elecciones parciales. Pero aquello no era ya posible. Ayudada por los transaccionistas, la contra-revolución se había pertrechado. Los Soviets no eran más que una mera pantalla de la contra-revolución. ¡Sería bobo pedir el poder para esos Soviets!. 'No es la institución lo que importa, sino la política de clase que desarrolle'. La conquista pacífica del Poder había dejado de ser cuestión discutible. No cabía ya más que prepararse para un alzamiento armado, que se haría posible tan pronto como los aldeanos más humildes, y con ellos los soldados de los frentes, se aliasen con los trabajadores" (Trotsky, "Stalin", página 245):

En abril la consigna de "todo el poder a los soviets" encerraba la posibilidad de que pacíficamente los bolcheviques pudiesen, al ganar la mayoría, hacerse cargo del poder. A

tiempo de abandonar esa voz de orden se dejó establecido que se lucharía por nuevos soviets dominados por los bolcheviques y que éstos conquistarían el poder para el proletariado.

A principios de septiembre el soviet de Petrogrado se hace bolchevique y nuevamente la consigna abandonada en julio es colocada en el plano de la actualidad.

Es indiscutible que la toma del poder por los soviets, controlados por los bolcheviques, no sería otra cosa que la toma del poder por los bolcheviques.

Es recomendable no olvidar de qué manera los bolcheviques pasaban de su planteamiento de no exigir el poder a los soviets a enarbolarla como consigna central, todo como consecuencia de que se había operado una modificación política fundamental en el seno de las masas. Todo esto nada tiene que ver con el mecanicismo de nuestros críticos y del pablismo.

EL CASO DE LOS SUPUESTOS TROTSKYSTAS ARGENTINOS

Los editores de "Frente Obrero" -más tarde convertido en "Octubre"- encarnan en la Argentina el cinismo político junto al arribismo sin paralelo. Se trata de un minúsculo grupo de desclasados y cuasi delincuentes comunes. Observando lo que hacen estos sujetos despreciables se llega a la conclusión de que en sus manos hasta el trotskysmo se convierte en mercancía que es vendida a vil precio a los enemigos de clase.

Un viejo luchador argentino, respetable por muchos conceptos, nos decía que estas gentes habían desacreditado totalmente al trotskysmo. Nos ocupamos de ellos solamente porque han sentado las bases "teóricas" para que nuestros entristas ("entristas" que están incluso muy por debajo del pablismo) justifiquen su vergonzoso entreguismo al partido de gobierno. Para ellos el Movimiento Nacionalista Revolucionario es, sobre todas las cosas, el partido que está en el poder y que, por tanto, puede permitir medrar de los dineros fiscales y socapar

negociados y chanchullos. Aquí se encuentra la clave del entrismo practicado por los aventureros revisionistas y corruptos.

La "doctrina" de los Ramos, Peñaloza y compañía -así se llaman los aventureros argentinos- se reduce a sostener que los trostkystas están obligados a apoyar a los gobiernos populares, sean estos burgueses (Perón) o pequeño-burgueses (MNR) y que si no lo hacen demuestran ser agentes del imperialismo y, de manera más concreta, del movimientismo oficialista.

En un volumen titulado "¿Qué es la revolución de Octubre?" y que reúne varios trabajos de Trotsky, se incluye un apéndice, que no guarda ninguna relación con los escritos del caudillo ruso, con la finalidad de combatir al Partido Obrero Revolucionario boliviano por el delito de no haber apoyado al Movimiento Nacionalista Revolucionario y de haber propugnado en varias oportunidades la necesidad de que la Central Obrera Boliviana no envíe ministros obreros y rompa con el partido pequeño-burgués. Se trata de una curiosidad porque Trotsky, en la primera aparte del libro, se dedica a combatir la desviación de ciertos bolcheviques que propugnaban cooperar con el gobierno provisional, es decir, con el gobierno burgués liberal.

Salvando las distancias, se puede decir que las relaciones entre el POR y el gobierno del MNR son las mismas que existían entre el bolchevismo y el gobierno provisional ruso. Se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que el gobierno boliviano surgido el 9 de abril de 1952 es provisional entre el tránsito de la primera insurrección a la segunda, que será la acaudillada por el proletariado. Los Ramos y los Peñaloza, demostrando su miseria intelectual, nos censuran el olvidar que Bolivia es un país atrasado, más atrasado que la Rusia anterior a 1917 y en esta censura basan su reproche a la política porista. Habría sido interesante que el autor del apéndice hubiese leído con atención los escritos de Trotsky. El cogobierno -así justificó Paz Estenssoro la existencia de ministros "obreros"- constituyó una verdadera cooperación de la

COB con el MNR en el poder. No se trataba simplemente de una presión sobre el partido pequeño-burgués, sino de una real participación de los burócratas en su gabinete ministerial. Un tema análogo constituyó el centro de las apasionadas disputas en el campo bolchevique, a partir de abril de 1917. Trotsky ha puesto de relieve su solidaridad completa con Lenin al respecto y en este hecho basa sus múltiples censuras a Stalin y sus amigos.

Lenin rechazaba la pretensión de sus partidarios de "presionar" al gobierno provisional y decía que no había más remedio que romper con él y desenmascararlo ante las masas. Al leer sus famosas "Tesis de Abril" les dice a sus partidarios en tono de reproche: "Camaradas: vosotros confiáis en el Gobierno. Si es así, nuestro camino no es el mismo. Prefiero quedarme en minoría." En la tercera tesis se lee: "Ningún apoyo al gobierno provisional. Demostrar el carácter perfectamente engañoso de todas sus promesas, sobre todo de las que se refieren a las anexiones, desenmascararlo en lugar de "exigir" (cosa inadmisibles y que sólo sirve para crear ilusiones) que ese Gobierno de capitalistas deje de ser imperialista"²⁸.

²⁸ Fue Stalin el que propugnó el apoyo condicional o crítico de los bolcheviques al gobierno provisional: "Pravda, después de pasar a manos del nuevo consejo de redacción (Stalin, Kámenev), declaraba ya el 15 de mayo que los bolcheviques apoyarían resueltamente al gobierno provisional 'siempre que éste se opusiera a la reacción o a la contra-revolución'". (L. Trotsky, "Stalin").

"El Partido aceptó la política de presionar desde los soviets al gobierno en la cuestión de la paz y no decidió al momento dar un paso hacia adelante... hacia la nueva consigna del poder para los soviets... Aquella fue una posición profundamente errónea, pues multiplicaba las ilusiones pacifistas, vertía agua en el molino del defensismo y estorbaba la educación revolucionaria de las masas. Yo compartía aquella posición errónea en aquella ocasión con otros camaradas del Partido, y no la repudí por completo hasta mediados de abril, después de suscribir las tesis de Lenin" (palabras de Stalin en 1924).

A la fecha ya no puede haber ninguna discusión con la gentuza de Buenos Aires acerca de la política observada por el POR frente al MNR. ¿Qué se puede argumentar después que los acontecimientos han demostrado que el gobierno pequeño-burgués ha concluido capitulando totalmente ante el imperia-lismo, convirtiéndose en el más dócil agente de los intereses foráneos, en el declarado enemigo de la revolución, en el ma-sacrador de los obreros y en el verdugo de los verdaderos re-

* * *

La experiencia boliviana, al haber confirmado las ideas políticas y organizativas del POR, ya ha resuelto el problema de la estructu-ración del partido de la clase obrera. Es justa la orientación de trans-formar al Partido en una organización masiva.

Los pablistas fieles a sus ideas políticas, sirvieron incondicional-mente al MNR o a algunos de sus sectores (concretamente al Lechi-nismo).

Estas gentes han concluido suicidándose políticamente, han deja-do de existir y no representan tendencia alguna dentro del pensa-miento político. Así han pagado todos sus errores. En la actualidad se dividen diariamente y sus elementos, totalmente desmoralizados, abandonan la lucha.

La supuesta Internacional trotskysta atraviesa una aguda crisis in-ternacional y su remozamiento debe entenderse como un retorno a las ideas de Trotsky, expuestas en el programa de fundación de la IV I (1938). La estructuración de esta Internacional es una necesidad histórica; pero su fortalecimiento supone el fortalecimiento de sus ideas programáticas, lo que solamente puede lograrse si se entronca realmente en un poderoso movimiento masivo. La revolución boli-viana puede convertirse en el punto de partida para la formación de una internacional trotskysta, comenzando por ser un movimiento latinoamericano. Con todo, esta es una tarea del futuro. Por el mo-mento la tarea más importante es convertir al POR en un partido de masas, así se trabaja efectivamente por la realización del programa de Trotsky.

volucionarios? La total desaparición política de los "entristas" es dato sugestivo que demuestra su vinculación política con los extintos redactores de "Octubre".

Al POR boliviano no se le puede censurar por haber des-enmascarado al MNR frente a las masas; por haber demostrado que no tenía más destino que capitular ante el imperialismo; pero, se tiene que poner de relieve que no siempre lo hizo con la firmeza necesaria y que, en determinados momentos, su dirección idealizó la capacidad revolucionaria del partido pequeño-burgués.

Los supuestos trotskystas argentinos concluyen sosteniendo las misma tesis que los pablistas bolivianos: el POR no puede convertirse en partido de masas y, por las particularidades de la revolución boliviana, se debe esperar que ese rol juegue la COB o tal o cual fracción del MNR. Los pablistas se limitan a remedar -absurdo como todo remedo- la consigna bolchevique de "todo el poder a la COB", sin tomarse la molestia de constatar qué partido domina esta Central y a quién sirve e incluso se olvidan de decirnos si en la realidad existe o no este organismo.

X
EL NUEVO ASCENSO REVOLUCIONARIO
SALIDA A LA CRISIS POLÍTICA
(El gobierno obrero-campesino)

PREMISAS

Las dos etapas de la revolución que hemos señalado son superadas por un nuevo ascenso revolucionario, cuyas características pasamos a analizar.

La momentánea depresión se generaliza en la segunda mitad de 1952 y se prolonga hasta fines de 1955. Es posible ahora constatar su itinerario porque se trata de una etapa ya totalmente vivida. No pocos errores se han cometido en el intento de señalar el momento de iniciación del nuevo ascenso revolucionario.

La Tesis Política de la Décima Conferencia del Partido Obrero Revolucionario (junio de 1953) habla ya del paso al nuevo ascenso:

"El proletariado habiendo pasado a una actitud de espera está pugnando por superarse. Las difíciles condiciones económicas dentro de las que está aprisionado y la imposibilidad gubernamental de satisfacer sus necesidades fundamentales, se convierten en el punto de partida de un repunte de su acción revolucionaria. Las últimas concentraciones obreras denuncian que ha comenzado la evolución de las masas desde un titubeante escepticismo frente al gobierno movimientista (que no les imposibilitaba movilizarse rápidamente en su defensa frente a la amenaza de retorno de la rosca, ejemplo: seis de enero de 1953) hasta una franca oposición a algunas de sus medidas en materia social. La acentuación de este proceso permitirá que la radicalización proletaria alcance el ritmo de la curva de ascenso del movimiento campesino" (páginas 5 y siguientes). Dentro de esta perspectiva se confiaba que la Central Obrera Boliviana sería inmediatamente revitalizada y desburocratiza-

da. Ahora podemos decir categóricamente que nada de esto ocurrió.

Seguramente lo que más contribuyó a que se consume tal equívoco fue el hecho de que mientras el proletariado permanecía aletargado, los campesinos se movilizaban aceleradamente tras la consigna de la "ocupación de las tierras". Se abrigaba la esperanza de que esta lucha volcánica reanimaría a los obreros. Acaso se cometió el error de no llevar la discusión alrededor del problema de la tierra hasta las capas más amplias de trabajadores, pues se redujo a las cumbres de la Central Obrera. Cuando el Ejecutivo aprueba la ley de reforma agraria, cuyo texto contrariaba directamente las decisiones de la COB sobre la materia, el proletariado permanece impasible. No fue posible evitar esta falla porque la depresión precipitaba al POR en sucesivas y cada vez más agudas crisis, al extremo de que en cierto momento su acción se hizo casi nula.

Seguimos sosteniendo que el inteligente aprovechamiento del movimiento campesino habría podido evitar la excesiva prolongación del período depresivo. Si se hubiesen desencadenado acciones decisivas mucho antes de la promulgación de la Ley de Reforma Agraria y en todo el país se habría obligado al proletariado a reincorporarse a la lucha. En el partido alentaba este pensamiento y, engañado por las direcciones medias, dio la señal de desencadenar la batalla demasiado tarde, cuando sectores mayoritarios del campesinado habían sido ganados por la propaganda oficial y esperaban confiados en las bondades de la anunciada reforma agraria. Las ocupaciones de la tierra que se operaron bajo la dirección de los militantes poristas o, por lo menos, por su inspiración, pecaron del defecto de ser aisladas y totalmente inconexas entre ellas.

La Central Obrera, en cuya actividad futura cifraba el Partido gran parte de sus esperanzas, lejos de revitalizarse fue retrocediendo cada vez más, hasta llegar a caer totalmente bajo el control de la burocracia movimientista y a convertirse en un pasivo apéndice gubernamental. A mediados de 1953 este

proceso degenerativo estaba recién recorriendo los primeros escalones y, por esto mismo, se presentaba a múltiples equívocos. Al finalizar 1954 los trotskystas habían sido prácticamente barridos de la Central, unos fueron marginados por medio de los recursos más viles y otros absorbidos por el MNR; en los sindicatos de base eran paulatinamente arrinconados y los militantes más valiosos reducidos a la inactividad por medio del encarcelamiento.

La falsa apreciación del momento político acarreó toda una serie de errores básicos, que contribuyeron a acentuar el aislamiento del Partido del grueso de las masas. El rasgo común de estos errores consistía en empujar prematuramente a las células de las minas y de las fábricas a una lucha frontal contra el MNR y el lechinismo o bien en presionarlas para que capturen cargos de dirección sindical por todos los medios, aun encubriendo su ideología o penetrando mañosamente en las listas del adversario. El resultado invariable era que los jóvenes militantes se rompían las narices ante la hostilidad de los obreros de base, quedaban totalmente aislados y tenían que caer toda vez que desde la dirección sindical pretendían actuar como poristas o, en el peor de los casos, provocaban una represión que por algún tiempo barría toda huella de trotskysmo en una determinada zona del país. Se descuidaba el único trabajo que tenía validez en ese período: crear una amplia tendencia revolucionaria, cuyo núcleo central debería estar constituido por los militantes poristas y que debería tender a atraer al propio sector de izquierda del MNR. La desesperación por no quedar rezagados en un repunte revolucionario que se lo consideraba ya iniciado, empujaba a la creencia de que desde las direcciones sindicales se podía lograr el crecimiento masivo y acelerado del Partido, en circunstancias en que no existían posibilidades más que para la captación individual de nuevos militantes. Con todo, una gran parte de los cuadros medios del Partido se han formado en esta difícil etapa y han logrado firmeza política a través de una severa autocrítica de todos los

errores cometidos. El grueso de la responsabilidad recae sobre la dirección que hizo un análisis equivocado de la situación política.

Es cierto que existían multitud de indicios que podían hacernos creer que ingresábamos a una nueva radicalización de las masas. Se puede citar el repudio de las asambleas obreras de algunas pretensiones gubernamentales: rechiflas a los burócratas de la Federación de Mineros y a los jefes políticos del momento; inclusive amagos de huelga. Las más de las veces se trataban de brotes de la desesperación de los obreros como consecuencia de la excesiva miseria o de la creciente presión del aparato gubernamental. Lo característico es que esos brotes se presentaban como esporádicos y quedaban totalmente aislados sin lograr generalizarse y menos servir de punto de arranque de un ascenso revolucionario.

El nuevo ascenso de las masas se fundamenta en la evolución de su conciencia, que importa su diferenciación política de la plana mayor pequeño-burguesa. Se trata de un verdadero proceso molecular que, a veces por ser silencioso y lento, se hace difícil tipificarlo. Se puede decir que comienza a expresarse a través del miedo de los obreros hacia las medidas represivas del gobierno y luego se transforma en una actitud de indiferencia. Los indicios de la nueva situación política prosperan cuando los trabajadores pasan de la resistencia a la dirección movimientista al ataque. El error del Partido ha consistido en confundir estos indicios con el propio período de ascenso. La experiencia nos ha enseñado que los indicios pueden, por su aislamiento o su incipiencia, quedarse simplemente como tales, sin lograr transformarse en la tendencia dominante del proceso.

Es en la segunda mitad de 1955 que las protestas obreras, las huelgas, etc., tienden a generalizarse y fisonomizar una tendencia que arrastra a los sectores más avanzados. Acertadamente nuestra "Tesis Sindical" (1956) habla de que se ha ingresado en un franco período de ascenso de las masas. El

gobierno de Siles se desarrolla difícilmente dentro de esta nueva situación política. Mientras tanto, el movimiento campesino ha penetrado en una etapa de aletargamiento, sin que signifiquen lo contrario los aislados brotes de descontento que se observan. Durante el segundo gobierno de Paz la ruptura de las masas con el MNR es un hecho definitivo e indiscutible.

El Decreto de estabilización monetaria, más justamente conocido con el nombre de Plan colonizador Eder (diciembre, 15 de 1956), al exacerbar la miseria del pueblo, imprimió un ritmo acelerado al nuevo ascenso revolucionario²⁹.

CÓMO SE MANIFIESTA EL NUEVO ASCENSO

Los documentos del POR previenen que no debe olvidarse que el ascenso al que hemos ingresado es todo un período que está lejos de haber llegado a su punto culminante y que, bajo ningún pretexto, deben confundirse los primeros estadios de su desarrollo con todo el camino que será preciso recorrer. Es importantísima esta advertencia porque nos permite cerrar las puertas a los aventureros que confunden cualquier paro de labores con la insurrección.

A la fecha, es indiscutible que el nuevo ascenso ha avanzado un gran trecho de su recorrido y el peligro que se presenta radica en dejarse embriagar con su ritmo acelerado, embria-

²⁹ En mayo de 1954 Paz lanzó el decreto de desvalorización monetaria, medida, en pequeño, similar al Plan Eder, y el pueblo boliviano recibió la novedad sin alterarse y continuó prestando su apoyo al "Libertador económico". "Masas" fue enjuiciada y su director encarcelado por criticar el desatino del profesor en economía. En 1956 el decreto estabilizador encontró enconada resistencia en los sectores más adelantados del proletariado, sentimiento que ha ganado prácticamente ahora a toda la población. La acre crítica del POR al Plan tuvo resonancia en las más amplias capas de la población.

guez que puede hacer prosperar el golpismo blanquista y ma-lograr, ocasionando un aborto, todo el trabajo revolucionario.

La característica más visible del nuevo ascenso radica en que se viene produciendo a través del reagrupamiento y la unificación del movimiento obrero alrededor de un punto básico: la lucha contra las medidas del gobierno anti-obrero y entreguista del MNR. Sería erróneo sostener que este movimiento comprende a todo el proletariado o al pueblo en general. Ha comenzado arrastrando a los sectores de avanzada y su tendencia es ganar a las capas más amplias. Correspondió a los mineros iniciar el proceso, pero las capas menos politizadas actuaron por algún tiempo bajo la inspiración silista (Congreso de Pulacayo y Ampliado de Potosí, 1957). Sólo lentamente se fue desmoronando el frente estructurado por la derecha movi-mientista y fortificándose las posiciones revolucionarias. Más tarde, fabriles y constructores -éstos abandonaron el Bloque Reestructurador en mayo de 1958- se alinearon junto a los mineros tras de lo que ha dado en llamarse la plataforma de Potosí. Los ferroviarios muy lentamente han comenzado a moverse en el mismo sentido. Hemos estudiado más arriba el proceso que siguió la división de la Central obrera, ahora nos interesa puntualizar el movimiento unitario que se produce en las bases obreras. Dos acontecimientos cobran relieve al res-pecto: la huelga escalonada de mineros (marzo de 1958) y la de telecomunicaciones (mayo de 1958). Ambas huelgas ini-ciadas para resolver problemas propios de cada sector, han acentuado el sentimiento unitario y han concentrado a otros sindicatos alrededor de la huelga. Vivimos una época en que los movimientos aislados tienen que convertirse naturalmente en una ola huelguística. La huelga minera de agosto de este año ha puesto de relieve el alto nivel alcanzado por el senti-miento unitario de la clase. El impulso instintivo hacia la uni-dad ha avanzado; pero la dirección de la COB está totalmente quebrada. Una cosa son las masas y otra muy diferente la bu-rocrazia.

Siles pudo romper a la Central Obrera maniobrando en las cumbres burocratizadas y aprovechando la rebelión anti-burocrática de los trabajadores de bajo nivel político llegó a organizar el llamado Bloque Reestructurador, con la única finalidad de convertirlo en instrumento divisionista. Lo que nunca se le ocurrió a la alta dirección movimientista es que las masas sindicales pudiesen por sí solas echar las bases de su futura unidad. El bloque divisionista ha desaparecido del escenario, porque las bases obreras lo abandonaron progresivamente, por considerarlo un obstáculo para la unidad clasista.

El rechazo de las medidas estatales, principalmente de las que tienen relación con los problemas económico-sociales, al generalizarse adquieren el carácter de lucha política contra el gobierno³⁰. Las reivindicaciones económicas se transforman ante nuestros ojos en reivindicaciones políticas.

Si bien entre una ola huelguística y la siguiente se presentan breves períodos de apaciguamiento, que permiten a la dirección movimientista alertar la esperanza de que pueda retornar al país la paz social, no se trata sino de pausas preparatorias de mayores tormentas.

La conducta anti-obrera de Paz, subordina a la voluntad del Departamento de Estado de los Estados Unidos, contribuye a acentuar la movilización de las masas. Dos son las medidas más importantes en este terreno: el afán de descargar todo el

³⁰ "Cada movimiento por el cual la clase obrera se coloca como clase frente a las clases dominantes y por donde ella trata de vencerlas por una presión de afuera, es un movimiento político. La tentativa para obtener de algunos capitalistas en una usina una reducción de las horas de trabajo, es un movimiento puramente económico. Por el contrario, el movimiento para obtener la ley de ocho horas, he aquí un movimiento político: y es así que de los movimientos económicos aislados de los obreros surge siempre un movimiento político, es decir, un movimiento de clase para hacer triunfar sus intereses bajo una forma general" (Carta de C. Marx a Bolte, "Correspondencia de Marx y Engels").

peso de la crisis sobre las espaldas del pueblo trabajador y la enconada lucha contra las direcciones sindicales revolucionarias.

El sector obrero ha rechazado los planes Eder, Decenal y Triangular; ahora las capas pequeño-burguesas se van pronunciando paulatinamente en el mismo sentido. Desde los maestros hasta los jueces se han visto obligados a pedir mejores condiciones de vida, sabiendo que así desahucian la política económica tan tercamente defendida por el gobierno. Los decretos del 9 de enero de 1958 (congelamiento de los salarios, cuando los precios de las mercancías no cesan de aumentar) han sido enfáticamente rechazados y muchos distritos mineros han declarado su no vigencia. Presionado por el imperialismo y por la industria nacional, Paz se empeña en ejecutar disposiciones encaminadas a disminuir el número de obreros en las minas y en las fábricas; los trabajadores, observando una admirable unidad, sabotean las proposiciones gubernamentales. La lucha por mejores condiciones de vida (desde el aumento de salarios hasta el normal aprovisionamiento de las pulperías en las minas) arrastra cada día a capas más amplias de la población y significa en la práctica, el desconocimiento de las disposiciones gubernamentales.

Después de que el gobierno, contando con la criminal cooperación del stalinismo, logró dividir las filas sindicales, se tuvo que enfrentar con una nueva y terrible realidad: los sindicatos más importantes y combativos o algunas federaciones, pasaron automáticamente a dirigir la lucha en escala nacional. Este proceso no era en verdad nuevo. La lucha contra la excesiva burocratización de la alta dirección sindical obligó a las organizaciones de base a pasar por encima de ciertas federaciones y confederaciones y asumir el comando de fuerzas que actuaban más allá de sus propios distritos.

La defensa de las organizaciones obreras, frente a los atentados del gobierno, se ha convertido en consigna unitaria y de movilización masiva. El ataque pazestensorista está dirigido,

simultáneamente, contra los núcleos revolucionarios y contra el lechinismo.

Los pablistas volvieron a sostener que los acontecimientos últimos convertían a los burócratas sindicales en la vanguardia del movimiento revolucionario. El lechinismo habría podido capitalizar, por muy poco tiempo, el creciente descontento popular a condición de desarrollar una lucha consecuente contra Paz, es decir, contra la dirección de su propio partido. Los acontecimientos, confirmando todo lo que hemos sostenido en el plano teórico, han venido a demostrar que los desplantes de los jerarcas de la izquierda emeenerrista formaban parte del programa encaminado a superar todas las divergencias dentro del gobierno, a cambio de la devolución de algunos de los privilegios perdidos. El nuevo viraje del lechinismo no hará otra cosa que acelerar su destrucción.

LO QUE SIGNIFICA EL NUEVO ASCENSO

Hemos indicado más arriba que durante los primeros meses del año 1952 el país vivió bajo el signo del ascenso revolucionario de las masas, capitaneadas por el proletariado. Los criterios mecanicistas comienzan a sostener que el nuevo ascenso, cuyo desarrollo hemos esbozado, no hará otra cosa que repetir las características del primer período de la revolución. Es evidente que pueden señalarse rasgos comunes a toda radicalización de masas; pero, lo que cobra singular importancia son las diferencias de su proyección política. La primera ola revolucionaria llevó al poder a un partido pequeño-burgués, que será, precisamente, sepultado por el nuevo ascenso revolucionario de las masas. Como se ve, se trata de dos situaciones políticas totalmente diferentes.

El ascenso que estamos viviendo se da un nivel político muy superior al que imperó inmediatamente después del 9 de abril de 1952. Este nivel está determinado por la experiencia

adquirida por las masas frente a la pequeña burguesía que usurpa el poder.

Si bien en la primera etapa hubo una gran influencia del trotskismo (más como idea que como organización) en el seno del movimiento obrero, significó principalmente la afluencia de obreros y campesinos al Movimiento Nacionalista Revolucionario. El nuevo ascenso acentúa la actividad de las tendencias centrífugas que pulverizarán al partido de gobierno. La radicalización de las masas conduce al abandono de éstas de la organización movimientista.

Es sobre este fenómeno que se basa la perspectiva de que en la presente etapa el Partido Obrero Revolucionario (trotskista) se transforme en un partido revolucionario de masas y se convierta efectivamente en la dirección, en el caudillo del pueblo boliviano.

Al 9 de abril de 1952 siguió una gran confusión ideológica y los obreros le atribuyeron -no por casualidad y culminando así el proceso anterior- al Movimiento Nacionalista Revolucionario el programa revolucionario inspirado en la Tesis de Pulacayo, ciertamente un documento sindical. Para ellos el Partido Obrero Revolucionario, sección boliviana de la Cuarta Internacional, no era más que un grupo avanzado del movimientismo.

Al nuevo ascenso se llega después de una severa delimitación teórica y política y los explotados saben ahora que el trotskismo es el polo opuesto al entreguismo emeenerista, sobre todo con referencia al imperialismo norteamericano. Todo intento de alimentar las esperanzas obreras sobre las posibilidades revolucionarias del partido de gobierno o de su ala izquierdista, no hará otra cosa que obstaculizar el fortalecimiento de la vanguardia del proletariado. La severa crítica al Movimiento Nacionalista Revolucionaria debe encaminarse a ayudar a las masas a orientarse hacia el Partido Obrero Revolucionario.

El grueso del pueblo boliviano, en la primera etapa, vio en la Central Obrera Boliviana un organismo destinado a cooperar con el gobierno de Víctor Paz Estenssoro. El actual poderoso movimiento de unificación de las bases significa la intransigente lucha contra el gobierno antinacional y antipopular de V. Paz y Lechín.

Antes, el sentimiento anti-imperialista de amplias capas del país contribuyó al fortalecimiento del primer régimen del Movimiento Nacionalista Revolucionario, pues era opinión general que éste se orientaba a liquidar la opresión yanqui. Ahora, el refloreamiento del anti-imperialismo aviva la oposición al gobierno movimientista, descarado agente del Departamento de Estado.

El desarrollo posterior del ascenso revolucionario cobrará nuevo impulso con la radicalización de las capas pequeño-burguesas, que han sido las primeras en abandonar al Movimiento Nacionalista Revolucionario, para fortalecer a la oposición derechista. Es evidente que la clase media, principalmente los estudiantes, recién se están emancipando de FSB.

En el nuevo ascenso, alejado de las masas, el stalinismo se aísla cada vez más de las masas. Pierde inclusive su último refugio: los intelectuales pequeño-burgueses. Este fenómeno se debe a razones internacionales e internas.

Las decisiones del veinte congreso del Partido Comunista de la URSS y la pugna chino-soviética han llegado también a agitar al stalinismo boliviano y determinan no pocas de sus fisuras. La cooperación con el gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario y sus numerosas alianzas con Falange Socialista Boliviana y con la reacción, han precipitado la crisis entre los militantes obreros; es importante anotar que éstos se orientan hacia la unidad con el Partido Obrero Revolucionario.

Se debe pues descartar la posibilidad de que, siquiera momentáneamente, el Partido Comunista de Bolivia se coloque a la cabeza de la ola revolucionaria. El stalinismo se mueve

alrededor de la consigna de "unidad de las izquierdas" o "de los sectores progresistas y democráticos". Piensa que esta táctica le puede todavía permitir superar su actual orfandad e impopularidad. El Partido Obrero Revolucionario no debe olvidar esta realidad palpable a tiempo de fijar su línea de conducta frente a la tan pregonada "unidad de las izquierdas bolivianas".

Uno de los problemas más espinosos de la presente etapa de ascenso revolucionario radica en que las masas campesinas recién están sacudiendo su aletargamiento. El Movimiento Nacionalista Revolucionario, sobre todo su ala izquierdista, pueden todavía jugar con amplios sectores campesinos y, usando medidas de presión, canalizar en su favor la mayor parte del contingente electoral que representan.

El fracaso, más que el retardo, de la reforma agraria, la acentuación de la miseria, los intentos gubernamentales de devolver parte de los latifundios a los gamonales, etc., impulsarán la futura movilización de los campesinos. De tarde en tarde se observan explosiones sociales en ciertas regiones, pero que se ahogan en su aislamiento.

La vanguardia del proletariado tendrá que prestar mucha atención para esforzarse en generalizar tales brotes de descontento y rebelión. En este terreno los sindicatos de trabajadores mineros con seguridad que jugarán un papel de enorme importancia, pues están vinculados estrechamente con sectores importantes de campesinos.

El nuevo ascenso revolucionario de las masas (por las circunstancias que sintéticamente hemos señalado más arriba), en su punto culminante, conducirá a la segunda insurrección, abriendo las puertas del poder al proletariado, en su condición de caudillo de la nación que lucha actualmente contra el des-gobierno movimientista.

Este será el tan esperado "Octubre" boliviano. Sin embargo, no se puede dejar de subrayar que falta todavía que lleguemos a ese punto culminante y que se fortifique debidamente

te el Partido Obrero Revolucionario, para que pueda cumplir debidamente el papel de eje central inexcusable de la revolución acaudillada por el proletariado. Colocados en la cresta de la ola revolucionaria, los militantes trotskystas tendrán que timonear la insurrección y la estructuración del gobierno obrero-campesino (dictadura del proletariado), encargado de superar y sustituir al régimen entreguista de Paz y Lechín.

* * *

En agosto de 1960 dijimos (ver Resolución del Pleno del Comité Central del Partido Obrero Revolucionario sobre el gobierno Paz-Lechín) que Víctor Paz Estenssoro en su segundo período presidencial observaría una conducta mucho más derechista y proimperialista que el mismo Hernán Siles Zuazo, a pesar de contar con el adorno izquierdizante de Juan Lechín. Los hechos han confirmado plenamente nuestro pronóstico, habiendo así descartado definitivamente la posibilidad de que cualquier gobierno movimientista importe el retorno a las posturas izquierdistas o anti-imperialistas, con las que el movimientismo se adornó en el pasado.

Víctor Paz Estenssoro estaba obligado a demostrar desde el poder que es un elemento de absoluta garantía para el cumplimiento de las operaciones que el imperialismo planeó ejecutar dentro del país.

El segundo gobierno Paz-Lechín fue precedido por ilusiones en el seno de las masas populares acerca de la posibilidad del radicalismo de la dirección del Movimiento Nacionalista Revolucionario. Después de una amarga experiencia, la capa avanzada de la mayoría nacional se ha separado ideológica y organizativamente del partido de gobierno, pero la verdad es que esa mayoría aún no está en el seno del Partido Obrero Revolucionario.

Por el momento, parecería que en este país ha sucumbido toda política revolucionaria y que el Movimiento Nacionalista

Revolucionario puede eternizarse en el poder, a pesar de sus descomunales errores, de su demagogia, de sus traiciones y de su podredumbre. Sin embargo de las apariencias, el fenómeno político en su esencia no es así.

Hay un factor político muy poco analizado y valorizado en su proyección: el movimiento obrero. ¿A qué altura ha llegado la clase trabajadora?

En 1963 los obreros se desplazan hacia la izquierda y al hacerlo abandonan de manera predominante al Movimiento Nacionalista Revolucionario.

Ahí está la clase obrera, emancipada del control político y organizativo del partido movimientista. Pero -subrayamos- esta clase obrera lleva en su cuerpo centenares de cicatrices, lleva en su rostro la huella indeleble de reveses y traiciones. Se ha replegado a sus cuarteles; los obreros están en sus casos. Da la impresión del guerrero que, después de la batalla, ha ganado el derecho al reposo.

La clase obrera boliviana tiene que cicatrizar sus heridas. Ha salido de un combate descomunal, después de haber visto el rostro de la traición en la inconducta del Movimiento Nacionalista Revolucionario. Ha sido empujado a renegar de su partido y no es posible esperar que en veinticuatro horas cambie de postura y de dirección, como quien cambia su camisa sucia por otra limpia.

En estas circunstancias es concebible inclusive el florecimiento del apoliticismo en el seno de las masas, cosa que no ocurre ahora entre nosotros, ciertamente.

En las entrañas de la clase obrera se va operando un proceso nuclear. Las ideas revolucionarias (que son la negación misma del Movimiento Nacionalista Revolucionario y del stalinismo) lentamente van aglutinando a los trabajadores y bajo el látigo de la miseria. Los que ahora aparentemente se encuentran en calma, saldrán a las calles para aplastar definitivamente a los usurpadores del poder y a los traidores que se encuentran asaltando las arcas fiscales. Entonces habrá sonado

el momento de movilizar a las masas para marchar recta y férreamente hacia la victoria y la estructuración del gobierno obrero-campesino. Esa será la victoria definitiva del pueblo boliviano. Esto es lo que no quieren comprender gobernantes ni opositores.

Aquellos que creen que desde el poder podrán seguir entregándonos al imperialismo y aquellos otros que creen que podrán llegar al poder a través de las maniobras electoralistas, desconfían en último término de la capacidad revolucionaria de la clase obrera y del pueblo. Los obreros dirán mañana su verdad, adoptarán sus propios métodos de lucha. Entonces los movimientistas usurpadores y corruptos morderán el polvo de la derrota.

Aunque parezca paradójico, el Secretario Ejecutivo de mareas de la Central Obrera Boliviana -de aquella gloriosa Central Obrera- ha lanzado la peregrina teoría de que los obreros se encuentran atravesando un período contra-revolucionario, que están en pleno retroceso, que han abandonado la batalla.

Lo que los obreros hacen todos los días es rebelarse contra los burócratas y los traidores del corte de Juan Lechín y sus amigos.

Lo que los trabajadores hacen es defender con sus dientes y uñas su derecho al trabajo (en esta época en que la desocupación es acentuada desde las cumbres gubernamentales), sus conquistas sociales y su miserable salario.

Cuando una clase social está así no se debe decir que está retrocediendo, que está abandonando sus posiciones revolucionarias; puede ser que esté en calma momentánea, pero se trata de la calma antes de la tormenta (los trabajadores se están preparando para futuras y decisivas luchas).

El proletariado está en ascenso, está viviendo una etapa de ascenso masivo, está a punto de salir a la calle. Los primeros meses del presente año hemos visto y presenciado una ola huelguística, que ciertamente no ha podido desarrollarse plenamente, que se ha ahogado en su propio entusiasmo por falta

de dirección. Ahora asistimos a la preparación silenciosa de la segunda arremetida. Cuando se dé este fenómeno, el ascenso de masas habrá llegado a un alto nivel político, en el que se planteará indefectiblemente el destino del propio aparato estatal.

Los obreros, sin embargo, para desplazarse firmemente hacia la izquierda, para encontrar el camino revolucionario (que tanto vale decir para encontrar a su propio partido político de clase), tienen previamente que aplastar a la burocracia servil e inepta que estrangula a las direcciones sindicales y cuya expresión más acaba es el lechinismo.

La burocracia no solamente es traidora sino que además es inepta; esa burocracia ha destruido a la Central Obrera Boliviana, la ha estatizado en gran medida; ha doblegado a los sindicatos.

Esa burocracia roba los dineros sindicales, para provecho propio o de ciertas sectas políticas. La burocracia sindical está desprestigiando al movimiento obrero (uno de los ejemplos más escandalosos se tiene en el stalinismo de Siglo XX, que desde hace bastante tiempo viene estrangulando a las organizaciones sindicales), esto porque no puede haber un movimiento revolucionario y un movimiento sindical si no impera una absoluta honestidad en el manejo económico, en la conducta personal y política de los dirigentes.

Lo positivo de este proceso radica en que los sindicalizados de base están luchando efectivamente por barrer a las direcciones sindicales, poco importa que las numerosas arremetidas no hubiesen dado, hasta ahora, resultados satisfactorios.

La terca lucha por mejores condiciones de vida y de trabajo exige, para poder culminar en la victoria, que la clase obrera se dé una dirección capaz y honesta. El comando único nacional es una de las condiciones de la victoria. Una tendencia instintiva sacude las fibras mismas del proletariado y no es otra que el afán de pugnar por el surgimiento de una nueva capa de dirigentes sindicales.

El observador se pregunta por qué el Movimiento Nacionalista Revolucionario se mantiene en el poder; por qué un partido que se está desintegrando, que no tiene el apoyo del país, que es impopular y demasiado conocido como traidor y entreguista, no ha sido aún derrocado.

Hace tiempo sostenemos la tesis de que ningún golpe derechista podrá acabar con el Movimiento Nacionalista Revolucionario, debido a que las agrupaciones rosqueras y pro-rosqueras carecen de respaldo masivo y porque sus formulaciones políticas ni siquiera llegan a alcanzar en atrevimiento a las hechas por el partido que actualmente gobierna. El Movimiento Nacionalista Revolucionario ha jugado con los golpes derechistas y los ha utilizado para su propia estabilidad. Se puede decir que Falange Socialista Boliviana ha conspirado por encargo y bajo la protección del Movimiento Nacionalista Revolucionario.

Solamente la clase obrera podrá expulsar al MNR del poder, podrá dar una salida de izquierda a la actual situación política. Sin embargo, esta clase no está suficientemente madura para cumplir tal tarea; lo estará cuando estructure debidamente su partido político y éste se convierta en una organización masiva. Mientras tanto, se puede descontar que el des-gobierno movimientista seguirá jugando con la conspiración derechista, por ser uno de los recursos con los que cuenta para sobrevivir.

SALIDA DE LA CRISIS POLÍTICA: EL GOBIERNO OBRERO-CAMPESINO

Hemos indicado más arriba que los problemas básicos de la crisis boliviana actual se reducen a la crisis política originada por la quiebra total del Movimiento Nacionalista Revolucionario en el poder.

No se debe olvidar que tipifican esta crisis las siguientes circunstancias: a) virtual pulverización de los partidos políti-

cos tradicionales rosqueros o pro-rosqueros; b) polarización de la oposición derechista alrededor de la fascista Falange Socialista Boliviana y de pequeños grupículos de centro derecha. Partido Social Cristiano, Partido Social Demócrata, etc.; c) grandes progresos en la reorganización del ejército; d) experiencia de las masas frente al Movimiento Nacionalista Revolucionario en su conjunto, incluidos el paz-estenssorismo y su ala izquierdista; e) considerable avance del ascenso obrero revolucionario.

En el plano de la especulación no se puede excluir la posibilidad de dos salidas a toda situación política: una de derecha y otra de izquierda. Cobra enorme interés el descubrir cuáles son las tendencias predominantes dentro de estas posibles soluciones a la crisis boliviana.

Según el Partido Obrero Revolucionario pueden haber una salida imperialista o reaccionaria, aun en el caso de que se utilice al centro movimientista (paz-estenssorismo) o al centro-derecha, y una salida revolucionaria o de izquierda.

SALIDA IMPERIALISTA Y REACCIONARIA

La historia de la intervención del imperialismo en la política boliviana enseña que puede utilizar como instrumentos a una serie de partidos políticos y a las fuerzas militares. Es admirable su ductilidad para poder asimilar a las tendencias más diversas y someterlas a sus objetivos. Por otro lado, tanto los partidos tradicionales como el Movimiento Nacionalista Revolucionario, incluido el lechinismo, están empeñados en ganar la confianza del imperialismo. Los primeros invocan en su favor su tradicional servilismo ante el Departamento de Estado y el último argumenta que, por ahora al menos, es la única fuerza capaz de contener el peligro comunista.

El imperialismo norteamericano ha dado ya su respuesta a la situación política al apuntalar a los regímenes movimientistas. Poco importa la terminología tras de la cual se oculten las

relaciones entre el gobierno boliviano y el Departamento de Estado de Estados Unidos, la verdad es que el respaldo económico permite la momentánea y relativa estabilidad política.

El objetivo central del Departamento de Estado, a través de todo el desarrollo de la revolución boliviana, no es otro que encontrar el muro capaz de contener la irrupción de las masas y la garantía necesaria para poner a salvo sus intereses y seguir operando dentro del país. La teoría movimientista en sentido de que la revolución ha llegado a su fin y de que debe ingresarse a la etapa constructiva, contando con la cooperación de los inversionistas extranjeros, es la que mejor, por ahora, se ciñe a los puntos básicos sustentados por el imperialismo.

La "ayuda" norteamericana al gobierno movimientista, señalada por la oposición derechista como ayuda al comunismo, no tiene para los yanquis más que el lograr el aplastamiento del movimiento obrero y piensa que para lograr este objetivo nada más oportuno que alquilar los servicios de los demagogos emeeneristas; aplastamiento que, en su más amplia perspectiva, significaría la destrucción de la revolución misma. Si el MNR resulta capaz de consumar tan criminal atentado es claro que el imperialismo no tendrá necesidad de utilizar a ningún otro partido. Es esta mecánica la que no alcanza a comprender la oposición rosquera. El gobierno de Paz es para el Departamento de Estado sumamente económico y eficaz por el momento. Los Estados Unidos, a cambio de una ayuda suministrada con cuentagotas e insignificante en su monto, están logrando la entrega de las más valiosas fuentes de materias primas y la promesa gubernamental de que los inversionistas serán rodeados de las garantías necesarias.

El imperialismo apuntalando al régimen movimientista persigue un claro objetivo político: utilizar, hasta el último extremo, al Movimiento Nacionalista Revolucionario para estrangular la revolución y contener al movimiento obrero, esto quiso expresar el Departamento de Estado cuando justificó la

ayuda al gobierno nacional el 9 de abril de 1952. Teniendo en sus manos a la alta dirección de un partido popular, con fama de revolucionario y anti-imperialista, es evidente que los yanquis no tienen por qué correr el albur de volver a colocar en el Palacio Quemado al señor Hertzog, insigne por su falta de carácter, por sus limitadas condiciones intelectuales y por haber allanado el camino para el mamertazo³¹. Sería absurdo

³¹ "El gobierno de Salamanca ha resuelto gobernar al país, digno de mejor destino, con el círculo de sus cuatro amigos íntimos. No hay gabinete ni crisis ministerial, en las que no figuren los mismos hombres indispensables, Calvo, Canelas, Hertzog... Quiere decir que en el país no hay hombres fuera de los tres o cuatro genuinos amigos de Salamanca. Todo el mundo sabe que no hay más que esos cuatro gatos dentro del genuinismo, enciclopédicos, universales, aptos para todas las carreras. . . ¡Qué don de sabiduría la de los hombres de gobierno!

"Ya no hay hombres en Bolivia. Calvo, Zambrana y Hertzog, otro hombre múltiple del círculo de los providenciales...

"El país tiene derecho a reclamar, es su soberanía, que se manejen sus intereses más fundamentales por hombres capacitados, con experiencia y sabiduría y no por unos pocos advenedizos del poder, sin preparación" ("La República", La Paz, enero de 1933).

Los mismos que escribieron el artículo anterior nos dicen que Hertzog, "advenedizo y sin preparación es el único que puede salvar este país, digno de mejor destino".

Salamanca, haciendo gala de su sutil ironía, dijo en 1930 ("La Amenaza de la prórroga presidencial"): "Hoy por hoy podría decirse que la sola institución constitucional, realmente viva y eficiente, es la del estado de sitio, a causa de las facultades arbitrarias que otorga al gobierno". El discípulo, incapaz de captar en todas sus facetas el pensamiento del "hombre símbolo", se limitó a materializar brutalmente la sentencia. Él es uno de los descubridores del peligro comunista. En 1932 y en su condición de Ministro de Gobierno -en realidad gendarme ejecutor de arbitrariedades en un prolongado estado de sitio- informaba al Congreso: "La actividad comunista se ha intensificado con motivo del último conflicto (con el Paraguay, G.L.), y aunque el probado patriotismo del pueblo condena sus alcances, fue

creer que la democracia del Norte no se ha dado cuenta que el movimientismo marcha aceleradamente a su liquidación, pero desea que este proceso se cumpla con toda normalidad y no se repita la experiencia de 1946, que empujó al llano al partido de gobierno con su bandera de lucha intacta. Pero ahora, le interesa -aconsejando al efecto la adopción de métodos nada democráticos- fortalecer a la derecha movimientista y liquidar al lechinismo, pues así cree que podrá hacer retroceder al movimiento revolucionario. Dentro de la perspectiva de la desaparición política del MNR, se empeña que éste se liquide totalmente en el poder y se vea obligado a reprimir sangrientamen-

menester ponerle una valla legal. Esa perseverante y calculada propaganda pretendió destruir la disciplina del Ejército con incitación a la desobediencia, en la tropa, y el intento de victimar a jefes y oficiales, para colocarse en una situación muy delicada".

A continuación se cita la larga lista de las personas que fueron apresadas y confinadas, bajo la acusación de tratarse de agitadores, entre ellos figura José Aguirre G, fundador del POR.

"MAMERTAZO".- La "mamertada" ha ingresado a la historia como método político utilizado por la feudal-burguesía en los momentos de mayor crisis. Solución al problema del poder a espaldas de las masas y por encima de todo medio democrático, es esencialmente un golpe palaciego ejecutado por elementos militares. Mamerto Urriolagoitia designó como a sus sucesores a un grupo de militares, a fin de burlar los resultados de las elecciones generales de 1951, todo bajo el visto bueno del imperialismo y bajo el huracán de la agitación social" ("Masas", n° 4, febrero de 1955, página 13).

Fue posible el "mamertazo" porque el Presidente Constitucional Hertzog abandonó el poder bajo el pretexto de encontrarse enfermo y fue virtualmente recluido en Chulumani. En verdad, el virtuoso Hertzog no pudo resistir la presión de las grandes empresas mineras que habían financiado su campaña electoral y prefirió convertir en Presidente a Urriolagoitia, conocido por su torpeza y por sus promesas de ahogar en sangre al movimiento obrero, como efectivamente lo hizo. Es absurdo que ahora se pretenda presentar a Hertzog como ajeno a las masacres obreras y como indiscutido defensor de la democracia boliviana, como si alguna vez hubiese existido ésta.

te a los sindicatos que ocupan la vanguardia. Todo el aparato norteamericano (Embajada, misiones técnicas, propaganda, etc.) se ha volcado para acentuar la contradicción entre los trabajadores y el partido de gobierno. La ayuda prestada por el MNR le sirve al imperialismo para desarrollar en escala internacional una hipócrita campaña sobre su "desinteresada" ayuda a un país hambriento pero revolucionario, encaminada a demostrar su pretendida neutralidad frente a la política interna de los países latinoamericanos. La realidad es que la "ayuda" vino sólo después de que el alto comando movimientista se entregó en alma y cuerpo a la tutela de la Embajada de los Estados Unidos. Para la mentalidad colonizadora de Wall Street el aplastamiento del MNR será, al mismo tiempo, el aplastamiento de la misma revolución. En este sentido, su interés radica en controlar, con precisión técnica, el desarrollo del proceso, para presentarlo como ejemplo aleccionador a la opinión continental y desacreditar a las tendencias que precognizan la nacionalización de las empresas controladas por el capital financiero. Sólo cuando este programa esté debidamente cumplido los yanquis se animarán a jugar otra carta distinta al del MNR. En otros términos, este instrumento será desahuciado cuando deje de ser útil.

El problema de la mayor producción es indiscutiblemente uno de los más importantes de la actual crisis del país. El imperialismo tiene que saber que el gobierno movimientista, que afronta una verdadera rebelión de los trabajadores, no tiene ninguna posibilidad de materializar ese objetivo y que, más bien, la producción irá cayendo más a medida que se acentúe la crisis política. Sin embargo, utiliza este problema para agudizar el choque del gobierno con los obreros.

Tiene que llamar a reflexión que haya sido, precisamente, el Departamento de Estado el que haya presionado, ya en el primer de Víctor Paz Estenssoro, en favor de la reorganización del ejército. Su efectivización condicionó, en determinado momento, la ayuda norteamericana. Cuando el imperialismo

habla de que las fuerzas armadas constituyen la única garantía para el mantenimiento del orden social, está declarando que confía en su fortalecimiento para perpetuar su dominación sobre el país. Ese terco empeño por imponer un ejército fuerte, fuerte por la potencialidad del fuego de sus armas, denuncia por sí mismo que no se busca más que una carta para el juego político. La dirección movimientista se prestó a la maniobra al oponer como contrapeso de las milicias obrero-campesinas el llamado "ejército de la revolución nacional". Hasta la fecha el ejército ha sido totalmente reorganizado, se ha internado al país abundante material de guerra de un nuevo calibre.

El MNR ha pretendido inútilmente someter al ejército reorganizado a su control, obligando a sus componentes a prestarle juramento de fidelidad. El impulso dado a la actividad militarista ha reavivado inmediatamente el espíritu de cuerpo de quienes están ya actuando como casta. Se ha logrado el retorno al servicio activo de conspicuos servidores de la rosca. A pesar de todos los juramentos, el ejército pugna por jugar un papel independiente frente al MNR. Parece que los altos jefes tienen conciencia, dentro de su general inconsciencia, que el Departamento de Estado no tendrá más remedio que echar mano de ellos en el momento político más crítico. Tal vez por eso estos rabiosos nacionalistas ven gustosos que las fuerzas armadas sean sometidas al control estrecho y directo de las misiones norteamericanas. El pretendido "ejército de la revolución nacional" se ha convertido en un nido de conspiradores. No pocos coroneles y generales confunden sus desmedidas ambiciones personales con la "lucha contra el comunismo". Han fracasado numerosos golpes palaciegos de los militares por el solo hecho de que el imperialismo no les prestó su apoyo por considerarlos prematuros. Los golpistas, gracias a misteriosas presiones, han vuelto a enseñorearse dentro del "nuevo ejército", que de nuevo no tiene más que el nombre.

Cuando el MNR se haya disgregado y ya no pueda dar nada, en concepto de sus amos de Wall Street, recién será llegada

la hora del militarismo. Toda aguda acentuación de la crisis política hace renacer el peligro de la junta militar, peligro que se hace cada vez más inminente como consecuencia del vigoroso empuje revolucionario de las masas. La junta militar tendría como misión concreta el someter por la violencia a los trabajadores y obligarles a producir más, a pesar de sus miserables salarios.

No se puede descontar que, en circunstancias excepcionales, el Departamento de Estado se vea impelido a utilizar a FSB o a cualquier otra agrupación, para derrocar al MNR. Por el momento esta posibilidad parece ser la menos viable. Hubo un momento en que toda la oposición derechista formó filas detrás del jefe de Falange, proceso que culmina en la campaña electoral de 1956, y empleó todos los recursos, principalmente las intrigas contra el gobierno movimientistas, para conseguir la cooperación de los EEUU. El masivo desplazamiento de la clase media hacia Falange le habrían permitido consumir sus planes golpistas, en circunstancias excepcionalmente favorables. Desde entonces la crisis de FSB se ahonda cada día más. La agrupación fascista está completamente dislocada. Las causas deben buscarse en que ha perdido la confianza de la oposición de derecha y en que no pueden contenerse indefinidamente las ambiciones de la militancia con simples proyectos golpistas.

Una conspiración imperialista victoriosa, utilizando a una junta militar, a Falange Socialista Boliviana, etc., en la situación actual de ascenso revolucionario, instalaría un fugaz gobierno contra-revolucionario y tendría como consecuencia inmediata acelerar tal proceso de ascenso, aproximando la hora de la victoria de los obreros y campesinos. Una conspiración de tal naturaleza sacudiría la conciencia de los sectores que por muy atrasados aún no han ingresado a la movilización. El pueblo todo se movilizaría en oposición al gobierno contra-revolucionario por comprender, instintivamente, que significa

la anulación de todas sus conquistas. La firme dirección de la vanguardia proletaria aumentaría enormemente su influencia.

SALIDA REVOLUCIONARIA DE IZQUIERDA

Si consideramos que la actual situación política se caracteriza por la quiebra en el poder del partido de la pequeña-burguesía; por la experiencia de las masas frente a este partido, incluida su izquierda, se tiene que concluir que, desde el punto de vista revolucionario, no puede haber más salida que el triunfo del proletariado a la cabeza de toda la nación boliviana. En otras palabras, la salida revolucionaria a la crisis política sólo será posible darla bajo la dirección del Partido Obrero Revolucionario. No se trata sino de permitir que el proceso de ascenso de las masas que estamos viviendo llegue a su punto culminante, proceso que solamente puede ser truncado por la derrota física del proletariado. El extremo planteado importa que el POR, acaudille la segunda insurrección contra el entreguismo movimientista.

Esta tesis importa que la vanguardia proletaria, evitando incurrir en monstruosos errores políticos, ha logrado ganar a la mayoría de la clase obrera y convertirse en el caudillo indiscutido del país. El POR al acaudillar la segunda insurrección no podrá menos que organizar su propio gobierno que, para la mejor comprensión de su naturaleza, la llamamos gobierno obrero-campesino.

¿Es inevitable la segunda insurrección? A esta altura de los acontecimientos ni siquiera teóricamente se puede plantear el desarrollo pacífico de la revolución, entendida como el tránsito sin fricciones del gobierno pequeño-burgués al obrero. Inmediatamente después de las jornadas del 9 de abril de 1952 era posible alimentar tales esperanzas debido a la creciente pujanza de la COB y al sometimiento del gobierno a sus mandatos. Entonces era justificado especular acerca de las posibilidades de que el POR derrotase dentro de la COB al Movimiento

Nacionalista Revolucionario, llegando tal vez a arrastrar al ala izquierda de este último partido, que por entonces pasaba por su mayor radicalización, y que el desplazamiento de la pequeña burguesía podía darse como la realización de la consigna de "todo el poder a la COB". La amplia democracia que imperó en los primeros días de la Central Obrera permitía esperar que la pugna del Movimiento Nacionalista Revolucionario-Partido Obrero Revolucionario se llevase a fondo y hasta sus últimas consecuencias. En realidad, no hubo tiempo para el cumplimiento de este proceso.

A muy corto plazo la curva de la revolución cayó a su punto más bajo; la COB se burocratizó rápidamente y se encaminó hacia su estatización; la izquierda del MNR, que fugazmente actúa como guardiana de la democracia obrera y como aliada del POR, demostró que no era capaz de convertirse en una auténtica vanguardia revolucionaria y que su radicalización no fue más que un episodio impuesto por la euforia de las masas. Estas circunstancias determinaron que la dualidad de poderes (MNR-COB) se resolviera en favor de la derecha, es decir del MNR.

Desde el momento en que la Central Obrera Boliviana dejó de actuar como órgano de poder, para transformarse en instrumento del gobierno movimientista; desde que se burocratizó y canceló la democracia obrera, ya no hubo más posibilidad para el desarrollo pacífico de la revolución. A partir de la destrucción de la COB, como organismo revolucionario, los gobiernos buscaron la alianza del imperialismo contra las masas bolivianas, que habían hecho posible la victoria de abril. No faltaron los "teóricos" que nos hablan del desarrollo pacífico de la revolución, de la necesidad de ganar "democráticamente" al Movimiento Nacionalista Revolucionario en los sindicatos, en circunstancias en que los poristas eran sencillamente arrojados por la violencia de la COB y de todos los organismos obreros.

La culminación del proceso revolucionario coloca al POR a la cabeza de la nación contra el gobierno movimientista que, en alianza con el imperialismo, se resiste a abandonar el poder. De esta manera no hay más salida que la segunda insurrección.

EL GOBIERNO OBRERO-CAMPESINO

La Tesis de Pulacayo sostiene que el gobierno obrero adquirirá, también en Bolivia, la forma de dictadura del proletariado; señala también que necesariamente debe sustentarse en el campesinado y en las capas más vastas y empobrecidas de la pequeña-burguesía. Este planteamiento es justo y sin embargo, por razones muy especiales, hemos creído conveniente darle la denominación de "gobierno obrero-campesino". La Tesis Política del POR es el primer documento que en Bolivia habla detenidamente de esta consigna y pone de relieve las razones que determinan su vigencia. El proletariado, en su actividad revolucionaria, no puede ignorar el problema de la tierra, que constituye el problema básico de la revolución: "El problema de la tierra es el fundamental y el más agudo de la revolución que no ha sido resuelto oportunamente por la burguesía. Su importancia radica en que es la expresión más amplia del sector económico pre-capitalista, en que es uno de los mayores obstáculos para el progreso del país y en que mantiene en condiciones de explotación subhumana a un porcentaje abrumador de la población. De esta manera se convierte en material explosivo de primer orden y actúa como motor propulsor. La destrucción del latifundio no solamente es el problema crucial de la transformación revolucionaria sino que, por encima de todas las dificultades que emergen de su realización, es el factor que permite la victoria de las fuerzas revolucionarias sobre las reaccionarias y abre las perspectivas para la transformación de las tareas democrático-burguesas en socialistas" (Tesis, página 13).

La clave de la estrategia revolucionaria es la alianza obrero-campesina y a ella se debe, básicamente, la denominación de "gobierno obrero-campesino": "El movimiento revolucionario en los países dependientes no puede limitarse sólo a las fuerzas del proletariado, esta clase podrá alcanzar la victoria a condición de que se coloque a la cabeza de la nación que ha emprendido su movimiento de liberación, lo que significa que debe arrastrar tras de sí al campesinado y a las capas más amplias y más explotadas de la pequeña-burguesía de la ciudad. No es suficiente que se hable del movimiento nacional de liberación, hace falta caracterizar claramente quién dirige ese movimiento...

"De todo lo expuesto se concluye que el centro de la estrategia revolucionaria en los países dependientes no es otro que la alianza entre el proletariado y los campesinos. Un movimiento aislado de cualquiera de estas dos clases conduciría a la derrota. Esta alianza tiene un sentido concreto: quiere decir la dirección proletaria del movimiento campesino, el contacto organizativo de ambas clases y la coordinación de sus maniobras. La masa campesina actúa como fuerza propulsora y el proletariado como fuerza directora. Esta alianza, que tiene sentido en la medida en que busca la victoria de la revolución, se reflejará en la índole de clase del poder que salga de la victoria. Esta nueva forma de gobierno es el llamado obrero-campesino y en el que también el proletariado jugará el rol de sector dirigente y el campesinado de sostén fundamental".

Como se ve, se procedió al cambio de terminología para desbaratar mejor la especie stalinista que nos hacía aparecer, por propugnar la dictadura del proletariado, como sostenedores de la revolución puramente socialista para Bolivia y para hacer llegar hasta el grueso de las masas el elemento básico de nuestra política: la alianza obrero-campesina.

El documento de la X Conferencia del Partido entendía la consigna de "gobierno obrero-campesino" como la denominación popular de la dictadura del proletariado. No puede haber

la menor duda al respecto desde el momento que, para fortificar su argumentación, se refiere a las circunstancias en que los bolcheviques utilizaron tal consigna: "Fueron los bolcheviques quienes en 1917 utilizaron en la agitación la fórmula de "gobierno obrero-campesino" y entonces no representaban más que la "denominación popular de la dictadura del proletariado ya establecida".

Desde el año 1953, en pleno periodo de depresión, el POR viene sosteniendo que el gobierno del MNR será reemplazado por el obrero-campesino. Tiene que comenzarse por señalar cuál es el alcance que da la dirección partidista a esta consigna. Es en el plano propagandístico que se la ha utilizado, por considerar que toda la actividad diaria debe estar subordinada a la finalidad estratégica. La crítica al desgobierno movimientista se complementa con el enunciado de las soluciones que dará el gobierno obrero-campesino a un determinado problema. Por esto, nuestra posición no debe confundirse con el uso irresponsable e indiscriminado que hacen los pablistas de esta consigna. Estos hace diez años que le dan un carácter agitativo, es decir, con la intención de que movilice a la masa para que sea realizada de inmediato. El Secretariado Internacional no nos ha dicho cuál será, según él, el contenido del gobierno obrero-campesino, pues hasta ahora lo viene utilizando para todos los menesteres. Lo único que puede sacarse en limpio de su abundante propaganda es que todo gobierno futuro, no importando qué tendencia política lo timonee, debe ser considerado como obrero-campesino.

La izquierda movimientista, no encontrando una respuesta adecuada a la clara perspectiva señalada por el POR, ha tenido la ocurrencia de sostener que el gobierno del MNR no era otra cosa que el gobierno obrero-campesino. Los entristas y los líderes de la COB han utilizado este argumento para justificar su servilismo rentado al gobierno y para apuntalar la peregrina teoría de que la revolución está totalmente concluida. El gobierno anti-obrero y pro-imperialista del MNR ha desarmado

totalmente a estos teóricos -uno de ellos se complace en hilvanar elegantemente frases robadas- y hace bastante tiempo que ya no habla sobre el gobierno obrero-campesino. La derecha del partido de gobierno, se ha referido reiteradas veces al gobierno propuesto por el POR, demostrando así su preocupación por la única salida revolucionaria concreta que se ha propuesto hasta ahora. No niega que pueda darse en el país el gobierno obrero-campesino, se admite la posibilidad y se argumenta que, por dificultades de orden internacional, su duración sería efímera. Dentro del planteamiento integral del gobierno obrero-campesino, partiendo del punto de vista de que la revolución boliviana es solamente un episodio de la marcha libertadora de las masas del continente y del mundo, la argumentación no tiene razón de ser.

El movimiento obrero se encamina instintivamente hacia el gobierno obrero-campesino. Esta proposición ha sido erradamente interpretada como si supondría el surgimiento del nuevo gobierno de un ciego principio mecanicista. Otros nos han atribuido la idea de que las "turbas analfabetas de obreros y campesinos" se apoderarían masivamente del palacio de gobierno y de los ministerios.

Hemos explicado en otro lugar que las masas en su lucha diaria, en la que la espontaneidad juega un papel principal, atacan, sin pararse en dar razones teóricas que las justifique, los cimientos del régimen movimientista, preparando así su superación revolucionaria. En la actual etapa de ascenso los simples planteamientos económicos concluyen, las más de las veces, en un ataque político contra el desgobierno emeenerrista. Los progresos que se vienen operando en la maduración de la conciencia de clase del proletariado se expresan a través de la certeza que tienen sus capas más amplias de que la revolución hecha por ellos les pertenece íntegramente y de que el gobierno no puede menos que estar bajo su directo control. Estas son las tendencias elementales que conducen a la revolución boliviana hacia el gobierno obrero-campesino. Es absurdo

pretender discutir la evidencia de que el proletariado, a la cabeza de la nación, llegará al poder por medio de su partido político. Corresponde a la vanguardia de los obreros el manejo especializado del aparato estatal y la elevación a la categoría de formulación teórico-política de las aspiraciones y de la potencialidad de las masas.

El POR no ha traído de los cabellos, como piensan sus detractores, la consigna de "gobierno obrero-campesino" para imponerla caprichosamente a los trabajadores, no ha hecho más que señalar la corriente predominante del actual proceso.

¿Puede la consigna "gobierno obrero-campesino" servir de plataforma a las alianzas temporales del Partido Obrero Revolucionario con otras organizaciones políticas? El abuso de un planteamiento revolucionario por aventureros que usurpan el nombre de trotskismo, ha llevado al extremo de ofrecer, como programa, el gobierno obrero-campesino a los izquierdistas que deambulan obsesionados por la formación de un frente, no importándoles a quien sirva ni por quienes esté integrado. Es una elementalidad, acaso incluso peque de redundante, que diferentes partidos convienen en un compromiso temporal sobre la base de puntos comunes de planteamientos y de aspiraciones.

Los ladrones de consignas han olvidado un hecho simple: el gobierno obrero-campesino es la síntesis de la estrategia del partido del proletariado y define todo su programa y su propia estructura organizativa. Proponer su aceptación, como base de un entendimiento momentáneo, a otras agrupaciones importa adoptar una actitud ultimata o empujar el proyectado frente de izquierdas a un callejón sin salida. La consigna que analizamos no es compartida por ninguna otra organización ajena al POR, hecho que se explica por sí mismo. Si el Partido Comunista, el PIR, la izquierda del MNR y las innumerables fracciones que se autotitulan izquierdistas persiguiesen también la implantación del gobierno obrero-campesino, lo correcto sería proponerles la fusión o unidad y no simplemente un acuerdo

temporal. La verdad es que sólo el Partido Obrero Revolucionario puede esgrimir tal consigna y, por esta razón fundamental, no puede darse (pues no podremos hacer ninguna concesión, a riesgo de caer en el más absurdo oportunismo, en el terreno de los principios estratégicos) a través del frente de izquierdas.

Si algo valioso tiene la última experiencia boliviana es la enseñanza de que solamente el Partido Obrero Revolucionario puede realizar la consigna de "gobierno obrero-campesino". La polarización de fuerzas que se acentúa a diario en el terreno político no hace más que confirmar este extremo. El intento de encargar a un "frente popular" el cumplimiento de la consigna básica del Partido no puede significar más que dos cosas: se tiene intención de abandonar el programa o bien no se considera imprescindible la construcción del partido de la clase obrera.

La falta de claridad sobre lo que será el gobierno obrero-campesino y sobre el papel del Partido Obrero Revolucionario dentro de él, ha determinado que la discusión fundamental gire alrededor de un foco falso: la forma práctica en que se estructurará dicho gobierno. Se comprende fácilmente que la respuesta a tal pregunta, sólo puede ser condicional, pues es imposible señalar de antemano todo el cúmulo de circunstancias que determinarán el curso que siga. Lo que de un modo indirecto plantea el pablismo es la necesidad de señalar de qué manera las organizaciones de masas y tal o cual ala del Movimiento Nacionalista Revolucionario se verán obligadas, realizando las tareas del POR, a formar el gobierno obrero-campesino. Si se considera que esta forma estatal no será otra cosa que el gobierno del POR, las circunstancias particulares dentro de las cuales puede realizarse pasan a un segundo plano.

De igual manera, es prematuro pararse a señalar detalladamente los pormenores de las tareas que debe ejecutar el gobierno obrero-campesino, lo más que se puede hacer es fijar

las líneas generales de su futuro programa. La marcha de la revolución boliviana y de los acontecimientos internacionales, cuyo curso no podemos señalar anticipadamente, condicionarán la forma concreta en que serán formuladas y resueltas las tareas del gobierno obrero-campesino.

En la actualidad lo más importante es señalar con claridad la estrategia de la lucha y el gobierno que sustituirá al caduco régimen movimientista. Toda nuestra actividad diaria, todas las maniobras tácticas que realicemos deberán subordinarse a tal planteamiento. Todo el desarrollo de la revolución confirma este planteamiento, que adquirió toda su fisonomía en la lucha contra las desviaciones pablistas y contra los "entristas".

LO QUE SERÁ EL GOBIERNO OBRERO-CAMPESINO

El análisis del MNR -partido de masas en quiebra- y de su ala izquierda, nos permite definir el carácter del futuro gobierno obrero-campesino. Es indiscutible que esta forma estatal surgirá de la entraña misma de la historia y, por esto, sólo un sentimiento de piedad puede inclinarnos a creer, que el stalinismo tendrá algo que ver con ella.

Si el lechinismo no tiene capacidad, como lo han demostrado los acontecimientos, para transformarse en el partido político de la clase obrera; si no ha tenido suficiente valor para romper, como fracción, con el partido pequeño-burgués, cuando éste capituló en toda la línea ante el imperialismo y la reacción criolla; si no puede abandonar su conducta vacilante, es claro que el gobierno obrero-campesino no puede estructurarse alrededor de él y, ni siquiera, contarle como uno de sus elementos decisivos. No puede haber la menor discusión al respecto si se recuerda que para la dirección de la izquierda movimientista el proceso revolucionario ha llegado a su fin, su lucha contra la derecha se limita a desear que las cosas vuelvan al estado en que se encontraban en el pasado. A pesar de

todo, no se puede descartar la posibilidad de que, dentro del proceso de disgregación del MNR, del lechinismo se desprendan algunos grupos y se orienten hacia el programa revolucionario. El POR prestará la suficiente atención para absorber dichos grupos.

La naturaleza del gobierno obrero-campesino estará definida por el partido capaz de acaudillar a las masas y de conducir las al poder. En este terreno no se precisa recurrir a la nigromancia para formular los pronósticos. En la lucha diaria se están echando los elementos que permitirán a tal o cual partido colocarse a la cabeza de las masas. La vanguardia obrera, para poder ganar la confianza de las masas, tiene que templarse en la lucha y tiene que someter su programa a la prueba suprema de los acontecimientos.

Nuestra tesis es por demás clara: solamente el POR puede conducir a obreros y campesinos al poder; si, por tal o cual razón, no logra transformarse en un partido de masas, la revolución corre el riesgo de ser aplastada por el imperialismo. De aquí se desprende que el gobierno obrero-campesino no será otra cosa que el gobierno del POR, lo que importa que el aparato estatal quede en manos del proletariado, directamente apuntalado por los campesinos y por el sector mayoritario de la pequeño-burguesía.

La nitidez con que plantea el Partido Obrero Revolucionario el carácter del futuro gobierno obrero-campesino es el resultado de una apasionante lucha interna y de haber, al calor de la actividad cotidiana, definido en todo su alcance la naturaleza de la izquierda movimientista. Es indiscutible que en el pasado algunas de las ideas "bárbaras" del Secretariado Internacional se filtraban en nuestra propaganda y actuaban como elementos de confusión dentro de la militancia trotskysta del POR.

La Tesis Sindical, que es el primer documento partidista del país que hace un análisis exhaustivo de las características y de la incapacidad orgánica del lechinismo, importa una supe-

ración de los planteamientos anteriores y elimina toda huella de pablismo de la teoría revolucionaria. Desde el momento en que se toma como punto de partida la incapacidad del ala izquierdista del Movimiento Nacionalista Revolucionario para transformarse en el partido de la clase obrera y para tomar en sus manos el control total del Estado, es claro que es absurdo hablar de que "los representantes pequeño-burgueses de los obreros y campesinos" puedan instaurar ningún gobierno obrero-campesino. Igualmente, a partir de la aprobación de la Tesis Sindical, debe rechazarse la posibilidad de que el gobierno obrero-campesino siga el camino del gobierno chino de Mao. La particularidad boliviana consiste en que todos los sectores de la burguesía, dentro de la cual la industrial se reduce a cero, se mueven detrás del imperialismo norteamericano y en que el partido de la pequeña burguesía se ha quebrado en el poder, dando todo lo que podía dar de sí. La sugerencia de la lejana posibilidad de una repetición de la experiencia china, también tomada de las cartas del Secretariado Internacional, no hace otra cosa que denunciar que las ilusiones sobre el revolucionarismo del Movimiento Nacionalista Revolucionario no han sido todavía totalmente disipados.

El stalinismo no ha dicho nada sobre el gobierno obrero-campesino. Se limita a invitar a todos los "demócratas" y "progresistas", desde los católicos hasta el Partido de la Izquierda Revolucionaria y al gobierno movimientista para formar otro "popular" y "demócrata". El profano no entenderá nada absolutamente de toda esta palabrería vacía. Los informados en política saben que detrás de la "democracia" y de la "burguesía progresista" está nada menos que la misma rosca.

El pablismo ha recurrido a la consigna del "gobierno obrero-campesino" para poner en evidencia que descarta de su programa la dictadura del proletariado, pues considera a aquél como una etapa previa, de larga duración y totalmente diferente, a esta última forma gubernamental.

De esta manera se abandona la tesis central de la teoría de la revolución permanente, que sostiene que solamente el proletariado desde el poder puede realizar plenamente las tareas democrático-burguesas y transformarlas en socialistas. Copiemos lo que dice León Trotsky en su "Stalin":

"La dictadura del proletariado, con el concurso de los campesinos más pobres, era la única forma de gobierno que podía asegurar la solución de las tareas de la revolución democrática y al mismo tiempo abrir la era de las transformaciones socialistas".

El Movimiento Nacionalista Revolucionario en su integridad (incluyendo a sus alas derechista e izquierdista) conspiran contra tal realización. La influencia del stalinismo en los planteamientos de los secuaces de Michel Pablo es por demás evidente, recurren a la consigna de gobierno obrero-campesino para encubrir su búsqueda desesperada de descubrir una nueva forma gubernamental diferente cualitativamente a la dictadura del proletariado, poco que no hablen en momento alguno de "democracia popular" o de "nueva democracia". Lo cierto es que no usan la consigna de "gobierno obrero-campesino" como sinónimo de dictadura del proletariado, que tiene que entenderse como la finalidad estratégica del proletariado.

Hay que volver a repetir que, en última instancia, para el trotskismo, para el Partido Obrero Revolucionario, el gobierno obrero-campesino es solamente la designación popular de la dictadura del proletariado, esto de manera precisa en los países atrasados.

Esta forma estatal sería inconcebible si no se recalcase la necesidad imprescindible de que esté directamente apoyada por el campesinado y la mayoría de la pequeña-burguesía de las ciudades.

Los stalinistas abiertamente y los pablistas con sus torpes insinuaciones, se apresuran en impugnar la justeza de la consigna de dictadura del proletariado para un país atrasado como

Bolivia, porque la consideran sinónimo nada menos que de revolución puramente socialista.

Las tareas que debe cumplir el gobierno obrero-campesino o dictadura del proletariado no pueden ser el resultado de la imaginación tarda o febril de los líderes de turno, de los que presumen de teóricos o de la repetición servil de las consignas que, perfectamente elaboradas como cualquier mercancía se pueden importar desde el exterior. Esas tareas emergen de la evolución misma del país o del proceso revolucionario que vivimos.

El gobierno obrero-campesino, el gobierno del Partido Obrero Revolucionario, en ningún caso podrá darse el lujo de ignorar los desastrosos resultados del desgobierno movimientista, tiene que comenzar por rectificar a fondo o adicionalmente todos esos entuertos.

El principio que guíe al Partido Obrero Revolucionario será el mismo que inspira ahora a su actual actividad opositora: defender y consolidar las conquistas que han logrado las masas con su lucha heroica, siguiendo el camino de su perfeccionamiento y consolidación.

Hemos ya indicado que el gobierno obrero-campesino tiene la misión insoslayable de cumplir las tareas democrático burguesas que permanecen pendientes (esto es superar el atraso), para transformarlas a su turno en tareas socialistas. Así comenzará por partir del estado actual en que se encuentran esas tareas, algunas de las cuales han sido simplemente planteadas y muchas veces hasta desvirtuadas por el Movimiento Nacionalista Revolucionario desde el poder. Desde el primer momento incluirá en su programa de realizaciones objetivos que son totalmente ignorados por el actual gobierno: la unidad nacional; la estructuración del mercado interno; la planificación de la economía; medidas que tiendan al aplastamiento de la oposición rosquera, etc. El proletariado lucha contra toda forma de opresión de clase, por eso no puede quedarse estan-

cado en el cumplimiento de las tareas democráticas, sino que necesariamente tiene que transformarlas en socialistas.

El ritmo con que se cumplirán las tareas democrático-burguesas y con el que se transformarán en socialistas, no puede ser señalado ahora anticipadamente, pues dependerá del desarrollo del movimiento revolucionario latinoamericano y mundial, del nivel alcanzado por el desarrollo de la economía mundial y también del propio nivel alcanzado por el proceso revolucionario nacional.

Surge la pregunta: ¿el gobierno obrero-campesino solamente puede realizarse a través de la consigna de todo el poder a la Central Obrera Boliviana? Sería aventurado responder categóricamente que sí en cualquier momento, inclusive cuando se encuentre fracturada o cuando todavía no se ha señalado el mejor camino para su reorganización, para la reconquista de su unidad.

Inmediatamente después del 9 de abril de 1952 no podía concebirse ningún otro camino para que el proletariado, a la cabeza de la nación oprimida por el imperialismo, se hiciese cargo del control y manejo de todo el aparato estatal. Sabemos que no se trata solamente de apoderarse del Estado burgués sino de destruirlo y hacer surgir de sus cenizas al Estado obrero.

Hablemos con claridad, cuando la Central Obrera Boliviana, después de la expulsión de su seno de los militantes trotskistas, concluyó convertida en un instrumento dócil del gobierno movimientista antinacional y antipopular, nos pareció inoportuna y absurda la mecánica repetición de la consigna de los bolcheviques rusos, lanzada en determinado momento, cuando tenían la seguridad de que su materialización los convertiría en gobierno.

La Central Obrera Boliviana movimientista al poder quería decir que el Movimiento Nacionalista Revolucionario se perpetuase como gobierno, como dictador enemigo de los explo-

tados y oprimidos. Semejante planteamiento olvidaba por completo analizar la impostura del cogobierno MNR-COB.

Es por esta razón que unos y otros le asigna al "gobierno popular" o al "gobierno obrero-campesino" la tarea de preparar las condiciones económico-sociales para que el proletariado pudiese realizar una revolución puramente socialista, esto en un futuro indeterminado.

El gobierno obrero-campesino no supone entre nosotros que los campesinos solos lleguen al poder, sino que la victoria campesina llevará a ese sitio al proletariado. El timonel del gobierno será el proletariado y podrá mantenerse en el poder y realizar su obra contando con el apoyo directo y decisivo de la masa y organizaciones campesinas y de la mayoría de la pequeña-burguesía, como hemos tenido oportunidad de señalar tantas veces.

Solamente al Movimiento Nacionalista Revolucionario se le podía ocurrir dejar, "legalmente", la solución de los problemas fundamentales de la revolución al arbitrio del aplastante peso electoral de los campesinos. Solamente corresponde añadir que el movimientismo no tiene nada que ver con la revolución y dictadura del proletariado.

ÍNDICE

Presentación	3
Prólogo de 1996	
Partido y Masas	19
El POR boliviano y la IV Internacional	21
La Revolución Boliviana (Análisis crítico)	25
Capítulo 1. Causas del retorno del MNR al poder	
Consecuencias de la política pro-rosquera del PIR	27
Equipo sindical del MNR	38
La vanguardia proletaria y su programa	42
Política represiva del Gobierno	43
Confusión ideológica	45
La Tesis de Pulacayo	47
El “anti-imperialismo” del MNR	50
Las masas desilusionadas se dirigen hacia el MNR	52
Gobierno de unidad nacional	54
Gobierno de Hertzog	55
Hazaña histórica de Gabinete de “Unidad Nacional”	57
Alianza con los liberales	57
Masacres blanca y roja	58
Actitud del stalinismo internacional	59
Errores del POR	60
Capítulo 2. La Revolución del 9 de abril de 1952	
Sus fundamentos. Estructura del país	63
La penetración imperialista	67
Caducidad de la burguesía nacional	73
Miseria de la pequeñaburguesía	81
Potencia explosiva del campesinado	91
El proletariado, firme dirección revolucionaria	98
Caracterización de la Revolución del 9 de abril de	107

1952 – La revolución agraria y antiimperialista	
Dos etapas de la Revolución	134

Capítulo 3. La nacionalización de las minas

Lo que dijimos	137
Nacionalización “burguesa”	142
El MNR al servicio de la gran minería	143
¿Quién fracasó en las minas?	145
Nacionalización e imperialismo	149
Los obreros y la técnica	152
Hornos de fundición	158

Capítulo 4. El Control Obrero

Primer planteamiento sobre Control Obrero	163
El Control Obrero y la dualidad de poderes	174
Control Obrero de tipo movimientista	178
Responsabilidad de las deficiencias del Control Obrero	182
El futuro del Control Obrero	184

Capítulo 5. La Reforma Agraria.

El petróleo. La industrialización.

La revolución y el movimiento campesino	187
La ley de Reforma Agraria	193
La entrega del petróleo al imperialismo. La tradición nacionalista del MNR	197
Paz, un “vende-patria”	204
Madrejones y el parlamento	207
El petróleo y el anti-imperialismo del PURS y FSB	209
La industrialización	219
El MNR más a la derecha que el liberalismo	223

Capítulo 6. Revoluciones universitarias.	
	Voto universal 225
Revoluciones universitarias	229
El voto universal	243
Capítulo 7. El Plan Decenal, descomunal impostura e instrumento del imperialismo.	
	Estabilización monetaria.
Preténdese salvar el fracaso del Plan Eder	249
Planificación y “liberación nacional”	250
Actualmente no puede haber planificación en Bolivia	251
Fallas técnicas del Plan Decenal de desarrollo económico y social	254
El Plan Decenal no está debidamente financiado	261
Un plan elaborado a espaldas del pueblo y de la clase obrera	267
Capítulo 8. La Central Obrera Boliviana	
La central stalinista	269
Primeros ensayos	272
La COB y la Revolución del 9 de abril	273
La clase social que forjó a la COB	279
Rasgos de la COB en la primera época	283
La COB y la reorganización del ejército	294
Los sindicatos en la época de depresión	301
Características de la burocratización de las direcciones sindicales	321
La burocracia cobista, un obstáculo para la revolución	324

Capítulo 9. Estructuración del partido revolucionario	327
La izquierda del MNR y el partido del proletariado	328
Características esenciales del lechinismo	334
Retrato de Lechín	340
La desviación sindicalista	349
Quiebra de la dirección sindical	351
Crisis del partido revolucionario	353
Problemas de la construcción del Partido	363
“La democracia abstracta”	372
Disciplina en el partido obrero	373
Nota marginal. La campaña contra la dirección porista. La deslealtad, método stalinista	376
Métodos stalinistas	377
Las dos etapas de la Revolución: Ascenso instintivo y depresión momentánea	378
Algo más sobre “La COB al poder”	386
El caso de los supuestos trotskystas argentinos	391

Capítulo 10. El nuevo ascenso revolucionario.

Salida a la crisis política (El gobierno obrero-campesino)

Premisas	397
Cómo se manifiesta el nuevo ascenso	401
Lo que significa el nuevo ascenso	405
Salida de la crisis política: El gobierno obrero-campesino	413
Salida imperialista y reaccionaria	414
Salida revolucionaria de izquierda	421
El gobierno obrero-campesino	423
Lo que será el gobierno obrero-campesino	429